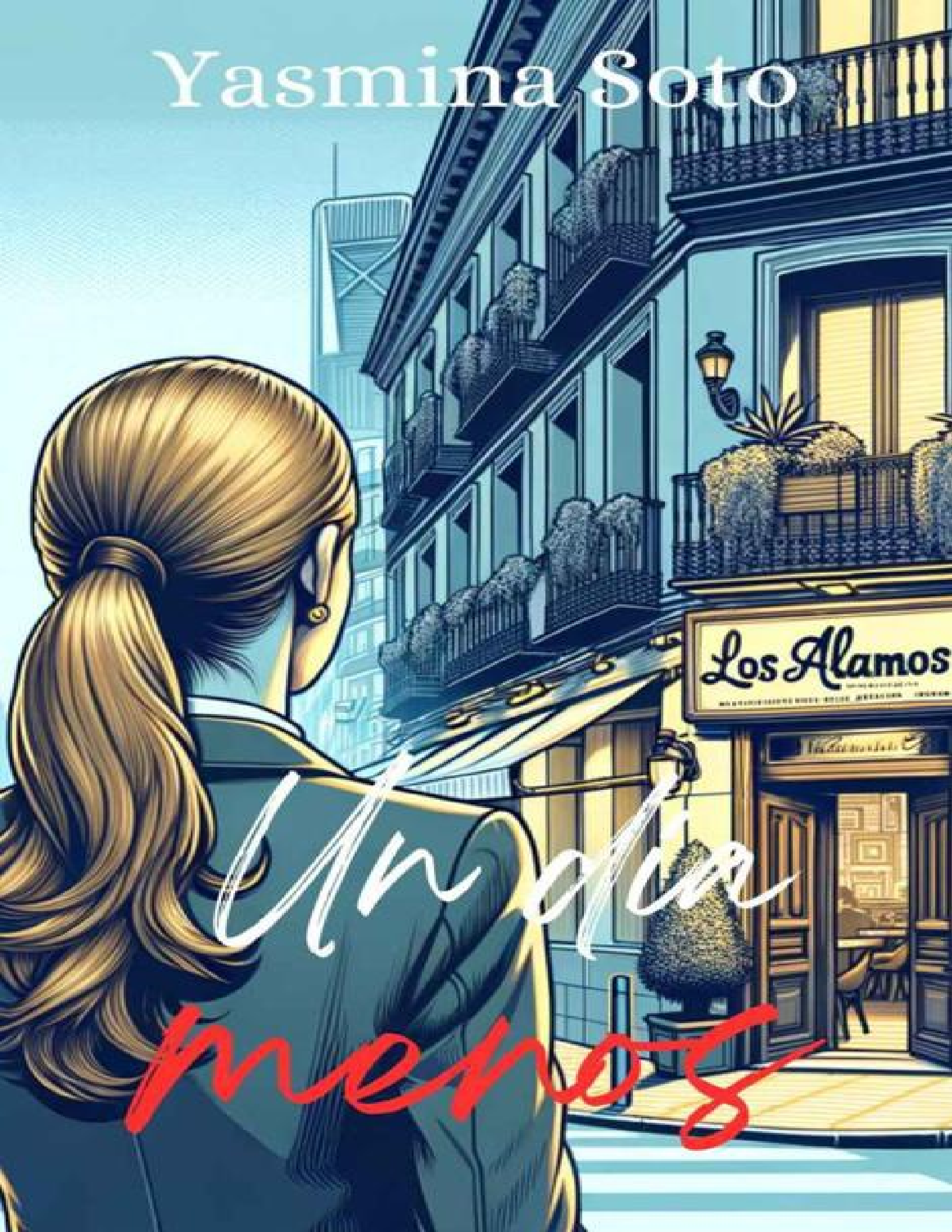


Yasmina Soto



*Un año
menos*

Un día menos
Yasmina Soto

Copyright © 2024 Yasmina Soto
Todos los derechos reservados.

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de su autora. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.

Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.

Safe Creative: 2411070037779

Twitter: @sotoyasmi

Instagram: yasmina.soto.escritora

INDICE

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Capítulo 30](#)
[Capítulo 31](#)
[Capítulo 32](#)
[Capítulo 33](#)
[Capítulo 34](#)
[Capítulo 35](#)
[Capítulo 36](#)
[Capítulo 37](#)
[Capítulo 38](#)
[Capítulo 39](#)
[Capítulo 40](#)
[Capítulo 41](#)
[Capítulo 42](#)
[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)
[Capítulo 45](#)
[Capítulo 46](#)
[Capítulo 47](#)
[Capítulo 48](#)
[Capítulo 49](#)
[Capítulo 50](#)
[Capítulo 51](#)
[Capítulo 52](#)
[Capítulo 53](#)
[Capítulo 54](#)
[Capítulo 55](#)
[Capítulo 56](#)
[Epílogo](#)

Capítulo 1

5 de Julio de 1996

Claudia Rojas

Tras pasar estudiando todo el curso para sacar la mejor nota en el bachillerato y después de haber sido una de las mejores en la selectividad, puedo decir que por fin voy a salir del pueblo que me vio nacer, y al que quiero con toda mi alma, pero que me limita para cumplir mi sueño de ser jueza.

Iré a la universidad en Madrid. Me mudaré con mi tía Agustina para estar más cerca, ella trabaja en una finca enorme, donde los señores la tienen contratada de ama de llaves y a su cargo tiene varios empleados. Después de hablar con los dueños y aceptar estos, me puedo mudar a vivir con ella mientras esté estudiando, que serán varios años, no solo para hacer Derecho, sino después las oposiciones a la carrera judicial.

—Claudia, ya te he dicho que no hace falta que trabajes en verano —insiste mi madre después de saber que me marchó antes para trabajar en la misma casa que mi tía.

—Mamá, sería solo el verano, son dos meses y esos pijos pagan muy bien.

—Hija, que el dinero es muy goloso, después querrás más y dejarás de lado los estudios.

Dejo de meter cosas en la maleta, me acerco a mi madre y la miro fijamente.

—Jamás dejaré de cumplir mi sueño por vivir una vida dedicada a otros y no tener la mía propia.

—Cariño, si no llega a ser por tu tía...

—Lo sé, mamá. Sé que ella nos ha ayudado siempre, y gracias a ese trabajo y lo que gana, nosotras no hemos pasado penurias.

Mi madre agacha la cabeza y ahora es ella la que empieza a colocar las cosas en la maleta. Se quedó embarazada de mí, de un hombre que después la abandonó, mis abuelos la echaron de casa y fue mi tía, su hermana mayor, la que siempre le ha ayudado, aunque toda su vida ha trabajado limpiando casas. Se mudó al pueblo en el que estamos ahora, entre ambas idearon la historia de la mujer viuda. Mi madre ha dado toda su vida por criarme con la ayuda de su hermana. Tener una hija estando soltera en la transición seguía siendo algo muy mal visto.

Agarro el brazo de mi madre para detenerla y hacer que se gire a mirarme. Cuando lo hace veo los ojos rojos y encharcados en lágrimas.

—Mamá —susurro intentando contener el temblor de mi labio inferior.

Me abrazo a ella, como si fuera nuestro último abrazo. Dejo que ella lllore entre mis brazos mientras yo intento no llorar de la forma efusiva que necesito. Voy a echar de menos a la mujer que se ha peleado con medio mundo para tenerme. Me protegió de todo y me hizo convertirme en la persona que soy hoy en día, a ella le debo todo lo que soy y seré.

—Me habría gustado que las circunstancias hubieran sido distintas, pero la vida no siempre es lo que queremos —dice intentando no llorar.

—Escúchame bien —le digo cogiendo su rostro entre las manos—. Si volviera a nacer, quiero que tú vuelvas a ser mi madre, porque me has enseñado a no rendirme jamás, a luchar por lo que quiero y que la vida por muy difícil que te lo ponga, siempre hay otros caminos por donde dirigirte para cumplir lo que quieres hacer. Nunca te he visto decir, “no

puedo”, rendirte por más difícil que se pusieran las cosas, jamás supe que mi vida era distinta a la de mis compañeros hasta que fui más grande y fui consciente de los malabares que hacías para llegar a fin de mes, pagar el alquiler, los gastos de la casa, la comida, el material del colegio. Cómo recibía la visita de Tina y las veía discutir por el dinero que te daba, pero que terminabas aceptando porque eso era un deshago para las dos. Estoy orgullosa de la madre que tengo y la mujer tan maravillosa que eres. Eres joven, mamá, y muy guapa —aseguro, sacándole una sonrisa—, ya no tienes que preocuparte por mí, yo estaré bien con la tía. Sabes que obtendré una buena beca y podré estudiar sin preocuparte por lo que me falte, por eso, también quiero trabajar estos dos meses, así puedo tener algo de dinero para mí y mis caprichos.

Mi madre arrastra las lágrimas con los dedos, que resbalan por su mejilla y se sorbe los mocos, muerde sus labios, conteniéndose para no volver a llorar y vuelve a abrazarme.

—¿En qué momento maduraste tanto, cariño? —susurra.

Ahora soy yo a la que el nudo en la garganta comienza a doler, trago saliva y las lágrimas comienzan a salir sin poder controlarlas. Me aferro a mi madre como cuando era una niña pequeña que necesitaba su protección, porque eso es lo que necesito ahora mismo, que, a pesar de tener dieciocho años, me voy a separar de la persona que ha sido mi todo desde que abrí los ojos al venir a este mundo.

—Bueno, ya —digo soltando el abrazo para limpiarme las lágrimas—, tengo que seguir haciendo la maleta, la tía me espera en la estación.

Sigo colocando la ropa que me voy a llevar y cuando lo tengo todo preparado miro con añoranza cómo he seleccionado lo que me voy a llevar y cabe todo en apenas dos maletas.

—Claudia, he pensado que puedes llevarte unos *táperes* con comida, yo no sé si allí tu tía tiene algo para comer —dice entrando en la habitación.

Cuando alzo la mirada sonrío al ver a mi madre con dos bolsas llenas de *táperes* y me pregunto si esa mujer ha usado todo lo que tiene en la casa o ha debido pedirlos prestados para poder tenerme preparado, el tremendo arsenal de comida.

—Pero, mamá...

—Ni peros ni nada, tú se lo das a tu tía y verás lo feliz que le hace.

Mi progenitora me explica que es cada cosa y al final ni protesto porque me ha mandado croquetas, muchas, aunque debo de admitir que nunca son suficientes.

Nos montamos en el Citroën 2 CV que tiene y todavía no sé cómo ese cacharro no ha dejado de funcionar. Fue un señor del pueblo, al comprarse otro coche se lo ofreció a mi madre. Desde que se sacó el carnet de conducir, cuando yo era muy pequeña, siempre hemos tenido el mismo coche. Ese automóvil tan antiguo, que para mi madre es su compañero de viaje.

Cuando llegamos a la estación y tras bajar todo, *táperes* incluidos, que decidí meter en otra maleta, mi madre me acompaña hasta comprar el tique y asegurarse de que no me pierdo.

—Mamá, ya puedes marcharte, estoy bien.

—Yo mejor espero a que salga el bus, me quedo más tranquila.

Tras media hora de espera en donde mi madre me dice que debo tener cuidado en esa ciudad tan grande y donde el pecado está en cada esquina, que debo de cuidarme, no salir por las noches y mil historias y situaciones que me asegura que son reales, las cuales yo creo que se ha inventado algunas de ellas, me despido.

—Llárame en cuanto llegues a casa de tu tía.

—Sí, mamá —aseguro dejando un beso en su mejilla.

Esta vez no hay abrazo. Ella aprieta mi hombro y deja que pueda subir al bus después de que el conductor metiera las maletas en la bodega.

Tras salir de la estación apoyo la cabeza en el cristal, porque sé que ya nunca volverá a ser como antes, que no estará mi madre para protegerme. Ahora soy yo quien debe lidiar con esos monstruos de los que me habla ella y no es otra cosa que aprender a vivir la vida no estando debajo de la protección de nadie.

Capítulo 2

5 de julio de 1996

Me bajo en la estación que me indicó mi tía y que mi madre me repitió mil veces por si alguna se me podía olvidar. El conductor comienza a sacar las maletas hasta que ya tengo las tres mías y ahora lo complicado es apartarme un poco para intentar localizar a Agustina.

—Te ayudo —escucho detrás de mí mientras coge la maleta donde tengo la comida que me ha mandado mi madre.

Al mirar entro en pánico, también me habían advertido que tuviera cuidado con los robos. No tengo tiempo de reaccionar, la chica coge la maleta y va en línea recta, no soy capaz de moverme, sigo paralizada en el mismo sitio mirando cómo ella se va con mis croquetas entre otros manjares.

—¡Espera! —grito.

La ladrona de croquetas se detiene en seco, se gira, entrecierra los ojos mirándome extraña, cuando veo que suelta la maleta y corre en mi dirección. Sigo parada y ella tira de mi brazo apartándose del bus.

—Joder, si sobrevives hoy es un milagro —dice respirando agitada.

—Eres una ladrona, ya me habían advertido sobre la gente como tú —protesto mientras cojo las dos maletas para caminar hasta donde ella ha dejado la otra.

—¿Qué dices, loca? Que yo solo quería ayudarte, se nota desde lejos que eres de pueblo.

Ignoro a la chica y llego donde está la otra maleta y no veo ni rastro de mi tía.

—Mierda —maldigo—. ¿Dónde está el acceso de esta cosa?

La chica mira alrededor y no comprendo por qué hace eso, la miro alzando los brazos intentando que me dé una respuesta.

—¿Es a mí? —pregunta señalándose.

—Claro, ¿ves a alguien más?

—Ver, ver, hay mucha gente.

—Déjalo —digo desesperada.

Intento cargar una de las maletas, mientras sujeto las otras dos con las manos y no doy ni dos pasos y la que tenía colgada en el hombro se me cae por al peso que tiene. Escucho la risa de la ladrona que no se ha movido de mi lado.

—No sé qué tiene tanta gracia —escupo siguiendo con mi cometido.

—Tú y lo cabezota que eres. Puedo ayudarte si quieres.

Suelto las maletas en el suelo y voy directa donde está ella levantando el dedo para colocarlo en su pecho y apretarlo, no se mueve ni un centímetro.

—No necesito ayuda de una loca.

—Tengo mis dudas al respecto, pero si crees que puedes adelante.

—Sé que quieres robarme las croquetas.

—¿Croquetas? —pregunta abriendo los ojos.

—Sí, la maleta que te has llevado.

—La ladrona de las croquetas, suena bien.

—Te faltó loca —aseguro.

—La loca eres tú, mira la película que te has montado por querer ayudarte.

—Mi madre me dijo que tuviera cuidado.

—¿De las ladronas de croquetas o de los carteristas? —pregunta alzando la ceja.

—Sé que intentas enredarme para poder quedarte con todo.

—Madre mía, ¿de qué pueblo has salido?

—¡Claudia! —escucho que gritan desde lejos.

Al girarme veo a mi tía alzando la mano y yo le respondo de la misma forma.

—No puede ser —susurra la chica que tengo al lado.

La miro sin entender por qué ha dicho eso y cuando mi tía llega a nuestra altura la mira extrañada.

—¿Qué haces por aquí?

Ella no responde, solo se encoge de hombros y yo ahora mismo no entiendo nada.

—¿La conoces? —le pregunto a mi tía.

—Sí.

—Pues que sepas que me quería robar la maleta.

—Joder, dime que no es tu sobrina, Tina, por favor —bufa.

—¿De qué conoces a mi tía?

—Claudia, ella es Ana, la hija menor de los señores de la casa.

—Ana Villar —dice alzando la mano para que se la estreche.

En ese mismo momento quiero que la tierra se abra y me trague. Que sea un agujero inmensamente grande, tanto que no me encuentren jamás.

—¿También eres maleducada? —pregunta mirando su mano para esperar mi saludo.

—No estoy acostumbrada a dar la mano a mujeres.

En ese momento Ana se acerca a mí y deja un beso en cada mejilla y se separa con una sonrisa en los labios. Mi tía nos mira expectante, y yo le devuelvo la mirada. Creo que la hija de los dueños está loca, pero eso se lo diré en privado.

—¿A tu tía no le vas a dar un abrazo?

Abro los brazos y me cuelgo de su cuello y la beso, ella me devuelve tanto el abrazo como el beso.

—Vamos, que tengo el coche mal estacionado. ¿Vienes con nosotras, Ana?

—Sí.

Mi tía me ayuda con las maletas y las tres caminamos en silencio hasta salir de la estación y dirigirnos a la finca de la ladrona.

Cuando llegamos a la puerta hay un cartel enorme que dice Finca Los Álamos, mi tía acciona el mando y las puertas se abren. Yo abro la boca impresionada cuando veo que ante nosotras hay un camino adoquinado, con flores a los lados y que se extiende varios metros hacia adelante, desde la entrada no se ve la casa principal, pero sí se divisa la parte alta.

—Ve directa a tu casa, Tina, yo camino desde ahí.

—¿Estás segura, Ana?

—Sí, y por favor, no digas donde me has recogido.

—Sabes que soy una tumba —responde mi tía.

—Siempre confío en ti, es en ella en quien no confío —dice señalándome la pija esta.

—¡Loca! —escupo enfadada por creer que voy soltando la lengua.

—¡Claudia, por favor! —grita la hermana de mi madre.

A Ana lejos de molestarle le parece gracioso, me guiña un ojo antes de abrir la puerta para bajarse, ya que con la discusión absurda hemos llegado a la pequeña casa que tiene mi tía.

—Adiós, chica de pueblo. Y quiero probar esas croquetas —indica cerrando la puerta y poniendo rumbo hacia su casa.

Mi tía me mira sin entender nada y yo me encojo de hombros mientras ella suspira y niega con la cabeza.

Nos bajamos del coche y caminamos mientras mi tía me dice que no puedo comportarme como lo he hecho con Ana, que debo respetarlos a todos y me recalca que con el señor de la casa si lo puedo evitar mucho mejor.

—Ana e Isabel, que es su madre son distintas, pero los varones de esta casa tanto Eduardo que es el padre como Ángel que es el hijo mayor es otra cosa. Prométeme que jamás volverás a tratar así a Ana, y ni se te pase por la cabeza hacerlo con ellos, o estaremos las dos en la calle antes de que puedas pronunciar una disculpa.

Una vez en la casa me indica mi pequeña habitación que para mí es como un palacio. La casa es pequeña, tiene dos habitaciones, una de ellas pequeña que imagino que era donde mi tía tenía el despacho, porque ahora hay un escritorio al lado del mueble de la televisión. Hay una pequeña cocina junto al salón y un baño.

—En esa maleta están los táperes que me ha mandado mi madre con comida.

—Madre mía, Teresa se ha pasado —afirma al abrirla.

—Sabes cómo es.

—Se pensará que aquí no comemos —comenta riendo.

Me contagio de la risa y la abrazo como no lo hice en la estación y me aferro a ella como hice a mi madre cuando me fui de mi casa.

—Gracias.

—No tienes que dárme las, Claudia. Ahora solo debes estudiar y conseguir tus metas. Mi único consejo es que trabajes en lo que te guste y quieras, no en lo que te impongan.

—Seré la mejor jueza de todas —afirmo.

—Perfecto, ahora si no le importa a la jueza de la Audiencia Nacional tengo que hablarte de las normas en la casa.

Las dos tomamos asiento y me explica en qué consistirá mi trabajo este verano. Ayudaré con la jardinería, también me dice que no debo acercarme a la casa principal jamás, que solo puedo rondar por aquí.

—Pensaba que trabajaría dentro de la casa

—No, y te lo repito, no quiero verte merodeando la casa.

—¿Puedo salir de esta casa cuando este libre?

—Sí, hay una terraza en la parte trasera, allí podrás hacer lo que quieras.

—¿Puedo salir ahora a tomar un poco el sol?

—Claro. Yo me quedo intentando colocar los tápers que me ha mandado tu madre.

Salgo a la terraza por donde me indica mi tía y hay dos hamacas, césped artificial y una ducha colocada a la pared. Lo impresionante está en frente cuando alza la vista y veo una arboleda justo delante de mí, unos Álamos enormes.

—Por eso el nombre de la finca —aseguro sentándome en la hamaca.

Capítulo 3

6 de Julio de 1996

—Claudia, Claudia —escucho a mi tía susurrarme.

—¿Eh? —pregunto confusa, incorporándome rápido.

—Yo voy a la casa principal.

—¿Por qué no me has despertado antes? ¿Qué hora es?

—Son las seis de la mañana. No tienes porqué levantarte, se me olvidó decirte que empiezas el lunes a trabajar.

—¿Entonces puedo seguir durmiendo? —pregunto bostezando.

—Sí.

Al escuchar la respuesta de mi tía me acuesto y me hago un ovillo en la cama dejando que el sueño me venza de nuevo.

Me despierta la claridad que entra por la ventana, no debió cerrar las contraventanas y eso hace que se cuele la luz del sol sin miramientos. Me desperezo en la cama, mientras pienso que con una casita así y un lugar como este podría ser perfectamente feliz.

Salgo de la habitación para poder ir a la cocina y desayunar, preparo la cafetera y saco la leche de la nevera mientras rebusco a ver en qué mueble tiene mi tía el cazo para poder calentar la leche.

—¿Qué buscas? —escucho justo detrás de mí haciendo que bote del susto.

—Joder —escupo con el corazón en la boca.

—No fue mi intención asustarte, disculpa —dice Ana acercándose hasta mí.

—¿Cómo coño has entrado? ¿Acaso no te han enseñado a no entrar en casas ajenas? Qué casi me matas del susto.

—Vamos por partes, chica de pueblo —aclara apoyando el culo en la mesa—. He entrado por la puerta, modales tengo, sobre todo hablarle bien a la hija de los dueños de todo esto, que por pura casualidad soy yo, así que esta no sería una casa ajena. Por lo de matarte del susto ya me he disculpado.

—Que todo esto sea tuyo no te da derecho a vulnerar la intimidad de una persona.

Ana sonríe y se pone de pie. Me siento nerviosa como nunca lo había estado y no entiendo el porqué. Ella viene con decisión y toca mi nariz para después acorralarme contra la encimera.

—No sé por qué me despiertas tanta curiosidad, Claudia, pero quiero descubrirlo.

—Apártate.

—Apártame.

No quiero, no soy capaz de empujarla, no porque no quiera, sino porque no puedo, o quizá tampoco me apetezca, pero esa chica que tengo en frente ha despertado en mí más curiosidad en unas horas que la conozco que cualquier otra persona que ha pasado por mi vida.

—Creo que también quieres saber por qué —susurra muy pegada a mi oído haciendo que toda mi piel se erice.

—No vuelvas a hacer eso —suplico.

Ana se queda fija mirándome, mi corazón va a mil y no comprendo absolutamente nada.

¿Cómo puede ser que me sienta así? Y lo que es peor ¿Puedo sentirme atraída por una mujer sin ni siquiera haber hablado casi con ella?

Cuando se aparta, como no soy capaz ni de pronunciar una palabra ni de reaccionar para apartarla, me vuelve a mirar mientras se muerde los labios, y en este justo momento, un seis de julio, sé que estoy perdida con esta chica que tengo delante de mí, que puede hacer conmigo lo que quiera y voy a ceder en absolutamente todo. Podría ser su juguete de verano y lo aceptaría de cabeza, me da igual absolutamente todo; lo único que pasa por mi cabeza en este preciso momento es que quiero ser yo quien muerda esos labios.

—Despierta —dice chasqueando los dedos en frente de mí—. Te estaba diciendo que por la hora que es, me esperaría a comer.

—¿Qué hora es? —pregunto saliendo del trance y buscando un reloj donde poder ver la hora.

Me señala uno que está colgado en la pared y puedo ver que es la una del mediodía.

—¿Cómo he podido dormir tanto?

—Tu tía te había cerrado las contraventanas e imagino que estarías cansada del viaje.

—Estaban abiertas —aseguro recordando que lo que me había despertado era la luz del sol.

—Las he abierto yo —responde encogiéndose de hombros.

—Encima también decides cuándo nos tenemos que levantar.

—A mí me da igual cuando se levante el resto de las personas, Claudia, solo quería verte despierta a ti.

Tras decir eso se marcha de la casa y como viene siendo habitual en mí, me quedo en el sitio pensando que quizá no ha sido tan buena idea el venir a casa de mi tía.

Capítulo 4

—Claudia, he traído la comida —escucho decir a mi tía entrando en la casa.

—Qué rico huele, tengo mucha hambre —afirmo olfateando como un perro.

—¿Te acabas de despertar? —pregunta al verme con el pijama.

—Hace poco, es que necesitaba descansar. Por cierto, esa puerta se puede cerrar para que no entre gente.

—Aquí no entra nadie, no debes de preocuparte por eso. El resto del personal vive en un anexo de la casa principal, no tienen que venir aquí para nada —asegura completamente convencida de que jamás nadie osaría allanar su morada.

Sigo a mi tía hasta la cocina y veo cómo saca dos platos, yo me debato si tengo que decirle que sí que ha entrado alguien en la casa o callarme e intentar que la pija, ladrona y ahora intrusa no vuelva a venir a hacerme una visita y dejarme el cuerpo revolucionado.

—Tina, yo creo que por seguridad es mejor que si sales cerrar la puerta.

—Claudia, que no va a pasar nada. ¿De qué tienes miedo?

Me quedo en silencio pensando y la única respuesta es mi miedo a lo que Ana me hace sentir, no entiendo por qué me pasa y no quiero que la piel se me vuelva a erizar con un susurro de ella. Al recordarlo, me estremezco y eso no pasa desapercibida para la mujer que tengo al lado.

—¿Te ha pasado algo? ¿Alguien ha entrado? ¿Estás bien? —comienza la traca de preguntas.

—Estoy bien. Es solo que con esta finca tan grande tengo algo de respeto por si alguien se puede colar.

Mi tía comienza a reír y sigue sirviendo la comida en los platos.

—De eso no debes de preocuparte, hay seguridad y cámaras en los perímetros, nadie que no sea de la finca puede acceder.

—¿No comes en la casa principal? —pregunto para cambiar de tema.

—A veces sí, con mis compañeras, pero ahora te tengo aquí, así que vendré para poder comer juntas.

—Por mí no te preocupes, puedes seguir comiendo con ellas.

—No digas tonterías, anda —protesta dando por concluida la conversación.

A las cinco decido salir a dar un paseo por el bosque que tengo justo en frente, perderme entre los Álamos puede ser algo muy relajante. Camino en silencio escuchando solo el sonido del viento al golpear con los árboles y cómo estos ni se mueven.

No sé cuánto tiempo llevo caminando, pero ahora mismo estoy en medio de la nada rodeada de troncos y sin saber muy bien a donde dirigirme.

—Mierda, no debí adentrarme tanto.

Intento ubicarme sin éxito. He caminado, absorbo en mis pensamientos y en esa chica que hace un día que conozco y no logro entender la conexión que tengo con ella. Decido que lo mejor es no moverme demasiado, solo espero que mi tía sea más lista que yo y tenga alguna forma de encontrarme.

Miro el reloj con desesperación y son casi las ocho, por suerte al estar en verano el sol no

se ha ocultado, lo que sí noto es que la temperatura ha bajado. Intento mantenerme caliente rozando las palmas de las manos por los brazos. Estoy nerviosa, y ahora dudo que Tina se haya dado cuenta de que no he regresado, ya que tampoco sabe a la hora que he salido.

Decido que yo, una chica que me he criado en un pueblo y que está acostumbrada a andar por los senderos, no puede quedarse quieta esperando que vengan a por ella, así que intento volver tras mis pasos y maldigo el momento en que me desconecté de todo al caminar adentrándome por el bosque. Doy un grito de desesperación y eso hace que se escuche cómo los pájaros salen de las copas de los Álamos. Sigo caminando, intentando recordar algo del camino, pero es en vano, es como si en el momento que me adentré en el lugar mi cerebro entrara en relajación y mis pensamientos fueran solo para ella, mientras mis piernas daban pasos como un autómata.

Sigo igual de perdida que antes, pero ahora al menos me muevo, por lo que creo que es dirección de la casa. En el colegio nos enseñaron a fijarnos en las rocas para saber dónde está el norte, pero en este caso me sirve de muy poco. De pronto escucho como ramas crujen y me pego rápido al tronco de un árbol, no sé muy bien por qué lo hago, pero me siento protegida así. Intento no hacer ruido y puedo ver la silueta de alguien a unos metros, cuando me doy cuenta de que es mi tía voy en su dirección hasta que siento que alguien me sujeta desde atrás y doy un grito del susto.

—Tranquila soy Ana —dice levantando las manos al ver que me he puesto a temblar.

—¿Se puede saber por qué no volvías? —pregunta mi tía claramente enfadada.

—Yo... Es que...

—¿Te ha pasado algo? —pregunta Tina recorriendo mi cuerpo con sus manos en busca de alguna señal que justifique el que no hubiera regresado.

—Seguro que se ha perdido —dice la pija.

—No me he perdido —aseguro mirándola fijamente.

—Te escuchamos gritar —dice mi tía poniéndose las manos en la cintura.

—Solo quería saber qué pasaba —miento.

—Muy graciosa. Has asustado a tu tía y me ha pedido que le ayudara a buscarte.

—Yo sabía volver perfectamente sola —aseguro.

—Ya, por eso estás cerca de la casa principal —dice Ana levantando una ceja mientras se cruza de brazos.

—No la soporto —aseguro mirando a Tina.

Mi tía nos mira a las dos, se ha dado cuenta de que a Ana le encanta provocarme y que yo caigo en su juego como una tonta.

—Vamos a la casa, anda —indica tirando de mí.

—Adiós, chica de pueblo. Aunque al saber que te has perdido en este sitio, no sé cuánto de pueblo puedes ser —comenta riendo.

—Idiota —escupo sin poder contenerme.

—Claudia, tienes que respetar a la señorita.

—Tranquila, Tina, me gustan las indomables —expresa guiñándome un ojo y desapareciendo por un sendero que no había visto antes.

—No la soporto, no sé por qué tuviste que llamarla —digo enfadada caminando sin rumbo.

—Es por aquí —indica mi tía sujetándome el brazo para que pare mi avance.

Hago que ella vaya delante y yo la sigo, me niego a reconocer que me he perdido en ese lugar. Caminamos en silencio hasta que ella decide romperlo al llegar a la casa.

—Realmente fue ella quien escuchó tu grito y vino a buscarme. No puedes seguir comportándote así con ella, Claudia, tienes que respetarla.

—Es que es...

—Insoportable, ya lo has dicho, pero ella es la hija de los dueños. Creo que le gusta molestarte porque te enfadas, intenta ignorarla, por favor.

—Eso no es tan fácil —admito entrando en mi cuarto.

Me tiro en la cama e intento saber qué es lo que me pasa, no entiendo nada, estoy confundida y Ana no ayuda a que mi confusión desaparezca. Las lágrimas comienzan a salir de mis ojos al darme cuenta de que lo que siento por ella no es bueno, y que mi tía jamás puede enterarse de que la hija pequeña de los Villar me hace suspirar como jamás nadie lo ha hecho.

Capítulo 5

—Arriba, Claudia, hoy empiezas a trabajar.

Escucho a mi tía salir de la habitación, tras dejarme la puerta abierta y la luz encendida. Miro el reloj que tengo en la mesilla de noche y veo que son las cinco y cuarto de la mañana. Los párpados me pesan, ya que me ha costado dormir. Ayer domingo no supe nada de Ana y se instaló en mí una extraña sensación que no sabría describirla, lo que sí tengo claro es que no me gustó nada sentir eso.

—Porque hay que levantarse tan temprano —protesto llegando hasta la cocina.

—Empiezas a las seis de la mañana y a Ricardo le gusta la puntualidad tanto como a mí.

—Las plantas no se van a mover del sitio, podemos empezar más tarde —protesto mientras bostezo.

—Cuando sean las doce del día y el sol no dé tregua, habrías querido haber empezado mucho más temprano. Ahora deja de protestar y ve a la ducha, mientras yo termino de preparar el desayuno.

—No creo que pueda desayunar algo a esta hora.

Mi tía me ignora y yo voy a la ducha antes de que pueda tentar a la suerte y recibir alguna reprimenda por tanta protesta.

Cuando salgo de la ducha, el olor a café y a las magdalenas que me hacía mi madre inundan la casa. Salivo solo de pensar en probar una mojándola en la leche. Entro a la cocina y tomo asiento, mi tía no está, pero poco me importa, me sirvo el café y la leche, para disponerme a devorar lo que ha preparado Tina.

—Menos mal que no ibas a desayunar.

—Es... que... esto... —intento hablar con la boca llena y expresar lo bueno que está, pero me es imposible.

Ella sonrío al ver que, aunque quiero expresarme, no paro de engullir como si llevara días sin comer.

—Al final te atragantarás.

—¿Desde qué hora estás despierta? —pregunto cuando he dado un respiro con la comida.

—Me levanté a las cuatro y media.

Abro mucho los ojos al escuchar lo que me acaba de decir, espero que yo no me tenga que despertar a esa hora.

Al llegar a la casa principal, veo con asombro que es inmensa. Sé que mi tía me está hablando, pero estoy tan concentrada mirando la mansión que tengo frente a mí que no soy capaz de entender bien lo que me está diciendo. Me aparto y me distancio para poder verla mejor. Miro la parte superior, y está llena de ventanas. ¿Cuál será la habitación de Ana? Es la primera pregunta que me viene a la cabeza, y en ese pensamiento estoy cuando siento que alguien me sujeta del brazo y me hace regresar al mundo real.

—El servicio entra por un lateral.

Camino al lado de mi tía y antes de entrar por donde me indica, me paro en seco y vuelvo a contemplar la casa señorial que tengo delante.

—Algún día tendré algo así. Bueno, algo más moderno y tampoco tan grande, pero te

aseguro que tendré mi propia finca —aseguro convencida.

—Pues hasta que eso pase, debes poner los pies en la tierra y empezar a trabajar, no solo aquí, sino cuando comiences a estudiar. De ti depende que esto que dices se haga realidad, Claudia —indica mi tía guiñándome un ojo.

—Te sacaré de aquí, no volverás a trabajar y a mamá también.

—Yo estoy bien aquí. Tú lucha por tus sueños, y así podré ser feliz yo.

Entramos y vamos directas a una cocina inmensa donde ya hay gente trabajando, mi tía me presenta a las mujeres que hay. Cuando creo que las presentaciones han terminado veo entrar a una mujer elegante a la cocina y miro algo descolocada a Tina, porque, aunque creo saber quién es, no sé qué hace tan temprano despierta.

—Hola, Señora Isabel —la saludan algunas de las chicas.

La señora devuelve el saludo y viene directa a nosotras, miro a mi tía sin entender qué pasa, no he empezado a trabajar como para que la señora de la casa este aquí y venga directa hacia mí.

—¿Así que tú eres, Claudia? —pregunta con una sonrisa en los labios.

—Sí —respondo con timidez.

—Mi nombre es Isabel —se adelanta ella antes de que mi tía pueda decir nada.

Esa mujer elegante me da dos besos y se los devuelvo, no sé muy bien cómo actuar ante ella. Con Ana es distinto, nos conocimos en otro contexto y le encanta hacerme rabiar, ni siquiera sé cómo debo actuar ante ella.

—Ana me ha dicho que ya te conoce, ¿es así?

—Sí, fue un comienzo... —paro de hablar de golpe, porque Tina me ha dado un codazo.

—La señora seguro que tiene cosas que hacer —asegura para justificar el codazo que me ha dado.

—Tranquila, Tina, solo he bajado porque quería conocer a tu sobrina —le comenta con una sonrisa en sus labios.

—Debo agradecerle el haberme dejado quedarme aquí, y también el darme trabajo.

—Tu tía se merece cualquier cosa.

Isabel la mira fijamente y yo hago lo mismo, sin comprender por qué se ha puesto nerviosa de pronto, hasta que escucho una voz masculina.

—¿Se puede saber qué haces en la cocina con el servicio? —pregunta ese hombre rudo y tosco.

—Ordenar tu desayuno —miente Isabel y fuerza una sonrisa antes de girarse.

—Pues que espabilen que ya voy tarde. El vuelo sale a las ocho y media —asegura mirando el reloj que lleva en la muñeca.

—Lo siento —susurra la dueña de la casa.

Isabel camina hacia ese hombre y las chicas del servicio comienzan a preparar las cosas, mientras yo desvíe la mirada hacia mi tía.

—Vamos —indica, sujetándome del brazo.

—¿Quién era?

—Eduardo Villar. Como te advertí el viernes, no te quiero cerca de él.

—Lamento el retraso, estaba preparando el abono para hoy —se disculpa un señor llegando a nuestra altura.

—Claudia, él es Ricardo, tu compañero, haz todo lo que te pida.

—Encantada —digo alzando mi mano.

El señor se mira las suyas y están manchadas de tierra y decide que es mejor simplemente

hacerme un gesto con la cabeza y alzar una mano.

—Tengo prisa, Tina, hay que...

—Sí, claro. Ve con él.

Dejo a mi tía y sigo al señor, que tendrá más o menos la misma edad de ella, aunque mi curiosidad puede más y decido empezar a hacerle preguntar.

—¿Llevas mucho tiempo trabajando aquí?

—Más o menos el mismo tiempo que tu tía.

—¿Te gusta tu trabajo?

—Demasiado. Necesito que te pongas guantes y que te cambien de ropa. Tienes que entrar en el cuarto de jardinería, yo espero fuera mientras lo haces.

—¿Te pagan bien?

En ese momento Ricardo se para y me mira.

—Ahora no voy a responder a nada más, necesito que hagas lo que te he pedido cuanto antes. Te voy a decir algo, Claudia, si estás aquí es para ayudarme, acepté que fueras tú por lo gran persona que es tu tía, pero no quiero tener que cuidar de una cría ni tampoco sufrir un interrogatorio.

—Disculpa. Yo no quería molestar.

—Pues a cambiarse y así tendremos todo listo mucho más rápido.

Agacho la cabeza y voy directa al cobertizo de las herramientas. Una vez dentro veo con espanto el uniforme que tengo que ponerme, es un peto como el del hombre de color verde y unas botas negras.

Una vez todo puesto y tras ver que el peto me queda enorme salgo resignada para mostrarle a Ricardo que me queda gigante. Lo malo es que al salir a la que veo es a Ana, y no hay rastro de Ricardo.

—Creo que te queda un poco grande —asegura, mordiéndose los labios para no reírse.

La ignoro y camino hasta otra caseta más pequeña que hay al lado, donde creo que está Ricardo.

—Eres una maleducada —dice siguiéndome.

—No voy a entrar en tu juego.

De pronto Ana está justo delante de mí y no me deja avanzar.

—Aunque te quede grande, me gusta cómo te ves con el peto.

—No voy a...

—Shhh... —dice poniendo un dedo en mis labios.

—Me desconciertas tanto, Claudia —susurra acercándose a mi oído.

En el momento que su aliento golpea mi cuello, me estremezco, mi piel se eriza y siento que mi corazón comienza a bombear aceleradamente.

—Claudia, nos vamos ya —dice, Ricardo saliendo de la pequeña caseta—. Buenos días, señorita Ana, ¿deseaba algo?

—Fresas —dice mientras se gira para mirar a mi compañero.

—Después le llevaré algunas a la cocina, las chicas le avisarán.

—Perfecto.

—¿No es muy temprano para que esté despierta? —pregunto con curiosidad.

—Mi padre viaja hoy y cuando eso pasa, si estamos en casa, todos tenemos que desayunar con él.

Cuando creo que se va a ir y que mi corazón volverá a latir a un ritmo normal, se vuelve a girar hacia mí y camina para pasar muy pegada y rozar su mano con la mía, sintiendo cómo

me va a explotar el pecho por lo que Ana me hace sentir.

Capítulo 6

Por fin es viernes y, aunque trabaje solo de mañana, el calor que tenemos que soportar es muy intenso a la hora del mediodía, Ricardo lo lleva perfectamente, mientras que yo lo paso realmente mal. Por suerte solo trabajamos hasta las dos.

Camino hasta la cocina de la casa principal y mientras lo hago vuelvo a mirar a la inmensa casa en busca de la ventana de la habitación de Ana, pero no consigo dar con ella, ni siquiera he sabido nada después del encuentro en mi primer día de trabajo.

—Qué bien huele —afirmo, nada más entrar a la cocina.

—Si esperas un momento te sirvo un plato —indica Maite, la cocinera.

—No me la hagas una vaga, que se lo ponga ella —comenta mi tía que acaba de entrar.

—Acabo de tener mi primera semana de trabajo y solo quiero morirme —resoplo apoyando los brazos en la mesa.

—Deja a la niña, Tina, debe estar cansada y más con este calor.

Sonrío mirando a mi tía que niega con la cabeza mientras ve cómo Maite comienza a servirme la comida.

—¿Podría coger un helado? —pregunto poniendo cara de inocente.

—En casa hay.

—Ya, pero es para ir tomándome uno por el camino.

—Pues lo haces cuando llegues a casa.

Resoplo porque sé que por mucho que lo intente no voy a conseguir que me deje coger uno.

—Ni que los tuvieran contados —protesto.

—Ve a la casa, Claudia, por favor.

Miro a Maite a ver si está vez puede ayudarme, pero la mujer niega con la cabeza y sigue haciendo sus cosas.

Salgo de la casa principal y veo a Ana con un maldito helado en la mano; lo lame mientras me mira. La muy zorra parece que hubiera escuchado la conversación y ahora solo quiera joderme.

—¿Quieres? —pregunta, mostrándome el cucurucho.

La ignoro y paso de largo, hace cuatro días que no la veo y mi sensación hacia ella no ha cambiado en nada, sigue poniéndome igual de nerviosa que siempre y verla lamer el helado no es algo que me relaje.

—Voy a tener que enseñarte modales, Claudia.

—Déjame tranquila —le pido.

Ana camina en silencio hasta llegar donde estoy y se queda en frente lamiendo el puñetero helado como si se fuese desintegrar si no lo hace. Me quedo hipnotizada mirando cómo lo hace y no es hasta que chasquea los dedos que logro dejar de mirarla.

—Vaya, pensaba que querías esto —dice mostrando lo que lleva en la mano—, pero quizá lo que quieres es comerte otra cosa.

—Idiota —suelto volviendo a caminar.

—A mí no me importaría que me comieras, Claudia.

Tras escucharla muerdo mis labios intentando controlar lo que me hace sentir, acelero

más el paso, pensando que poner distancia entre las dos es lo mejor que puedo hacer ahora mismo. Por suerte no me sigue y llego hasta la casa, entro y apoyo mi espalda a la puerta tras cerrarla.

—Mierda, no puede hacerme sentir así.

Abro el congelador y saco un helado, decido que me lo comeré y después me meteré a la ducha, necesito dejar de pensar en ella y que mis pulsaciones vuelvan a calmarse. Salgo a la terraza y cuando alzo la mirada ella está allí de pie con una sonrisa en los labios que le borraría de un guantazo por hacerme sentir toda esta madeja de sensaciones que estoy experimentando con ella.

—Te has manchado con el helado —indica señalando mi cara.

Me intento limpiar mientras ella niega con la cabeza y yo me pongo cada vez más nerviosa. Ana se acerca hasta donde estoy, agarra mi barbilla con una mano y me mira como si quisiera comerme en ese preciso momento.

—Está en la comisura de tu boca —susurra.

—Límpialo —exijo excitada.

Ana se lame los labios, para después sacar su lengua y pasarla por los míos, al sentirla mi cuerpo comienza a temblar e inconscientemente sujeto con la mano libre la cintura de Ana. Ella se separa un poco de mí, pero al sentir cómo me aferro a ella vuelve a acercar su boca a la mía, haciendo que sea yo la que suelte la cintura y agarre su nuca para atraerla.

Nuestros besos resuenan en la terraza, he terminado tirando el helado y ahora me aferro con las dos manos a su cintura, mientras ella agarra mi cara. Ana hace que camine hasta que mi espalda choca con la pared de la casa de mi tía. Nos separamos unos segundos con la respiración agitada y con el deseo en nuestra mirada.

—Esto no está bien —logro decir agitada.

Ana no dice nada, solo siento su respiración que no es mucho mejor que la mía. Vuelve a agarrar mi cara y a besarme, sé que tengo que parar esta locura, pero no puedo controlar lo que estoy sintiendo por primera vez en mi vida.

—Te deseo —susurra.

Aparto a Ana de mí y me mira entrecerrando los ojos sin entender por qué lo hago.

—Mi tía puede venir y yo tengo que ducharme —intento justificarme para que pare de hacerme sentir todo esto.

La pija mira el reloj y agarra mi brazo para entrar a la casa.

—Tu tía no termina hasta las cinco, tenemos tiempo —afirma tirando de mí hasta el baño.

Ana comienza con los besos de nuevo para después ir quitándome la ropa poco a poco, mientras ella también se deshace de la suya. Me dejo guiar por ella, ya que nunca he estado con nadie íntimamente y mucho menos con una mujer.

—Yo... no...

—Shhhh. Solo déjate llevar.

Entramos a la ducha sin dejar de besarnos, acciona el grifo y el agua comienza a caer, mientras Ana recorre mi cuerpo con sus manos hasta que llega a mi sexo, cuando pasa sus dedos por mi zona sensible, un suspiro se escapa de mi boca al sentirla.

—Estás empapada —afirma mientras entra en mí.

Mis jadeos retumban en el baño. Ana hace que mi cuerpo quede pegado a los azulejos y sigue con sus caricias. Por un momento, pierdo fuerza en las piernas y ella me sujeta.

—Agárrate a mi cuello.

Hago lo que me indica y me aferro a ella, mientras sigue dándome un placer que ni yo misma me había dado. Cuando creo que estoy a punto de explotar, Ana me aprieta un pezón y se separa haciendo que la mire mientras me lleva al clímax, mi cuerpo comienza a temblar y no entiendo por qué me está pasando esto, ella me abraza y sin comprender nada las lágrimas comienzan a salir de mis ojos sin poder controlarlas.

Terminamos qué ducharnos en silencio, con ella pegada a mi espalda y yo intentando que mi cuerpo deje de sentir las cosas que siente por la mujer que tengo justo detrás de mí.

—Es mejor que te vayas —digo agachando la cabeza cuando salimos de la ducha.

—Esto que ha pasado no es nada malo, Claudia —dice alzando mi barbilla para que la mire.

—No quiero que te acerques más a mí —expongo intentando que mis lágrimas no vuelvan a delatarme.

—¿Estás segura de que eso es lo que quieres?

—Sí.

Ana se viste sin decir nada y sale del baño, por un momento estoy a punto de decirle que olvide de lo que le he dicho, que quiero volver a sentir sus manos en mi cuerpo y yo también hacerle sentir lo que ella me ha hecho hace unos minutos.

—Ana, ¿qué haces aquí? —pregunta mi tía y siento una punzada intensa en el pecho al sentirme delatada por lo que acaba de pasar.

—Vine a ver si estabas.

—Tienes el pelo húmedo —afirma.

—Vengo de la piscina —intenta justificarse.

Por un momento no las escucho y salgo del baño viendo a mi tía y a Ana mirándose fijamente sin decir nada. Al sentirme las dos me miran y en ese momento veo en los ojos de mi amante la decepción y mi pecho vuelve a sentir esa punzada de dolor de nuevo.

Ana se gira hacia la salida y comienza a caminar, Tina la sujeta del brazo y hace que se pare.

—Ya estoy aquí, ¿qué es lo que querías?

Ana se muerde el labio intentando contener el temblor que tiene en ellos. No puedo soportar esa mirada de ella y termino entrando en mi habitación, dando un portazo. Poco después escucho la puerta de la casa cerrarse. Cierro los ojos con fuerza porque sé que ahora toca que mi tía abra la puerta y me pregunte qué es lo que ha pasado, pero eso no pasa, ella no entra y no hay preguntas. Me acuesto bocabajo en la cama, y comienzo a llorar en silencio.

Capítulo 7

El fin de semana fue horrible, no me quitaba la sensación de haberle hecho daño a Ana. Por las noches el recuerdo de la tarde del viernes volvía a mí y terminaba con la mano en mi sexo, intentando acallar todo lo que sentía.

Hoy es jueves. Mi tía no ha nombrado nada del viernes y eso me inquieta, no obstante, prefiero que no lo mencione, porque no sabría qué decirle.

—Al final llegarás tarde a trabajar, Claudia. Sal del baño ya, por Dios —protesta desde la cocina.

Termino de vestirme y salgo del baño para poder desayunar algo, he de ir como cada mañana caminando hasta la casa principal y encontrarme con Ricardo.

Salimos de la casa y caminamos en silencio, y como siempre hago miro la inmensa casa e intento localizar la ventana de la habitación de Ana, pero obtengo el mismo resultado que las últimas veces, no sé cuál puede ser la suya.

—Su ventana da para la parte trasera, realmente todas las habitaciones dan para atrás —dice mi tía sin parar de caminar.

Asiento y sigo caminando en silencio, hasta que Tina me agarra del brazo y para mi avance.

—Yo no soy tu madre, pero aquí estás bajo mi responsabilidad, Claudia. No quiero tener ningún tipo de problema con la familia Villar.

—Yo... Lo del viernes... —intento decir sin que las palabras logren salirme.

—Claudia, espabila que hoy toca echar veneno a la hierba.

Agradezco que Ricardo me haya salvado de la conversación con mi tía.

—Ve, ya hablaremos cuando estés más tranquila —dice apretando mi brazo con afecto.

Doy un beso en la mejilla y camino hasta donde está el jardinero, pero la curiosidad me puede y me giro hacia mi tía y camino hasta llegar a donde está ella.

—No sé nada de ella desde el viernes —suelto de corrido.

La hermana de mi madre cierra los ojos y niega con la cabeza por lo que acaba de escuchar, no responde y yo sigo parada frente a ella esperando una respuesta.

—Olvídate de Ana, Claudia —sentencia girándose para marcharse.

La respuesta de mi tía me sienta como un jarro de agua fría, ya sé que me tengo que olvidar de Ana, pero no puedo. Es Ricardo con sus gritos que me espabila el que me hace salir del trance, voy hasta donde está él y me indica lo que tengo que hacer para ir adelantando.

Estoy otra vez en la cocina esperando que Maite me ponga la comida, mientras mi tía protesta porque me está consintiendo demasiado.

—Deja a la niña, Tina.

—La niña es demasiado lista.

—Estoy muerta de estar recogiendo hojas.

Mi tía sale de la cocina y desaparece por una de las puertas que dan acceso a la casa principal.

—¿Nadie de la familia entra a esta cocina? —pregunto a Maite.

—Ana sí solía venir y algunas veces Isabel, pero está última siempre programa con tu tía las comidas.

Miro a mi alrededor y compruebo que estoy sola con la cocinera.

—¿Dónde está Ana? —pregunto curiosa.

—En la piscina —asegura sirviéndome el plato de comida.

—Pero yo hace días que no la veo.

—Esta mañana ha estado por aquí —dice quitándole importancia a mi pregunta.

—¿Sobre qué hora viene?

—Depende, pero normalmente sobre las diez.

—Gracias —respondo.

Salgo de la cocina después de comer para recorrer el mismo trayecto de siempre. Lo que está vez escucho risas antes de iniciar la marcha y sin duda sé que son las de ella, me giro para saber si es que viene hasta aquí, pero la realidad es que va con un grupo de gente y un chico que la abraza por detrás mientras ella ríe. Por un momento nuestras miradas se cruzan, aprieto la mandíbula mientras ella se gira en sus brazos y deja un beso en la mejilla. En este preciso instante sé lo que son los celos y esa sensación no me gusta para nada.

Reanudo la marcha más rápido de lo que normalmente lo hago, quiero huir de ahí, no quiero oír su risa y tampoco quiero verla en los brazos de otra persona que no sean los míos.

—Me estoy volviendo loca, joder —susurro antes de salir a correr para poder dejar de escucharla.

Llego a la casa y tras abrir cierro de un portazo y voy directa a la ducha. Por mi rostro no paran de correr las lágrimas, si esto es el amor, es todo una mierda. No sé por qué tuve que conocerla, por cómo me hace sentir y sobre todo porque me he terminado enamorando de una mujer que no está ni estará a mi alcance, para ella soy solo un puto juego.

Dejo que el agua de la ducha caiga sobre mi rostro y así se pueda llevar mis lágrimas. Doy un grito desesperado cuando sé que va a estar complicado quitarme de la cabeza a Ana, pero sé que tengo que hacerlo, nada de esto está bien. Desde liarme con una mujer hasta que esa chica sea ella.

Salgo desnuda del baño hasta llegar a mi habitación, saco unas bragas del cajón de la ropa interior, cuando escucho que alguien abre la puerta de la casa, miro el reloj y veo que no son más de las tres y media, mi tía ha vuelto a llegar antes.

La puerta de mi habitación se abre y es Ana quien lo hace, yo estoy solo con las bragas puestas y ella me mira devorándome con la mirada.

—¡Lárgate de aquí! —grito señalando la puerta.

Ana me ignora, cierra la puerta de un portazo y va directamente hasta donde estoy yo. Agarra mis pechos entre sus manos y me empuja hasta que mi espalda da con la pared, mete su boca entre mi cuello y lo muerde, para después separarse.

—Ni quiero, ni puedo marcharme, Claudia.

Mi respiración es agitada y la de ella está igual.

—Quiero comerte —afirma para después besarme.

La aparto de un empujón y nos quedamos mirando, las dos con la boca abierta mientras jadeamos de excitación.

—A la mierda —digo tirando de ella para volver a besarnos.

Sus manos recorren mi cuerpo desnudo, mientras yo le saco la ropa con desesperación. Terminamos las dos tumbadas en la cama, pero esta vez yo quiero probar de Ana, no quiero que sea como hace una semana, deseo devorarla, tocarla y hacerla suspirar como lo

estoy haciendo ahora con cada caricia que le doy.

—Yo nunca...

—Solo tienes que tocarme —suplica poniendo mi mano en su sexo.

Cuando mi mano termina entre sus piernas, puedo notar la humedad y como arquea la espalda al sentir mi tacto en su sexo y un suspiro de placer sale de su boca sin poder controlarlo.

Estoy apoyada en el pecho de Ana después de darnos placer hasta terminar agotada, hemos perdido la noción del tiempo y nos damos cuenta cuando escuchamos la puerta de la casa abrirse.

—Mierda es mi tía —indico sentándome de golpe en la cama.

—Tranquila, saldré por la ventana.

Muerdo mis labios para aguantar la risa. Las dos nos vestimos lo más rápido que podemos y abro la ventana para que Ana pueda salir.

—¿Cuándo podré volver a verte? —pregunta antes de salir.

—Vivo aquí. Además, antes estabas muy entretenida.

—¿Celosa?

—Jamás —aseguro dándole un beso en los labios.

—Claudia —escuchamos que dice mi tía.

—Son solo amigos de la universidad. Mis besos son solo tuyos —afirma golpeando mi nariz para salir como una vulgar ladrona.

Cierro la ventana y lo que parecía un día de mierda se ha convertido en el mejor desde que he nacido, jamás olvidaré el 19 de julio de 1996.

Los golpes en la puerta me hacen espabilar, atuso mi pelo mientras camino hasta la puerta para abrirla con una sonrisa.

—¿Y esa sonrisa? —pregunta extrañada.

—Nada, estoy contenta.

—¿Qué le ha pasado a la cama? —pregunta señalándola.

—He dormido una siesta.

—Parece que hayas peleado en tus sueños.

—Más o menos —respondo metiendo mis manos en los bolsillos del pantalón.

—Ya —contesta dejándome en la puerta de mi habitación para marcharse a la suya.

Sé que no me cree, que muy probablemente sabe lo que ha pasado, pero ahora mismo me da absolutamente todo igual, porque he tenido la mejor tarde de mi vida con la pija.

Capítulo 8

El viernes, cuando llegó a la cocina de la casa principal, me sorprende la cantidad de gente que hay, miro a mi tía sin entender nada.

—Hoy llega el hijo mayor de los Villar. Ha terminado arquitectura en Londres, así que habrá una fiesta hoy con la familia y el fin de semana será con amigos.

—¿Y todo esto es por él?

—Sí, para Eduardo, que su hijo, su primogénito, se dedique a lo mismo que él, es algo que le halaga, solo te pido que desde que termines tu trabajo no pases ni por aquí, ve directamente a nuestra casa.

—Pero ¿Dónde comeré? —protesto.

—Te la llevaré cuando este.

—Yo quiero que la comida me la haga Maite.

—La haré yo, cariño —dice Maite, girándose para mirarme—, pero hoy debes obedecer a tu tía, no pases por aquí.

—Me gustaría conocer a ese hijo.

—¡No! —gritan a la vez Maite y mi tía.

No entiendo la actitud de las mujeres, las miro, entrecerrando los ojos. Hasta que veo a Maite negando con la cabeza y Tina me agarra del brazo para sacarme de la cocina.

—Te lo dije el primer día, no quiero verte cerca de los hombres de la casa.

—Tampoco será para tanto.

—Obedece, Claudia —me ordena.

—Ana es... —no termino la frase porque cualquier palabra que me salga sobre ella ahora mismo delataría lo que me hace sentir.

—Ana e Isabel son distintas, ellos son dos depredadores, no quiero verte ni dirigirles la palabra y si lo hacen me lo comunicas.

Me mantengo en silencio mientras ella me mira fijamente.

—¿Entendido?

—Entendido —respondo cuadrándome frente a ella.

—No es un juego, Claudia.

—Perdona —respondo agachando la cabeza.

Estoy trabajando con Ricardo, cuando siento que llega un coche hasta la entrada principal haciendo sonar la bocina. Cuando me fijo, veo a todo el personal colocado en la entrada, miro a Ricardo y le señalo lo que veo.

—Llega Ángel, el hijo mayor.

—En serio, que todo eso es para él.

—Es el ojito derecho de su padre. No sé si te han dicho que te alejes de ese chico.

—Ya, mi tía me lo ha dicho varias veces.

—Pues hazle caso.

—¿Tú no vas? —pregunto curiosa.

—No, Ángel no querrá ver al jardinero.

—Son bastante raritos —digo cuando veo que el servicio baja la cabeza mientras el chico

pasa por delante.

—Somos servidumbre para ellos —zanja el jardinero poniendo rumbo lo más alejado de la casa.

—Espera.

Él me ignora y sigue caminando, corro hasta llegar a su altura.

—Pero Ana no es como ellos.

—Ni ella, ni la señora Isabel. Solo son los dos hombres de la casa.

Ricardo se para y me agarra la cara con cariño, tengo la sensación de que para él soy como una hija.

—Ten cuidado, Claudia.

—¿Me van a contar qué es lo que pasa con ese chico? —pregunto enfadada por tanta advertencia.

—Que te lo cuente Tina.

Sé que por mucho que insista no voy a conseguir nada, vuelvo la vista a la casa y ya no están, el poco tiempo que lo vi parecía un chico normal, no logro comprender por qué el miedo en que coincida con él.

Llego a la casa cansada, tengo hambre y ahora tengo prohibido acercarme a la residencia principal, solo espero que mi tía no tarde en traerme la comida. Por suerte estoy pensando en eso cuando escucho la puerta abrirse.

—Claudia, te dejo la comida en la cocina.

—Necesito saber cuál es el misterio con ese chico, es alguien normal.

—No insistas, ese chico normal como dices es un depredador. Se encaprichará de ti, te usará y cuando le molestes, intentará deshacerse de ti.

—¿Deshacerse?

—No en cómo te imaginas, pero harán que te saquen de la casa, Claudia. Procura que ni te vea.

—No creo que me prestase atención, soy del servicio.

—Creo que no te has visto bien en un espejo, sobrina. Eres guapa, joven y bastante ingenua, el tipo de chica que le gusta a Ángel.

—¿Por qué no me adviertes también sobre Ana?

—Porque ya te he dicho que ella es distinta.

—Pero ella...

Mi tía suspira, me mira y pasa sus manos por su pelo.

—Sé que hay algo entre vosotras. No soy ingenua, Claudia, pero con ella tengo la tranquilidad de que estás segura. Ana jamás te obligará a hacer algo que no quieras.

—Yo no soy de esas, a mí no me gustan las mujeres.

Tina sonrío, mientras niega con la cabeza, sabe que no voy a admitir que la hija menor de los Villar hace que mi cuerpo vibre cuando estoy cerca de ella.

—Ya que ha salido el tema, solo te digo que tengas cuidado. Somos de posiciones distintas, ella será la dueña de todo esto, mientras tú eres la sobrina del ama de llaves.

—Seré la sobrina jueza del ama de llaves.

Mi tía me sonrío y me da un abrazo para después dejar un beso en mi cabeza y salir de la casa.

Capítulo 9

Es viernes por la noche y estoy tirada en el sofá, y aunque me tengo que preparar la cena, no tengo ninguna gana de hacerla. Por suerte al mediodía saqué un táper de croquetas de las que me ha mandado mi madre.

Me levanto para ir a la cocina, cuando escucho ruido fuera; me mantengo en silencio, incluso bajo el volumen de la televisión e intento poner atención al ruido que hace en el exterior, al ser verano todavía hay algo de claridad, así que decido acercarme para mirar por la mirilla. Apoyo mis manos en la puerta cuando, de pronto, siento cómo golpean y doy un bote del susto.

—Joder —protesto con la mano en el pecho.

Intento tranquilizarme del susto, vuelvo a mirar, lo que no esperaba es que quien estuviera detrás de la puerta fuera Ana, la veo mirar de un lado a otro, algo impaciente.

—Sé que estás ahí, te he escuchado. Abre, por favor.

Hago lo que me pide, entra rápido y cierra la puerta tras de ella.

—¿Huyes de alguien?

—De que no me vean.

La miro extrañada por lo que me acaba de decir y se le dibuja esa maldita sonrisa, que me deja sin respiración cuando la veo dibujada en sus labios.

—Digamos que he dicho que estaba indispuesta para ir a cenar con mi familia y he conseguido salir de la casa sin que me vean.

—¿Cómo una vulgar ladrona?

—Igual. Quería verte —confiesa seductora.

—Nos vimos ayer —respondo agitada.

—Ya, pero tuve que huir como una delincuente por la ventana.

—Esto no está bien, Ana.

—Lo que no está bien, es que te desee como lo hago y que tú te resistas —susurra atrayéndome a ella.

—No lo hago, dejé de resistirme.

Ana pasa la lengua por sus labios y me atrae hacia ella para besarnos, como le dije solo puedo entregarme a sus besos hasta terminar en el sofá jadeando para que calme el deseo que me hace sentir la hija de los dueños de la finca.

Las dos terminamos agotadas y completamente desnudas. Son nuestros estómagos lo que hacen ruido y eso hace que nos miremos y una sonrisa sale de nuestros labios.

—No he cenado —confieso.

—Yo tampoco, recuerda que estaba indispuesta.

—Tengo algo que seguro que te va a gustar —digo incorporándome.

—A ti ya te he comido, Claudia —susurra pegada a mi oído.

—Joder, no puedes hacerme eso.

—¿El qué exactamente? —pregunta alzando la ceja.

—Provocarme como lo haces.

Me levanto antes de que Ana vuelva a hacer alguna de las suyas, me pongo las bragas y una camiseta y voy camino a la cocina. Estoy sacando el táper de la nevera cuando la

escucho entrar.

—Mmmm. Yo quiero probar esas croquetas.

—Ya, me las quisiste robar.

—Mi intención solo era ayudarte —responde encogiéndose de hombros.

Decidimos preparar una ensalada y freír las croquetas. Ana solo saliva cuando parto una de ellas y ve que la bechamel del interior es muy ligera.

—Esto está riquísimo —asegura sin dejar de comer.

Después de cenar y recoger la cocina volvemos al sofá. Ana se sienta en una esquina y pone los pies encima mientras me mira fijamente.

—¿Qué pasa?

—Sabía que venía la sobrina de Tina y al principio pensé una tía de pueblo que pereza...

Voy a protestar cuando ella se inclina y pone un dedo en mi boca para que la deje seguir hablando.

—Cuando te vi en la estación de autobuses por un momento fantaseé con la idea de que fueses tú esa chica de pueblo, lo que no esperaba es que eso fuese una realidad.

—Fuiste muy descortés —aseguro sonriendo.

—Fui amable, en un primer momento prometo que no me fijé, solo vi lo despistadas que ibas y quise ayudarte.

—Ya, tanta amabilidad me abrumó.

—Alterada me dejaste cuando me fijé bien en ti —susurra acercándose a mí.

—No empieces, mi tía está a punto de llegar.

Ana ignora lo que le digo y se abalanza a mis labios que devora con desesperación, se pone de pie y tira de mí para que haga lo mismo.

—No podemos...

—Shhh... Tu tía no entrará a la habitación. Te necesito ya, Claudia.

Caminamos entre besos hasta caer las dos en la cama, la poca ropa que llevamos dura poco encima, ya que nos la quitamos con desesperación, la misma que tenemos por recorrer nuestros cuerpos entre besos y caricias. Si ahora mismo tuviera que elegir un lugar sería los brazos de Ana, porque en ellos me siento segura, no hay nadie que cuestione si lo que hacemos está bien o mal, solo somos dos chicas amándonos en silencio mientras el mundo se pelea por lo que deberíamos de amar o no. Tengo claro que no sé lo que va a durar este pecado, pero lo que sí que estoy segura es que lo voy a disfrutar al máximo.

—Mierda, nos hemos quedado dormidas —protesta Ana saliendo de la cama.

—¿Qué hora es? —pregunto intentando abrir los ojos.

—Tarde, muy tarde. Tengo que salir corriendo.

Me incorporo y miro el reloj que tengo en la mesilla y veo que son las siete de la mañana. Miro a mi acompañante apresurarse para terminar de vestirse.

—No es tan tarde, exagerada.

—Claudia, supuestamente estaba mala, mi madre ha tenido que ir a ver cómo he pasado la noche.

Veo que se pone a dar vueltas por la habitación buscando algo, no se ha colocado la camiseta y sigue desnuda de cintura para arriba.

—Puedes parar de dar vueltas medio desnuda.

—No encuentro el sujetador.

Muerdo mis labios sabiendo que si no está en la habitación seguro este fuera en el sofá.

—Creo que... —digo señalando la puerta.

—No me jodas, no puedo salir y encontrarme con tu tía.

—Salgo yo a buscarlo.

Antes de salir y sabiendo que Tina casi seguro que me verá y me empezará a hacer preguntas, decido mantener una pequeña conversación con mi amante.

—¿Cuándo nos volveremos a ver?

—Este fin de semana es complicado, y más encima ahora mi madre hará preguntas.

—Eso significa que no te voy a ver.

—¿Quieres un poquito más de Ana?

—Idiota —protesto golpeando su hombro.

—Te prometo que cuando pueda vendré y te compensaré—índica guiñándome un ojo para después morderse los labios —. Ahora ve a buscar el sujetador que eres un jodido peligro.

Salgo y voy al sofá para buscar y no lo veo hasta que reparo que está doblado encima de una de las sillas que hay junto a la chimenea. Sé que mi tía ha tenido que recogerlo y doblarlo, por suerte había no dejado ropa mía tirada. Cojo el sujetador y voy a la habitación para dárselo.

—Toma —digo con la puerta entreabierta.

—Nos vemos, morena.

Antes de caer en la tentación de volver a entrar y besarla, cierro la puerta y voy a la cocina, aunque ella no haya dicho nada, sé que mi tía está ahí.

—Buenos días —saludo entrando.

Tina alza la vista y me mira fijamente antes de decir absolutamente nada, sé que sabe que no he pasado la noche sola, pero no veo en su rostro ningún reproche por lo que he hecho.

—¿Quieres café? —pregunta.

—Sí, por favor.

—Quizá alguien más quiere un café —suelta.

Ahí está lo que me temía, no sé qué decir, así que cojo la taza que me ofrece y bebo bajo su atenta mirada.

—No soy nadie para juzgar lo que haces, Claudia, pero esto que hacen no es lo correcto.

—No puedo controlarlo —confieso.

Mi tía me mira con nostalgia sabiendo que cuando hay algo que te impulsa a ello no hay nadie que pueda poner control a los sentimientos.

—Sé que no es correcto lo que hacemos, somos dos mujeres.

—Espera, no te juzgues por sentir o amar, Claudia. Da igual que seáis dos mujeres, el amor llega y no entiende de nada. Mi única queja es que vas a sufrir, como ya te he dicho venís de mundos distintos, a ella no le van a permitir estar jamás con una mujer. Hay una vida estipulada para Ana y querida sobrina, tú no entras dentro de esos planes.

—No me parece justo.

—Nadie ha dicho que la vida lo sea. Esto es una realidad, Ana se casará con un hombre adinerado, tras un acuerdo que hará Eduardo con el hijo de algún amigo.

—Eso no puede ser, no pueden planificarle la vida.

—Aquí no importan los sentimientos, sino una posición social. Bastante rebeldía ha mostrado Ana para que la dejaran estudiar medicina, porque su padre tenía otros planes para ella.

Me quedo en silencio, dejo la taza de café vacía en la mesa y pienso lo injusta que puede ser la vida. Yo naciendo en una familia humilde tengo mucha más libertad de lo que Ana

puede tener y eso que ella puede tener todos los lujos que quiera. Veo que Tina va a salir de la cocina y una duda me asalta.

—¿Te has enamorado alguna vez?

—Sí —responde agachando la cabeza.

—¿Qué pasó?

—No pudo ser, veníamos de mundo diferentes.

—¿Duele?

—Mucho, y durante demasiado tiempo. Pero la vida sigue, no te conformes con migajas como he hecho yo, Claudia.

—¿Sigues enamorada?

—Hasta las trancas.

—Lucha por eso que sientes, Tina.

—Ojalá pudiera —dice agachando su cabeza cuando una lágrima se escapa de sus ojos.

En un impulso me abrazo a mi tía y esta se aferra a mí como un salvavidas, escucho como intenta contener todas las emociones que se le agolpan, su cuerpo tiembla y su respiración se entrecorta. Si algo tengo claro es que no quiero sentir lo que está sintiendo ahora mismo ella. El amor no puede ser tan cruel. Cuando está más calmada se separa de mí para mirarme.

—No dejes que nunca nadie te haga llorar por amor, cariño —indica besando mi frente para salir de la cocina e irse de la casa.

Me siento en el sofá ese en el que anoche disfrute tanto con Ana y pienso en las palabras que me ha dicho mi tía y me convengo de que ella es diferente y jamás permitirá que le controlen la vida.

Capítulo 10

El fin de semana pasó sin poder ver a Ana. Como me había dicho, continuaron las visitas a ver al hijo mayor de los Villar. Con mi tía no volví a tocar el tema del amor, aunque tenga una curiosidad inmensa por saber quién es el hombre que le ha hecho llorar.

Llega el viernes y yo no he podido ver a Ana en toda la semana. Ahora estoy en la cocina intentando hidratarme, porque en pleno agosto el agua no se mantiene fría, y eso que, ahora empezamos mucho antes a trabajar para no coger las horas de más calor.

—Quiero una bañera con hielo y sumergirme en ella.

—He hecho limonada —dice Maite sacando una jarra de la nevera.

Tanto Ricardo como yo nos servimos grandes vasos y comenzamos a beber como si fuera la última gota de agua que hubiese en un desierto.

—Bebe despacio o te hará daño —me regaña mi tía.

La ignoro y vuelvo a llenarme el vaso y beber de nuevo rápidamente provocándome un dolor intenso en la sien y teniendo que parar de beber para quejarme.

—Te lo dije —vuelve a regañarme mientras hace que la mire a los ojos.

—Estoy bien, es solo que tenía mucha sed.

—Pues debes beber más despacio —interviene Maite.

Miro a las dos mujeres que me observan con cara de preocupación, mientras veo que Ricardo bebe con más moderación que yo.

—Quédate aquí, lo que queda lo puedo hacer yo solo.

—No, yo voy —digo, poniéndome de pie y volviendo a sentarme del mareo que acabo de sentir.

—De aquí no te mueves —asegura Tina.

—Ella no va a ninguna parte —indica Maite a Ricardo.

Él sale de la cocina en silencio y yo no me encuentro muy bien, aunque no entiendo por qué, ya que hasta hace un momento estaba perfecta. Me dejan un rato y apoyo la cabeza en la mesa a ver si se me pasa.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta mi tía preocupada.

—Tengo mareos y no lo entiendo.

—Puede que sea la tensión —se escucha en la entrada de la cocina.

Al girarnos es Ana la que ha hablado, aunque eso ya lo sabía, esa voz es inconfundible.

—Me he encontrado a Ricardo y me ha dicho que Claudia se encontraba mal —dice acercándose a mí para tomarme de la mano.

Tanto Tina como Maite se apartan y veo a Ana, se acerca y sujeta mi mano, la veo concentrada tomándose el pulso mientras mira su reloj. En cualquier otro caso le diría alguna tontería, pero el cuerpo comienza a pesarme demasiado y no tengo fuerzas para nada.

Ana suelta mi mano y va directa a la nevera, saca una Coca-Cola, camina con paso firme hasta donde estoy yo y la coloca en la mesa.

—Bebe —exige.

—Será si quiero —protesto apoyando mi cabeza en la mesa.

—Hazle caso a Ana y haz lo que te dice —suelta mi tía enfadada.

Bebo a sorbos la Coca-Cola bajo la atenta mirada de las tres mujeres que tengo delante.

—¿Qué ha podido pasarle? —pregunta mi tía.

—Le ha bajado la tensión; ha debido de ser por la limonada.

—Pero si a Ricardo no le ha pasado nada —apunta Maite.

—Cada persona es un mundo, a ella se la ha bajado, ya debía de tenerla baja y el calor tampoco ayuda demasiado.

—Eso le pasa por beber rápido —asegura Tina.

Ana sonríe y Maite niega con la cabeza, mientras yo tengo las fuerzas justas para seguir bebiendo.

—Vamos —tira de mí Ana, para que me ponga de pie.

—No puedo.

—Sí que puedes —asegura mirándome fijamente—. Me la llevo a la sala de estar, allí está el aire acondicionado.

Veo la cara de terror de las dos mujeres y por un momento no entiendo nada hasta que Ana habla.

—Él no está. No dejaré que se acerque a ella.

Mi tía asiente y Ana me guía hasta llegar a una sala que es tan grande como la casa de mi tía.

—¡Joder! —exclamo.

—Vamos a una sala más pequeña donde suelo ponerme a estudiar.

—¿Tienes sala de estudio? —pregunto asombrada.

—Sí.

—¿No es tu cuarto?

—No. Veo que estás mejor —comenta sonriendo.

—Qué va, me encuentro súper mal.

—Ya, claro. Vamos anda.

Cuando entramos, hay un escritorio enorme y un sofá en una esquina, Ana va al panel y enciende el aire mientras yo sigo de pie admirando una estantería llena de libros de medicina.

—Tumbate en el sofá —dice señalándolo.

—¿Quieres hacer cosas? —pregunto burlona al encontrarme mejor.

—Realmente te he pedido que te acuestes para explorarte —susurra pegándose a mí.

Mi respiración comienza a agitarse y muerdo mis labios al pensar en ella, recorriendo mi cuerpo desnudo entre sus brazos.

—Deja de babear y acuéstate.

—No puedes tener ese poder sobre mí.

—Yo no estoy mucho mejor, Claudia, solo que yo puedo controlar mi expresión, en cambio, tú, eres como un libro abierto cuando estás excitada.

—No me parece justo —protesto tumbándome.

—Nadie dijo que la vida fuera justa.

—¿Quieres que me quite algo? —pregunto sonriendo.

—No —responde y se sienta en la silla que está detrás del escritorio.

—Ibas a explorarme —afirmo entrecerrando los ojos.

—He cambiado de parecer, creo que ya estás mejor, no hará falta. Solo descansa un poco.

—Eres una aburrida.

—Y tú un jodido peligro. En casa de mis padres no va a pasar nada.

—Puedo ser silenciosa cuando quiero.

—No lo dudo, pero yo creo que no lo soy, y lo último que quiero es que entre mi madre y me vea con...

—Con la sobrina de una sirvienta.

—No, Claudia, da igual de quien seas hija, sobrina, nieta. Ya bastante rebelde soy, como para que me pillen con una mujer, a mí casi seguro me sacaran de aquí y a ti se te pueden complicar los estudios si te echan de la finca.

—Mi tía sospecha algo.

—Tu tía siempre ha sido mi vía de escape, ella jamás nos va a juzgar.

—¿Has estado con más mujeres? —pregunto incorporándome.

—No, no me ha visto con nadie, pero sí que ha sido mi paño de lágrimas muchas veces.

Me quedo en silencio al saber que mi tía puede saber muchos secretos de Ana, tengo que preguntarle qué cosas sabe de ella.

—No va a contarte nada, así que quita esa cara de pervertida.

—Odio que sepas lo que estoy pensando.

—Yo ahora mismo estoy odiando no poder besarte.

Me pongo en pie y me voy acercando a ella.

—Ni se te ocurra, Claudia.

La ignoro hasta quedar justo detrás del escritorio y quedarme en frente de ella con las manos apoyadas en la mesa.

—Te salvas porque estoy sucia del trabajo.

—Si supieras lo que me pone al verte así —susurra.

Trago saliva y decido, que es mejor volver a sofá, porque si seguimos con este juego soy capaz de ir donde está ella y pedirle que me devore.

Una vez recostada y después de llevar varios minutos en silencio en los que yo miro al techo y Ana, está leyendo algo, vuelvo la mirada hacia ella para hacer una pregunta que me come por dentro.

—¿Por qué debo tener cuidado con Ángel? —pregunto para confirmar que es cierto lo que me ha dicho mi tía.

Ana alza la vista y me mira fijamente y tras recostarse en la silla me responde.

—Porque es un depredador. Si le gustas, irá a por ti sin dudarlo y una vez saciado intentará que te saquen de aquí.

—Vaya.

—Sí, vaya. Es mi hermano, pero es un cabrón de mucho cuidado que mi padre le ha permitido todo. Si lo ves huye o no sé, pero no te acerques.

—Huir no podré.

—Sabes a lo que me refiero, Claudia. Con suerte se irá a un piso en el centro y así saldrá de aquí y tú estarás más tranquila.

—No creo que se fijara en mí.

—Eres preciosa y joven, dos cosas que Ángel aprecia en una mujer.

—Nunca he estado con un hombre —aseguro mientras miro al techo.

—Pues si en algún momento llegas a estar con alguno, que no sea mi hermano.

—¿Eso significa que entre tú y yo no hay nada?

—Eso significa que, aunque me jodiera que te acostaras con otra persona, eres totalmente libre de hacerlo.

Reflexiono sobre las palabras de Ana. Cierro los ojos para poder relajarme y no seguir

bombardeando a la mujer que tengo en frente a preguntas y en ese momento mi mente se queda en blanco y me dejo llevar por el cansancio acumulado en un profundo sueño.

Capítulo 11

—Claudia, cariño —escucho mientras siento mecer mi cuerpo.

Los párpados me pesan y cuando me despierto tengo delante de mí a mi tía con una sonrisa al ver que he abierto los ojos.

—Tenemos que irnos a la casa —dice haciendo que me incorpore.

Miro a mi alrededor y no hay resta de Ana y la decepción se refleja en mi rostro.

—Se acaba de marchar, la ha llamado su padre. Vámonos antes de que te vean aquí —me apura poniéndome de pie.

—¿Cuánto he dormido? —pregunto desorientada.

—Son las cinco de la tarde.

—¡Madre mía! ¿Cómo he podido dormir tanto?

Mi tía sonrío y mira al aire acondicionado que sigue refrescando la habitación, la verdad es que eso hace que sea agradable dormir, y no el calor asfixiante que alguna noche hemos tenido que soportar.

Camino en silencio detrás de mi tía hasta llegar a la cocina, veo a Maite que viene directa donde estoy.

—Qué bien que ya tengas color de una persona —dice abrazándome.

—Antes era una persona igual —aseguro devolviendo el abrazo.

—No viste la cara que tenías —comenta apartándose de ella y dejando un beso en mi frente.

Sonrío al ver que, aunque lleve poco en esa casa, con el servicio me siento como alguien que lleva toda la vida viviendo allí. Sentirme protegida por las compañeras de mi tía es algo maravilloso. Jamás pensé que pudiera estar tan a gusto.

—Lo mejor que me ha pasado es haberos conocido —aseguro con un nudo en la garganta.

—Oye que me voy a poner celosa —suelta Tina haciéndose la enfadada.

Me giro para mirar a mi tía y la abrazo igual que hice con Maite y esta me lo devuelve acariciando mi larga melena.

—Yo también quiero uno —se escucha detrás de nosotras.

No suelto el agarre de mi tía, sé a quién pertenece esa voz y también la consecuencia que podría tener deshacer el abrazo e ir a por ella. Ana es capaz de solo con su voz ponerme nerviosa, esa chica, ya mujer, sabe hacer que mi cuerpo tiemble sin control como jamás pensé que pudiera hacerme sentir nadie.

—Hola —dice cuando mi tía se aparta.

—Hola —respondo bajando la vista.

—Me alegra que estés mejor —indica poniendo un dedo en mi barbilla para que alce la vista.

—Gracias.

No sé por qué ahora siento una vergüenza inmensa, esa que no tuve en el despacho, pero estar bajo la mirada de Tina y Maite me hace sentir vulnerable y esa sensación a Ana le gusta, porque muerde su labio inferior sin dejar de mirarme directamente a los ojos.

—Me encanta cuando te ruborizas —susurra pegándose a mí para dejar un beso en mi

mejilla y marcharse de la cocina.

Me giro a ver a las dos mujeres que tengo justo detrás de mí y cuando lo hago ellas se ponen a hacer cosas distraídas.

—Mierda —maldigo poniendo las manos en mi cara.

—Ve a la casa, yo iré en un rato.

Le hago caso y salgo de la cocina, comienzo a caminar rápido, no sé por qué algo en mi interior me dice que huya, pero el vértigo que acabo de sentir al verme tan vulnerable al lado de Ana hace que un miedo en mi interior se apodere de mí. ¿Y si este juego se me va de las manos? ¿Si ella solo quiere reírse de mí? Mil preguntas se agolpan en mi cabeza y ninguna tiene respuesta y si la tiene es porque mi miedo las responde y todo indica que esto es una jodida locura y que no debo continuarla.

Llevo más de una semana en que no he visto a Ana, es como si se la hubiera tragado la tierra, al que sí he visto es a Ángel, pero por suerte siempre ha estado demasiado entretenido como para fijarse en mi presencia.

Es sábado después de comer, mi tía está sentada en su máquina de coser mientras hace algo, que a mí se me antoja aburridísimo; he intentado mantener una conversación con ella, pero solo obtengo respuestas cortas y directas.

—Me estoy aburriendo —protesto al ver que no me presta atención.

Ella me mira a través de las gafas que tiene para ver de cerca y sonrío.

—Ya queda menos para que empieces la universidad, así no tendrás la opción de aburrirte.

Me acuesto en el sofá y tapo mi cara con la almohada, tengo ganas de preguntarle a mi tía del por qué no he visto a Ana, pero no quiero que pueda empezar con sus preguntas o hacerme dudar como ya lo hizo una vez, que una mujer como Ana nunca estaría con alguien como yo.

No dejo de estar quieta, ya no sé ni qué postura ponerme, necesito volver a verla y esa ansiedad que comienzo a sentir me está poniendo demasiado nerviosa.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—Me aburro, ya te lo dije.

Ella resopla y deja lo que tiene en las manos encima de la máquina de coser.

—¿Quieres preguntar algo?

—No. Solo no quiero abu...

—Aburrirte. Ya me lo has dicho, Claudia. Sal a dar una vuelta.

—¿Puedo?

—Claro que puedes —afirma entrecerrando los ojos.

—Antes no me dejaban.

—Ángel no está, puedes perderte entre los Álamos —comenta riendo.

—¿Dónde está?

—Ángel salió de viaje con los amigos, volverá el jueves.

—Ella —logro decir nerviosa.

—Claudia...

—No puedo evitarlo, Tina, no sé qué es lo que me pasa, pero necesito verla.

—Esto de traerte aquí no ha sido buena idea —dice levantándose de su silla y dar vueltas por la sala.

—No digas eso. Sé que lo importante es terminar la carrera y conseguir mis objetivos.

—Ella tiene otros, cariño. Está en el último año de carrera, empezará a trabajar, tendrá un

marido y unos hijos...

—Déjame solo disfrutar de este tiempo, solo quiero mirar el ahora, no quiero pensar en un futuro, hay que disfrutar del momento.

—Aquella niña que no salía de debajo de las faldas de su madre ya es toda una mujer — asegura sonriendo mientras me mira con ternura.

—¿Dónde está? —insisto.

—Vino ayer de pasar unos días en Mallorca.

—Vaya —digo bajando la mirada, sabiendo que no ha intentado verme.

—Me preguntó por ti.

Alzo la vista y miro con una sonrisa a mi tía esperando que me diga lo que ha preguntado Ana.

—No pienso decir nada más.

—Venga, Tina —insisto poniendo ojitos.

Ella sacude la cabeza, tras masajearse la sien y tomar una bocanada de aire decide hablar.

—Da una fiesta esta noche, me ha dicho que vayas...

Me levanto de golpe del sofá y me pongo a dar saltos, ha pensado en mí, quiere que vaya a verla. Abraza a mi tía y voy corriendo a la habitación.

—No te he dado permiso —comenta seria.

Pongo morritos mientras junto las manos, para suplicar que me deje ir.

—Me portaré bien, solo será un rato, lo prometo.

Antes de que pueda decir nada, se escucha cómo golpean la puerta, nos miramos sin entender quién puede ser y es mi tía quien decide caminar hasta la puerta y abrirla.

Los ojos de Ana se posan en los míos, yo tengo que controlar las ganas que tengo de besarla. Permanezco quieta en el mismo sitio sin dejar de apartar la mirada de sus ojos. Ella termina apartando la vista y fijándose en mi tía que nos mira con atención.

—He venido a invitarla a la fiesta, supuse que no le había dicho nada.

—No sé si es buena idea, Ana.

—Tina, es solo una reunión de amigos.

—Pero Claudia no es de tu grupo de amigas.

—No son los estirados, Tina, sabes que tengo amistades de todo tipo, te prometo que Claudia se sentirá bien. Déjala disfrutar solo hoy, las clases están a punto de empezar y después no tendrá un respiro.

—Yo quiero ir —suelto de pronto.

Tina se mantiene en silencio mientras nos mira a las dos alternativamente. No sé por qué se hace la dura, si podía estar segura de que la hubiera convencido de no ser así, no me diría jamás que Ana me había invitado.

—Vale, pero te quiero aquí antes de las doce.

—Vale, estaré a esa hora —aseguro entrando en la habitación para cambiarme.

—¡Ponte el bikini! —escucho gritar a Ana.

Un cosquilleo sube por mi cuerpo y se instala en mi pecho, no sé por qué la idea de estar en una piscina junto a la mujer que me ha hecho descubrir el sexo me pone nerviosa y excita a partes iguales.

Capítulo 12

Salimos de la casa y el calor abrasador del mes de agosto hace que mire hacia arriba al observar el sol y cómo el cielo está totalmente despejado.

—Debí de ponerme protector solar.

—Tengo en la casa.

—¿Me lo pondrás? —pregunto sonriendo.

—Me encantaría poder ponértelo, Claudia —dice, mordiendo su labio.

Mi respiración casi se corta por la manera en que tiene Ana de mirarme, esa chica es capaz de seducir tan solo con sus ojos, sin decir absolutamente nada.

—¿Sabes el poder que tienes con tu mirada?

—Lo sé y me gusta que en ti cause ese efecto.

—¿En quién más causa ese efecto?

—Eso da igual, ahora mismo lo único que me interesa, lo tengo delante... El resto no importa.

Saco mi lengua mientras la paso por mi labio inferior para terminar mordiéndolo, eso causa que la mujer que tengo delante eleve las cejas y una sonrisa traviesa se le escape.

—¿Podrás aguantar hasta llegar a la casa? —susurra en mi oído haciendo que pare de caminar.

—No lo sé —aseguro nerviosa.

—Tira anda, que al final...

—Al final, ¿qué? —pregunta retándola.

Ana mira para ambos lados y tira de mí hasta entrar en la casa. Sin que me lo espere, pega mi espalda a la pared, mientras recorre mi cara con su mano y termina un dedo en mi boca.

—Te estás portando muy mal, Claudia —susurra haciendo que abra la boca e introduce su dedo dentro.

Estoy tan excitada que no puedo controlar el impulso de apartar su mano y tirar de su nuca para devorar su boca. Ahora es Ana la que tiene la espalda pegada a la pared mientras yo meto una de mis piernas entre las suyas y hago presión arrancando un gemido que ella ahoga en mi boca.

Es el sonido de una puerta que se abre, es lo que nos hace separarnos de golpe. Ana agarra mi mano y tira de mí para que corra junto a ella hasta llegar a la parte de atrás de la casa. Abre la puerta y da acceso a un inmenso jardín que desde fuera nunca vi y la realidad es que no entiendo por qué Ricardo nunca me ha traído aquí para arreglarlo.

—Vaya —es lo único que puedo decir.

—¿Sorprendida?

—Sí. Lo que no sé es que, si me ocupo de los jardines exteriores, por qué nunca he entrado aquí.

—Porque esto lo hace Ricardo solo, mi padre es muy estricto con la gente que puede acceder a la casa.

—¿Cuándo lo hace?

—Qué curiosa eres, Claudia —comenta riendo.

—Perdona.

—Oye —dice para que la mire a los ojos—. No tienes que disculparte por eso. Lo hace los sábados por la mañana. Y ahora dejemos de hablar del jardín y Ricardo, vamos a la piscina.

Ana pasa la mano por mi cintura y hace que la siga hasta llegar a la zona donde está la piscina y yo creo que estoy en un jodido sueño.

—No hay nadie.

—No, vendrán más tarde.

No sé qué decir y me mantengo en silencio observándolo todo a mi alrededor. Cuando me doy cuenta de que Ana se está quitando la ropa y se queda en bikini junto a mí. Mis ojos, de forma inconsciente, van a su pecho.

—¿Te gusta lo que ves?

—Me gusta.

—Pues yo también quiero ver —exige.

Me voy quitando lentamente la ropa, lejos de ruborizarme, me gusta que ella no aparte la mirada mientras lo hago, me tomo mi tiempo en quitarme cada una de las prendas haciendo que Ana no deje de observarme y su deseo se ve en esa mirada que me atrapa y hace que me vuelva loca.

—Si pretendes torturarme, lo haces de maravilla.

—Solo me quito la ropa —respondo encogiéndome de hombros.

—Ya, pero tú y yo sabemos que hay formas, y la que estás utilizando es porque quieres jugar.

—¿Jugar?

—Sí, y me encanta esto, Claudia.

—Yo no he jugado antes.

—Lo sé, pero lo haces muy bien, solo tienes que hacer lo que te apetece.

—Me apetece mucho...

—¿El qué? —pregunta pegando su cuerpo al mío.

—Entrar en la piscina. Hace mucho calor —susurro en su boca, para después pasar mi lengua por sus labios y separarme.

Camino bajo la atenta mirada de Ana hasta llegar a las escaleras, sé que me está observando y eso me encanta. Antes de entrar me giro y sigue sin moverse del sitio.

—¿Vienes?

Ana camina despacio hasta llegar a mi altura, agarra mi cuello y lo siguiente que siento es su lengua pasar mis labios, abro la boca y dejo que la recorra. El calor sube por mi cuerpo y noto un cosquilleo entre mis piernas. Hago que se aparte, porque no creo que sea capaz de resistirme sin arrancarle el bikini.

—Tus padres.

—No hay nadie en la casa, ya te lo he dicho. Quiero devorarte, Claudia, y lo quiero ya.

No me da tiempo de responder, tira de mí hasta que llegamos a una de las hamacas, ella hace que me acueste y se coloca encima recorriendo mi cuerpo con su lengua. Primero me quita la parte de arriba y se entretiene en mi pecho mientras yo arqueo la espalda intentando buscar de alguna forma contacto en mi sexo. Ella se da cuenta y aparta su pierna.

—Todavía no —susurra en mi boca.

Estoy perdida en sus manos, ella es la que controla todo y yo simplemente me dejo hacer, descubrir el sexo con Ana es la mejor sensación del mundo, sabe lo que hacer en cada

momento para mantenerme con el placer justo y no morir de desesperación. Me da la dosis justa para tenerme contenta sin llegar a que puede explotar como me gustaría hacerlo, la tortura a la que me somete me encanta.

—Te necesito —suplico.

No sé exactamente el tiempo que ha pasado amándonos en la hamaca que fue testigo de nuestros orgasmos y susurros. Las dos estamos ahora sentadas en el borde de la piscina después de habernos puesto el protector solar y prometer que nos portaremos bien.

—¿A qué hora llegarán?

—A las seis. ¿Por qué?

—Por saber, solo era curiosidad.

—¿Tienes alguna otra curiosidad que pueda resolver? —pregunta pegándose a mí.

No soy capaz de responder, Ana sujeta mi cara y me besa, es suave, no hay desesperación por besarnos.

—Señorita, Ana —escuchamos detrás de nosotras.

Yo me aparto rápidamente, como si me quemara.

—Perdone, era para comunicarle que sus amigos ya han llegado.

—No pasa nada, Luisa. Hágalos pasar.

—Qué vergüenza, creo que no debería estar aquí —digo poniéndome de pie con la intención de ir a buscar mi ropa.

—No seas tonta, Luisa no va a decir nada.

—Es compañera de mi tía y mía, joder. Es que esto es una locura.

—Espera —me pide sujetando mi brazo—. No hacemos nada malo, Claudia, ella es discreta como el resto del personal. Yo quiero que estés aquí, mi familia no está y no llegará hasta el lunes, quiero pasar tiempo contigo antes de que lleguen.

—Esto está mal —protesto agobiada.

—Mierda, Claudia, no huyas.

—Todo esto es nuevo para mí, Ana. Si tu familia se entera... Ya me dijiste lo que podía pasar, yo no quiero joderme mi futuro por algo que no va a ser.

—Lo sé, confía en mí. Disfrutemos del momento, dejemos el mañana para cuando sea.

Agacho la cabeza pensativa, lo que dice Ana es cierto, tenemos que disfrutar del momento, antes de que pueda darle una respuesta escucho gritos mientras entra un grupo de chicas y chicos. Cuando me quiero dar cuenta, la mujer que me hace suspirar me está presentando a su grupo de amigos.

Capítulo 13

Comienza a entrar gente y corren donde está Ana para saludarla. Sin darme cuenta, me aparto cohibida, no es hasta que la mujer que tengo a mi lado me agarra del brazo y hace que me acerque a ella, es entonces cuando me doy cuenta de la distancia que había entre nosotras.

—Ven, no muerde ninguno.

—O al menos no siempre —dice una chica rubia guiñándome un ojo.

—Aparta tus sucios ojos de ella —le advierte Ana.

—Compartir, Ana, hay que compartir.

Miro con asombro tras las palabras de la rubia y después de unas miradas entre ambas, comienzan a reírse y se abrazan.

—Soy Irene —se presenta la rubia plantándome dos besos.

—Yo Claudia —respondo, algo cohibida.

—Me encantan las tímidas —asegura mirando a Ana.

—Lárgate de aquí, pervertida.

Irene se marcha tras volver a guiñarme un ojo y yo miro a la dueña de la casa sin entender muy bien lo que acaba de pasar.

—Vamos a presentarte al resto, anda —comenta mientras me sujeta del brazo.

—Espera —digo parando mi marcha—. ¿De qué los conoces?

—Son de la universidad.

—Esa chica de antes...

—¿Irene?

—Sí, ella. Ella es como nosotras.

—¿Cómo somos nosotras? —pregunta con una sonrisa en los labios.

—Que le gustan las chicas.

—¿Te gustan las chicas, Claudia?

Me quedo en silencio, porque realmente no tengo una respuesta correcta a su pregunta. Nunca me había planteado lo que me gusta o no, simplemente la conocí a ella y rompió todo lo que había pensado de lo que sería mi vida. Un marido, hijos...

—No, Irene simplemente sabes quién eres, yo le he hablado de ti.

—¿El qué?

—Eres demasiado curiosa, Claudia —dice golpeando mi nariz con un dedo—. Te presentaré al resto.

—No me has respondido —protesto.

—Ni lo voy a hacer.

Ana comienza a caminar y yo la sigo. Media hora después ya sé quién es cada uno. Se dedican a contar anécdotas de la facultad. Yo solo observo y veo como esa mujer que me ha hecho descubrir el sexo y una parte de mí, ríe como una niña, está feliz y no sabía hasta ahora lo que me gustaba verla así.

Algunos se ponen a encender la barbacoa, mientras la chica de servicio que antes nos pilló, saca unas bandejas con aperitivos, Ana e Irene se dirigen dónde está ella y yo al ver que es para ayudarla, voy detrás.

—Toma pon eso en la mesa, debajo de la pérgola —indica Ana a Irene.

—Puedo ayudar —digo poniéndome a su lado.

—Ve con Luisa a la cocina y trae lo que falta.

Trago saliva al saber que voy a tener que ir con ella, en ese momento no sé si es adecuado o no. Ana me observa y al ver que no me muevo me sujeta del brazo.

—Disculpa, Claudia, no quería que fuese una orden, ya voy yo.

—No es eso —digo avergonzada—. Es que me da cosa que me pregunte algo —susurro muy cerca del cuerpo de la anfitriona.

—Ella no te va a preguntar nada.

—¿Y si lo hace? —pregunto haciendo que nuestros cuerpos se rocen.

Ana sonríe y yo quedo completamente embobada mirándola porque esa mujer en el poco tiempo que nos conocemos se ha colado dentro, más de lo que yo he podido controlar.

—Si me sigues mirando así voy a tener que llevarte a mi habitación.

Noto el rubor en las mejillas porque lo que acaba de decir lo ha hecho delante de Luisa y esa mujer solo me ha mirado y sonreído.

—Lleva esto a la mesa, yo iré a recoger unas cosas dentro —me indica dejando una bandeja en mis manos.

La noche pasa demasiado rápido cuando me quiero dar cuenta, son las once y media, solo me queda media hora para marcharme y es algo que no quiero, me he sentido tan a gusto con el grupo de amigos de la mujer que me hace suspirar, que no quiero marcharme.

—Deja de mirar el reloj —me advierte Ana.

—Es que ya es tarde.

—Depende para qué cosa, todavía es temprano —asegura Irene con una sonrisa.

—Puedes dejar de hacer que se ponga roja —le pide Ana a Irene.

—Es que me encanta, es tan, no sé cómo definirlo.

—Inocente —suelta Paloma, otra de las chicas del grupo.

—No soy inocente —respondo enfadada.

—Ser inocente no es malo, yo lo fui en un momento de mi vida, hasta que estas dos degeneradas —indica, señalando a Irene y Ana—, me hicieron darme cuenta del mundo que había fuera del pueblo donde había vivido hasta el momento.

—Esa sensación de descubrir a alguien por primera vez es lo más exquisito que he sentido nunca —asegura Irene.

—¿Con los hombres no es distinto? —pregunto.

—Ves ese que parece muy seguro de sí mismo —dice señalando a Mateo, un chico alto, rubio y de ojos claros—. La primera vez que estuve con él fue algo maravilloso, era delicado, dulce, atento, ni siquiera sabía cómo tocar a una mujer. Simplemente, fue increíble descubrírnos a la vez.

—¿Ya no lo es?

—No —dicen a la vez Irene y Paloma.

Miro a Ana sin entender y por cómo se ríen las tres mujeres que tengo delante, sé que todas han pasado por su cama.

—Todas nos hemos acostado con el guapo de medicina. ¿Tú has visto cómo está? —suelta la rubia mirando a Mateo de forma descarada.

—Yo... creo que... Es guapo, pero...

Las palabras no me salen, el chico es guapo, pero no hay nada de ese muchacho que puede atraerme o me llene de curiosidad como lo puede hacer con la mujer que me acuesto.

Intento fijarme en los otros tres chicos que hay y me doy cuenta de que con ninguno de ellos me acostaría, no podría, no me sentiría cómoda. Sin embargo, miro a las chicas que hay y no dudaría en acostarme con alguna de ellas. Trago saliva al darme cuenta de que estoy descubriendo una parte de mí que hasta ahora estaba acallada.

—No me gustan los hombres —confieso ruborizada.

—No es nada malo eso, a nosotras simplemente nos gusta disfrutar del sexo y si es bueno, mucho mejor —comenta Paloma.

—Amén, hermana —dice la rubia riendo.

Miro a Ana que también ríe por el comentario y tengo mil preguntas que se agolpan en la cabeza, sé que esto que hacemos es sexo, pero y si me estoy enamorando de la mujer que tengo delante de mí, ¿cómo voy a controlar eso?

—¿Nunca se han enamorado? —pregunto al trío de chicas.

Ninguna responde, solo se miran entre ella y al final niegan con la cabeza, todas, menos Ana, ella solo me mira y tras encontrarse con mis ojos agacha la cabeza. Siento cómo Paloma e Irene se levantan y caminan donde está el otro grupo reunido. Nosotras seguimos en silencio.

—Mírame —le pido.

Ella hace lo que le pido y termina alzando la vista.

—¿Te has enamorado alguna vez? —pregunto.

—No puedo, no debo enamorarme, Claudia, mi vida... —empieza a decir Ana.

—Tu vida, ¿qué? —la corto antes de que pueda seguir.

—Tengo que casarme con un hombre y tener hijos, eso es lo que se espera de mí.

—¿Tú quieres eso? —le pregunto.

—No, claro que no quiero eso. Mierda, Claudia, cambiemos de tema.

—No quiero —protesto.

—La primera vez que estuvimos juntas, sabía que me ibas a complicar la vida, y ahora lo tengo claro que lo harás. Escúchame —dice sujetando mis manos—. No puedo darte más que esto, sexo en las ocasiones que podamos, esto es lo que ofrezco, está en tu mano seguir o huir.

—No quiero huir, te quiero a ti —afirmo.

—Joder, Claudia, esto no funciona como crees. Mi vida es más compleja que la tuya, no soy libre, aunque lo parezca.

—Pues vaya mierda —aseguro.

—Sí, una muy grande. Hagamos algo, no miremos el futuro, vivamos el presente, el ahora y disfrutemos de él, sin expectativas, ni reclamos, solo dos chicas que disfrutan del momento.

—¿Si me enamoro?

—No lo hagas, eso no se puede —me pide.

—Yo no mando en mis sentimientos, Ana.

—¿Crees que yo sí? —pregunta levantándose de la silla cabreada—. No los controlo, Claudia, no controlo nada de esto que está pasando, pero tengo que ser consciente que no puedo ofrecerte más de lo que te estoy diciendo, no me lo pongas difícil, por favor.

Me quedo en silencio, sé que si vuelvo a protestar la perderé y no quiero eso, aunque sea en el ahora, prefiero tenerla a que se aleje de mí.

—De acuerdo, vivamos el ahora —acepto.

Muerde sus labios y se acerca dónde estoy sentada, pone una mano a cada lado de la silla

y se agacha hasta que sus labios se unen con los míos, es un beso suave, sin la desesperación que últimamente tenemos, mi interior burbujea de felicidad y pienso que, si esto no es un beso de amor, realmente no sé qué significa eso.

Capítulo 14

La noche transcurre entre risas. Me siento a gusto con los amigos de Ana, en ningún momento me sentí desplazada, me acogieron como una más. He visto al chico que una vez vi junto a la mujer que me hace suspirar, y como ella me confirmó es solo un amigo, sobre todo porque empezó a contar cómo se había liado con uno de los profesores.

—Ahora entiendo la nota que sacas en su asignatura —dice entre risa Jaime.

—Rafa siempre saca buenas notas en todo, no necesita hacer eso —asegura Ana abrazando a su amigo.

Miro el reloj y veo de que es más de la una y me pongo nerviosa.

—Debo marcharme —susurro a Ana.

Ella me mira sin entender por qué me ha entrado la prisa de pronto.

—¿Estás a disgusto? —pregunta dando un toque a mi nariz.

—No, es que es la una y mi tía dijo...

—No puede ser —me interrumpe mirando el reloj—, madre mía, qué tarde es —dice sorprendida.

Mira a su grupo de amigos y luego me mira a mí, para después sonreír y morderse el labio inferior.

—No hagas eso —le pido.

—¿El qué? —me pregunta repitiendo la acción.

—Sabes a qué me refiero.

—¿Por qué no quieres que lo haga?

—Me pasan cosas —aseguro.

—¿Cosas? ¿Qué son esas cosas?

Ana sonríe y me guiña un ojo, mientras mi cuerpo tiembla.

—Buufff —es lo único que sale de mis labios.

Esa mujer hace que mi cuerpo se revolucione con solo una mirada, una sonrisa o una caricia. Ella es capaz de sacar lo peor y mejor de mí.

Trago saliva al darme cuenta de que esto tengo que pararlo, pero ¿quién soy yo para mandar en mi corazón? Cuando va por libre y ha decidido que pierda la razón por la mujer que tengo enfrente.

—¿Estás bien? —pregunta Ana con cara de preocupación.

—Sí —miento—, pero tengo que marcharme —digo, levantándome.

—Espera —dice sujetándome del brazo para que no huya—. No creo que tu tía diga nada porque aparezcas mañana, la hora que es, debe estar dormida. Te prometo que nos despertaremos pronto e iremos hasta la casa.

—Ella se levanta a las cinco de la mañana.

—Pues nos levantamos a las cuatro y media y corremos —afirma convencida.

—No creo que sea lo correcto.

—Claudia —tira de mí para pegarme a ella—. Esto es vivir el momento.

La mujer que tengo delante pega sus labios a los míos sin importarle que sus amigos de la universidad estén presentes, yo no puedo rechazarla y me agarro a su cintura como el último salvavidas lanzado por el barco de rescate. Lo que se escucha después son gritos de alegría

de sus amigos al ver que no somos capaces de separarnos.

—Iros a la cama —suelta, Rafa.

Sonrío y muerdo mis labios para después abrazarme a Ana que no me suelta mientras me susurra que no me vaya.

Al final acepto la petición y dejo de mirar el reloj, volvemos a ponernos todos sentados en una de las mesas y a jugar a las cartas. Las horas pasan y ninguno nos damos cuenta hasta que el cansancio se va a apoderado de unos cuantos.

—Creo que me voy —dice Rafa mirando el reloj.

—Ufff yo también —asegura Irene.

Al final deciden que se van todos, Ana ha intentado decirles que se queden en la casa de invitados que hay junto a la piscina, pero ellos descartan la opción tras decir que su padre les da mucho respeto y que no quieren tentar a la suerte.

Ana se ha ido a despedirlos a la puerta y yo comienzo a recoger algo el jardín, a pesar de que ellos han dejado todo bien, me pongo a colocar las hamacas y limpiar las mesas.

—¿Qué haces? —pregunta, rodeándome por la cintura mientras besa mi cuello.

Mi instinto es quedarme quieta y encogerme tras sentir sus labios.

—Me encantas —asegura pasando su lengua por mi oreja.

—No hagas eso —respondo agitada.

—Esto lo recogerá mañana el servicio, ahora tú y yo vamos a mi habitación.

—Yo soy parte del servicio —digo para que Ana pare.

—Hoy eres una invitada. Decide si quieres que te lo haga aquí o en mi habitación —indica dándome la vuelta y haciendo que apoye el culo en la mesa.

Esa mujer que tengo delante mete su lengua en mi boca, mientras sus manos recorren mi cuerpo y yo me dejo hacer. Tira de mi pelo y mi cuello se queda expuesto, saca su lengua y lo recorre haciendo que me estremezca.

—No, no... quiero... hacer...

No termino la frase y Ana se separa para tirar de mí hasta el interior de la casa. Subimos las escaleras que dan al piso superior lo más rápido que podemos hasta que llegamos a una puerta en la que se para, se gira hacia mí y comienza a besarme nuevamente, mientras yo hago que se pegue a la puerta y ella como puede la abre. Accedemos sin dejar de besarnos, y cuando la desesperación se va a apoderar de mí para sacarle la camiseta de tirantes que lleva puesta, ella se aparta haciendo que la mire con desconsuelo.

—No quiero que sea así, necesito hacerte el amor, Claudia, que sea despacio, sin prisa, sin la necesidad de correr por si nos ven.

No sé lo que decir y me mantengo en silencio. La mujer que tengo enfrente la que se acerca a mí y me besa suave mientras me acaricia, en ese momento como me pasó en la piscina, sé que ese beso es uno de los que se sienten, de los que me hacen temblar las piernas, erizarme los pelos y que mi corazón lata más fuerte si puede por la mujer que tengo delante.

Simplemente, me dejo hacer por ella. Recorre mi cuerpo con sus manos para después hacerlo con su boca, intenta que todo sea lo más despacio y placentero posible, haciéndome desesperar en varias ocasiones y exijo que pare la tortura. Pero ella no cede y disfruto hasta hacerme llegar al orgasmo que mejor he tenido hasta el momento.

Capítulo 15

Es la luz del día es la que me hace abrir los ojos y me doy cuenta de que nos hemos quedado dormidas.

—¡Mierda! —exclamo levantándome de la cama.

—¿Qué pasa? —pregunta Ana sin abrir los ojos.

—Son las ocho, mi tía me mata.

Al escuchar la hora se pone de pie lo más rápido que puede y su cara comienza a palidecer.

—Tienes que salir sin que te vean —afirma nerviosa.

—Pues como no me vuelva invisible, ya me dirás que como lo hago.

—Por la ventana y bajas al jardín, mientras yo entretengo a mis padres.

—¡Estás loca!

—Sshhhhh. Que te pueden oír.

—Te dije que me iba a casa de mi tía, pero tú no, y míranos ahora.

—Teníamos que levantarnos a las cuatro y media —asegura Ana.

—Pues no lo hemos hecho y esto es tu culpa —digo poniendo mi dedo índice en su pecho.

—No te vi protestar cuando te pregunté dónde querías que te lo hiciera.

—Te odio —le aseguro, tirándole una camiseta.

No sé por qué razón voy a la ventana que me indicó y me asomo para valorar las posibilidades que hay de que baje por ahí y tras observar y meditarlo, eso no es una posibilidad.

—Tendrás que buscar otra solución, porque yo no voy a bajar por ahí. Quiero seguir con vida, a ser posible muchos años.

—No es tan alto —dice encogiéndose de hombros.

—Ya, claro, hazlo tú, guapa.

—No vamos a sacar nada si seguimos discutiendo, el tiempo va pasando y la posibilidad de que entren a la habitación es mayor.

—¿Tu padre entra a la habitación? —pregunto asombrada.

—No, mi padre no, pero mi madre sí que lo hace.

—Vale, haremos algo —digo como si una bombilla se me encendiera—, vas a salir tú y cuando mires que no hay nadie salgo yo rápido.

—Me parece...

No termina de hablar porque golpean la puerta y las dos miramos a la vez asustadas. No nos da tiempo de reaccionar cuando vemos cómo el picaporte baja y la puerta comienza a abrirse, Ana corre hacia la puerta mientras yo me quedo quieta en el mismo sitio sin poder moverme. Por suerte la que pasa a la habitación es mi tía con una bandeja. Mi respiración es agitada, la cara de enfado de mi tía podemos notarla las dos y sabemos que ambas hemos rebasado los límites que nos ha puesto.

—Puedo explicártelo, Tina, no es su culpa...

—Vístete —me ordena mi tía mientras deja la bandeja en la cama y me lanza un pantalón vaquero que no sé de dónde ha sacado.

—Tía, yo...

—No me valen las excusas, te dije que te quería ver en casa a una hora, y no solo me has desobedecido, sino encima la hora que es y es como si te acabaras de despertar —me increpa muy enfadada.

—Ella no tiene la culpa, yo...

—Cállate, tus padres están abajo, Ana. ¿Qué le vas a decir? ¿Qué te has enamorado de la sobrina de su ama de llaves? ¿Qué es solo un pasatiempo hasta que te cases con un hombre? ¿Qué ella no es nadie y no importa lo que sienta? Dime qué es lo que les vas a decir.

—Yo —Ana no termina de responder y agacha la cabeza.

No sé en qué momento de la discusión mis lágrimas comienzan a brotar de mis ojos al darme cuenta de que lo que dice mi tía es tan real que duele.

—Tú, ¿qué? —pregunta mi tía.

Ana no responde, no es capaz de hacerlo. Yo me pongo el vaquero rápidamente y la camiseta necesito salir de esa habitación cuanto antes.

—Ella se juega su futuro mientras para ti es un jodido pasatiempo. Aléjate de mi sobrina, Ana.

Me acerco a mi tía y antes de que podamos salir es un grito de Ana lo que nos hace parar.

—¡No puedo alejarme, joder! No puedo.

Mis ojos comienzan a inundarse, sé que los de ella están igual, pero no quiero girarme a mirarla. Mi tía se mantiene impassible, sería no es capaz de decir nada salvo mirar a la hija de los dueños de la casa.

—La quiero, Tina. La quiero como jamás pensé querer a nadie —termina confesando.

—Pues si es así, haz las cosas bien —indica mi tía.

Cuando abrimos la puerta nos encontramos con Isabel de frente, Tina le mantiene la mirada mientras yo agacho la cabeza y Ana parece asustada.

—Mamá, ¿desde cuándo estás ahí?

—El tiempo suficiente.

—Si me disculpa, señora, tengo que seguir enseñando a Claudia a cómo servir el desayuno.

Isabel no dice nada, solo se aparta y nos deja pasar, pero antes de rebasar la puerta por completo, ella sujeta la mano de mi tía.

—Esto hay que pararlo —le dice Isabel.

—Mamá, puedo explicarlo.

—Me vas a explicar, ¿por qué la sobrina de Tina ha pasado la noche en tu habitación? O mejor, ¿cómo vas a hacer para que esa chica no se enamore de ti? Eres una inconsciente Ana, si tu padre...

—Él no se va a enterar, mamá, si ninguna dice nada.

—Cállate, Ana —exige su madre.

—La quiero, mamá, no puedo controlarlo.

—Es mejor que nosotras nos vayamos, señora Isabel.

—Vayan por la parte de la piscina, mi marido está delante hablando por teléfono.

Caminamos en silencio hasta salir de la casa, por suerte no nos encontramos con nadie, solo con gente del servicio que me miran con cara de pena, porque al mirar la cara de cabreo que tiene mi tía saben que me espera un buen rapapolvo.

Cuando llegamos a la casa mi tía no me ha dirigido la palabra durante el trayecto y yo necesito que me diga algo, que reaccione.

—Ve a la ducha.
—No quiero —protesto.
—Ve a la ducha, Claudia.
—Grítame, dime que es un error, lo que sea, pero no me ignores cómo lo haces.
—Lo que tenía que decir ya lo dije en la habitación.
—Se lo dijiste a Ana.
—Estabas delante, lo escuchaste igual que yo e igual que lo hizo Isabel.
—¡Pero yo quiero que me digas a mí!
—Qué quieres que te diga, Claudia. Que esto es un jodido error y te vas a joder, tu vida y tu futuro. ¿Es eso lo que quieres?
—¡Sí!
—Lo sabes, Claudia. Lo sabes y lo peor es que vas a por ella.
—¡La culpa es tuya! —grito de rabia.
—Sí tienes razón, la culpa es mía por permitirte irte ayer con ella, pero ¿sabes qué? Me han prohibido demasiadas cosas en mi vida como para yo ponerte barreras, aunque sea duro, debes de lidiar esto tu sola. Lamentablemente, van a haber más Ana en tu vida en las que el miedo les haga no darte prioridad y decidir que lo mejor es seguir lo que para el resto de la humanidad cree que es lo correcto. Es mejor que sufras ahora y te des cuenta, a que estés toda la vida sufriendo por un quizá.
—No, porque ella es única.
—Eso decimos todas la primera vez que nos enamoramos.
—¿Qué vas a saber tú del amor? Mírate, soltera cuidando los hijos de otros —suelto con rabia entrando al baño.

Capítulo 16

Abro el grifo de la ducha y dejo que el agua helada caiga en mi cara haciendo que por un momento aguante la respiración, cuando veo que es suficiente me aparto y me doy cuenta de que lo único que quiero es gritar y es lo que hago, haciendo que me duela la garganta por el esfuerzo realizado. Apoyo la espalda en la pared fría deslizándome hasta quedarme sentada, doblo mis rodillas para abrazarlas y meter mi cabeza entre ellas dejando salir toda la rabia que llevo dentro.

Son los brazos de mi tía los que siento rodearme y me dejo llevar por ese abrazo que ahora mismo tanta falta me hace, dejando que el llanto se apodere de mí, no intento contenerlo porque sé que es lo que necesito ahora mismo.

—Yo no quería decir lo que dije —digo cuando estoy algo más calmada.

—Eso ahora no importa, cariño.

—Es que todo es una mierda —protesto.

—¿Sabes? Yo una vez fui joven como tú y viví lo que tú estás viviendo, y pensaba que el amor lo podía todo, y no, cariño, no lo puede.

—¿Te enamoraste?

—Hasta las trancas, ya te lo dije.

—¿De quién?

—No importa el quién, lo que importa es que éramos de sitios distintos y, aunque soñábamos con escaparnos y hacer nuestra vida fuera del país, la realidad fue otra.

—¿Cuál fue la realidad?

—La misma que hay en la tuya, Claudia. Debes olvidarte de Ana, luchar por tu futuro y casarte con quien quieras.

—No voy a casarme jamás. Sino es con ella no es con nadie.

—Sabes que no es legal casarte con una mujer, ¿verdad?

—Estoy segura de que lo será en algún momento.

—Demasiado confías tú en este país —dice arrugando la nariz.

—Lucharé para que así sea —aseguro abrazando a mi tía.

Nos fundimos en un abrazo que me reconforta, ella se separa para ponerse de pie y hace que me levante dándome una mano.

—Ahora termina de ducharte para que llames a tu madre, que lleva haciéndolo desde ayer y las excusas se me acaban.

—Vale.

Mi tía se mira y está totalmente mojada, ya que el agua no ha dejado de caer.

—Mira cómo me has puesto —protesta extendiendo los brazos.

—Seguro que ese amor secreto te ha mojado más que esta ducha.

—¡Claudia! —grita ruborizada.

Las dos nos miramos y comenzamos a reír yo por mi atrevimiento y ella porque sabe que lo que digo es una realidad, cuando se siente de verdad desde el corazón, el deseo aflora y eso no hay cuerpo que lo resista. Notas como la piel se eriza con solo una mirada, como tu corazón se acelera cuando escuchas su voz, sientes tanto que a veces no puedes ni explicarlo.

Una vez Tina se queda en ropa interior se seca con una toalla mientras yo continuó bañándome, cuando va a salir, una pregunta me viene a la cabeza.

—¿Vas a pararnos cómo dijo Isabel?

—No lo sé —responde sin mirarme.

—¿A ti te pararon?

—A mí me la arrancaron de mis brazos —confiesa saliendo del baño.

Las palabras de mi tía resuenan en mi cerebro: “Me la arrancaron de mis brazos”. En ese momento me doy cuenta de que mi tía estuvo enamorada de una mujer, y ahora logro comprender el miedo que siente a que yo pase por lo mismo.

Cuando salgo del baño, mi tía no está en la casa, voy a mi habitación para quitarme la toalla y vestirme, una vez estoy lista el teléfono suena y recuerdo lo que me dijo mi tía de que llamara a mi madre.

—¿Diga?

—Claudia, hija. Pensaba que te había pasado algo y tu tía me estaba mintiendo.

Suelta de corrido sin dejarme hablar.

—Mamá, estoy bien, solo algo liada —digo justificando el no haber estado cuando ha llamado.

—Ya me ha dicho tu tía que trabajas más de la cuenta para ahorrar más dinero para tus gatos. Cariño, no hace falta, yo puedo darte más dinero.

—No, no te preocupes, estoy bien. Solo quiero ganarme mis propias cosas por mí, eso también me hace valorar el esfuerzo que hacéis tanto la tía como tú.

—No hace falta, cariño. Tú lo que tienes que hacer ahora es dedicarte a estudiar y labrarte ese futuro que quieres.

—Lo haré, mamá —le aseguro.

Seguimos hablando un rato, ella contándome cosas del pueblo y yo explicándole lo que hago en la finca, eso que ya le he explicado en cada llamada que hacemos, pero ella así se siente que está a mi lado y a mí no me importa contárselo mil veces si hace falta. Sobre lo de Ana como tantas otras veces decido no contárselo.

Paso la tarde tirada en el sofá, sé que necesito hablar con Ana y saber lo que ha pasado con su madre. Pero tengo miedo a que me pillen o, lo que es peor, que ella me rechacé.

Capítulo 17

Ana

—Esto no está bien, Ana.

—¿Crees que no lo sé? —pregunto entre lágrimas, a mi madre.

—Tengo que alejarte de ella —asegura saliendo de la habitación.

—¡Cobarde! —grito desesperada.

Mi madre se gira, su rictus es serio, nunca la había visto así.

—Tú no luchas por lo que quieres, no me digas lo que está bien o mal.

—No sé de qué me hablas.

—Tina, ¿desde cuando llevas posponiendo ese amor que sientes?

—Basta, Ana. No voy a soportar una impertinencia más.

—Estás con un hombre que no quieres, mientras amas a otra persona.

—Sin ese hombre, ni tú, ni tu hermano, hubieran existido.

—Mira, ahora mismo no tendrías este problema —suelto con rabia.

—No te reconozco, Ana. Pensaba que podías tener más cabeza.

—Es tan difícil de entender que me he enamorado.

—De una mujer, Ana. Tu padre le destruirá su vida, es que parece no entenderlo. A ti te sacará de aquí, pero ella se llevará todas las consecuencias, la vas a condenar a un futuro incierto.

—Me iré con ella —aseguro.

—¿A dónde? No seas ingenua, te queda el último año, después el MIR, ella apenas empieza la universidad, tu padre te dará un escarmiento y te dejará sin dinero y yo no podré hacer nada. No la castigues a ella, no la condenes como yo una vez hice con su ...

—¡Dilo! —grito desesperada.

—Con su tía —suelta en un susurro que hasta a mí me duele.

Mi madre me mira con los ojos llenos de lágrimas, siento su dolor como si fuese mío.

—No es justo tener que vivir así —afirmo.

—Nadie ha dicho que la vida sea justa —me dice antes de abrazarme.

Nos fundimos en un abrazo y las dos lloramos en silencio. Sé que lo que dice mi madre es real, mi padre puede destrozarnos la vida a las dos si así se lo propone.

—¿Por qué esos gritos? —pregunta mi padre desde la puerta haciendo que nos separemos.

—No es nada, cariño —intenta restar importancia mi madre—. Ana está nerviosa, este es su último año y se juega mucho.

—Después le tocará la especialización, todavía le queda estudiar, una Villar no va a ser solo médico general.

Trago saliva conteniendo la ira que me produce ahora mismo ese señor. Me doy cuenta de que mi vida ha sido guiada por él y yo simplemente lo he dejado.

—Bajamos ahora —le dice mi madre dejando un beso en sus labios.

—Me voy a la oficina, no llegaré a comer.

Es lo último que dice antes de salir de la habitación y dejarnos a sola de nuevo.

—¿Cómo puedes?

—Te acostumbras. Te disfrazas de la mujer correcta, esa que él quiere e intentas pasar de puntillas por la vida.

—¿Siempre fue así?

—No, yo estuve enamorada de tu padre o eso creía. Tu abuelo me hizo casarme con el hijo de los Villar. Nuestra posición social estaba decayendo, mala gestión de tus tíos. Tenía que casarme cuanto antes y, aunque yo quería estudiar, era mejor tener un marido pronto, así que decidió presentarme a Eduardo Villar. Quedamos varias veces, siempre en compañía. Él fue correcto, jamás mostró ese carácter de ahora. Así que casi deprisa y corriendo decidieron que lo mejor era casarnos rápido. A los seis meses de conocer a tu padre estaba pasando por el altar.

—¿Y Tina?

—Ella vino después —dice con una sonrisa en los labios.

—¿Cómo fue?

—Ella llegó cuando estaba embarazada de tu hermano, llegaba a ayudarme cuando diera a luz, era joven y venía de un pueblo. La primera vez que la vi, creo que en ese momento supe lo que era el amor de verdad, no sabía qué me pasaba, pero aquella mujer joven que había contratado tu padre hacía que mi corazón latiera más rápido de lo normal. Hui de ella durante mucho tiempo, pero después de dar a luz de Ángel, ella se convirtió en una extensión de mí. Las ausencias de tu padre las ocupaba ella con atención, ternura y cuidados. Cualquier cosa que necesitaba ella se adelantaba, era como si supiera lo que necesitaba en todo momento, yo me negaba a aceptar que me estaba enamorando de ella.

—¿Y ella? ¿Te decía algo?

—Jamás se insinuó, siempre supo ocupar su sitio. Intenté contener lo que sentía, juro que lo hice, pero una noche tu padre no llegaba, ya sabía que me era infiel, como me decía mi madre: “mientras te trate bien y vuelva a casa con eso bastaba”. En ese momento Tina me vio llorando en el jardín, ella no podía dormir y estaba paseando. Al verme solo me abrazó y cuando nos separamos fue inevitable, nos besamos y en ese instante supe lo que era realmente amar y sentir.

Mi madre se queda en silencio mientras creo que recrea en sus pensamientos esa escena porque una sonrisa que no había visto antes se dibuja en sus labios. Me acerco a ella y la abrazo fuerte. Una vez nos separamos, mi madre acaricia mi rostro y al parpadear una lágrima caen recorriendo sus mejillas.

—¿Qué pasó después? —pregunta limpiando su rostro.

—Nos veíamos a escondidas para besarnos hasta que un diecinueve de julio de mil novecientos setenta y dos nos acostamos por primera vez, fue en su cabaña, ese día jamás se me olvidará.

Al escuchar la fecha sonrió y miro a mi madre con asombro.

—Lo sé, me lo dijo Tina, pero os pilló antes.

—La primera vez que Ana y yo estuvimos en una cama fue la misma fecha.

—Pero tú y ella, una ducha.

—Veo que Tina te tiene bien informada.

—Sí. Pensábamos que eran cosas de niñas, que se os pasaría, hasta hoy.

—¿Qué pasó después? —pregunto intentando que la conversación no gire en torno a mí.

—Tu padre nos pilló un día.

—¡Joder! —exclamo tapando mi boca con las manos.

—Esa noche fue horrible, prefiero no recordarla, pero a partir de ese momento él solo quería volver a dejarme embarazada hasta que me quedé de ti. Él pensaba que eso haría alejarse a Tina, pero no fue así.

—¿Cómo lograste que dejara a Tina en la casa?

—Había contratado a un detective antes de que nos pillara, mi intención siempre fue huir con Tina y llevarme a tu hermano, pero las cosas se precipitaron. Ese hombre había conseguido fotos de tu padre con otras mujeres, de hecho, se decía que una de esas mujeres tenía un hijo y era de tu padre, pero no era cierto, eso lo supe después. Así que utilicé toda esa información para que él no echara a Tina de la casa y que ella pudiera estar cerca de mí.

—Pero eso no es vida.

—No lo es, en un principio nos alejaron, tu padre no quiso que pisara la casa. Había aceptado que se quedase, pero con el mínimo contacto entre nosotras, hasta que me volví a quedar embarazada. Fue horrible ese tiempo separadas, Tina lo describe como que le arrancaron al amor de su vida de sus propias manos, y es una realidad. Después tu padre se fue alejando de nuevo, y Tina era quien me cuidaba, llegamos un a pacto. Él podía tener a las mujeres que quisiera y aparentaríamos un matrimonio feliz y yo la tendría a ella, aunque solo fuese por momentos.

—¿Ella aceptó eso?

—Si no lo hubiera hecho, no estaría aquí. Dolía no tenerla, pero más que estuviera cerca y no poder estar juntas, así que simplemente nos adaptamos a la situación.

—¿Por qué no te vas con ella?

—Por miedo, Ana. Tu padre no va a quedar como el cornudo. Él nunca lo permitiría, nos buscaría y esta vez sí que me la arrancaría de mis manos para siempre, porque a Tina no la dejaría con vida.

Muerdo mis labios, no sé por qué creo en esas palabras de mi madre, y sé que mi padre, Eduardo Villar, sería capaz de cualquier cosa por su imagen.

—Tienes que alejarte de Claudia.

—No puedo, mamá.

—Termina los estudios, complace a tu padre, deja que ella termine de estudiar y ya después estaréis juntas, pero no ahora, Ana.

—No sé si pueda —aseguro.

—Si sé entera tu padre, no va a permitir esto.

—Él no tiene por qué enterarse —aseguro tranquilizándola.

—Espera cinco años, Ana. Que son cinco años para poder después estar con alguien el resto de tu vida.

—No quiero esperar, la quiero ya.

—Eres una cabezota. Pero tengo que decirte algo.

—¿Dime? —pregunto con intriga.

—No voy a permitir que lo hagan en esta casa, voy a intentar que se separen.

—No puedes hacerme esto, mamá.

—Me lo agradecerás en un futuro. Así que, Ana, dejas de ver a Claudia o me veré obligada a sacarte de la casa y que estés internada en la universidad.

—Voy a seguir viéndola, aunque me lo prohíbas.

—Fuera de la casa harás lo que quieras, pero aquí dentro deberás respetar las reglas. Sé responsable, no ya de tu futuro que lo tienes asegurado, sino del de ella.

Después de decir eso deja un beso en mi frente y se marcha de la habitación. Yo me tiro

en la cama pensando que la vida es una mierda, no puede darme un amor y quitármelo así.

Capítulo 18

Claudia

Estoy en el sofá, no quiero salir de la casa, tengo miedo a encontrarme con Ana y que me diga que todo se acabó, aunque a veces pienso que sería mucho mejor así. Que ella se alejara de mí, porque yo sería incapaz de hacerlo.

La puerta de la casa se abre y me incorporo de golpe, por un momento pienso que puede ser Ana, pero cuando termina de abrirse veo que es mi tía.

—Tenemos que hablar —dice tomando asiento en el sofá.

—¿Ha pasado algo?

—Isabel ha hablado con Ana, así que lo más justo es que yo hable contigo.

—Sé que es ella, Tina, solo había que ver cómo la mirabas y cómo te trataba ella en la cocina. No tienes que contarme algo que no quieras.

—Duele recordar cosas pasadas.

Sujeto los brazos de mi tía y hago que me mire.

—No hace falta que tengas esos recuerdos. Solo quiero saber una cosa. ¿Por qué sigues aquí?

—Porque jamás he dejado de amarla, Claudia. Prefiero tenerla a ratos que separarme de ella.

—Tú me quieres separar de Ana y mírate.

—Por eso mismo, cariño. No quiero que tengas esta vida, Isabel se lo dijo a Ana, es mejor que cada una terminen los estudios, que tengan una estabilidad y después comencéis vuestra vida lejos de aquí.

—No quiero eso.

—Cinco años, Claudia. Si os pilla Eduardo Villar, créeme que te alejará de ella para siempre.

—Él fue quien te quitó a Isabel.

—Sí, pero por suerte se cansó rápido de su mujer, e Isabel lo tenía amenazado. Esto no es vida, cariño, sois jóvenes.

—No puedo, Tina, no puedo dejarla ir —reconozco entre lágrimas.

Mi tía me abraza y estamos así hasta que logro tranquilizarme, la realidad de todo es que no sé qué es lo que voy a hacer. Sé que mi tía tiene razón, pero no quiero tener que controlar lo que siento por la hija menor de los Villar.

Los días pasan y he llegado a la conclusión de que las dos estamos huyendo, no me la he encontrado. Mi estado de ánimo es bastante pésimo, ya queda menos para que empiece la Universidad y dejar de trabajar para la familia Villar.

—Claudia, por mí ya puedes irte a comer —me dice Ricardo.

—Creo que voy a dar una vuelta por el bosque de Álamos antes de ir a la cocina.

—Ten cuidado y no vuelvas a perderte.

Pongo los ojos en blanco, ya que siguen molestándome con que me he perdido dentro de una finca, que es enorme, por otra parte. Camino entre los árboles, solo se escucha el silbido del viento colándose entre los Álamos. Me quedo en medio y miro hacia arriba, dándome

cuenta de que apenas puede entrar la luz del sol.

Un crujido detrás de mí hace que me gire de inmediato colocándome una mano en el pecho cuando veo que el que ha llegado es Ángel, el hijo mayor de los Villar.

—No pretendía asustarte —se excusa.

—Ya he terminado de trabajar, he preferido pasear antes de ir a comer —me justifico.

—No tienes que darme explicaciones. Yo solo seguí a una mujer hermosa que había visto un par de veces por la finca.

Me sonrojo y agacho la cabeza al escucharlo. No parece ser el chico ese que me han dicho. Siento sus dedos, levantarme la barbilla y haciendo que lo mire a los ojos.

—Eres preciosa —afirma.

Me aparto por miedo y él solo sonrío y vuelve a acercarse nuevamente.

—Lo podríamos pasar muy bien si quisieras. Una sirvienta liándose con el hijo mayor de los Villar y heredero de todo esto —dice señalando a su alrededor.

—No...

—Shhh... No tienes que hacer nada, solo dejarme satisfacer mis deseos con tu cuerpo —comenta acariciando mi rostro.

Aparto su mano de mi cara y parece que eso no le gusta porque me sujeta del brazo y pega su cuerpo al mío, agarra mi cabeza e intenta besarme.

—¡Suéltala! —grita Ana.

—Hermanita, ¿qué haces por aquí? No es lo que crees, ya sabes cómo es el servicio.

—Lárgate de aquí —exige Ana.

Yo estoy temblando, Ángel se acerca a mí y pega su boca a mi oído.

—La próxima vez no te escapas.

—Ni se te ocurra volver a acercarte a Claudia o juro que...

—¿Qué? —pregunta su hermano sujetando el brazo de Ana.

Veo la escena y ahora tengo solo ganas de gritar, ese chico tiene los ojos rojos de ira y Ana sigue manteniéndole la mirada desafiante.

—Sabes que tengo pruebas de lo último que hiciste, tócala y llegarán a un juzgado.

—No te atrevas a amenazarme —advierte poniendo un dedo en su pecho y presionando.

—Ya lo he hecho, Ángel, todo depende de ti.

—¿Te la vas a follar? —pregunta alternando la mirada entre las dos.

—Lárgate de aquí, antes de que comience a gritar, papá está en casa.

Ángel se marcha y Ana se gira y ve cómo desaparece entre los árboles, una vez lo pierde de vista vuelve a girarse y me mira. Mi instinto es correr a sus brazos, ella me rodea y deja un beso en mi cuello sin soltarme.

—Siento mucho que te hayas encontrado con él.

—No es tu culpa.

—Quizá sí.

—¿Por qué? —pregunto separándome un poco de ella.

—Ha visto cómo te miraba —lamenta bajando la cabeza.

—¿Cuándo?

—Estos días, me escondía, solo quería saber que estabas bien.

—Te he echado de menos —afirmo volviendo a sus brazos.

—Tenemos que hacer las cosas bien, Claudia.

Ella se separa de mí y sujeta mi brazo y me adentra más en el bosque hasta que llegamos a un lugar con unas rocas y tomamos asiento en ellas. Sujeta mi mano y hace que la mire.

—He estado pensando en lo que me ha dicho mi madre y lo mejor es...

—¿Vas a dejarme?

—Jamás —asegura dejando un beso en mi mano—. Pero debemos tener cuidado, no quiero que mi padre se entere, ya me he descuidado con mi hermano y mira lo que ha pasado, te aseguro que no parará hasta encontrar algo con que amenazarme.

—Mi tía también habló conmigo. Yo no puedo sepárame de ti.

—Yo tampoco quiero, pero en breve comenzarán las clases, podemos vernos fuera de aquí. Aunque vayamos a campus distintos, podemos quedar por las tardes en algún lugar del centro. Debe ser así, hasta que podamos largarnos de aquí.

—No sé si pueda controlarme.

—Podremos, Claudia, y debemos hacerlo, por eso es mejor no encontrarnos en la finca. Quiero que esto salga bien y tenemos que seguir el plan que han marcado tanto mi madre como Tina. Mi padre si se entera me sacará de aquí y a ti también, pero no podremos estar juntas, porque a mí me mandará fuera del país.

—Cinco años —digo abrazándola.

—Solo cinco, te lo prometo —susurra.

Capítulo 19

Hoy es el último día que trabajo en la finca, ya que el lunes empezarán las clases en la universidad. Ricardo me ha mandado a recoger la poda de los rosales que están por la puerta principal de la casa. No he vuelto a ver a Ana desde que nos encontramos en el bosque de Álamos, mi tía dice que esa es la mejor decisión que podríamos haber tomado, pero que debemos tener cuidado.

—Niña —escucho una voz que viene de la entrada principal.

Al girarme veo que es el padre de Ana, está con un puro en la mano mirándome fijamente.

—Dígame, señor Villar.

—Mi mujer me ha dicho que eres la sobrina de Tina. ¿Es así?

—Sí —confirmo asintiendo con la cabeza.

Antes de volver a hablar, ese hombre da una calada al puro y echa el humo por la boca, haciendo que ese olor casi me produzca arcadas.

—¿Cómo vas a ir a la universidad? —pregunta con desgana.

—En autobús.

En ese momento se abre la puerta y aparece Isabel y justo detrás Ana. Trago saliva al verla, porque está preciosa, más incluso que en otras ocasiones.

—Nos vamos, cariño —dice Isabel tomando el brazo de Eduardo.

Muerdo mis labios, ahora sé que todo eso es un teatro y siento un dolor en el pecho, porque si no hacemos las cosas bien es eso lo que me puede esperar con Ana, o incluso algo peor, que me la quiten y sea para siempre.

—Esa niña dice que va a ir en autobús a la universidad —afirma Eduardo mirando a su mujer.

—Eso es su problema —comenta Isabel apretando la mandíbula.

Su frialdad me molesta, pero miro a Ana que niega con la cabeza mientras cierra un poco los ojos, en ese momento me doy cuenta de que la madre tiene que ser fría conmigo, sobre todo porque soy la sobrina de la mujer que ella ama y su marido no debe molestarse por mi presencia.

—Esa muchacha es muy joven para andar por ahí sola.

A Isabel se le dibuja una sonrisa que intenta disimular mientras Ana me guiña un ojo, creo que esas dos, saben algo más y yo no me estoy enterando de nada.

—Simplemente, debe tener cuidado —insiste Isabel quitando importancia—. Ahora vámonos que se nos hará tarde.

Comienzan a bajar las escaleras, yo me aparto y agacho la cabeza, cuando llegan a mi altura y antes de subirse al coche, el señor Villar vuelve a hablar.

—Irás con Ana a la universidad, daré la orden a Antonio para que la lleve.

Él se sube a su coche e Isabel me mira sonriendo, después Ana pasa a mi lado y con disimulo, deja una nota de papel en mi mano. Antes de subirse al coche en la parte trasera muerde su labio inferior y un hormigueo recorre mi cuerpo al pensar lo que me ha hecho esa mujer con la lengua.

Tras marcharse el coche voy corriendo a la cocina donde está Maite y me mira con cara

extrañada por la hora que es y qué hago ahí.

—Tenía mucha sed —aseguro abriendo la nevera para coger el agua.

—Bebe con cuidado.

Ella sigue con sus cosas y yo tomo asiento en uno de los taburetes, saco el papel que me ha dado Ana y comienzo a leer.

“Te echo mucho de menos, me encantaría abrazarte cada mañana y poder besarte a cada momento, pero por ahora no puede ser. Créeme que me encantaría escaparme por las noches y correr hasta la casa de tu tía y colarme por la ventana. Ya sé qué han pasado unos días desde nuestro acuerdo, pero cada vez queda menos para vernos algunos ratitos. Lo que voy a escribir ahora es la primera vez que lo hago. Te quiero, Claudia Rojas.”

Sonrío como una tonta mirando el papel.

—¿Te pasa algo? —pregunta mi tía al verme.

—Tenía sed —respondo guardando el papel en el bolsillo del pantalón.

—Ricardo te está buscando —indica.

—Ya voy. Estaba recogiendo los rosales.

Dejo un beso en la cara de mi tía y antes de salir vuelvo en mis pasos y me acerco a ella nuevamente.

—Voy a la universidad en el coche de Ana —susurro.

Tina cierra los ojos y niega con la cabeza.

—Ten cuidado...

—Ya lo sé.

Vuelvo a dejar un beso y a salir corriendo de la cocina.

Estoy en el sofá acostada y mi tía entra a la casa.

—Necesito que me cuentes eso de que vas con Ana a la universidad.

—Es una orden de mi padre —escuchamos desde atrás.

—¿Qué haces aquí? —pregunta mi tía enfadada.

Yo, mientras tanto, salto del sofá y voy a sus brazos. Nos besamos, mientras Tina nos empieza a echar la bronca.

—Mi padre no está y mi hermano tampoco. Pero solo tengo diez minutos.

—Suficiente —digo tirando de ella.

—Ni hablar, Claudia, respeten la casa —anuncia enfadada.

—Solo he venido a contarte por qué mi padre ha dicho lo de llevarte.

—¿Solo a eso? ¿Nada de besos? —pregunto cruzándome de brazos.

—Compórtate, Claudia —reclama mi tía.

—Te los daré, pero no delante de Tina —susurra dejando un beso en mi frente.

Me siento en el sofá con desgana y ella hace lo mismo, mi tía se cruza de brazos, apoya el culo en el mueble de la tele y espera a que Ana comience a contar cómo ese señor ha accedido a llevarme a la universidad.

—Anoche, mi madre y yo comenzamos a hablar del inicio de las clases y yo le dije que la sobrina de Tina iría en autobús, mi madre me dijo que eso no era nuestro asunto, todo eso lo comentamos en alto para que mi padre nos escuchara. Mi hermano sin darse cuenta también participó y aseguró que esa niña no duraría mucho tiempo sin que alguien la acosara, mi madre reiteró que no era nuestro problema. Así fue como a mi padre le picó la curiosidad y esta mañana al verte fuera él salió primero y nosotras esperamos un poco para hacerlo.

—Saben que se tienen que comportar —recalca.

—Lo sabemos, Tina. No haremos nada delante de Antonio.

—Él es muy fiel a tu padre, cualquier cosa le dirá y en ese momento...

—Tranquila —digo poniéndome de pie y abrazándome a mi tía—. Ya hemos prometido no vernos aquí, solo fuera.

—No quiero verte por aquí, Ana, está en juego el futuro de mi sobrina, sabes de sobra que si ella no vive aquí se nos complicaría mucho que estudiara en una residencia, las becas llegan tarde.

—Lo sé, Tina, te prometo que nos portaremos bien —asegura antes de tirar de mí y darme un beso.

—Así no se puede con vosotras dos —comenta marchándose del salón.

Nos besamos hasta que es ella quien se separa.

—¡Ya! Eres un peligro —afirma riendo.

—Me ha encantado la carta —susurro para después pasar la lengua por su oído.

—Para, Claudia, pórtate bien.

—Te deseo.

—Mierda, es mejor que me vaya —dice separándose de mí—. No puedes hacer que me palpite de esta forma.

—¿El corazón? —pregunto sonriendo.

—Y lo que no es corazón —responde dejando un suave beso en mis labios.

—¿Ya te vas?

—Sí, van a llegar pronto. Nos vemos el lunes, morena.

Ana camina hasta la puerta y yo pego mi pecho a su espalda antes de que salga.

—¿No vas a despedirte?

—No —asegura.

Apoya su cabeza en mi hombro y yo paso mis dedos por su cuello, para después dejar besos en él.

—Fuera de aquí —se escucha decir a mi tía.

—Ya ha llegado la aguafiestas —protesto.

Escucho reír a Ana y tras eso abre la puerta para marcharse. Al girarme mi tía no está en el salón, yo me tiro en el sofá feliz por poder volver a besar a la mujer que ha hecho que este verano sea increíble.

Capítulo 20

Llego a la entrada de la casa principal, y Antonio está junto a la puerta del coche esperando que yo entre.

—Buenos días —digo apurada.

—Buenos días, Claudia —dice y agarra mi brazo—. La señorita Villar lleva esperando cinco minutos, no puede volver a pasar esto —susurra.

Asiento con la cabeza y entro, encontrándome a Ana seria al principio y sonriente una vez que Antonio ha cerrado la puerta. Ella me da un papel que yo guardo rápidamente antes de que el chofer suba al coche.

—Si vuelves a llegar tarde hablaré con mi padre, no puedo permitir esto —me dice Ana mientras acaricia el lateral de mi muslo con disimulo.

—Lo siento —respondo agachando la cabeza—, no volverá a pasar.

—No sea tan dura con ella, señorita, es su primer día y debe estar nerviosa —comenta Antonio poniendo el coche en marcha.

Miro a mi acompañante y veo que muerde su labio inferior y asiente mirando fijamente al espejo del interior, donde Antonio también la mira. Al verla hacer eso, un escalofrío recorre mi cuerpo haciendo que suspire y apoye la cabeza en el sillón.

—Mierda —susurro nerviosa.

Ana me mira y sonrío, en este momento la estoy odiando mucho, esa mujer hace que mi corazón se pare con solo un gesto.

—Primero dejamos a Claudia y después a usted, señorita Villar.

—No —dice con autoridad—. Primero me dejas a mí, después a ella.

—Pero nos queda mejor al revés.

—Antonio, yo primero —sentencia.

El chofer asiente y vuelve a fijar la vista en la carretera. Yo la observo y ella no es capaz de devolverme la mirada, su vista está fija al frente y eso me preocupa un poco.

Una vez llegamos a la universidad de Ana, ella espera que Antonio se baje del coche.

—Lee la carta —me pide antes de bajarse del coche.

Simplemente, asiento, ya que la puerta se abre de inmediato y ella se baja del coche.

Cuando llegamos a mi destino, esta vez le digo a Antonio que no hace falta que se baje como lo hace con Ana, no quiero dar una imagen de lo que no soy.

—Muy bien, Claudia. Recuerda que primero recogeré a la señorita Villar y después a usted. Ella sí tiene un móvil que me puede llamar. Lo único que le pido es que me espere en esta zona.

—No se preocupe, Antonio. Esperaré por usted aquí.

—Perfecto, que le vaya bien en su primer día.

—Gracias —digo bajándome del coche.

Miro el edificio que tengo en frente, cómo la gente accede al él, una sonrisa se dibuja en mi rostro al saber que estoy un paso menos de mi objetivo.

Saco la carta que me ha dado antes Ana y comienzo a leer.

“Me encantaría besarte cuando entres al coche y pueda ver esa carita tan linda que tienes, pero hay que contenerse, un día menos, piensa eso.”

Seré algo impertinente contigo, querré ser yo la primera en todo y que se me complazca. Me costará muchísimo ser tan dura, pero tengo que hacerlo, Claudia, porque si Antonio sospecha algo será un problema.

Te quiero muchísimo.

Una última cosa cada vez que use la palabra “te odio” será un “te quiero”.”

Sonríó volviendo a doblar el papel para meterlo en la mochila.

—Lo siento —se disculpa una chica que casi me lleva por delante.

—No pasa nada —digo sobrepasada al ver de pronto tanta gente.

Ella sigue su camino y yo me quedo inmóvil mirando a mi alrededor. Cuando me doy cuenta la chica está a mi lado.

—¿Estás bien? —pregunta desconcertada.

—Sí, es solo que esto me abruma un poco.

—Vamos —decide tirando de mí.

Me encanta el desparpajo que tiene. Sigo sus pasos, ya que me tiene sujeta del brazo hasta que llegamos a la entrada.

—Nuestros caminos se separan aquí.

Veó cómo se aleja.

—¿Cómo te llamas? —pregunto alzando la voz.

—Virginia —responde sin dejar de caminar.

Después de dar vueltas y preguntar doy con el aula, llego tarde y veo que al entrar todo el mundo se gira y maldigo la situación. Entro en silencio y me siento en donde primero encuentro.

Mi primer día de universidad ha terminado sin muchos contratiempos, salvo por encontrar las aulas.

—Has llegado tarde a dos clases —escucho detrás de mí.

Al girarme veo que es Virginia, está sonriendo.

—No volverá a pasar —aseguro encogiéndome de hombros.

—Ya conoces mi nombre, ¿cuál es el tuyo?

—Claudia.

Ella se acerca y deja dos besos en mi mejilla sin que yo pueda decir nada.

—Encantada. ¿Sabes llegar a coger el bus o necesitas ayuda?

—Me vienen a buscar.

—Vaya, ¿algún novio?

—No —respondo entrecerrando los ojos—, viene...

No puedo terminar de hablar, ya que escucho el claxon del coche de Antonio.

—Vaya —dice con asombro mi acompañante—, y yo que pensaba que eras una chica de pueblo.

—Soy una chica de pueblo —confirmo dirigiéndome al coche.

Abro la puerta y accedo al vehículo, Ana, muerde sus labios.

—Hola —saludo.

—No me gusta esperar por nadie, si Antonio no llega a tocar la bocina, tú no te hubieras movido hablando con esa chica.

—Disculpa no los había visto.

—Odio que me hagan esperar.

—No volverá a pasar. Odio llegar tarde —respondo con una sonrisa.

Llegamos a la casa y ella sale del coche según le abre la puerta el chofer mientras yo lo

hago con más calma.

—Tina me ha dicho que vaya a la cocina directamente.

—Muchas gracias, Antonio.

Camino hasta el lateral de la casa y me dirijo por la puerta de servicio hasta la cocina, donde mi tía me recibe con un abrazo y me bombardea a preguntas mientras Maite me sirve la comida. Tras confirmar las dos mujeres que estoy bien y que he superado mi primer día de clase, se quedan más tranquilas y yo puedo comer.

Capítulo 21

Los días pasan muy rápidamente y con ello se acercan las Navidades, una época en la que me tendré que marchar al pueblo de mi madre y no ver a Ana por un tiempo y eso hace que mi corazón se encoja cada vez más.

Vernos cada vez es más complicado, compartimos los ratos en el coche de camino a la universidad y muchas veces yo salgo antes de que lo haga ella. Nuestros encuentros escasean, pero el estrés de los estudios hace que me agobie más el hecho de ser la mejor en todo, que en intentar buscarla.

Ana es muy disciplinada, es su último año y se juega también hacer el MIR y elegir especialidad, aunque ella lo tiene muy claro y quiere ser la mejor cardióloga del país y lo mejor de todo es que lucha por ese sueño. Da igual su posición social, que lo podría tener todo, ella quiere ser independiente y ser una gran profesional.

Escucho golpear la ventana de mi habitación, sonrío y la abro encontrándome que es Ana, antes de que pueda decir nada deja un beso en mis labios y me aparto para que entre.

—¿Qué haces aquí?

—Tenía ganas de verte.

—Nos vimos ayer.

—Ah, ¿qué no quieres verme? Perfecto. Me voy entonces —dice apoyando el culo en el alféizar de la ventana para salir.

—De aquí no te vas —digo con autoridad sujetando su brazo.

Ana se queda quieta y desvía su mirada al brazo para después mirarme mis ojos mientras se muerde los labios.

—¿Vas a castigarme? —pregunta en un susurro.

—Podría hacerlo —logro decir excitada.

Tiro de su mano y la pego a mí, sin esperar que diga nada devoro su boca, primero con ferocidad y después más calmada seguir besándonos. Caemos en la cama y la ropa nos empieza a sobrar, saco su camiseta para después sentarme a horcajadas y sacar la mía bajo la atenta mirada de la mujer que hace que mi cuerpo arda en deseo.

—Eres preciosa —dice pasando los dedos por el canalillo que me hace el sujetador.

Mi respiración es agitada y mi mirada de deseo hace que ella sonría, alarga su mano y sujeta mi nuca para que nuestras bocas vuelvan a encontrarse.

—Tengo que marcharme.

—Esto es una mierda —concluyo enfadada.

—¿Hacer el amor conmigo? —pregunta poniéndose de lado en la cama para mirarme.

—No, idiota. Lo de vernos así, escondiéndonos.

—Esto para el mundo está mal, ya no solo que seamos de distinta clase social, sino que dos mujeres estén juntas.

—Lo sé, pero si tú no hubieras sido hija del señor Villar...

—Claudia —dice sujetándome el rostro con sus manos—, si yo no hubiera sido la hija de quien soy, tal vez jamás nos hubiéramos conocido, te aseguro que me alegro cada día de que nos hayamos encontrado, solo hay que esperar. Solo queda un día...

—Menos, ya lo sé —afirmo abrazándola.

Ana se levanta de la cama y comienza a vestirse bajo mi atenta mirada.

—Deja de mirarme.

—No puedo, ni podré dejar de hacerlo.

—Contrólate, señorita Rojas.

Sonríó al escuchar mi apellido en sus labios.

—Rojas Villar —susurro.

—Ni hablar, primero iré mi apellido —asegura apoyando el culo en el alféizar.

Me levanto de la cama y sujeto su rostro para dejar un suave beso en los labios.

—En unos días me iré al pueblo.

—Lo sé. Nos veremos en la cafetería de siempre el viernes. Creo que te vas el sábado.

—Así es. También necesito tranquilidad para el semestre y tenerte cerca es una tentación constante.

—No tienes que justificarte, Claudia, siempre hemos tenido claro que lo primero es nuestro futuro, y usted, señorita, tiene que ser la mejor en lo que hace.

—Lo seré.

Nos despedimos y yo cierro la ventana, sonríó al pensar en un futuro junto a ella, fuera de aquí.

—Por fin terminan las clases —dice poniéndose a mi lado Virginia.

Entre ella y yo después del primer día, congeniamos muy bien y nos hicimos amigas, sin embargo, debo confesar que no le he dicho que me gustan las mujeres, aunque en realidad la única que me gusta es Ana. Ella tampoco es como las otras compañeras que pierden el culo por alguno de nuestros compañeros. Ella tiene una meta y lucha para conseguirla. Virginia Alemán es una mujer que no le faltará nada en su futuro, ya que su familia al igual que la de Ana es acomodada.

—¿Te irás a pasar las Navidades a algún lugar paradisíaco? —pregunto.

Mi compañera me mira y comienza a reír.

—Qué va, mi familia en eso es muy tradicional. Me iré a las afueras de Madrid en la casa que tienen perdida en el monte y pasaré allí mis Navidades.

—Yo me iré al pueblo con mi madre.

—Estarás más tranquila, aprovecha para ponerte las pilas, porque sacaré mejores notas que tú.

—Ja, ni creas eso.

—¿Apostamos algo?

—Lo que quieras —afirmo segura de mis capacidades.

—Una cena, en el restaurante que la otra elija.

—De acuerdo.

Extiendo el brazo para sellar el pacto, pero para ella es mejor dejar dos besos y abrazarme.

—Vas a perder —asegura golpeando mi nariz.

El viernes salgo de la universidad y me dirijo a la cafetería donde siempre quedo con Ana, cuando escucho que alguien va detrás de mí, al girarme veo que es Virginia.

—¿Qué haces? —pregunto entrecerrando los ojos.

—Saber cuál es tu secreto —asegura encogiéndose de hombros.

—No tengo ningún secreto.

—Yo creo que sí. Te he observado, te traen en coche, pero siempre hay un día que llegan más tarde, tú te vas a alguna parte y vuelves.

—¿Me espías? —pregunto nerviosa.

—No. Fue casualidad, una vez vi que lo hacías y me fijé en tu conducta.

—Mierda —susurro.

—¿Qué es lo que pasa?

—Si tú has averiguado eso con solo observarme, quizá alguien más...

—Me estás asustando. Te lo he dicho porque pensaba que harías cualquier tontería, no un acto delictivo.

—¿Verse con alguien es delito? —pregunto mirándola fijamente.

—No lo es —responde tajante.

—¿Y si fuese una mujer?

Virginia me mira, seria, necesito saber cuál es su expresión, qué es lo que piensa, con lo que le acabo de decir.

—Da igual quien sea, no debería ser delito amar a alguien, independientemente de su género.

Sonríó al escuchar lo que dice y de forma instintiva la abrazo con fuerza, ella me devuelve el abrazo.

—Gracias —susurro emocionada.

Virginia me separa de ella y pasa sus dedos por mis mejillas secándome las lágrimas que caen debido a la presión del momento.

—Creo que a mí también me gustan las mujeres —confiesa bajando la cabeza.

—No es nada malo —aseguro alzando su rostro.

—Lo sé, pero...

—Acompáñame —suelto impulsiva.

—¿Estás segura?

—Sí, confió en ti.

Caminamos en silencio hasta llegar a la cafetería en la que ya veo sentada a Ana. Cuando llegamos ella me mira sin saber qué hago con otra chica.

—Ella es Virginia Alemán, una compañera de clase.

—Ana Villar —se presenta.

Las dos se estrechan la mano y después voy a su lado y dejo un beso en los labios de Ana que se sorprende.

—Lo sabe —digo.

—No tienes que preocuparte —asegura Virginia tomando asiento.

Hablamos las tres de las clases, reímos de alguna anécdota y Ana y yo nos tocamos bajo la mesa a escondidas, como si lo que estuviéramos haciendo fuese un delito.

—Buenas tardes, hermanita —se escucha detrás de nosotras.

Trago saliva sabiendo que esa voz es de Ángel. Ana se pone de pie en la silla como un resorte.

—Qué sorpresa encontrarte aquí con una empleada de la casa.

—Venimos juntas y nos vamos juntas, estábamos esperando por Antonio —responde Ana apresurada.

—Ya —dice él no muy convencido.

—Hola, me llamo Virginia Alemán —dice alzando el brazo para que la salude.

—A las damas me gusta más darle dos besos.

—Por supuesto —dice Virginia poniéndose de pie y acercándose a Ángel.

Una vez Ángel termina de saludar a mi compañera, se apoya en la silla de la hermana y susurra, pero no tan bajo como esperaba, porque mientras lo hace me mira fijamente.

—No sabía que te gustaba la chica del servicio.

—No sé de qué me hablas.

—Ya no te debo ninguna, hermanita. Nuestra deuda está saldada. Yo guardo silencio y tú no tendrás nada con que amenazarme.

—Eres un...

—Cabrón, eso ya lo sabemos, Ana. Disfrutad, chicas —se despide.

—Mierda, lo siento —me disculpo.

—No dirá nada —asegura ella—. Pero ahora debemos tener cuidado.

—Pueden venir a mi residencia y verse allí, es más seguro —comenta Virginia buscando una solución.

Ana está nerviosa, yo acaricio su brazo y ella de forma inconsciente, lo aparta. Sé que tengo que ser paciente.

—Si mi padre se entera.

—No va a pasar —aseguro.

La tarde termina mal, aunque los intentos de Virginia por levantarnos el ánimo no han cesado. Cada una vuelve al lugar donde será recogida por Antonio y una vez las dos en el coche nos mantenemos en silencio hasta llegar a la casa.

No sé qué pasará después de las vacaciones de Navidad, lo que tengo seguro es que tenemos que ser mucho más precavidas porque ahora Ángel sabe que algo pasa y no queremos correr el riesgo que ese hombre haga algo y pueda separarnos.

Capítulo 22

Ana

Estoy sentada en mi escritorio intentando repasar unas cosas, pero a mi mente solo viene Claudia y qué estará haciendo en el pueblo con su madre. Se marchó hace tres días y la echo tanto de menos que no sé cómo podré pasar el resto del tiempo sin verla.

Sé que a veces no nos vemos en días, pero saber que está en la misma finca que yo, hace que mi ansiedad se calme. Muchas veces me basta bajar a la cocina y buscar a Tina y que ella me diga que está estudiando. Eso hace que me tranquilice, pero ahora por mucho que baje Tina no tendrá respuesta para mí o ¿sí?

Me cambio el pijama y bajo las escaleras corriendo para dirigirme a la cocina.

—¿Tina? —pregunto a la cocinera.

—Buenos días, señorita Villar —saluda Maite.

—Buenos días, ¿Tina? —insisto.

—Estoy aquí —escucho justo detrás de mí.

La sujeto del brazo y la arrastro hasta apartarla para así poder preguntarle por Claudia.

—¿Cómo está?

—Bien, supongo —responde.

—¿Cómo que supones?

—Ana —dice mientras me sujeta de los brazos—, se fue hace tres días, sé que llegó bien, pero nada más.

—Bufff. ¿No hablas con ella a diario?

—No —responde entrecerrando los ojos—. Es adulta, está con su madre en un pueblo pequeño y no necesito saber de ella cada momento.

—Pero yo sí —respondo enfadada.

—Madre mía —susurra desesperada—. Ya las quisiera ver yo en una época donde el teléfono era un artículo de lujo.

—Pero ahora no es así. Tengo que comprarle un móvil —aseguro pensativa.

—Ni se te ocurra —ordena Tina en un susurro.

—¿Por qué? —pregunto zafándome de su agarre.

—Estás poniendo en peligro todo esto, Ana, ten cabeza, por Dios. Si la ven con un móvil qué van a pensar. La sobrina de Tina, con móvil, crees que no harán preguntas.

—Es por seguridad —justifico.

—¿Seguridad de quién, Ana? De ella o tuya para saber dónde está en cada momento. No voy a permitir eso, ¿me oyes?

Me quedo en silencio sintiendo la mirada taladrante de Tina, mientras mi cabeza da vueltas sobre lo que me ha dicho, pero yo no lo veo como ella.

—¿Qué te diferenciaría de la vigilancia que ejerce tu padre sobre tu madre? No te das cuenta de que lo que quieres hacer está mal. Ella está bien, ha llegado a casa de su madre perfectamente. Hay veces que muchas de las cosas se nos salen de control, Ana, es mejor aprenderlas ahora que no más adelante. No cargues a mi sobrina de una responsabilidad que no debe.

Cuando voy a decir algo, Tina levanta la mano para que la deje seguir hablando.

—Sé que me vas a decir que solo es un teléfono, pero que será lo próximo cuando no puedas localizarla, ¿ponerle un busca para que te llame de inmediato? Te diré algo; las personas somos libres y moriremos de la misma forma, da igual que intentes controlar cada momento, no podrás hacerlo.

—No soy como ellos, no quiero controlar a Claudia, jamás le haría nada que la hiciera sentir así. No había pensado en lo que me has dicho. Tienes razón —termino aceptando.

Tina me abraza y deja un beso en mi cabeza para después apartarme y sujetarme la cara como ha hecho antes.

—Ella está igual, me ha dicho que quiere hablar contigo, pero tenéis que calmaros o esto terminará mal. Entiendo esas ansias del principio, pero os queda mucho tiempo por delante, Ana.

—Lo sabemos —respondo quitándome sus manos de la cara para poder marcharme.

Antes de que salga de la cocina escucho resoplar a Tina.

—Ven mañana por la tarde a mi casa.

—¿En serio? —pregunto mirándola.

—No lo voy a repetir.

Corro donde está y le abrazo haciendo que ella me envuelva con sus brazos.

La tarde del día siguiente pude hablar con Claudia, cada tres días hablamos por teléfono. Ella estaba algo estresada con los exámenes y a mí me encanta animarla cada vez que no confía en ella.

Estoy en la estación de autobuses esperando por Claudia, la misma que el primer día que la vi, sonrío al recordar aquel momento. Ella no sabe que la recojo yo, piensa que lo hará Tina, pero le he pedido su coche y he venido a recogerla.

Cuando veo llegar el autobús los nervios me invaden, quiero abrazarla y besarla hasta cansarme, pero sé que nunca me saciaré de esa mujer. Observo como la gente va bajando hasta que lo hace ella y espera que le den la maleta de la bodega. Estoy quieta en el mismo sitio mientras ella intenta localizar a su tía.

Comienzo a caminar y mirarla fijamente, pero ella está ocupada ahora recogiendo su maleta, me voy acercando hasta que quedo en el borde de la acera.

—¿Necesitas ayuda?

Al escucharme se gira y viene corriendo a donde estoy para abrazarnos, apretamos nuestros cuerpos mientras nos susurramos lo mucho que nos hemos echado de menos. Una vez nos separamos, soy yo la que baja de la acera y cojo la maleta como una vez hice.

—La ladrona de croquetas —dice riendo.

—¿Has traído?

—Claro y muchas más cosas.

—Quiero probarlo todo.

—¿A mí? —pregunta.

Me acerco donde está y pego mi boca a su oreja.

—A ti la primera.

Sigo de largo con la maleta y dejo a Claudia parada sin poder moverse, sé que está excitada, siempre se le nota en los ojos.

—¿Dónde vamos? —pregunta una vez dentro del coche.

—A la casa.

—Pero yo quiero estar un ratito contigo.

—Estaremos, mi padre está de viaje.

Alterno la mirada entre la carretera y Claudia, mirar a esa mujer es lo que quiero hacer el resto de mi vida.

—Tengo que sacarme el carnet de conducir.

—Me parece una buena decisión.

—Tengo ahorros de lo que trabajé en la finca.

—Puedo ayudarte —digo llegando a casa de su tía.

—Puedo sola —responde dejando un beso en mis labios para salir del coche.

—Claro que puede sola —susurro—. Ella puede hacer lo que quiera y cuando quiera —me digo sonriendo.

Sacamos las cosas y ella corre a la casa gritando el nombre de su tía, al entrar ve que no está y me mira encogiéndose de hombros.

—Tenemos hasta la noche la casa para nosotras.

—¿Mi tía ha accedido? —pregunta sorprendida.

—Digamos que no fue fácil, pero tengo mucho poder de convicción.

—Solo será hoy —dice golpeando mi nariz—. Tengo que seguir estudiando para los exámenes.

—Pero cuando termines los exámenes —respondo mordiendo mi labio.

Claudia se lanza a mis labios y caminamos a trompicones hasta llegar a la habitación, la ropa nos la vamos quitando por el camino. Tengo la necesidad de verla desnuda, observar cómo su pecho sube y baja y como mis manos recorren su busto.

Pasamos la tarde teniendo sexo, saciando nuestras ganas de amarnos. Recorro cada rincón de su cuerpo mientras la escucho suspirar. Ese sonido no sé cuánto me gusta hasta que la oigo, hasta que noto cómo su cuerpo se revoluciona, cómo gime hasta llegar al clímax. Sentir eso entre los brazos de Claudia es una sensación que siempre quiero experimentar.

Capítulo 23

Claudia

Estoy en clase pensando en lo rápido que ha pasado el tiempo. Al final, Ana y yo hemos podido vernos a ratos. Lo mejor es cuando nos damos notas en el coche de camino a la universidad, me encanta leerlas, quedar en nuestro lugar seguro que se ha convertido el bosque de Álamos y otras veces mi habitación.

Llega la recta final para el curso, ella tendrá que hacer el examen donde se juega su futuro, mientras yo tendré más tiempo libre. Tenemos que controlarnos este verano.

—¿En qué piensas? —pregunta Virginia.

La miro entrecerrando los ojos y ella sonríe.

—En Ana —responde poniendo los ojos en blanco.

—Es que va a ser un verano complicado, no sé, si nos vamos a poder ver tanto.

—Viven en la misma finca —dice encogiéndose de hombros.

—Eso lo hace más complicado, debemos tener cuidado con su hermano, padre, empleados.

—Tenéis mi habitación de la residencia hasta finales de julio.

Nos mandan a callar a nuestro lado y nos mantenemos en silencio hasta que salimos de clase.

—Se lo diré a Ana, pero no seas cochina y te vas de la habitación.

—Claro que me marcharé, ¿por quién me tomas?

—Por una pervertida —respondo riendo.

—¿Quedas con ella hoy?

—Sí, vamos a almorzar juntas.

—Me encanta que os hayáis encontrado —expresa suspirando.

—No quiero perderla, lo único que necesito es ser más paciente.

—Lo estás haciendo bien, Claudia.

Caminamos en silencio hasta ir al aula, entramos y tomamos asiento. Sé que cada día es uno menos, pero muchas veces no razonamos a ese deseo y eso es lo más que me está costando, aguantar eso que siento por Ana, controlar mis ansias, de verla a cada momento, de tocarla, besarla...

Voy hasta la cafetería que he quedado con Ana. Al llegar ella ya está allí, esperando, mirando para los lados, cuando me ve alza la mano y toma asiento, aunque sigue mirando a los lados.

—¿Pasa algo? —pregunto.

—Nada.

—¿Segura?

—Claro, ¿qué me va a pasar?

—No lo sé —respondo encogiéndome de hombros.

—Solo estoy nerviosa por los finales, pero imagino que tú estás igual.

—Un poco sí, pero se me pasa cuando te veo.

—Qué linda eres.

Acaricia mi rostro y me atrae a ella para dejar un suave beso en los labios que a mí me sabe a poco.

—Quiero más —afirmo deseosa.

—Yo también, pero últimamente es más complicado.

—Lo sé. Virginia me ha ofrecido su habitación en la residencia.

—¿Quieres hacerlo en la cama de tu amiga? —pregunta alzando una ceja.

—Quiero estar contigo un ratito tumbadas en un sofá, en una cama, donde sea.

—Este fin de semana los padres de Irene no están, podemos ir.

—Sería genial —afirmo abrazándome a ella.

Pedimos la comida y mientras hablamos vamos comiendo, me encanta verla reír, creo que podría vivir en esa sonrisa toda la vida.

—Cuando trabaje te invitaré a comer —digo al ver que Ana vuelve a pagar como siempre.

—Me invitarás a comer, cenar y lo mejor será el postre.

—Me encantas.

Ana se acerca y me besa, nos separamos un instante antes de volver a besarnos, es el camarero quien hace que paremos de hacerlo.

—Hola, Ana —se escucha desde atrás.

Yo me giro y veo a Eduardo Villar, miro a Ana y está blanca, su tez de por sí pálida ha bajado mucho más.

—Papá —se escapa de su boca.

Es lo único que sale de sus labios, mientras el señor Villar me mira y sonrío, no sé lo que ha visto, pero ninguna de las dos está dispuesta a hacerle esa pregunta.

—No sabía que se llevaran tan bien. Según Antonio, no se soportaban.

—Así es —dice Ana poniéndose de pie—. Solo que como me has inculcado buenos modales, decidí hoy darle algo de tregua e invitarla a comer.

Yo no sé qué decir, estoy tan nerviosa, lo único que quiero es salir corriendo.

—¿Qué haces por aquí?

—He quedado con tu hermano a comer, pero creo que me ha dado plantón —responde.

Veo cómo se tensa la mandíbula de Ana y un suspiro sale de su boca, las dos sabemos que esto de encontrarnos con su padre no ha sido casualidad, es cosa de Ángel.

—¿Vas ya para la casa? —pregunta Ana a su padre.

—Sí, ya he avisado que al final voy a comer.

—Perfecto, me voy contigo —responde agarrándose al brazo de su padre.

Mis ojos comienzan a llenarse de lágrimas no solo por el comportamiento de Ana, sino por la tensa situación y, lo mierda que es tener que esconder algo que debería ser normal. Amarnos no es un delito.

Me quedo sola de pie, sin saber muy bien qué hacer ni a donde ir, pero Antonio llegará pronto a recogerme y me imagino que avisarán que no recoja a Ana. Camino en silencio, el mismo trayecto de antes, necesito despejarme.

Estoy en el sofá de casa de mi tía, tengo la sensación de que las cosas no están bien, ese sentimiento de que algo va mal se apodera de mí y cuando veo a mi tía entrar me abalanzo a ella.

—¿Sabes algo de Ana?

Tina me mira extrañada, entrecerrando los ojos sin comprender nada.

—Su padre, él...

—¿Qué pasa, Claudia? —pregunta mi tía nerviosa.
—Nos vio en una cafetería, no sabemos exactamente lo que...
—Os dije que debían tener cuidado —dice dando vueltas por la casa.
—Me estás poniendo más nerviosa —aseguro poniendo las manos en la cara.
—Déjame que piense si he visto alguna conducta de ese hombre que pueda ser alarmante.
Me mantengo en silencio mientras mi tía repasa el día en su cabeza y me mira fijamente.
—Lo único extraño es que vino Ana con él, pero después todo fue normal.
—Ana decidió irse, yo me vine con Antonio.
—Quizá no haya visto nada, porque de ser así, seguro que ese hombre hubiera montado en cólera, al menos al llegar a la casa.
Suspiro inquieta, pero quizá sea lo que dice mi tía y en realidad él no vio nada.
—Deben tener cuidado, Claudia, hoy fue una advertencia.
—Lo sabemos.

—Buenos días —digo llegado hasta el coche de Antonio.
—Buenos días, Claudia.
Entro en el coche como cada día, pero esta vez Antonio entra justo detrás de mí.
—Hay que esperar a Ana —digo cuando veo que pone el coche en marcha.
—La señorita Villar no viene con nosotros hoy.
Trago saliva nerviosa. Al final puede ser que su padre haya visto algo.
—El señor Villar tenía diligencias temprano y ella se fue con él.
No contesto, solo apoyo mi cabeza en el cristal de la puerta e intento relajarme cerrando los ojos, es mejor no pensar en nada malo hasta poder hablar con Ana.

Capítulo 24

Ana

Subo al coche de mi padre con una sensación extraña, ese hombre rudo y exigente no dice nada, incluso me abre la puerta, es complaciente.

—Ya queda menos para terminar —comenta una vez dentro del coche.

—Sí.

—¿Al final sabes qué especialidad cogerás?

—Cardiología.

Respondo como una autómatas, él nunca se ha preocupado por preguntarme nada y ahora este Eduardo Villar es amable.

—Sé que soy muy exigente —empieza a decir tras mi silencio—. Pero siempre he querido y quiero lo mejor para tu hermano y para ti. Te he dejado estudiar medicina, aunque yo quería que siguieras los pasos de tu hermano.

—No me gusta la arquitectura.

—Lo sé, por eso has hecho medicina.

—Gracias.

Mi padre me mira y sonrío, para después apretar la mandíbula.

—Debes casarte —dice antes de que crucemos la puerta de la finca.

—Papá, es muy pronto —intento excusarme.

—Debes conocer a un hombre, yo quiero nietos.

—Ángel no se ha casado.

—Él es hombre, eso es distinto. Tú debes buscar a alguien.

Me mantengo en silencio sabiendo que esta batalla con mi padre está perdida, no es la primera vez que tenemos esta conversación o que lo escucho hablar con mi madre sobre el tema de casarme.

Al llegar a la casa me encierro en mi habitación, tengo miedo de que llegue el momento en que los gritos comiencen porque realmente me ha visto besar a Claudia.

La mañana siguiente, cuando bajo para ir al coche, lo veo en la entrada que va a salir.

—¿Te vas ahora? —pregunto extrañada.

—Sí, ¿te llevo?

—Claro —respondo mordiendo mis labios.

Miro a mi alrededor para intentar localizar a Claudia y no la veo, miro el reloj y todavía quedan unos minutos antes de que llegue. Mi padre le dice a Antonio que me va a llevar él. Yo me dirijo directamente a su coche y me subo. Me recuesto en el asiento y suspiro, esta tensión me está matando.

El fin de semana necesito ver a Claudia, pero la sorpresa es que al levantarme mi padre está en el salón y me ve bajar por las escaleras corriendo.

—¿A dónde vas? —pregunta haciendo que pare.

—A la cocina —respondo rápida.

—Vamos a desayunar en familia —dice.

Camina hasta el comedor y yo voy detrás de él, al llegar allí está mi madre y mi hermano.
—¿Pasa algo? —pregunto.

Mi madre me mira sin comprender nada y mi hermano tiene una sonrisa que le borraría de un guantazo.

—Quiero comunicarles algo —empieza a decir mi padre—. Hoy vendrá un viejo amigo con el que haremos negocios en la ciudad.

Mi madre y yo nos miramos sin entender nada.

—Él tiene un hijo de la edad de Ana, acaba de terminar Arquitectura en la misma universidad que tu hermano.

—Papá...

Mi padre me mira apretando la mandíbula y noto la mano de mi madre por debajo de la mesa apretándome el brazo para que lo deje hablar.

—Vendrá hoy con su hijo y quiero que lo conozcas, Ana, porque él será tu marido —asegura.

Quedo paralizada mirando a mi padre, en ese momento es mi madre quien habla.

—Eduardo, la niña debe elegir a su marido, no puedes imponerle con quien casarse.

—No se lo impongo, el muchacho es de buena familia...

—Es guapo, yo lo conozco —comenta mi hermano.

—Pues cástate tú con él —respondo llena de rabia.

Un golpe en seco suena en la mesa haciendo que todos demos un salto del susto.

—Lo vas a conocer y si me parece buen chico te casarás con él —sentencia antes de levantarse.

Voy a levantarme y mi madre me sujeta el brazo.

—¡Suéltame! —grito.

Voy corriendo detrás de mi padre y le sujeto del brazo haciendo que se gire.

—No puedes imponerme con quién me casaré —reclamo.

—Intenta que sea él, Ana —dice sujetándome del brazo y hace que me pegue más a él—, porque de no ser así, Claudia saldrá de esta casa antes de que termine este año en la universidad.

—Pero...

—Os vi, esa degenerada es igual que su tía. Ella saldrá de aquí, tú tienes que decidir si quieres que salga ahora o dentro de un mes cuando termine el curso.

Mis ojos se llenan de lágrimas e intento no gritar a mi padre.

—No es lo que crees —intento justificarme.

—Me tomas por estúpido —grita apretando más mi brazo—. La quiero fuera de aquí y a ti, casada con Alejandro Mir, intenta que ese muchacho te guste, Ana, porque de no ser así destruiré el futuro de esa furcia.

—No la llames así.

Lo siguiente que siento es la mano de mi padre en mi mejilla, el golpe es tan fuerte que me escuece toda la cara y el sonido hace que mi madre aparezca.

—¡Eduardo! —grita acercándose a nosotros.

—Todo esto es por tu culpa, debimos de casarla mucho antes.

—No puedes obligarla —contesta mi madre.

—Puedo hacer lo que me dé la gana, es mi hija, y no voy a permitir que se convierta en una degenerada. Prepárense las dos que llegarán pronto.

Mi madre me sujeta y me sube a la habitación mientras el llanto se apodera de mí. No

puede estar pasándome esto.

—Lo arreglaré —asegura mi madre cuando entramos a mi habitación.

—No puedes, mamá —logro decir.

—¿Qué ha pasado, Ana?

—Papá me ha visto con Claudia en una cafetería.

—Os dijimos...

—Lo sé, mamá, pero no puedo alejarme de ella, no creo que pueda.

Mi madre me abraza y yo vuelvo a romper a llorar.

—No quiero casarme —aseguro entre lágrimas.

—Ana —dice sujetándome la cara—. Conozcamos a ese muchacho, quizá sea buen hombre y contentes así a tu padre y después ya vemos cómo lo hacemos con Claudia.

—La va a echar de la casa, mamá —digo llorando.

—Te prometo que Claudia terminará sus estudios, pero ahora debes obedecer a tu padre.

—No quiero ser como tú.

Suelto eso sin pensar y los ojos de mi madre se encharcan. Le abrazo pidiéndole perdón porque ella no se merece mis reproches.

—Lo solucionaremos —asegura.

Sé que no será fácil, pero debo obedecer a mi madre y conocer a ese chico y quizá eso haga que mi padre se tranquilice un poco y no destruya la vida de Claudia, porque sé que ese hombre es capaz de cualquier cosa con tal de salirse con la suya.

Capítulo 25

Claudia

Me despierta la luz que entra en mi habitación y por un momento pienso que es Ana que me ha abierto las contraventanas. Me incorporo de inmediato de la cama, tan rápido que hasta me mareo, cuando logro enfocar la vista me doy cuenta de que estoy sola, no ha sido ella. Me dejo caer con desgana.

Media hora después decido que tengo que levantarme, pero que iré a desayunar a la casa principal, así, con la excusa podré intentar ver a Ana. Sonrío al pensar en esa mujer, muerdo mis labios recordando sus besos, caricias y esa forma de mirarme que tiene que hacer que me derrita.

—Buenos días —saludo entrando en la cocina.

Nadie me responde, están todos ajetreados y yo entrecierro los ojos al ver que incluso Luisa está allí.

—¿Ha pasado algo? —pregunto acercándome a Maite.

—Que hoy hay una reunión familiar.

—Pero siempre ha habido —respondo sin entender del porqué de tanto ajeteo.

En ese momento se hace un silencio en la cocina y todos miran a la persona que entra, es el mismísimo señor Villar y viene directamente a donde yo estoy.

—Lo que pasa es que hoy Ana se va a comprometer.

Trago saliva, sin comprender nada, ¿cómo puede Ana comprometerse con alguien y no decírmelo? ¿Desde cuándo conoce a ese chico? ¿Por qué me ha mentido?

—¿Sorprendida? Pensabas que iba a pasar algo contigo —sisea con la mandíbula apretada.

—Ella no...

—¡Cállate! —grita y tras eso siento un escozor en mi mejilla del impacto de su mano en mi cara.

Lo miro con lágrimas en los ojos mientras él sonríe de satisfacción, nadie en esa cocina es capaz de moverse, hasta que ese hombre me sujeta del brazo y mi tía que acaba de entrar se interpone.

—Esto no es necesario —indica Tina nerviosa.

—Lo que no es necesario es haber traído a esta fulana a la casa.

—¡Basta! —se escucha detrás de Eduardo.

Mi sorpresa es cuando fijo la mirada y veo a Isabel.

—Vamos a la casa, Eduardo, por favor —suplica.

Ese hombre con los ojos rojos llenos de ira me mira fijamente, poniendo un dedo en mi pecho y apretando.

—Si Ana no acepta, te haré la vida imposible, ese sueño tuyo de niña de pueblo de ser alguien en la vida se te va a acabar. Te quiero lejos de mi hija y más vale que lo hagas por voluntad propia o de lo contrario juro que ...

—Eduardo, ya basta —reclama Isabel.

—Todo esto es tu culpa —dice girándose a mirarla.

—Ana, aceptará —asegura Isabel.

—Más vale, porque no me temblará el pulso para acabar con esta degenerada —asegura señalándome.

Él se va de la cocina, yo me giro y me derrumbo en los brazos de mi tía intentando coger consuelo, pero no llega, no lo hace porque esas manos no son las de Ana diciéndome que todo va a salir bien.

Me siento en una de las sillas y cuando me tranquilizo veo que Isabel sigue allí. Veo a Maite mirándome con preocupación y hasta como Luisa agacha la cabeza al verme.

—Todo se arreglará —asegura mi tía.

—No va a pasar —afirmo.

—Mírame —me exige Isabel—. Tenían un plan, solo ahora hay un contratiempo, recuerda las palabras de mi hija, un día menos.

Al escuchar esa frase comienzo a llorar de nuevo, pero es una realidad, el plan inicial eran cinco años para estar juntas, y cada día es uno menos.

—Se va a casar —susurro.

—El divorcio está para algo —razona mi tía.

—Es normal que veas todo negro ahora mismo —comienza a decir Maite—, pero el amor nadie ha dicho que sea fácil.

Las tres miramos de pronto a Maite, ¿cómo puede ser que ella se haya dado cuenta?

—¿Cómo?

—El día que casi te desmayas, ese día vi en los ojos de Ana el miedo, ese de perder a alguien, quién quieres, con lo que ha pasado hoy solo había que atar cabos.

—Les pido prudencia —dice Isabel mirando a los que están en la cocina.

Tanto Maite como Luisa asienten. Yo sé que Luisa sabe de lo nuestro por lo que había pasado en la piscina, pero me ha sorprendido lo de Maite.

—Tendrás que marcharte según termines el curso —dice Isabel sujetándome de la mano.

Miro atemorizada a mi tía sabiendo que las cosas se me pueden poner complicadas.

—No dejaré que te quedes sin estudiar —asegura Tina.

—Yo te ayudaré —afirma Isabel.

—¿Cómo? Ese hombre me odia, no dejará que lo hagas.

—Tengo mis ahorros, aprendí a guardar algo de dinero por lo que pudiera pasar.

—¿Cómo lo haces? Porque ese hombre controla todo —pregunto.

—Sus regalos, mucha de las veces me regala joyas y yo voy a devolverlas y consigo el dinero.

—¿No se da cuenta?

—Tengo tantas joyas que no sabe ni lo que tengo, también lo hago con algún abrigo que ya me había regalado. Así es como me he hecho con un colchón de dinero.

—Has aprendido a vivir con un depredador —aseguro.

—¡Claudia! —se enfada mi tía.

—Es una realidad, Tina, hemos aprendido a vivir con ese hombre.

—Sepárate —le digo.

—No es tan fácil —dice y sus ojos se llenan de lágrimas.

Miro a mi tía y el terror se apodera de su rostro, en ese mismo instante me doy cuenta de que las tiene atemorizadas a las dos. Ese hombre sería capaz de cualquier cosa con tal de salirse con la suya.

—¿Qué va a pasar conmigo? —me preocupo.

—Terminarás este curso, irás a tu casa y a la vuelta alquilaremos algo para que te quedes, lo que vas a tener que ser independiente y aprender a cocinar —dice mi tía.

—Tengo una amiga en una residencia, quizá compartiendo habitación con ella, todo pueda salir más barato y no me sentiré tan sola.

—Genial —dice Tina—. Pero eso ya lo veremos, ahora has de terminar el curso que no queda nada.

—Señora Isabel, la familia Mir ya ha llegado —anuncia Ricardo entrando a la cocina.

—Gracias, enseguida voy.

Ricardo asiente y se marcha, Isabel vuelve a mirarme.

—Preocúpate de terminar esa carrera, nosotras nos ocuparemos de que todo salga bien —asegura mirando a mi tía.

Isabel sale de la cocina y yo siento un vacío inmenso en el pecho. Sé lo que va a pasar hoy con Ana y no sé si llorar o ir a por ese hombre que tiene como padre y acabar con él de una vez.

—Tengo que marcharme, cariño —dice mi tía dejando un beso en mi cabeza.

—Ve tranquila, yo me ocupo de ella —afirma Maite llegando con un vaso de zumo de naranja.

—No quiero nada —protesto apartando el vaso.

—Debes comer algo, seguro ni has desayuno —comenta la cocinera.

Miro a Maite y acaricia mi cara con ternura, yo no aguanto las ganas de llorar apoyo mis manos en la mesa y la cabeza dejando que todo salga. Es la cocinera con sus caricias en la espalda la que intenta tranquilizarme. Pero en mí se ha instalado esa desazón y un presentimiento de que nada de lo que ocurra a partir de ahora será fácil. Pienso por lo que tiene que pasar Ana y la culpa se aferra en mi pecho, es un dolor que me ahoga y hace que casi no pueda respirar entre el llanto desgarrador que sale de mí.

Capítulo 26

Camino por la universidad como un autómata, la primera convocatoria de exámenes ya la tenemos encima y yo de lo único de lo que tengo ganas es de escapar y llorar.

—Hola —escucho detrás de mí.

Cuando me giro veo la sonrisa de Virginia.

—¿Qué te pasa? —pregunta arrastrándome hasta un banco.

—Nada —digo intentando contener las lágrimas.

Virginia me atrae y yo dejo que otra vez la pena me invada y termine llorando como llevo haciendo todos estos días.

—¿Qué ha pasado? —pregunta cuando estoy más tranquila.

—Tenemos que entrar a clase —digo.

—No, primero me tienes que contar.

—Pero no quiero saltarme la clase —susurro como una niña.

—No me jodas, Claudia, eres la tía que mejores notas sacas, no creo que tengas dudas sobre algo de la asignatura de Martín.

Agacho la cabeza y niego.

—Pues ahora cuéntame, ¿qué pasa?

—Ana se casa —suelto sin mirarla.

—¿Qué? ¿Cómo que se casa? ¿Cómo se puede hacer eso de pronto?

Le relato a Virginia todo lo que ha pasado la semana pasada, cuando su padre nos vio, como me advirtió en la cocina y la pedida de mano de Ana.

—¿Pero no se supone que la gente primero se conoce?

—Es un matrimonio por conveniencia —explico.

—Eso ya no existe, Claudia, no puede ser que Ana se case —sentencia.

—No lo entiendes, Virginia, si ella no se casa a mí me destroza la vida.

—Creo que ese hombre es un fanfarrón. No creo que nadie tenga ese poder.

—Tenías que verle cuando me amenazó, estaba fuera de sí, créeme si te digo que es capaz de cualquier cosa.

Mi amiga me abraza y yo me aferro a ella.

—Me ha echado de la casa —protesto entre lágrimas.

Ella me retira y me sujeta de la cara.

—Vendrás conmigo a la residencia, hablaré con mi padre, estaremos en la misma habitación, pagaremos hasta que tengas la beca, haremos lo que sea, pero no dejaras de estudiar.

—Mi tía me va a ayudar e Isabel también.

—¿Isabel? —pregunta desconcertada.

—Es la madre de Ana. Ella me aseguró que no me quedará tirada, que terminaré mis estudios.

—Pues eso está solucionado, espero que vengas a mi residencia.

—Les hablé de ti y que podía ir contigo. Así que imagino que en septiembre estaremos juntas.

—Puedes venirte a casa este verano, está perdida en las montañas, pero es entretenido.

—Iré al pueblo. Necesito tranquilidad.

—Como quieras, pero que sepas que aquí me tienes. Tengo que dejarte el número de teléfono de mi casa y así hablamos. Podemos quedar para hacer alguna excursión.

Sonrío mientras escucho a Virginia planear miles de cosas que podemos hacer juntas. ¿Por qué no pude enamorarme de ella en lugar de Ana? Hubiera sido todo mucho más fáciles.

Al llegar a la casa, ahora Antonio me recoge más tarde y a solas, siento cómo me mira con desprecio, no sé si pueda soportar el poco tiempo que me queda con la mirada taladrante de ese señor.

—No quiero ir más con Antonio —digo entrando en la cocina.

Mi tía se gira y Maite viene a abrazarme.

—¿Cómo vas a ir? —pregunta Tina.

—Como lo teníamos planeado desde el principio.

—Puedes ir tú a dejarla por la mañana, te cubriremos —le dice Maite.

Mi tía se queda pensativa mientras valora lo que han dicho.

—Solo me queda esta semana, después empezarán los exámenes y ya está. Puedo volver a la casa en bus.

—Haremos eso —afirma Tina.

Maite me sirve un plato de comida que yo no puedo casi ni probar, veo cómo me miran con preocupación, pero mi estómago está cerrado y no me entra nada.

Los días pasan y con ello la oportunidad de ver a Ana, no han querido decirme nada sobre qué ha pasado con el primer encuentro entre ella y ese chico, ni tampoco los demás, porque he visto que un coche viene a menudo a la casa, incluso ya Antonio no va a buscar a Ana, a ella la trae otro vehículo y, aunque me duela creo que es el joven que está conociendo.

—La trae él —afirmo mirando a mi tía.

—Claudia, ya no queda nada para marcharte.

—No me quería —aseguro enfadada—. Me enamoró y ella simplemente me olvidó.

—No es así, cariño.

—Si no es así, ¿por qué no ha intentado verme?, ¿por qué no ha luchado por mí? ¿Por qué...?

No puedo hablar más y en ese momento me derrumbo de rodillas en el suelo tapando mi cara mientras las lágrimas salen a borbotones de mis ojos.

—Tuvo que tomar una decisión difícil, Cariño, no solo estabas tú, estaba su madre y que su padre no la culpaba como ha estado haciendo. Sé que todo esto no es justo, pero la vida muchas veces no lo es.

—No me quiere, nunca me ha querido —insisto.

—No digas eso, cariño. Yo he visto a esa niña llorar al igual que tú. Créeme si te digo que ahora mismo ella está tan destrozada como tú.

—Pues que luche —escupo furiosa.

—¿Contra su padre? ¿Contra un mundo que os va a apartar? ¿Contra quién tiene que luchar, Claudia? Tú tienes una vida que empezarás a formar ahora, ella tiene un apellido y un padre que le puede hundir la vida para siempre. Tendría que huir de las garras de ese hombre toda su vida. Eduardo tiene una influencia muy grande, y créeme que la peor parada aquí vas a ser tú, te destrozará y hundirá tu vida.

—No es justo.

—La vida no es justa. Es algo que irás aprendiendo con el paso del tiempo. Mira tu madre, te tuvo que criar sola. ¿Eso fue justo para ella? No, pero lo hizo, cariño, esa mujer se rompió los cuernos para que hoy puedas estar aquí cumpliendo tu sueño. El único inconveniente es haberte enamorado de la hija menor de los Villar.

Mañana temprano me iré de la casa, voy a la cocina a despedirme de los empleados, que ya son parte de mi familia.

—Que te vamos a echar de menos, Claudia —dice Maite con lágrimas en los ojos.

Salgo de la casa triste, y sabiendo que no sé cuándo pueda volver a ver a Ana, pienso que quizá fuera de allí podré verla, ya que, su padre te dejará más tranquila. Llego a la casa de mi tía y me tiro directamente en el sofá.

No sé el tiempo que hace que me he quedado dormida, pero es Tina entrando la que me despierta.

—Te he traído algo —dice extendiendo un papel.

—¿Qué es? —pregunto cogiéndolo.

—Es de Ana.

Me levanto del sofá y me voy directa a la habitación que ha sido mi refugio hasta hoy, cierro la puerta de un golpe y me siento en la cama abriendo la hoja de papel.

“Querida, Claudia.

Sé que todo esto es complicado y que nos ha llegado por sorpresa, pero quiero que sepas algo, no hay día que no piense en ti. Sé que es complicado todo, y que yo tengo que obedecer, aunque no quiera, pero tenemos un plan, mi amor. Las cosas se han complicado un poco, pero te aseguro que desde que pueda estaremos juntas. Te escribo esto para decirte que debes seguir con tu vida, conoce gente y disfruta. Volveremos a estar juntas, pero no ahora. Debo casarme con Alejandro, aunque no sea algo que me guste, pero es un buen muchacho y dentro de todo lo malo, él al menos no me ha obligado a nada, ha tenido paciencia conmigo y estamos de acuerdo que es algo que hacemos por nuestros padres.

Termina lo que has venido a hacer a la ciudad y nos volveremos a ver.

Te amo, Claudia Rojas.

PD: Un día menos”

Lanzó la carta enfadada por lo que está pasando, un grito desgarrador sale de mi garganta, en ese momento mi tía entra a la habitación preocupada. Se acerca donde estoy y me sujeta para que deje de golpear la pared.

—Todo estará bien, cariño.

—No lo está —logro decir.

Más calmada mi tía hace que me siente, ya que me había acostado en la cama y encogido como si fuese un bebe.

—Tengo un pequeño apartamento en Huelva, está cerca del mar, creo que antes de irte al pueblo es mejor que vayas allí.

Miro extrañada de que mi tía tenga una propiedad.

—Lo compré con mis ahorros hace mucho tiempo, lo he tenido alquilado por temporada, pero este verano lo he dejado sin alquilar. Es algo pequeño, pero te hará bien desconectar de todo esto, puedes llevarte a tu amiga Virginia si quieres.

—No sé cómo llegar a Huelva —digo sorbiendo los mocos.

—Eso no es problema, entre trenes y autobús llegarás.

—¿Qué le voy a decir a mi madre?

—Yo hablé con ella. Le dije que necesitabas despejarte después de estudiar tanto.

—¿Está de acuerdo?

—Digamos que al principio no, pero la he convencido de que estarás segura.

Cierro los ojos y sé que volver ahora al pueblo de mi madre sería estar llorando a cada rato y que mi madre me terminará sacando que es lo que me pasa.

—Iré a Huelva, pero sola. No le diré a Virginia.

—Perfecto, allí puedes estar el tiempo que quieras.

Mi tía deja un beso en mi frente y sale de la habitación. Miro el techo de la habitación y me grabo que el tiempo que esté allí tengo que disfrutar y dejar de pensar en Ana hasta que podamos estar juntas.

Capítulo 27

El taxista, después de recogerme en la estación, me deja en la dirección que le doy en un papel apuntada por mi tía.

Tras pagarle observo que es un complejo no muy grande, accedo por la puerta principal y tras identificarme como me había explicado Tina, voy directa al apartamento número cuatro. Camino por el pasillo hasta acceder a él. Al entrar hay una pequeña cocina, un salón y al fondo veo unas cortinas que oscurece toda la estancia. No encuentro ni la habitación ni el baño, y cuando avanzo, veo que hay unas escaleras, subo deprisa y ahí está una habitación a mano derecha y al otro lado el baño.

—Me gusta —susurro.

Bajo para poder seguir curioseando y corro la cortina haciendo que la luz del exterior entre en el apartamento. Me sorprende el exterior, hay una terraza con dos hamacas, también tiene una pequeña mesa y dos sillas. Abro la balconera y salgo, se escucha un bullicio y al mirar por encima de los setos, veo que estoy justo enfrente de la piscina.

Hay un par de niños jugando tranquilos en la piscina, gente tomando el sol y otros en mesas jugando a las cartas o al dominó. Me arrepiento de no haber invitado a Virginia. Con ella aquí me lo hubiera pasado muy bien, al menos la hubiera pedido estar aquí por una semana.

Sonríó al pensar que podría ser Ana la que estuviera aquí, que las dos por unos días tuviéramos una relación normativa, esa que impone la gente entre un hombre y una mujer. Seríamos dos chicas viviendo lo que realmente sentimos. Sacudo la cabeza intentando borrar esa imagen, porque duele demasiado pensar en ella.

—Hola —escucho.

Miro a mi alrededor hasta que veo que la voz proviene del apartamento de al lado.

—Hola —saludo acercándome.

—Soy Marisa, imagino que tú eres la sobrina de Tina.

—Sí —respondo confundida cuando hago contacto visual con la señora.

—Tu tía me dijo que llegarías. Tienes que avisar que has llegado —comunica la mujer.

—Ya, es que tengo que buscar una cabina de teléfono.

—Hay una en la recepción, pero usa mi teléfono.

—No, no hace falta, voy a la recepción.

—De eso nada —asegura la mujer que desaparece por un momento.

Miro extrañada hacia el interior de su casa, lo que puedo llegar a ver, pero sus cristales son oscuros como los de mi tía, y no se puede ver nada.

—Toma —dice dejándome un teléfono inalámbrico.

—No hace falta, iré a recepción.

—Le aseguré a tu tía que estarías bien y que yo me ocuparía de ti si hiciera falta. Ahora coge el maldito teléfono y llámala —ordena.

Abro los ojos asombrada por la autoridad de la mujer; ella, al ver mi cara, sonríe e insiste en que coja el teléfono.

—Yo voy a terminar de hacer el almuerzo, después te paso un plato de carne con patatas.

—No hace...

Su mirada es tan taladrante, que prefiero no seguir la frase.

—Sería perfecto que me invitase a comer —digo.

Marisa se le dibuja una sonrisa y entra a su apartamento mientras yo me quedo pensando si mi tía confía mucho en esa mujer, porque tiene un carácter bastante fuerte.

Una hora después estoy sentada en casa de mi nueva vecina devorando el plato que me ha servido. Tras hablar con mi tía y ella asegurarme que era una buena mujer, me quedé más tranquila, coloqué la ropa que traje y decidí ir a su casa, tras saber que comería sola.

—Puedes comer aquí todos los días.

—Pero yo iré a comprar algunas cosas —indico.

—Siempre hago comida de más. Tú solo me haces compañía y así no comeré sola.

—Esto está riquísimo —aseguro sin dejar de comer.

Ella me mira y sonrío. No sé cuánto tiempo lleva esa mujer sola, pero mi presencia la hace sentir cómoda. Cuando estamos tomando un helado, ella por un instante se queda absorta mirando al exterior.

—¿Vive aquí? —pregunto.

—Sí, llevo cinco años. Lo compramos cuando apenas era un proyecto, al igual que tu tía. Esto era un sitio tranquilo donde tenía paz después del ajetreo del trabajo entre semana.

Marisa comienza a contarme su vida. Su marido murió hace cuatro años, no tuvieron hijos y que se había venido a vivir al apartamento cuando le detectaron el cáncer a él. Estar en ese lugar le hacía bien, sabían después de dos operaciones que mucho no se podía hacer y él decidió que lo poco que le quedaba era mejor pasarlo en su lugar favorito, que era ese apartamento.

—La vida es una mierda —aseguro recostándome en la silla.

—No lo es —asegura ella limpiando su rostro—. Me dio la oportunidad de conocer a Paco, de vivir con él, de descubrir que el amor existe y que si se ama con sinceridad todo lo demás da igual. No cambiaría nada.

—¿Ni su muerte?

Marisa sonrío y se toma su tiempo en responder.

—Claramente que, si hubiese podido evitarlo, lo habría hecho, pero el tiempo que estuve con él fue el mejor de mi vida. Así que me quedo con que él y yo vivimos el momento y el tiempo que nuestro señor quiso.

Asentí, preferí no responder de lo que verdaderamente pienso y es que es una mierda que dos personas que se amen no puedan estar juntas. Ella por la muerte de su marido, y yo por los prejuicios de una sociedad.

—¿Ahora está sola?

—Si llamas estar sola por no tener alguien, sí, estoy sola. La realidad es que he aprendido a vivir en armonía. Al principio fue duro, mucho, los recuerdos de Paco estaban por todos lados, pero al final te haces fuerte y te acostumbras.

Marisa se levanta de la mesa para retirar las tazas, pero antes de hacerlo me mira fijamente y tras un suspiro comienza a hablar.

—El primer amor, si no es correspondido, duele, pero el mundo sigue, aprenderás a vivir con ello.

Me quedo en silencio, pensando en las palabras de mi vecina, sé que solo tengo que esperar hasta que Ana y yo seamos libres y estemos juntas.

Capítulo 28

Llevo tres semanas en Huelva, con Marisa, todo bien, aunque al principio pensé que sería una señora que se metería en todo, y no ha sido así. Lo único que quiere es que me siente a comer con ella. Ahora no sé si es por petición de mi tía o si ella así no se siente sola. Cada día, a la hora de almorzar, ella me tiene un plato en la mesa. Es exigente con la hora a las dos, se come, estés o no. Soy obediente y, un poco antes, como vengo haciendo, siempre me presento en su casa. Tras comer, hablamos un poco del día y yo me marchó o bien a la piscina o al apartamento.

Estar aquí, aunque tengo mucho tiempo libre, me ha despejado bastante, ya que, cada semana, hay gente nueva. Siempre coincido con gente joven en la piscina y hablamos, pasamos los días y así va pasando el tiempo. Ahora hablo con dos chicas que dicen que son amigas y han venido a pasar unos días en Huelva, después seguirán recorriendo Andalucía. Yo creo que son pareja, pero ellas no dicen nada. Verlas, sí que me trae el recuerdo de Ana.

Sé que es muy pronto todavía para dejar de pensar en esa mujer, pero tengo que hacerlo, sobre todo por esa última carta en la que me pedía que hiciera mi vida y que nos volveríamos a encontrar. No sé cómo se hace eso, lo que sí estoy segura es que necesito hacerlo, porque sin ella los días son más tristes.

Esta es la última semana que estaré aquí, y tengo ganas de abrazar a mi madre, pero, por otro lado, me siento muy a gusto en este lugar. Tengo que llegar a un acuerdo con mi tía para pasar el julio aquí.

Estoy como cada mañana después de desayunar tirada en una hamaca leyendo un libro, al que muchas veces por los gritos de algunos niños no puedo concentrarme en leer, pero es más divertido ver a esos enanos pasárselo bien sin ningún problema que intentar leer una historia de amor triste que estoy empeñada en leer.

—Hola —escucho a mi lado.

—Hola —respondo sentándome en la hamaca.

Quien se acerca es Aurora, es una de las chicas que dicen que son amigas, la otra es Sandra.

—¿Vienes sola?

—Sí. Sandra está respondiendo unos correos de la empresa que tenemos.

—¿Tienen una empresa?

—Sí, es un local de... —dice negando con la cabeza.

—¿De qué? —pregunto curiosa.

—No hagas tantas preguntas —dice sonriendo.

Aurora coloca la toalla en la hamaca y se acuesta quedando en silencio. A mí la curiosidad me mata, aunque hemos estado hablando, casi siempre es sobre mí y la universidad. Nunca he nombrado a Ana, pero sí saben que estoy enamorada de alguien que simplemente por una posición social no ha podido ser todavía.

—¿Sois pareja? —me atrevo a preguntar.

—¿Qué?

—Tú y Sandra. Realmente no es una pregunta, solo hay que observar en la forma de miraros y cómo se tratan.

—Nos conocimos en la universidad estudiando económicas —comienza a relatar—. No es que nos escondamos, pero somos prudentes y ya nos hemos acostumbrado a decir que somos amigas.

—Pero ella es mayor que tú.

—Sí, ella es dos años mayor. Coincidimos ahí, pero el amor surgió en una fiesta universitaria cuando ella ya iba a terminar.

—Yo... también estoy enamorada de una mujer —confieso.

—Lo suponíamos, aunque no era del todo seguro, pero hemos visto a gente que huye con sus parejas cuando los padres no quieren que estén juntos.

—Ella me escribió una carta en la que me prometió que solo teníamos que esperar que terminase yo la carrera y después estaríamos juntas. Que ahora he de hacer mi vida.

—Claudia, es buen consejo lo que debes seguir con tu vida, descubrir, caerte y avanzar. Ese es el ciclo de la vida.

—Es una mierda todo.

Aurora sonríe y asienta. En ese momento veo que ella se queda mirando fijamente detrás de mí, me giro y a la que veo venir es a Sandra.

—Es preciosa —susurra.

Vuelvo la mirada a Aurora, puedo ver en sus ojos el amor y devoción que siente por su pareja y eso me da mucha envidia.

—¿Cuánto llevan juntas?

—Diez años.

—¿Cómo lo hacen para que no os coma la monotonía?

—Respeto y confianza, y tener claro que somos libres.

—Hola —saluda Sandra—. ¿De qué hablan si se puede saber?

—De nosotras —responde Aurora.

Sandra mira girando la cabeza sin saber muy bien el qué exactamente.

—De quién estoy enamorada es de una mujer —cuento ahora a Sandra.

—Entonces imagino que ya sabe que —dice señalándose a ambas—, estamos juntas.

—Ahora lo sé, antes me lo imaginaba.

Comenzamos a tener una conversación las tres y, aunque a mí me picaba la curiosidad de saber exactamente de qué era el negocio que tenía, ninguna de las dos soltaba nada. Hablamos del tiempo que nos quedaba para marcharnos y ellas se iban un día antes que yo.

Hoy es el último día de las chicas aquí, vuelvo a estar en la hamaca de siempre esperando que vengan para tener las conversaciones interesantes que siempre solemos tener desde que sabemos que nos gustan las mujeres. Hemos hablado de todo un poco, incluso del deseo que se puede sentir, del tipo de relaciones y la verdad es que con ellas he aprendido que lo más importante es que tu pareja no te pertenece, que es totalmente libre.

—Hola —saluda Aurora.

—¿Sandra?

—Viene ahora.

—Queríamos invitarte a cenar esta noche, ya que es nuestra última vez en este sitio.

—¿No volverán más?

—Nunca repetimos sitio.

—¿Por qué? —pregunto con curiosidad.

—Porque...

—Queremos seguir descubriendo lugares —responde Sandra antes de dejar un beso en la

cabeza de Aurora.

—¿Entonces vienes esta noche? —pregunta Aurora.

—No creo que vaya, suelo dormirme pronto —miento.

La realidad es que esas dos mujeres me han hecho sentir deseo, uno que no sabía que podía sentir y para no tener problemas prefiero no cenar con ellas.

—Una lástima —responde Sandra tumbándose en la hamaca.

El día pasa entre conversaciones esta vez más banales, contando anécdotas de universidad y quién de las dos dio el primer paso. Por carácter más abierto diría que Aurora, pero para mi sorpresa fue Sandra quien se lanzó.

A la hora del almuerzo me despido de ellas, aunque intentaron que comiera con ellas, pero volví a rechazar la propuesta diciendo que Marisa me mataría si la dejaba plantada.

Por la tarde ninguna de las dos apareció por la piscina y sentía una curiosidad inmensa de saber por qué no habían venido, era su último día allí y las horas de tomar sol se les acababan y tenían que volver a la rutina de su negocio.

Salgo de la ducha y siento que golpean a la puerta de la entrada bajo la escalera y miro el reloj que mi tía tiene en la cocina, marca las nueve y media.

—Qué raro —susurro acercándome a la puerta.

Miro por la mirilla y veo que es Aurora con una botella que no distingo muy bien de que es, trago saliva y dudo si abrir o no. No entiendo el temor que tengo a encontrarme con ellas, pero lo cierto es que pese a eso pongo la mano en el picaporte decidida a salir de dudas.

Capítulo 29

Es la sonrisa de Aurora con una botella de *Champán* la que encuentro al abrir.

—Ya que no quieres ir, podemos tomarnos una para despedirnos.

—No sé si es correcto que yo beba.

—Tienes miedo —dice sonriendo.

—No, lo que no quiero es la resaca del día después.

—Es solo una copa —asegura.

Miro a la mujer que tengo delante, no sé por qué no me decido a ir con ellas.

—Si te sientes incómoda, te vas.

Tras no pensarlo mucho, entro al apartamento, cojo las llaves y voy con ella, qué sonriendo me lleva hasta su apartamento.

—Pasa —indica abriendo la puerta.

Veo a Sandra en el sofá con una camiseta de tirantes suelta y un pantalón corto que tapa lo justo. Aunque Aurora es guapa, su mujer tiene una áurea misteriosa que hace que te quedes prendada de ella. Esa mujer, seria, perfeccionista y segura de sí misma, hace que te hipnotices si se queda mirándote fijamente con una sonrisa, como está haciendo ahora mismo.

—Hola —saludo poniéndose de pie.

—Hola, al final me he animado a venir.

—Genial, he preparado pescado al horno —sonríe guiñándome un ojo.

—Se le queda buenísimo —comenta Aurora acercándose a su mujer y dejándole un beso en los labios.

Ver a esas dos mujeres me hace sentir que lo mío con Ana es posible, que tengo que terminar la carrera y encontrarnos.

Aurora comienza a poner la mesa, mientras Sandra saca la comida del horno. Tras servirla, nos sentamos en la terraza y cuando van a servir la bebida, tapo mi vaso.

—¿Tienen vino? Lo prefiero.

—Claro —responde Aurora.

Va a buscarlo y, por primera vez me quedo a solas con Sandra, me mira fijamente como si me estuviera escaneando y cuando se da cuenta de que la observo desvía la mirada al plato.

—Me desconciertas —admito.

—Te aseguro que no más de lo que lo haces tú.

Aurora viene con la botella de vino y todas terminamos bebiendo. Esta vez hablamos de las relaciones y la obsesión de la gente por poseer.

—¿Entonces no creen en la monogamia? —pregunta con curiosidad.

—No, pero tampoco en las relaciones abiertas, es que cada una hace lo que quiera hacer —responde Aurora.

—No entiendo.

—Digamos que entre Aurora y yo hay pactos. Normalmente, cuando salimos de viaje, nos damos una alegría al cuerpo.

Mi cara debe ser un poema, porque las dos comienzan a reír.

—Te explico que, Sandra cuando quiere, puede ser muy misteriosa.
—Yo pensaba que eso venía de serie, siempre ha sido un misterio para mí.
—¿Te gusta mi mujer, Claudia?
—No he dicho eso, Aurora, solo que es...
—Una mujer increíblemente sexi.
—Eso —aseguro ruborizada.

—¿Te acostarías con ella? —pregunta Aurora recostándose en la silla.

Me quedo en silencio porque sé que, si respondo, puede que arme una discusión porque ahora mismo me acostaría con cualquiera de las dos.

—Mejor seguimos comiendo —dice Sandra, metiéndose el tenedor en la boca.

Terminamos de cenar y comenzamos a recoger. Cuando está todo listo, decido que es mejor que me vaya.

—Bueno, chicas, un placer conocerlas —me despido.

—¿Ya te vas? —pregunta Sandra arqueando una ceja.

—Brindemos antes —comenta Aurora trayendo una copa para cada una.

Tras ella coger la suya, se acerca y me guiña un ojo.

—Por nosotras —dice alzando la copa.

Brindamos y, tras beber un poco de vino, Aurora me quita la copa de la mano y va hasta la barra de la cocina a dejarla y vuelve donde estamos.

—Todavía debes responder la pregunta, Claudia.

—¿Cuál? —pregunto avergonzada.

—¿Te acostarías con Sandra?

Mi nerviosismo hace que no sea capaz de hablar, solo respiro agitada mientras esas dos mujeres me miran.

Aurora se acerca a Sandra y comienzan a besarse. Siento cómo la excitación va en aumento, pero recuerdo a Ana y me digo que esto está mal, que da igual que ella me haya dicho que hagamos cada una de nuestra vida. Me levanto del sofá dispuesta a marcharme cuando Aurora se da cuenta y se pone de pie.

—Perdona, no quería incomodarte —se disculpa.

—Yo no soy así —intento justificarme a pesar de que lo que he visto me ha puesto mucho.

—Pensábamos que no estás con alguien —dice Sandra apenada.

—No lo estoy, es solo que no debo, creo que esto no es lo correcto.

—Ya —dice Sandra ladeando la cabeza con una sonrisa que le borraría a besos.

Sacudo la cabeza, sacándome esa imagen. Aprieto el puente de la nariz y vuelve a mí, Ana, pero esta vez besando a ese chico que está conociendo, dejando que la toque, siendo él quien recorra su cuerpo y no yo. Estoy agitada, cabreada, rabiosa, y cuando abro los ojos, Sandra sigue teniendo esa maldita sonrisa.

—A la mierda —digo agitada.

Me dirijo dónde está Aurora y antes de besarla miro a su mujer que sonríe mientras muerde su labio inferior. Agarro su nuca y, tras pasar mi lengua por sus labios, nos besamos con intensidad. Cuando me quiero dar cuenta, estoy entre las dos mujeres y Sandra recorre mi cuerpo con sus manos subiendo mi camiseta.

Un gemido escapa de mi boca cuando noto las manos de Sandra en mis pechos. Su mujer no ha dejado de besarme hasta que me hace girar y me quedo en frente de la mujer con esa sonrisa que borraría y que ahora mismo lo voy a hacer. Nuestras lenguas se enredan, es

excitante sentir a una en mi boca mientras la otra recorre mi espalda con su boca.

—¿Dónde quieres que te folle mi mujer? —susurra Aurora.

Trago saliva al escucharla y miro con deseo a Sandra. Cuando las conocí jamás pensé que la que mandara en la relación fuese Aurora. Sandra siempre fue más seria, incluso estricta, y tenía pinta de que era ella quien llevaba las riendas de la pareja.

—Responde —me pide Sandra—, porque necesito que me hagas gritar.

Mi respiración se agita al escucharla, mientras las dos mujeres esperan una respuesta.

—Sofá.

Aurora me sujeta de la mano y hace que me siente mientras ella se dirige a un sillón que hay justo en frente y se quita la ropa que lleva. Queda completamente desnuda y al sentarse se abre de piernas.

—Ahora puedes desnudarte, cariño.

Sandra hace lo que le ha pedido su mujer y comienza a desnudarse con delicadeza delante de nosotras dos. Trago saliva mientras la veo. Cuando ha terminado, ladea su cabeza y vuelve a sonreír, yo estiro mi mano y hago que se siente a horcajadas. Tira de mi pelo haciendo que mi cabeza se apoye en el sofá.

—Fóllame —exige en mi boca.

Meto mi mano entre nosotras y la penetro, siento cómo arquea la espalda y un suspiro sale de su boca. Pero antes de seguir moviendo mis dedos, sujeto su cara con la mano que tengo libre y hago que me mire.

—Vas a tener que moverte tú si quieres placer.

—Vaya con la niña —escucho detrás de nosotras.

Sandra apoya sus manos en el respaldo del sofá y comienza a cabalgar. Aprieto un pezón con mi mano libre y arqueo los dedos dentro de ella. Sé que le gusta, está ardiendo y el sudor le cae por un lateral del rostro. Sus gemidos se entremezclan con los de su mujer. Escucharlas no hace más que ponerme más cachonda hasta tal punto que yo tengo que bajar mi mano y rozarme. La primera en llegar es Sandra, que queda apoyada encima de mí, después lo hace su mujer, que puedo verla por encima del hombro de la mujer que tengo encima, para después hacerlo yo.

—Joder —digo suspirando.

—Esto no ha acabado aquí —dice Aurora.

Esa mujer se ha levantado y está justo sentada al lado de nosotras, me sujeta del brazo y chupa mis dedos mientras nos mira.

—¿Aquí o en la cama? —me pregunta.

—En la cama, pero quiero ver cómo os falláis —pido ya sin sentir ningún pudor.

Me despierto por la luz que entra en la habitación, al mirar a mi lado veo que solo está Aurora dormida, completamente desnuda y sonrío por lo que pasó anoche.

La pasamos haciendo todo lo que mi imaginación podía crear, no había límites, solo respeto y aceptación. En un momento de la noche me di cuenta de que la excitación que sentía al ver a esas dos mujeres amarse, era mucho mejor que cualquier otra cosa. El hecho de verlas hacía que no pudiera controlar lo que mi cuerpo sentía. Mi sexo palpitaba como nunca y solo bastaba un roce para terminar jadeando por la llegada inminente del orgasmo. ¿Cuántas veces llegué? No lo sé, perdí la cuenta en la cuarta vez. Solo sé que he descubierto cosas que quizá no sabría si en otro momento lo hubiese hecho.

—Hola —saluda Sandra, entrando en la habitación.

—Hola.

—Hay que levantar a la marmota, tenemos que irnos pronto.

Miro a la mujer que está desnuda en la cama para después mirarla a ella, no sé qué hacer ni cómo actuar. Ella, al ver mi indecisión, se acerca a su mujer y deja un beso en la espalda y le susurra algo que no logro entender mientras la mueve un poco.

—Vamos, nosotras, a la cocina, mientras ella termina de despertarse —me pide Sandra.

—No sé dónde está mi ropa —digo avergonzada.

—En el salón —responde dándome un repaso.

La mujer me hace pasar primero y siento su mirada, llego a donde me ha indicado y comienzo a vestirme para ir a la mesa que ya tiene preparada con café, zumo, tostadas y otras exquisiteces.

—Esto es mejor que lo que me prepara Marisa.

—¿Marisa? —pregunta frunciendo el ceño.

—La vecina —dice Aurora tomando asiento.

Tras darle un beso a su mujer, bebe del café. Las tres desayunamos en silencio y yo tengo una intriga que me atormenta y es: ¿Qué pasa a partir de ahora? ¿Qué se supone que tengo que hacer?

—Lo que pasó anoche —comienza a decir Aurora—, se va a quedar aquí y en ese día.

—Vale —respondo.

—No nos volveremos a ver, no nos daremos los números de teléfono, esperamos que lo entiendas.

Me encojo de hombros porque no sé muy bien qué decir.

—No seas tan bruta —dice Sandra—. Te explicamos el porqué de esa decisión.

Asiento mientras la escucho.

—Somos matrimonio como ya lo sabes. Solemos salir de vacaciones y en esos viajes conocemos a una mujer. Si surge, mantenemos relaciones con ella, pero solo va a pasar esa noche. En ese momento no va a ver más contacto, para nosotras es una fantasía sexual cumplida y descartamos los celos por si el contacto sigue. Decidimos, cuando nos dimos cuenta de que eso nos gustaba hacerlo así, espero que lo entiendas.

—Podían haberme dicho desde un principio —suelto algo molesta al sentirme utilizada.

—Crees que esto iba a seguir —dice Aurora sujetándome las manos para que la mire—. Eras consciente de que esto era un juego, siempre quisiste saber cómo era que llevábamos tantos años y es por esto. La monotonía no nos come, mantenemos relaciones con otras mujeres mientras la dos estemos de acuerdo.

—Fui su objetivo desde el principio —digo soltando sus manos.

—No fuiste objetivo de nada, Claudia. ¿Acaso ayer hiciste algo que no quisieras? —pregunta Sandra.

Me quedo en silencio sabiendo que no hice nada porque me sintiera obligada; fue todo voluntario y muy placentero.

—Responde —exige Sandra.

—No, pero...

Aurora tapa mis labios con un dedo que yo meto en mi boca y ella sonrío.

—Quizá debimos decirte nuestras reglas antes, pero no sabíamos si ibas a aceptar, simplemente nos dejamos llevar como has hecho tú —responde Aurora.

—¿Y si ahora quiero seguir descubriendo?

—Debes hacerlo sola, nosotras solo hemos sido alguien pasajero en tu vida, y créeme cuando te digo que habrá más como nosotras, Claudia. Anoche se podía ver la excitación en

tus ojos al mirar.

Cierro los ojos, apoyo los codos en la mesa y me tapo la cara, porque lo que acaba de decir Aurora es totalmente cierto. Ahora tengo ese gusanillo de saber si siempre que mire me va a pasar lo mismo.

Capítulo 30

Llevo dos semanas en el pueblo, la primera semana mi madre quería que le contara qué tal había ido todo e intentaba sacarme el porqué de mi mes en Huelva; por suerte, los estudios siempre fueron mi excusa perfecta.

Cuando me fui del complejo, me costó despedirme de Marisa. Esa mujer me trató muy bien a pesar de no ser familia. Le prometí que la iría a ver desde que pudiera.

—No te olvides de mí —me dijo dejando un beso en mi frente.

—Jamás —respondí abrazándola.

Recordar esos días siempre me trae el mismo pensamiento: Aurora y Sandra y la noche que pasamos juntas. Después simplemente me fui de su apartamento y cuando volví a la piscina, al mediodía, ellas ya no estaban.

El sonido del teléfono de la casa me saca de mis pensamientos y, antes de que me pueda levantar de la cama, escucho que mi madre ha cogido el teléfono y está respondiendo. Escucho cómo camina y sus nudillos golpean mi puerta.

—Claudia, te llama tu tía.

Me levanto de la cama y voy a responder el teléfono, pero antes le doy un beso en la cabeza a mi madre.

—Dime.

—¿Sabes a qué fecha estamos?

—La realidad es que no mucho, pero es agosto seguro.

—Claro que es agosto, y estamos a veintidós, Claudia, hay que contactar con la residencia y ni siquiera sé si eso lo teníamos que hacer antes.

Me quedo pensando si hablé de eso con Virginia y ella sería quien arreglaría todo, pero no recuerdo esa conversación.

—Hablaré con Virginia y te llamaré.

—Sin falta. Isabel me ha estado preguntando y ya hoy me dijo que eso lo deberíamos haber hecho desde julio.

—No lo sé, Tina, deja que hable con ella y te llamo.

—Llámame, no te olvides.

—Que sí, pero primero voy a desayunar.

Mi tía suspira y tras eso cuelga la llamada. Al llegar a la cocina veo que mi madre ya tiene preparado el desayuno y mi boca saliva.

—No sé qué voy a hacer cuando no esté contigo.

—Lo mismo que has hecho este año en casa de tu tía.

—Cuando llegaba, me iba a la cocina y Maite me mimaba.

Mi madre me mira entrecerrando los ojos.

—Tú cocinas mucho mejor, mamá —respondo sonriendo.

Tras darse por satisfecha, toma asiento frente a mí como hace siempre, solo que esta vez no se queda callada y comienza con las preguntas que ya he intentado evitar.

—¿Por qué este año vas a una residencia?

—Es lo mejor, estaré más tranquila que en la casa de Tina.

—¿Ha pasado algo que deba de saber? —pregunta sujetando mi brazo.

—No, mamá, no ha pasado absolutamente nada. Es solo que el señor Eduardo es un poco raro como su hijo mayor, aunque ya no está también y prefiero no estar en esa casa.

—¿La hija? —pregunta haciendo que la mire.

—Es una buena chica.

—¿Cómo vamos a pagar la residencia?

—Se va a casar —suelto con un nudo en la garganta.

—¿Eh? —pregunta mi madre confundida.

—Su hija, se casa.

—Es lo normal en esas familias, todos matrimonios por conveniencia, no vaya a ser que la plebe nos vayamos a enamorar de alguien superior.

Agacho la cabeza intentando aguantar las lágrimas que intentan escapar de mis ojos. Ella simplemente acaricia mi mano y yo muerdo mis labios intentando contener el llanto.

Seguimos desayunando tranquilamente, me ha dado el espacio que necesito, como siempre hace, sin presionarme u obligarme a responder.

—La señora Villar ayudará —suelto antes de que salga de la cocina.

Ella se gira y asiente sin decir nada y me deja sola con mis pensamientos. Después de un rato limpio mi rostro y me dirijo al teléfono para llamar a Virginia.

—Dígame —se escucha cuando descuelgan.

—Soy Claudia, preguntaba por Virginia Alemán.

—Claudia, voy a despertar a esa gandula —dice la voz de la señora.

—No hace falta, la llamaré más tarde.

—No, no, hija, que si le digo que la has llamado y no la he despertado, se va a enfadar.

La mujer que me ha cogido el teléfono no me deja responder, ya que siento cómo deja el auricular encima de algo.

—Menos mal que te dignas a llamar —escucho a Virginia.

—Buenos días para ti también.

—No has dado señales hasta ahora, no son buenos nada —responde enfadada.

—Es que he estado desconectada de todo y te he llamado, porque me acaba de llamar mi tía para lo de la residencia.

—Bufff. ¿No has hecho nada todavía sobre eso?

—No, es que se me ha ido.

—Ya es muy tarde, Claudia. ¿Sabes que eso...?

—No me jodas, Virginia —la corto.

El silencio se escucha en la línea, yo estoy desesperada, no puedo quedarme sin residencia. Tras unos segundos agónicos que para mí han sido como minutos interminables, Virginia comienza a reír.

—No le veo la gracia.

—Yo, sí. Me hubiera gustado verte la cara.

—Mi futuro está en manos de una loca —suelto suspirando.

—La loca ya ha gestionado todo. Bueno, realmente lo hizo mi madre que ella siempre es muy previsora con esas cosas, me debes la fianza y el mes de septiembre. Aunque creo que ya mi madre habló con tu tía.

—Imposible, mi tía me ha llamado para decirme...

—Porque tú te has desentendido de todo, está bien que lo hayas pasado mal con lo de Ana, pero amiga, habrá más mujeres como ella en el camino. Nunca pierdas de vista tu objetivo, debes luchar por lo que quieres.

—La quiero a ella.

—Eso ahora mismo no es viable y lo sabes. Termina los estudios, llega hasta donde quieras llegar y cuando creas que es lo que querías conseguir, ve a por ella, solo el tiempo será quien ponga las cosas en su sitio.

—Matar al padre también puede ser una solución —susurro.

—No me veo ocultando un cuerpo. Mejor es mi plan, recuerda lo que siempre te ha dicho. Un día menos, Claudia.

—¿Cómo sabes eso? —pregunto desconcertada.

—La vi en la universidad, recuerda que no soy tan lista como tú y dejé una asignatura para la segunda convocatoria y me la encontré. ¿Qué hacía allí? Pues no lo sé, pero creo que venía a hablar conmigo.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque me dio el teléfono de tu tía y su madre, por eso hemos podido gestionar todo. Mi madre es la que habla con Tina e Isabel.

—¿Qué te dijo?

Escucho a Virginia suspirar por el auricular y una lágrima recorre mi mejilla y me la limpio rápido.

—Que te cuidara, aunque le dejé claro que eras lo suficiente fuerte como para hacerlo sola.

—No sé cómo voy a poder seguir sin ella.

—Vas a poder, porque yo estaré contigo, jamás dejaré que te rindas, ¿me oyes? Somos amigas y eso nunca va a cambiar.

—¿Por qué no me pude enamorar de ti? —pregunto en un susurro.

—Porque no elegimos de quién nos enamoramos, además no eres mi tipo.

—Idiota —suelto riendo.

—Siempre podemos darle una alegría al cuerpo.

—No me aguantarías ni un segundo.

—Mira la experta.

—Gracias, Virginia, gracias, por estar y por tramitar algo que ni siquiera deberías hacer. No sé qué más decir.

—Tú cumple tu objetivo. Necesito que seas jueza para tener contactos en las cortes.

—No tienes remedio.

—Tengo que dejarte, voy a desayunar, que mis tripas me suenan mucho. No sé si me volverás a llamar, pero nos vemos en la residencia a principio de septiembre.

—Nos vemos, amiga.

Tras eso colgamos el teléfono. Sonrío marcando el número de mi tía para decirle que ya sé todo y saber qué día tengo que ir a la residencia.

Capítulo 31

Como hace un poco más de un año, vuelvo a despedirme de mi madre; esta vez no hay maletas de táperes porque le he advertido que no sé si tenemos nevera en la habitación, que en la residencia nos dan de comer y que tenemos horario.

—Te echaré tanto de menos —dice dejando un beso en mi mejilla antes de estrujarme.

—Es por mi futuro, mamá.

—Lo sé.

Tras despedirnos, cojo el autobús que me lleva a la capital, lo que esta vez no iré a casa de mi tía, iré a una residencia donde me encontraré con Virginia. Será un año lleno de cambios, pero soy valiente y fuerte y sobre todo necesito conseguir mis metas para llegar a ser la mujer en la que me quiero convertir.

Al llegar a la estación recuerdo aquel cinco de julio que una chica me cogió la maleta sin yo esperarlo. En ese momento no podía saber lo que viviría con ella unos días después.

—Despierta —escucho detrás de mí.

Un escalofrío recorre mi cuerpo, aunque sé que no es Ana, por un momento esa idea me llena de felicidad. Al girarme, es la sonrisa de Virginia la que me recibe.

—Te he echado de menos —digo abrazándola.

Ella me devuelve el gesto y nos quedamos así un rato, hasta que el claxon de un autobús resuena en la estación y las dos botamos del susto.

—Joder, me va a dar un infarto —protesto.

—Eres muy joven para morir.

—Idiota —protesto golpeando su hombro.

—¿Trajiste croquetas? —pregunta mirando que solo llevo una maleta.

—No —respondo encogiéndome de hombros.

—Me debes croquetas, jamás me invitaste.

—Te llevaré al pueblo para que te las comas.

—¿Ya me vas a presentar a tu familia? Vas demasiado rápido, Claudia.

—No tienes remedio. Tira anda y dime qué bus tenemos que coger para ir a la residencia.

Tras bajar del bus que nos ha dejado enfrente del edificio donde vamos a vivir, miro a Virginia entrecerrando los ojos. Es antiguo, eso en el centro de Madrid es algo normal, pero lo más raro es que pone un cartel en la puerta anunciando una misa.

—Entremos —me pide.

Una vez dentro, vamos a la recepción en la que una mujer ataviada con ropa de monja me da unas indicaciones y me deja una copia de las llaves de la habitación. La puerta exterior la que da para la calle, nadie tiene llaves, hay horarios y debes cumplirlos.

—Esto es una jodida cárcel —protesto entrando a la habitación.

—Son normas de convivencias.

—Que a las diez cierran las puertas y las abren a las seis, si llegas tarde te quedas fuera.

—No vamos a llegar tarde, Claudia, estamos aquí para estudiar.

Me tiro en la cama que he elegido y Virginia me mira entrecerrando los ojos.

—Esa es mi cama.

—Déjame elegir.

—No, yo he gestionado todo, tengo derecho a elegir cuál será mi cama.

—En la otra, si abren la puerta, me ven.

—No es mi problema, Claudia. Tu cama es la otra, así que largo.

—Antipática —digo sacando la lengua.

—Quizá algún día esa lengua acabe en mi boca.

—Ya quisieras tú.

Tras acomodarme, poner la ropa en el pequeño armario y acostarme en esa cama que no tiene ninguna intimidad si abren la puerta, le digo a mi compañera de cuarto que tengo que llamar a mi madre y a mi tía.

—Abajo puedes llamar, aunque si quieres, te dejo el móvil.

—Tengo que hacerme con uno de esos.

—Toma, llama y no tardes mucho.

Virginia me lanza el móvil y yo marco primero el de mi madre, y tras asegurarle que estoy bien y que estoy en un convento, casi cuelga el teléfono conforme. Después llamo a mi tía y le aseguro que aquí hay unas normas muy estrictas y que acataré todas.

Pasamos la tarde hablando de nuestro verano, aunque no soy del todo sincera con ella y me guardo lo que sucedió con el matrimonio de chicas que conocí. Eso me tiene intranquila, lo que sentí al verlas juntas fue un deseo que nunca había experimentado, ni siquiera con Ana. Mi imaginación vuela por un momento y pienso en cómo sería ver cómo ella y otra mujer estuvieran teniendo sexo mientras yo miro. La boca se me seca al pensarlo y mi respiración se agita.

—¿Estás bien? —pregunta Virginia cortando lo que me estaba contando.

—Sí —digo confundida.

Me mira sin creerse que estoy bien, se acerca dónde estoy y me pone la mano en la frente.

—Qué estoy bien —insisto.

—Te has puesto roja y después pálida.

—De pronto me vino a la mente Ana y todavía me afecta —miento, aunque no del todo, ya que realmente estaba pensando en esa mujer.

—Cuando te quieras dar cuenta estarás con ella —asegura acariciando mi brazo.

En ese momento ella se va a su cama y me deja que me tranquilice un poco. Cuando toca la hora de cenar, bajamos a hacerlo y allí conozco a más chicas que hay en la residencia y me doy cuenta de que todas somos mujeres.

—Esto es como el paraíso —susurro.

Virginia comienza a reír atrayendo las miradas de las mujeres presentes.

—Tienes más peligro tú.

—Qué va —aseguro—, yo soy una santa en comparación con estas pervertidas.

—Seguro —indica riendo.

Las semanas van pasando, el ajetreo diario me lleva a no pensar, solo es universidad, residencia y estudiar. Tanto Virginia como yo llevamos un ritmo de estudio que no pensábamos que íbamos a aguantar. Yo necesito sacar buenas notas y mi compañera de habitación quiere superarme. Esta guerra que tenemos las dos, por ser la mejor, nos hace ser más eficientes en casi todo.

—¿Sabes algo de ella? —me pregunta cenando.

—No, y no sé si quiero saber. Imagino que está en la casa estudiando.

—El examen será entre enero y febrero, siempre es para la misma fecha.

—Ya, pero verla no me hará bien.

—Si quieres, puedo enterarme de cómo está.

—Prefiero no saber nada, es mejor así. Duele, Virginia, su ausencia, saber que está con alguien, todo eso duele.

Se mantiene en silencio mientras desliza su mano por la mesa para sujetar la mía y hacer que la mire.

—Necesito que el tiempo pase rápido —aseguro mordiendo mis labios para evitar llorar.

—Pasará y nos reiremos de todo esto.

—No tengo tan claro eso —digo sonriendo.

—Ya lo hace, sonrías y es increíble verte así.

Virginia se levanta y hace que yo lo haga y me abraza. El comedor por un momento se queda en silencio y noto cómo las miradas se dirigen a nosotras. Suelta el abrazo y, tras ver cómo nos observan, se gira hacia la mesa.

—Porque nos comeremos este curso —dice alzando el vaso.

Todas las allí presentes hacen lo mismo, incluida yo y tras beber, comienza a gritar de alegría. Cualquiera diría que nos estamos emborrachando.

La realidad es que lo mejor que me ha podido pasar desde que entré a la universidad es conocer a esa mujer que parece descarada, pero es todo pura fachada. Que muchas veces su seriedad te impone, aunque después es la persona más justa que conocerás. Sonrío al mirarla, porque sé que con ella estaré bien. Me da calma y me hace reír cuando lo necesito, es una pena no haberme enamorado de ella.

Capítulo 32

El tiempo pasa más rápido de lo que puedo imaginar: Navidades, exámenes. Cuando me quiero dar cuenta, estamos en abril del noventa y ocho. Hace casi dos años decidí venir a la ciudad y han pasado tantas cosas que sonrío al recordarlo.

En febrero buscamos en las listas del MIR si Ana había aprobado. Mi compañera de habitación es más astuta que yo con el ordenador y lo encontró con mucha rapidez.

—Esto es el futuro —dijo Virginia, señalando al viejo ordenador que hay en la facultad.

—Tengo que ponerme al día con eso —afirmo.

—Aquí está —señaló la pantalla.

Ahí estaba su nombre y la nota. Sentí una especie de entre alegría y tristeza, era un sentimiento raro que no sabría explicar. Tenía ganas de abrazarla, pero también de reprocharle porque no ha compartido eso conmigo.

—Me ha olvidado —aseguré apartándome del ordenador.

—No digas tonterías.

—No sé nada de ella, Virginia.

—Ha tenido mucha presión, Claudia, el MIR, la boda, la imposición de su padre.

—¿Sabes algo? —pregunté entrecerrando los ojos.

—No —respondió con rapidez.

Aquella conversación quedó allí porque entrabamos en clase.

En el mes que estamos, Ana ha debido de elegir hospital y solo espero que sea en Madrid para poder vernos.

—¿En qué piensas? —pregunta Virginia, que está sentada delante de mí en el comedor.

Me encojo de hombros como respuesta.

—Tienes que verla o preguntar por ella a tu tía.

—¿Tú sabes algo?

—No, ya te lo dije hace unos meses. Lo único que sé es que... Espera podemos buscar en internet, quizá al ser de una familia tan poderosa puede haber alguna noticia en la prensa.

—Es verdad.

Terminamos de comer lo más rápido posible y vamos a la especie de biblioteca habilitada en la residencia.

Tomamos asiento y Virginia introduce en el buscador el nombre de ella buscando información. Tras unos minutos en los que parecen horas, encontramos una pequeña noticia de que la hija de Eduardo Villar se ha casado con Alejandro Mir. Me recuesto en la silla suspirando, sabía que eso iba a pasar, pero no pensaba que me podría encontrar tan mal después de saber la realidad.

—Era algo de esperar.

—Lo sé, pero por eso no deja de doler. Quizá tenía la esperanza de que no pasara.

—Son matrimonios concertados. Lamentablemente, sigue pasando.

—Por qué contigo no pasa.

—Porque yo no vengo de una familia con tanto dinero como Ana. Yo soy la rebelde de la familia.

—No eres ninguna rebelde, has estudiado lo que te ha dicho tu padre, Virginia.

—Porque me gusta esto, Claudia. Creo que hay personas que necesitan una buena justicia y es por eso por lo que lo hago. ¿Tú lo haces por dinero?

—No, lo hago, por un mundo más justo. Poder parar muchas atrocidades y meter en la cárcel a los que nunca debieron existir, ese es mi propósito.

—Pues tenemos lo mismo y no debemos despistarnos por el camino.

—La echo tanto de menos —reconozco.

Me mira y, tras levantarme la barbilla con sus manos, acaricia mi mejilla con su dedo pulgar y deja un suave beso en mis labios. Sonríe tras separarse.

—Así está mucho mejor —reconoce sonriendo.

—Sabes que entre tú y yo...

—Shhh... Sé perfectamente que esto es solo amistad, Claudia, no me he enamorado de ti, realmente de nadie, creo que eso del amor no es para mí. No quiero sufrir.

—Si las circunstancias hubieran sido otras, esto no estaría pasando.

—Algo sí que tengo seguro y es que no elegimos de quién nos enamoramos. Por eso yo intento huir siempre, pero contigo me siento segura, sé que no va a pasar nada entre nosotras más que esta bonita amistad que tenemos.

—Eres una gran amiga.

—Pensaba que ibas a decir que te morías por mi cuerpo.

—Idiota —suelto golpeando su hombro.

La realidad es que no sé qué haría si no tuviera el apoyo de Virginia, ese incondicional y que me hace sentir tan bien. Pues sabe qué es lo que me pasa solo con mirarme y hace todo lo posible por sacarme una sonrisa.

Capítulo 33

Ana

—No creo que sea lo correcto que vayas a buscarla, Ana.

—Tina, necesito verla, despedirme. No seas igual que mi padre.

—Es una locura, si Eduardo se entera, la estabilidad de mi sobrina correrá peligro.

—No se va a enterar, si he venido ahora es porque él está fuera hasta el martes. Me marcharé y no sabrá que he estado aquí.

—Las cosas siempre se saben, Ana, deberías saberlo.

—Mierda, Tina. Necesito verla, aunque sea una última vez hasta que pueda arreglar toda esta mierda —respondo desesperada.

Tomo asiento en una de las sillas, mientras Tina sigue de pie en frente de mí. Estamos en la cocina, allí está Maite que solo observa en silencio, sabemos que de ella nos podemos fiar.

—Debería de dejar que se despidan, no es justo lo que les ha pasado —comenta Maite mirándonos.

Tina cierra los ojos mientras niega con la cabeza. Sé cuáles son los miedos de esa mujer, los mismos que ha tenido al escapar con mi madre, sabe de sobra que mi padre sería capaz de cualquier cosa con tal de salirse con la suya.

—No seas como él —dice la cocinera casi en un susurro.

Muerdo mis labios sabiendo que eso le ha tenido que doler en el alma. La mujer que me ha criado junto a mi madre me mira apretando la mandíbula, aunque aparente estar enfadada, sé que no es así, porque Tina es comprensiva y sabe que necesito ver a Claudia.

—Está bien.

Cuando la escucho me levanto de la silla como un resorte para ir a abrazarla, pero ella pone una mano en mi pecho para que la deje seguir hablando.

—Lo único que te pido es que tengan cuidado, ya sabes que no solo es tu padre, está tu hermano, Antonio y a saber quién más.

—Lo sé —respondo abrazándola.

—Hay unas cabañas en la sierra que son muy íntimas —comenta Maite.

—No, es solo que hable con ella y ya —indica Tina.

—¿Quieres que alguien las vea hablar en alguna cafetería? —pregunta la cocinera guiñándome un ojo.

—Lo que dice Maite es cierto —comenta mi madre entrando en la cocina.

La miro extrañada, porque no sé desde cuando ha estado escuchando.

—Es mejor que vayan a algún lugar tranquilo, y esas cabañas son un sitio ideal.

—¿Estás segura de que es lo correcto? —pregunta Tina a mi madre.

—Sí. Es lo mejor, ellas tendrán su tiempo de tranquilidad y bueno, ya sabes —dice poniendo los ojos en blanco.

Sonrío al ver a mi madre ruborizada al pensar que yo y Claudia podemos hacer algo en esa cabaña.

—Te llevarás mi coche —exige Tina.

—No he alquilado nada, ni siquiera sé dónde están.

—Yo te explico ahora y hago la reserva, te mandaré por el móvil la ubicación.

Dejo un beso en la mejilla de mi madre y cuando voy a salir de la cocina la escucho hablar.

—El domingo te quiero aquí, antes del almuerzo, sacaré un pasaje para Barcelona.

Asiento y voy corriendo a mi cuarto para preparar las cosas en la maleta. No sé si tendré otra oportunidad de ver a Claudia, pero en esta quiero contarle todo lo que ha cambiado mi vida desde que mi padre acordó que lo mejor para su hija era casarse con un hombre de buena familia.

Estoy en la entrada de la Universidad esperando que salga, las manos me sudan y los nervios se apoderan de mí cuando la veo y está riendo con Virginia. Una punzada de celos se instala en mi pecho, verla así me hace sentir mal, no porque sea feliz, sino porque no soy yo la que la hace sonreír.

Es Virginia la que me señala y Claudia clava sus ojos en mí, le dice algo y se acerca a paso ligero hasta llegar a mi altura.

—Hola —saludo.

—Hola —responde mordiendo su labio inferior.

Las ganas que tengo de besarla son superiores a la razón, incluso a lo correcto. Pongo una mano en su nuca y la atraigo dejando un suave beso en sus labios.

—Por ahora te tiene que valer eso.

—Me vale cualquier cosa que venga de ti —susurra.

—Tengo este fin de semana libre, necesito que hablemos.

—En la residencia no puedo.

—Lo sé, he alquilado algo para las dos. Dile a ella —digo señalando con la cabeza a Virginia que espera—, que no vas a ir a la residencia.

—Necesito coger cosas, Ana —responde riendo.

—No creo que sea necesario —suelto guiñando un ojo.

La escucho suspirar y terminamos riendo. Al final las llevo a la residencia y espero que baje Claudia para ir a la dirección que me ha indicado mi madre.

—¿Dónde vamos? —pregunta según sube al coche.

—No seas tan curiosa.

La atraigo y lo que comienza con un beso despacio se convierte en uno desesperado, donde las manos recorren el cuerpo.

—Para —pido apartándome.

—Te he echado de menos.

—Es mejor marcharnos ya y llegar cuanto antes.

—No he comido.

—Llevo cosas en el maletero para comer, pero si quieres podemos parar en alguna parte y almorzar.

—Así está bien. También puedo comerte a ti cuando lleguemos a nuestro destino —dice en voz baja.

—Mierda, Claudia.

Cierro los ojos mientras me recompongo y tras unos segundos, pongo el coche en marcha y me incorporo en la carretera siguiendo las indicaciones que me ha dicho mi madre.

La mujer que tengo al lado se ha mantenido en silencio y yo no es capaz de contarle nada en el coche, necesito mirarla a los ojos cuando confiese lo que me ha pasado en este año y

lo que será de mí a partir de ahora.

Aparco en el lugar indicado y al bajar del coche tenemos ante nosotras un bosque lleno de Álamos. Sonrío al pensar que esos árboles siempre han estado con nosotras. Entramos en la recepción y tras dar los datos, me hacen entrega de las llaves y me indican el camino. Me doy cuenta de que mi madre lo ha reservado con todo incluido, y es un alivio, aunque Maite me pusiera varias bolsas con cosas para comer.

—Madre mía, es preciosa —dice Claudia cuando está en frente de esas cabañas.

—Sí que lo es —digo detrás de ella.

Una vez dentro, la chica de la que estoy enamorada se gira y comienza a besarme, mete sus manos entre la camiseta y mi piel desnuda y notar el contacto hace que suspire.

—Tenemos que hablar.

—Lo haremos el último día, Ana, no quiero pensar en nada más que no tenga que ver con que tú y yo terminemos haciendo el amor en cada rincón de esta cabaña.

Nos dejamos llevar por el deseo, recorremos nuestros cuerpos entre caricias y besos hasta que terminamos en la cama, amándonos como lo hacíamos antes. Sentir a Claudia estremecerse entre mis brazos es algo que me encanta y que jamás me cansaría de sentirla. Las lágrimas se agolpan en mis ojos cuando ella me hace llegar al orgasmo, esa sensación de que quizá esta vez sea la última me oprime el pecho y no me deja respirar.

—Dime de una vez lo que me tengas que decir y quítate esa presión de encima —suelta de pronto.

—Me he casado —confiesa.

—Ya eso me lo imaginaba, pero presiento que hay más.

—Vivo en Barcelona —confieso apretando los labios—. Voy a hacer la residencia allí.

—¿Eso significa que no nos volveremos a ver?

—No por ahora, Claudia, necesito que hagas tu vida y que nos encontremos después.

—Ni que fuera tan fácil hacer eso —suelta con rabia.

—¿Crees que para mí lo es? ¿Crees que tener que acostarme con alguien a quién no amo es lo que estaba buscando? Claudia, me he jodido la vida teniéndome que casar con alguien para que mi padre no te haga daño —escupo cabreada.

—Tu padre no me va a hacer nada.

—No lo conoces, no sabes de lo que es capaz.

—Yo no estaré con nadie que no seas tú.

Río mientras la miro, las lágrimas recorren ahora mi mejilla. Ella no está mucho mejor, sé que ahora llegarán los reproches, pero es mejor soltar todo lo que llevamos dentro y que nos está comiendo por dentro.

—Sé lo que pasó en Huelva.

—No sé de qué me hablas.

—Habló de que te hiciste amiga de una pareja y que...

—No es lo que crees.

—Ah, ¿no? ¿Entonces qué fue lo que pasó, Claudia?

—¿Cómo sabes?

—Mi padre. Cuando me negué a casarme tan rápido, lo que hizo fue enseñarme unas fotos tuyas en un complejo turístico de Huelva. Me dijo lo fácil que sería quitarte la vida allí.

—No puede hacer eso.

—Claro que puede, Claudia, ese hombre puede hacer lo que quiera con el poder que

tiene. Mandaría a alguien y que lo dieran como un accidente, porque Eduardo Villar, jamás se manchará las manos.

Ella pone las manos en su rostro intentando tranquilizarse, mientras yo recojo las lágrimas con un papel.

—¿Cómo sabes que yo...?

—En una de las fotos se ve cómo te besabas con una de ellas, había más fotos, pero no quise mirarlas. No te estoy reprochando que lo hayas hecho, ya te dije que es mejor que hagamos nuestras vidas hasta que termines de estudiar.

—Pensaba en ti con ese hombre y la rabia me hizo hacer...

—Shhh... No quiero que te justifiques, lo hiciste porque te apetecía en ese momento. No quiero reproches, Claudia. Lo único que quería viniendo aquí es que supieras todo por mí y no por tu tía.

—Todo es una mierda —protesta golpeando la cama con los puños—. Terminaré los estudios y después me tocará la carrera judicial. ¿Cuándo será nuestro tiempo, Ana? ¿Cuándo?

—Ojalá supiera —susurro abrazándola.

Sé que lo que dice es real, nos quedan años por delante, pero no se puede renunciar a este amor que sentimos solo porque un hombre quiera separarnos. Aunque soy consciente de que, si él se entera de que estamos juntas, hará lo que esté en su mano para acabar con esa relación, así que no queda otra más que esperar y asegurarle a mi padre que entre Claudia y yo ya no hay nada.

Capítulo 34

Claudia

Tras pasar el fin de semana con Ana y despedirnos esta mañana, me he tirado en la cama sin querer moverme, la incertidumbre se instala en mi pecho y las ganas de llorar me están ahogando. La puerta de la habitación se abre y alzo la vista, veo que es Virginia.

—No sabía que llegabas tan pronto.

Es lo que dice según entra y al mirarme, deja su bolso en el escritorio y viene donde estoy, se sienta en la cama y tira de mí para abrazarme, es en ese momento cuando exploto en un llanto descontrolado, no puedo calmar lo que siento. Virginia se limita a abrazarme, y me aferro a su cuerpo como si fuese un salvavidas. No recuerdo el tiempo en que permanecemos así, pero cuando estoy algo más calmada, ella me separa de su cuerpo y me limpia el rostro.

—Tienes que ser fuerte, Claudia.

—No... No es tan fácil —reconozco.

—Lo sé, pero nadie ha dicho que esto lo sea. La vida es una batalla y la vamos a ganar, somos mujeres luchadoras y juntas superaremos esto —responde volviéndome a abrazar.

—La voy a echar de menos —indico sollozando.

Siento cómo me aprieta más contra ella y me aferro a su cuerpo. Virginia se ha convertido en alguien importante para mí, en amiga, compañera y mi salvavidas en mis momentos de bajón.

Ya más calmada, le cuento cómo me fue el fin de semana con Ana, de lo que hablamos y el miedo que tiene a que el padre pueda hacerme algo.

—Yo no me fiaría de ese hombre, Claudia, que tiene demasiado poder.

—Tengo una meta y te prometo, Virginia, que como llegue a lo más alto iré a por ese hombre. Juro que me pagará cada día que no pueda estar con su hija.

—El rencor no es la solución.

—Ahora mismo es lo que me mantiene viva.

—Te debería mantener, terminar la carrera y encontrarte con ella.

—¿Crees de verdad que ese hombre nos dejará tranquilas?

—No lo sé, Claudia, pero la venganza no lleva a ninguna parte.

—No es vengarme, es sacar a la luz las mierdas de ese ser.

Mi compañera suspira y se pasa las manos por su rostro antes de hablarme.

—Si con eso mantienes tu objetivo de cumplir tus metas, adelante, pero repito que esa no es la solución.

—Me ha separado de ella —indico.

—Pero por cómo se ve la homosexualidad y su aceptación, Claudia. Da igual que se llame Eduardo Villar o el nombre sea otro. Lamentablemente, hoy en día nadie quiere que su hija sea lesbiana y menos teniendo el apellido que tiene.

—Eso cambiará —aseguro.

—No estoy tan segura de ello.

Me acuesto en la cama mirando al techo, tengo un objetivo que debo cumplir y me tengo

que prometer acabar con ese hombre cuando pueda hacerlo.

—El rencor no trae nada bueno —afirma Virginia acariciando mi brazo.

Sé que en lo que dice lleva razón, pero a mí ese rencor, esa sed de venganza por quitarme a la persona que amo, es la que me mantiene con un objetivo claro: terminar todo y desde que pueda empezar una batalla judicial contra ese hombre.

Los días en la universidad iban pasando, la vida no paraba a pesar de que nuestro amor por ahora no podía ser posible. Todo avanzaba a un ritmo que no podía controlar, no sabía nada de Ana y Virginia me decía que era mejor así, pero no tener noticias de ella me quemaba por dentro. Mucha de las noches lloraba en silencio, hasta que me di cuenta de que lo mejor era avanzar o me volvería loca. No podía seguir como iba, aunque siempre tuve el apoyo de mi compañera de habitación, muchas de las veces no bastaban. Se acercaba la primera convocatoria de los finales, y como era habitual, yo me presentaba, pero Virginia las dividía.

—No sé cómo haces para aprender todo eso —protesta saliendo de la universidad.

—Necesito aferrarme a algo —respondo encogiéndome de hombros.

El fin del curso está a la vuelta de la esquina y sé que en junio empieza Ana la residencia en el hospital de Barcelona. Pienso en ir al hospital cuando terminen los exámenes, pero tras hablarlo varias veces con Virginia, siempre me dice que no es correcto, que mejor es esperar.

Cuando nos queremos dar cuenta, ya hemos terminado segundo de carrera y estamos limpias de asignaturas.

—Vamos a celebrarlo —dice Virginia.

—Perfecto.

Esa noche nos vamos a un bar donde suelen ir, y nos encontramos allí con mucha más gente. Entre cervezas empezamos a hablar de las anécdotas de la universidad. Lo estamos pasando genial, por un momento estoy siendo feliz sin recordar nada.

—Tienes que parar de beber —indica Virginia, mirándome seria.

—Necesito desconectarme.

—Así no, Claudia.

—No seas aguafiestas, Virginia.

Termino en los baños con una chica masturbándonos, eso pienso que me hará sentir mejor, pero no es así, porque cuando salgo de allí agarro a Virginia del brazo.

—Necesito marcharme de aquí.

Virginia asiente y se despide de los chicos, mientras yo espero por ella. Una vez en la residencia a la que por suerte hemos llegado antes de que cierren las puertas, me tiro en la cama.

—Levántate y a la ducha.

—No quiero —protesto.

—No me hagas desnudarte, Claudia.

—¿Quieres hacerlo? —pregunto provocándola.

—No quieres hacer esto.

—Claro que quiero, ella se debe estar acostando con su maridito, mientras yo sigo aquí sin hacer nada.

—Te metiste en el baño con alguien.

—Nos tocamos y ya, Virginia. Quiero follar, quiero sentir, joder, necesito sacar toda esta mierda.

Ella se queda quieta de pie y yo me levanto de la cama, me acerco a ella y la sujeto del cuello hasta que su espalda choca en la pared.

—Es solo sexo —indico en un susurro.

—Lo sé —suspira.

La beso con ferocidad y desesperación, mientras mis manos recorren su cuerpo. Saco la camiseta y me separo de ella para ver el sujetador que lleva puesto.

—Me gusta más el rojo —admito separándola de la pared para desabrochárselo.

Virginia respira agitada mientras se deja hacer. Desabrocho el botón del pantalón y un suspiro se le escapa de la boca.

—Si vamos a follar, quiero que me comas —indica arrastrándome hasta la cama.

Ella se desnuda delante de mí, la miro con deseo ese que una vez sentí por Ana, tener a Virginia, y así me transporta hasta la primera vez en la habitación de casa de mi tía. Mi compañera me para cuando me acerco a ella.

—Quítate la ropa, tenemos que estar en igualdad de condiciones.

Hago lo que me pide y las dos estamos completamente desnudas, de pie junto a la cama. Nos miramos con deseo, la empujo hasta que cae en la cama y comienzo a lamer su cuerpo desde los muslos hasta llegar a su boca. Virginia sujeta mi cara y hace que vuelva a besarla. Nuestras manos recorren cada centímetro de nosotras mientras no dejamos de besarnos.

Nos damos placer hasta que las dos terminamos exhaustas en la cama. Ella apoya su cabeza en una mano y me mira.

—No ha estado mal —indica sonriendo.

—Nada mal —afirmo.

Comenzamos a reír por lo que hemos hecho.

—Sabes que esto no...

—Quieres dejar de decirme que es solo sexo —me corta—. Qué sé lo que significa, Claudia, que estoy bien. Procura no enamorarte tú de mí.

—Idiota —protesto golpeando su brazo.

No sé si esto que ha pasado está bien o mal, si realmente es lo que quiero, pero sé que es lo que necesitaba: volver a sentir, volver a ser deseada por alguien, aunque solo fuese algo ocasional. No sé si volverá a pasar algo entre nosotras, lo que sí tengo claro, es que antes de terminar en unos baños con alguien prefiero hablarlo primero con Virginia y si las dos estamos en el mismo punto poder desahogarnos.

Capítulo 35

31 de diciembre de 1999

—No entiendo por qué te tienes que ir ya a la ciudad —protesta mi madre.

—Mamá, ya te lo he dicho, paso el fin de año con las chicas. Virginia también vuelve del pueblo de sus padres. No va a pasarme nada.

—Todas solas en esa ciudad, un treinta y uno de diciembre, no es algo que me agrade mucho. ¿Después a dónde irán? Porque la residencia estará cerrada.

—A casa de una de las chicas —miento.

La realidad es que no tenemos ni idea dónde terminaremos la noche. Sabemos que podemos entrar a la residencia hasta las nueve de la noche y que después las puertas abren a la seis de la mañana, así que es muy probable que seguiremos la fiesta hasta esa hora.

—Ten mucho cuidado, cariño, y me avisas desde que llegues.

—Que sí, mamá.

Nos montamos en el coche y me lleva a la estación. Tras despedirse, subo al autobús y sonrío sabiendo que hoy mi noche será muy diferente de las que he vivido hasta ahora.

Una vez en la residencia, me doy cuenta de que Virginia no ha llegado. Me tiro en la cama esperando y recuerdo que tengo que llamar a mi madre. Bajo a la recepción y tras meter unas monedas en la cabina le comunico que ya he llegado.

—Estás llamando a tu amante —escucho detrás tras colgar.

Sé a quién pertenece esa voz perfectamente, así que me giro y la abrazo. Virginia se ha convertido estos años en mi salvavidas, siempre está ahí.

—Has tardado en llegar.

—Qué exigente —responde entrecerrando los ojos.

—¿Cuál es el plan?

—Pasarlo bien. Para mí es la primera vez que no lo voy a pasar en familia.

—Para mí también —admito.

—Pues algunas de las chicas que se quedan aquí van a algún local, otras no saldrán. Iremos a Sol y después ya se verá.

—No vamos a poder entrar hasta las seis.

—Seguro terminaremos en algún local.

—Virginia, que no hemos comprado entradas.

Veo que sonrío y sé que ella ha organizado algo, aunque no me lo está contando.

—Tú déjate sorprender y ya. Cenaremos aquí, que hoy hacen cena especial, ya después vamos a la puerta del Sol.

Por la noche y tras cenar nos preparamos en la habitación para salir, hace frío y yo me niego a ir con vestido.

—Estás guapísima —dice Virginia cuando me ve lista.

—Siempre lo estoy —aseguro riendo.

—Creída —responde sacándome la lengua.

—Tú también estás impresionante, esta noche cae alguien fijo.

—Eso pretendo, empezar el año dos mil con alguien en la cama no estaría mal.

Bajo la cabeza, mirando al suelo, recordando que Ana seguro que pasará el año en la cama con su marido y eso me hierva la sangre.

—Mírame —me pide mi compañera—. Tienes que hacer tu vida, Claudia, no puedes esperar a que ella decida cuando es el momento de enfrentar a su familia.

—Muriendo ese hombre, mis problemas se acabarán —escupo cabreada.

—No es la solución, estará su marido y créeme que no va a permitir que su mujer se vaya, así como así.

—No voy a matar a nadie, solo quiero destruirlo.

—Lo haremos juntas —asegura abrazándome.

Cuando llegamos a Sol hay muchísima gente, la policía tiene calles cerradas. Virginia me sujeta del brazo y me lleva entre la multitud que protesta hasta que nos plantamos en la puerta de uno de los edificios.

—¿Qué hacemos aquí?

—Podemos ir a casa de alguien —responde sonriendo.

—¿Cómo?

—Mi padre es abogado como sabes, pues acaba de ganar un caso de un empresario bastante poderoso del que mejor no decir el nombre y le ha dejado el apartamento para fin de año, lo que mis padres no han querido venir. Mis hermanos están arriba, pero tranquila, no son mala gente. Un poco gilipollas, pero nada más.

—¿Y el propietario?

—Se ha ido de viaje. Hay personal en la casa, solo podemos estar hasta las campanadas y ya.

Ella toca el timbre y tras identificarse, la puerta se abre y accedemos al edificio. Subimos hasta la planta indicada. Al llegar hay una mujer que nos hace pasar a la propiedad.

—Bienvenidas —indica, cerrando la puerta.

—¿Mis hermanos?

—El señor Balaguer ha confirmado que solo vendría usted con una amiga.

—Pensaba que venían ellos.

—¿Ya han llegado las invitadas? —se escucha a una mujer.

—Sí, señorita —responde la empleada.

Caminamos hasta la sala que da a la plaza y cuando la mujer se gira, me quedo impresionada mirándola, porque la recuerdo perfectamente.

—Mierda —susurro al ver a la mujer de espalda.

—Vaya, jamás esperé encontrarte en mi casa.

—¿Os conocéis? —pregunta Virginia alternando la mirada.

—Claro que nos conocemos, ¿verdad, Claudia?

—Sí, es amiga de Ana. Virginia, ella es Irene.

Mientras ellas se saludan, yo estoy sorprendida. Jamás pensé encontrarme a esa rubia descarada que una vez conocí en la piscina de la casa de Ana.

Tras saludar a mi acompañante, hace lo mismo conmigo y nos invita a una copa.

—Marcela, las chicas al final se quedarán a dormir. Prepara la habitación de invitados, por favor.

—No, creo que sea buena idea —suelto incómoda.

—Relájate, Claudia, disfruta de esta oportunidad. No todos los años puedes ver las campanadas desde estas vistas privilegiadas. Mi padre suele alquilar el balcón para los medios, así que gracias a Virginia hoy podemos estar aquí.

Consigo relajarme y pasamos la noche increíblemente bien, nos reímos, contamos anécdotas e Irene nos cuenta que está haciendo la residencia en Madrid y que ha elegido Ginecología como especialidad. Por suerte, no hemos comentado ninguna de las dos nada sobre Ana.

—Feliz año —dice alzando la copa Irene.

—Feliz año —decimos a la vez Virginia y yo.

Salimos a un pub, ya que Irene tiene entradas. Cuando llegamos el local está lleno y la música demasiado alta, tomamos asiento en un reservado y en ese momento soy consciente de lo que el dinero puede hacer.

El personal nos atiende desde que ve a una de nosotras alzar la mano, según va avanzando la noche va llegando gente que ya conocía de la fiesta en la piscina. Por momentos me olvidaba de todo, pero el recuerdo de Ana vuelve y eso me está quemando.

—¿Qué sabes de ella? —pregunto apartando a Irene del resto del grupo.

—Claudia, no sé más que lo que sabes tú. Se fue a Barcelona, se casó y su padre...

—Su padre, ¿qué?

—Su padre quiere que sea madre pronto.

—Pero eso es un error, cortaría su carrera.

—¿Crees que a un hombre como Eduardo Villar le importa su hija? No, Claudia, lo único que le importa a ese ser es su estatus.

—Es un miserable.

—Lo es, pero Ana sabe llevarlo. Vive tu vida hasta que sea posible que estéis junta.

—¿Y si me enamoro de otra persona? —pregunto desesperada.

Irene sonríe y ladea la cabeza.

—No creo que eso pase, solo había que observar cómo mirabas a Ana. No creo que eso te vuelva a pasar y si es así, permítete volver a amar.

Asiento con la cabeza y me voy a unos de los sofás. Necesito sacarme a esa mujer, pero no sé cómo hacerlo.

—Creo que Irene quiere algo —comenta Virginia a mi lado.

—Quita el creo, porque te está devorando con la mirada —afirmo.

La noche pasa entre esas dos, tirándose puntas, bailando y bebiendo.

No recuerdo cuando hemos llegado a la casa, pero es el hambre que tengo el que me hace abrir los ojos. Estoy en una cama grande y a mi lado no está Virginia, me incorporo de golpe y me dan mareos.

—Mierda, creo que he bebido demasiado —reconozco volviéndome a acostar.

Cuando miro la hora del reloj son más de las cuatro de la tarde. Me vuelvo a incorporar esta vez más despacio y una vez me noto mejor, me pongo de pie y salgo de la habitación.

—Buenos días, bella durmiente —dice Virginia.

Con ella está Irene, las dos están demasiado relajadas y yo las observo y las señalo.

—Entre vosotras...

Las dos se encogen de hombros y yo entrecierro los ojos negando.

—Es solo sexo —recalca Irene.

—Mientras vosotras lo tengan claro, por mí como si hacen una orgía.

—¿Quieres apuntarte, Claudia? —pregunta Irene sonriendo.

—No.

Camino hasta la cocina y ellas vienen detrás. Al entrar veo a la mujer que estuvo anoche, me saluda y me dice qué deseo para comer. Es Irene quien le dice que nos haga algo rápido,

ya que ellas dos no hace mucho que se han despertado.

El día termina cuando volvemos a la residencia, Virginia contenta porque ha empezado el año con sexo, yo no tanto porque lo he empezado con una resaca.

Capítulo 36

Marzo de 2000

Es viernes y llevo desde ayer con una sensación de querer hacer pis constantemente sin tener ganas, hoy se incluye que me duele la zona baja del vientre y me escuece al orinar, voy a tener que ir a urgencias.

—Llegaremos tarde a clase si no espabilas —protesta Virginia.

—Voy a tener que ir a Urgencias, me duele cada vez más hacer pis y ahora también aquí —digo señalando la zona.

—Te acompaño —afirma quitándose el macuto.

—No, ve a clase, mira ver si hay algo nuevo, necesito que me expliques, voy sola después ya te cuento.

—¿Estás segura? —pregunta sujetando mi cara.

—Qué sí, pesada.

Virginia sale de la habitación y yo me preparo para ir a Urgencias, el dolor es cada vez más punzante y las ganas de orinar son constantes y después no hago nada.

Llevo dos horas esperando, estoy desesperada y cada vez el dolor es peor, pero parece que el mundo se va a apiadar de mí, porque veo a Irene y me levanto para ir tras ella.

—Irene —la llamo.

Ella se gira y me mira extrañada.

—¿Qué haces aquí?

—Vine para hacer una orgía —respondo sonriendo.

Irene se ríe y niega con la cabeza.

—¿Qué te pasa?

—Creo que tengo infección de orina, me duele y me escuece al hacer pis, es horrible.

—Vale, ven conmigo. Esto se hace rápido, haz pis en el bote que te voy a dar y miramos.

Sigo a Irene y me mete en un box, llama a su médico adjunto y esta, le indica que proceda ella. Me da el bote y yo me meto en el baño para intentar orinar. Una vez el trámite finalizado se lo doy y ella con una simple tira reactiva lo mete y tras esperar un poco confirma que tengo infección de orina.

—He estado aquí más de dos horas para un proceso sencillo —protesto.

—Hay gente con urgencias más graves —intenta justificar el caos.

Irene consulta con su adjunta y viene con una receta que me entrega.

—Es un antibiótico y analgésicos para calmar el dolor, con esto ya estaría.

—¿Sabes algo de ella? —pregunto sujetando su mano.

—Claudia, tienes que avanzar —me dice—. Tienes que olvidarte de Ana.

Sus palabras me caen como un golpe en el pecho. Olvidarme de Ana... Si tan solo fuera tan fácil. Hago una pausa, respiro hondo y vuelvo a intentarlo.

—¿Sabes algo de ella o no?

Irene suspira, bajando la mirada hacia los papeles que tiene en la mano. Parece dudar por un segundo.

—No te voy a decir nada. Si realmente quieres saber de ella, ve al hospital donde está haciendo la residencia —hace una pausa y, con un gesto rápido, escribe una dirección en un pedazo de papel—. Aquí es donde puedes encontrarla.

—Gracias —digo besando su mejilla.

—Espera, dile a Virginia que para la próxima vez me llame si viene alguna a urgencia. Deberías comprarte un móvil.

—La economía no me llega todavía para eso.

—Debes mirarlo, ya hay tarjetas de prepago, no hace falta pagar una factura como pasaba antes.

—Lo miraré.

Salgo del hospital con un objetivo. Antes paso por la farmacia y tras comprar la medicación me dirijo a la residencia. Espero la llegada de Virginia, necesito verla, pero no creo que pueda hacerlo sola.

Tras el interrogatorio de Virginia e insistir como Irene que debo tener un móvil, le digo que he conseguido la dirección del hospital en donde hace la residencia Ana.

—No podemos ir a Barcelona.

—Necesito que me acompañes, Virginia, es viernes, iremos y volvemos en el día. Por favor —suplico.

Tras una pequeña conversación de que es lo correcto o no, y mi insistencia, cede para irnos a la ciudad Condal.

El tren avanza a gran velocidad, miro por la venta y no logro centrar la mirada en nada, en mi cabeza solo está ella y esa sensación de que le diré tras verla, hace casi dos años que fue la última vez que la vi.

—Voy a llamar a Irene —dice sin apartar la mirada de la pantalla—. Necesitamos saber el horario de Ana.

Asiento, incapaz de pronunciar palabra. El silencio se extiende mientras Virginia espera que Irene conteste. Finalmente, después de una breve conversación, cuelga y me mira.

—No tiene idea, pero recuerda que en uno de los mensajes que le mandó Ana puso la dirección de su casa. Vamos a ir ahí.

Cuando bajamos del tren a las afueras de Barcelona, me siento más ansiosa que nunca. Es una pequeña casa, alejada del bullicio de la ciudad. Esperamos, pacientemente, como si fuéramos dos espías encubiertas, ocultas entre las sombras de los árboles. No puedo evitar sentir cómo la adrenalina se arremolina en mi estómago.

Y entonces, Ana sale.

Es como si el tiempo se detuviera. Mi corazón late tan fuerte que siento que se va a salir de mi pecho. Pero lo que veo me deja sin aire. Ana está... embarazada, y en ese instante, todo se desmorona dentro de mí. Me llevo la mano a la boca, ahogando un grito de angustia. No puedo procesarlo, no puedo creerlo.

Y entonces lo veo. Un hombre aparece detrás de ella, se saludan con una efusividad que me resulta insoportable. Se besan.

El mundo sigue girando a mi alrededor, pero yo me quedo congelada, observando cómo Ana entra a esa casa, al lado de ese hombre, con una vida completamente nueva. Una vida sin mí.

Siento la mano de Virginia en mi hombro como la aprieta en ese momento solo quiero desaparecer, gritar y patallar. Siento como si alguien me hubiera arrancado el corazón del pecho y lo hubiera pisoteado frente a mí. Me siento una completa idiota.

Virginia me mira, intentando leerme el rostro, pero no necesito decirle nada. El silencio lo dice todo.

—Esto va a cambiar —murmuro, más para mí misma que para ella—. Tengo una meta

que conseguir. Nadie me va a parar ahora.

Aunque esas palabras suenan fuertes en mi mente, no estoy segura de si son una promesa o una amenaza. El dolor que estoy sintiendo por ver a la mujer que amo seguir su vida como si nada hace que me queme todo por dentro.

—Tenemos que volver a Madrid —susurra Virginia.

Si en algún momento me he preguntado cómo es el dolor por un desamor, en este preciso instante puedo decir que es la sensación más insoportable que he sentido jamás.

El traqueteo del tren de regreso es más suave de lo que siento por dentro. Virginia está sentada a mi lado, mirando la ventana sin decir una palabra. Sé que está esperando que yo sea quien hable primero, pero no tengo idea de por dónde empezar. Mis pensamientos son una maraña de emociones que no consigo desenredar: dolor, rabia, humillación, todo entremezclado con una sensación de vacío que me asfixia.

Veo a Ana una y otra vez en mi mente. Su vientre, redondeado y perfecto, es la imagen que me golpea una y otra vez. El hombre. El beso. Todo me parece una película que no entiendo, una historia que no me pertenece, pero que, aun así, me duele como si fuera mía.

—¿Qué vas a hacer ahora? —pregunta Virginia, finalmente, su voz suave y cuidadosa.

Respiro hondo, intentando que el aire me llegue hasta el fondo de los pulmones. Aún siento la garganta cerrada, como si las lágrimas que no han salido me estuvieran ahogando.

—Voy a pasar página —digo, aunque mi voz no suena tan convincente como me gustaría—. No me queda de otra.

Virginia me mira de reojo, sabe que esas palabras son solo una capa superficial sobre todo lo que estoy sintiendo. Pero no me presiona. Siempre ha sabido cuándo es mejor quedarse en silencio.

Capítulo 37

Las siguientes semanas transcurren como si estuviera en una especie de niebla. Me arrastro por los días, trato de cumplir con mis rutinas, pero nada parece tener sentido. Ana está en mi mente todo el tiempo, como un fantasma que me sigue a todas partes. La imagen de ella embarazada se ha quedado grabada en mi memoria, y el hombre, ese hombre, aparece en mis pesadillas como una sombra que lo ha eclipsado todo.

Intento concentrarme en mis estudios, en las pequeñas cosas, pero mi mente sigue retrocediendo a esa tarde en Barcelona. A la sensación de haber sido sustituida.

Estoy tirada en la cama, Virginia se me sienta al lado sin previo aviso. Me pasa un café, su forma sutil de decir que tenemos que hablar.

—Claudia, no puedes seguir así.

—¿Así cómo? —pregunto, aunque sé perfectamente a qué se refiere.

—Obsesionada —su tono es firme, pero hay una preocupación en su mirada—. No has dejado de pensar en Ana ni un solo día desde que volvimos de Barcelona. Te está consumiendo.

Siento una oleada de irritación, aunque sé que tiene razón.

—No estoy obsesionada —replico.

Virginia me observa un momento antes de inclinarse hacia adelante, apoya los codos en las rodillas.

—Claudia, lo que pasó con Ana... fue duro, lo sé. Pero no puedes dejar que siga controlando tu vida —hace una pausa, como si estuviera eligiendo sus palabras con cuidado—. Tienes que decidir qué es lo que realmente quieres. No puedes seguir girando en torno a algo que ya no está.

Las palabras de Virginia me golpean más fuerte de lo que esperaba. Me quedo en silencio, mirando mi café, como si la respuesta pudiera aparecer flotando en la taza.

—No sé qué quiero —admito al final, en un susurro.

Virginia me mira con una mezcla de compasión y algo más, algo que no puedo identificar del todo.

—Eso está bien —dice—. Pero tienes que darte tiempo para averiguarlo. Y, más importante aún, tienes que darte permiso para dejar ir a Ana.

Esas últimas palabras son como una daga. "Dejar ir a Ana." No puedo imaginarme hacerlo. No puedo imaginarme un futuro en el que ella no esté, aunque sé que ya no tiene cabida en el mío. Pero la verdad es que Ana ya me había dejado atrás mucho antes de que yo me diera cuenta.

Tras la reprimenda de Virginia me refugié en estudiar, me encerré entre apuntes y libros. No podía acallar el vacío, esa especie de hambre insaciable que me carcomía por dentro. Mi mente me recordó el verano de Huelva, como mirar me había saciado por ese instante, así que ese día en la cama me dije que se había acabado ese encierro, tenía que saciar mi sed de deseo.

No había un patrón, no había una regla. Era una mujer tras otra, encuentros fugaces, intensos, pero vacíos. Me saciaba de ellas, del momento, de la sensación de poder perderme

en alguien más, aunque fuera por unas horas. Después, simplemente las dejaba ir. Ni nombres, ni números. No quería ninguna conexión más allá del momento en que sus cuerpos se cruzaban con el mío.

Estoy en la cama con una de las chicas de la Universidad cuando sentimos cómo la puerta se abre, tengo a la chica encima de mí a horcajadas, las dos miramos a la puerta y pienso que parará, pero la rubia que no recuerdo su nombre me mira y sonrío, yo solo tengo que extender la mano para que Virginia venga donde estamos las dos.

Ella solo nos observa, nosotras damos rienda suelta al deseo, bajo la atenta mirada de mi compañera de cuarto, hasta que las dos llegamos al clímax, un suspiro sale de la boca de Virginia al escucharnos.

Me levanté de la cama y me vestí sin decir nada. La chica que estaba conmigo no se inmutó, era solo otra más. Virginia seguía quieta en la silla, observándome. Miré a la rubia que seguía desnuda en mi cama y se levantó para vestirse, no hubo palabras, solo me guiño el ojo una vez vestida y desapareció por la puerta.

—¿Estás bien? —pregunto a Virginia que sigue petrificada.

Su mirada es oscura, cargada de algo que no había visto en ella antes. Traga saliva, creo que no entiende lo que acaba de pasar.

—Necesito descubrir porqué me siento así —logra decir.

Mi estómago se retorció, pero no de rechazo, sino de ese deseo que había creído apagado hacía tiempo. El mismo que había sentido la primera vez que vi a las dos mujeres de Huelva, ese magnetismo que me había arrastrado hacia algo más oscuro y excitante de lo que quería admitir.

Esa noche fue el comienzo de algo nuevo, algo que no entendía del todo, pero que no pude parar. Virginia y yo empezamos a deambular por la ciudad, como dos sombras buscando algo más. Los locales nocturnos de Madrid se convirtieron en nuestro campo de juego. Íbamos de uno a otro, explorando, observando. Virginia no se involucraba físicamente, no al principio. Solo le gustaba mirar, y yo... yo lo permitía.

Y entonces apareció Pilar Alonso, de cuarenta y ocho años, una mujer de la alta sociedad, viuda y con las ideas claras. Me dijeron de ella cuando comencé a frecuentar el local.

La vi desde el otro lado del local, una mujer alta, con una melena negra que le caía en ondas suaves sobre los hombros. Vestía un traje ajustado que dejaba entrever una figura imponente, elegante, segura de sí misma. Sus ojos me buscaron en cuanto entré, y algo en su mirada me detuvo. No era una mirada casual; había intención, deseo. Pilar sabía lo que quería, y en ese momento, me quería a mí.

Tenemos una diferencia de edad de veintiocho años, pero había algo en ella, en su presencia, que me atraía más que cualquier otra cosa que hubiera sentido en los últimos meses. Me acerqué sin dudar, como si hubiera una fuerza invisible que me empujara hacia ella.

—Eres nueva aquí, ¿verdad? —me dijo, con una sonrisa ladeada, segura de sí misma.

—Supongo —no estaba segura de lo que significaba "nuevo" en un lugar como ese.

Pilar se inclinó hacia mí, su perfume era suave pero embriagador.

—Claudia, ¿verdad?

Asentí, sorprendida de que supiera mi nombre.

—Te he visto antes, pero nunca había tenido la oportunidad de acercarme —su tono era seductor, pero había algo más, algo más oscuro que no podía identificar del todo.

—¿Y ahora?

—Ahora no voy a dejar que te escapes.

Nos quedamos así, mirándonos, las palabras suspendidas entre nosotras. El local desapareció. Virginia estaba en algún lugar de la oscuridad, pero en ese momento no existía. Solo estaba Pilar, con esos ojos que parecían atravesarme.

Esa noche me refugié en sus brazos. Fue distinto. Pilar no era una más en mi desfile de cuerpos sin rostro. Ella me tocaba de una manera que hacía que algo dentro de mí despertara, como si entendiera lo que necesitaba sin necesidad de palabras. No era amor, no era ternura, era algo más primitivo, más visceral. Pilar sabía lo que hacía, y yo me dejé llevar.

Me quedé en su casa, en su cama, con su cuerpo enredado en el mío. Y aunque no había promesas, ni futuro, me sentí, por primera vez en meses, como si estuviera en algún lugar, en algún tipo de destino. Pero no podía engañarme. Esto no iba a ser eterno. Yo era solo otra pieza en su colección, y ella, en la mía.

Pero esa noche, no importaba.

Capítulo 38

—Nunca voy a enamorarme de nuevo. Ya lo hice, y perdí.

Es la primera vez que lo digo en voz alta, pero el peso de la confesión no me sorprende tanto como esperaba. Pilar me observa desde el otro lado de la habitación, con ese aire de calma imperturbable que parece envolverla en todo momento. A veces pienso que nada puede sacudirla, que siempre sabe lo que va a pasar antes de que ocurra. Quizás por eso me atrevo a decirlo frente a ella, porque sé que no hay compasión ni juicio en su mirada. Solo curiosidad.

—¿Por qué? —pregunta expectante.

Le relato a Pilar mi historia con Ana y como su padre hizo todo lo posible para separarnos. La voz se me quiebra cuando le cuento como ese amor que siento no puede ser porque ese señor haría cualquier cosa con tal de salirse con la suya.

—Ese hombre del que hablas... suena como alguien demasiado poderoso para destruirlo, así como así.

—Terminando mi carrera y después siendo jueza, juro que encontraré la manera de detenerlo.

—Si quieres enfrentarte a alguien como él, no puedes seguir jugando bajo las mismas reglas, Claudia.

—He intentado seguir adelante. Pero no puedo. No con él, siempre en el fondo de todo lo que hago.

—No podrás seguir adelante mientras estés atrapada en su mundo. Y créeme, su mundo está lleno de hombres poderosos como él, hombres que solo buscan una cosa —Pilar sonríe como si supiera algo que yo aún no sé.

—No voy a estar con un hombre, Pilar. Jamás —aseguro frunciendo el ceño.

—No necesitas acostarte con ellos, Claudia. No se trata de sexo, no para ti. Pero necesitas saber cómo piensan, cómo se mueven. Ellos manejan el poder, y el poder no es solo dinero o influencia. Es información. Son los secretos que ellos creen que nadie más conoce.

Siento un nudo en el estómago al escuchar a la mujer que está a mi lado.

—¿Y cómo se supone que voy a hacer eso? No soy parte de ese mundo.

Ella me mira como si fuese obvio lo que me está diciendo, y yo sigo perdida.

—Siendo jueza no lo vas a conseguir. No sin mancharte las manos, querida. Para entrar en ese círculo necesitas más que tu título, necesitas tener algo que ellos valoren. Y a veces, eso significa caminar por lugares donde tu moral puede tambalearse. Tú buscas venganza, no buscas justicia.

Me quedo en silencio, pensando en sus palabras. No quiero mancharme las manos. No quiero perder lo que me queda de mí misma, pero al mismo tiempo, sé que Pilar tiene razón. No puedo quedarme en mi posición de jueza esperando que el poder me llegue. No en este mundo. No si quiero enfrentarlo.

—¿Cómo puedo lograr eso? —pregunto mirándola fijamente.

Pilar sonríe, como si de una malvada de películas se tratase, ella sabe cómo hacerlo y seguro que me hará partícipe de ello.

—Todo a su debido tiempo, querida —dice levantándose de la cama.

Miro a la mujer que estaba en la cama conmigo, hace apenas unos segundos caminar por la habitación, su misterio me embriaga. Es la mujer más enigmática que he conocido jamás.

Capítulo 39

Los días van pasando y yo sigo estudiando, Pilar no dice nada al respecto de cómo poder vengarme de ese hombre que me ha arrancado a la mujer que amo de mi lado.

Es viernes y Virginia saldrá esta noche para ir al local a buscar su siguiente presa. A veces pienso que la he convertido en algo muy parecido a mí y la culpa me golpea. Pero sé que es algo que hemos descubierto juntas.

—Estoy con alguien —suelta de pronto.

—Pero, tú...

—Yo sí creo en el amor, Claudia. Lo que no creo es en la monogamia, no como nos tienen acostumbradas. Me gusta estar en pareja y compartir los mismos deseos.

Pilar me había comprado hacía unas semanas un móvil, decía que no podía estar incomunicada. En ese momento vibra a mi lado, miro la pantalla y es un SMS de ella.

—¿Qué hay entre vosotras? —pregunta Virginia mirándome.

—Solo sexo.

—¿Segura?

—Sí, lo que hay algo que no te he contado —comienzo a decir.

Le relato a Virginia lo que me dijo hace unas semanas Pilar en su casa, que lo que busco es venganza y que me enseñará el camino.

—No puedes dejar tu deseo de ser la mujer que quieres ser por vengarte, Claudia.

—Quizá ya no crea en la justicia —aseguro.

Virginia me abraza y yo respondo rodeándola con mis manos y apretándola fuerte contra mí.

—¿Qué dice el mensaje? —pregunta en un susurro.

Miro el móvil y leo lo que me ha puesto y mi reacción al texto que me ha mandado es abrir la boca.

—¿Pasa algo?

—Me voy a Ámsterdam —aseguro enseñándole la pantalla.

Me da un margen de una hora para venir a recogerme, es el tiempo que tengo para preparar la maleta.

Pilar me lleva a uno de los locales en Ámsterdam, no sé qué esperar. El lugar es lujoso, oscuro, con una atmósfera que parece cargada de electricidad. Las luces son tenues, iluminando apenas las figuras que se mueven por el espacio. Hay una mezcla de música suave y murmullos en el aire, como si todos aquí supieran que lo que ocurre en este lugar no debe ser oído fuera de sus muros.

Camino junto a Pilar, sintiéndome fuera de lugar, aunque trato de no mostrarlo. Mi mente está en mil sitios al mismo tiempo, intentando procesar lo que veo: parejas en rincones oscuros, conversaciones susurradas, y cuerpos que se mueven con una libertad que no he visto antes. No es solo sexo lo que flota en el aire. Es algo más profundo, más cargado. Hay transacciones ocurriendo a cada segundo, pero no son del tipo convencional.

—Esto es lo que debes aprender —me dice Pilar al oído—. Aquí no se trata solo de placer. Aquí la gente viene a hacer negocios, a cerrar tratos. Los hombres que ves no están

solo buscando sexo. Están buscando algo más: poder. Información.

Observo a mi alrededor, y empiezo a ver lo que Pilar me está mostrando. Los ojos de los hombres, y las mujeres, no están solo en los cuerpos. Están observando, evaluando, moviendo las piezas de un juego invisible para el resto del mundo. Me doy cuenta de que aquí, la información fluye como una moneda, y Pilar tiene razón: siendo jueza, nunca tendría acceso a este tipo de poder.

Nos sentamos en un reservado privado, con una vista panorámica del lugar. Desde aquí, todo se siente más controlado, más calculado. Pilar pide vino, y yo me quedo en silencio, observando, intentando absorber cada detalle. Me sorprende cómo, a pesar de lo incómoda que debería sentirme, hay algo en este mundo que me fascina. No es el sexo. No es el ambiente. Es el control que todos aquí parecen tener o buscar. Es la sensación de estar al borde de algo peligroso, pero inevitablemente atractivo.

Pilar me mira de reojo, como si supiera lo que estoy pensando.

—Lo sientes, ¿no? No es el lugar, Claudia. Es lo que representa. Aquí es donde la gente poderosa deja de lado sus máscaras, aunque sea solo por un instante. Aquí es donde puedes encontrar lo que necesitas.

Asiento lentamente. Hay algo que empieza a despertar en mí, una curiosidad que nunca había sentido antes. En este lugar, en este mundo que Pilar me está mostrando, podría encontrar la forma de obtener lo que quiero. Podría recuperar lo que perdí.

Mientras me pierdo en mis pensamientos, algo dentro de mí empieza a ceder. Sé que este es solo el comienzo, que estoy cruzando una línea que no tiene vuelta atrás. Pero en este instante, no me importa. Porque, por primera vez en mucho tiempo, siento que tengo el control.

Y eso, esa sensación de poder es lo único que importa.

Capítulo 40

Termino la carrera de Derecho, y no siento nada. Ni orgullo, ni satisfacción, ni la sensación de logro que esperaba. Mientras la mayoría de mis compañeras celebran con sonrisas y planes, yo me siento vacía. Me dijeron que este era el camino, que el título abriría puertas y que la sensación de éxito sería abrumadora. Pero no lo es. Solo tengo un papel en la mano y una creciente sensación de que algo está mal. No quiero esto. No quiero pasar mi vida en un despacho, luchando en tribunales por causas que no me importan. Quiero algo más. Algo que me haga sentir viva.

Es en una de esas tardes de frustración cuando me encuentro con Pilar. Estamos sentadas en su terraza, con el sol bajando lentamente sobre nosotras, y no puedo contener más lo que siento.

—Quiero crear algo para nosotras —digo, tomando un sorbo de mi copa de vino.

Pilar me mira curiosa, con ese gesto que indica que me está escuchando atentamente, pero sin prisa por interrumpir.

—Un espacio para mujeres. Un lugar donde puedan ser libres, donde no haya juicios ni expectativas. Un restaurante, al principio, pero después... después algo más.

—¿Algo más? —pregunta Pilar, con una sonrisa intrigada.

—Un lugar donde las mujeres puedan ser ellas mismas. Donde puedan tocarse, mirarse, explorar sin restricciones. Algo similar a lo que vi en esos locales de Ámsterdam. Algo diferente, algo nuestro.

Pilar da una calada larga a su cigarro, dejando que el humo forme espirales en el aire. Su aprobación no tarda en llegar.

—Es una idea brillante, Claudia. Si lo haces bien, podrías crear algo único. Pero para vengarte de Eduardo Villar necesitas dejar pasar a los hombres.

—Lo haré, pero siempre habrá un espacio para nosotras solas, sin que ellos estén.

—Yo estaré contigo, en lo que necesites —sentencia, dando una última calada al cigarro.

Su apoyo me da fuerzas. Lo primero que necesito es un local. Comienzo a buscar, moviéndome en las sombras, mientras le miento a mi tía y a mi madre, diciéndoles que estoy preparándome para las oposiciones. Es curioso lo fácil que se me da mantener esta doble vida. Durante el día, me siento con los apuntes, finjo estudiar, paso horas en bibliotecas. Pero en las tardes, me transformo en otra versión de mí. Visito locales, analizo el tipo de ambiente que quiero crear, visualizo cómo será mi espacio. Un restaurante donde el placer no sea solo la comida, sino todo lo que vendrá después.

Pilar y yo vamos en su coche, revisando algunas ubicaciones potenciales. El sol se está poniendo y la ciudad se ve hermosa bajo la luz dorada. Hablo de cómo quiero que el lugar tenga una estética elegante, pero también acogedora, donde las mujeres puedan sentirse seguras y libres al mismo tiempo. Pilar me escucha, asintiendo, cuando de repente, todo ocurre en un segundo.

Un estruendo. Un golpe seco. Mi cuerpo se sacude violentamente dentro del coche y siento cómo el cinturón de seguridad me aprieta el pecho. El dolor llega de inmediato, una sensación punzante en mi cuello y un zumbido en los oídos. Me toma un momento darme

cuenta de lo que ha pasado: un accidente. Un coche nos ha embestido.

Miro a Pilar, y la veo llevarse la mano a la cabeza, donde un corte pequeño comienza a sangrar. Mi propia cabeza late con fuerza, y puedo sentir el dolor extendiéndose. No puedo pensar, no puedo hablar. Solo oigo las sirenas acercándose.

Por suerte, no es grave. Terminamos en el hospital, con collarines y algunos rasguños. Tengo una brecha en la cabeza que necesitará unos puntos, pero, en general, estamos bien. Estamos vivas. Eso es lo que importa, me repito a mí misma.

Mi tía llega poco después, preocupada, con esa mezcla de enojo y alivio que me resulta tan familiar. Detrás de ella, veo a Isabel. Y en cuanto la veo, mi mente se nubla con un nombre que no he pronunciado en meses: Ana.

Siento un impulso casi visceral de preguntar por ella. Quiero saber qué ha sido de su vida, si sigue adelante, si piensa en mí. Pero no digo nada. Me limito a escuchar la conversación trivial que surge entre las cuatro. Mi tía me regaña por no tener más cuidado, mientras Pilar intenta minimizar el incidente con su humor habitual. Isabel, sin embargo, es quien me interesa.

Miro cómo sus ojos se fijan en Pilar. Hay un reconocimiento inmediato en su mirada, una chispa de conocimiento que no puedo ignorar. Sabe quién es. Isabel siempre ha tenido un buen radar para las personas influyentes, y Pilar, con su aire enigmático y su fama en ciertos círculos, no pasa desapercibida.

—No tenía idea de que te relacionabas con Pilar —comenta Isabel, con una sonrisa que parece más curiosidad que sorpresa.

—Nos conocimos hace tiempo —respondo, restándole importancia.

Me doy cuenta de que Pilar la observa con un interés que me incomoda. Isabel siempre ha sido de las que conocen más de lo que dicen. Y si sabe algo de la vida de Pilar, seguramente ya ha oído rumores sobre lo que pasa después de que enviudó, de cómo lleva su vida ahora.

Mi tía sigue hablando de las oposiciones, preguntando cómo van mis estudios. Miento, sin dudar, le digo que estoy avanzando, que todo va bien. Pero en mi interior, siento que cada vez estoy más lejos de ese mundo. Mi mente sigue atrapada en el proyecto del local, en las noches recorriendo la ciudad con Pilar, buscando el lugar perfecto para mi idea.

Y, aunque el accidente fue un golpe de realidad, no me hace replantear nada. Si acaso, me reafirma. El choque, el hospital, la preocupación de mi familia, todo parece parte de una vida que no quiero seguir viviendo. Pero con Pilar, con el plan de nuestro espacio, siento que estoy acercándome a algo más auténtico, más yo.

Isabel sigue en la habitación, hablando con mi tía, pero no puedo dejar de pensar en Ana. La presencia de Isabel es un recordatorio incómodo de que hay algo no resuelto, algo que no he dejado atrás, por mucho que quiera. Me gustaría preguntarle por Ana, saber cómo está, si alguna vez me recuerda. Pero el orgullo me detiene. No puedo mostrar que aún me importa.

Miro a Pilar, que se ha quedado en silencio, observando la dinámica entre nosotras. Parece ajena a todo, pero sé que no lo está. Pilar siempre está calculando, midiendo, y sé que está viendo lo que yo también noto: Isabel sabe más de lo que deja ver, y eso puede complicar las cosas.

Cuando por fin Isabel y mi tía se van, respiro con alivio. Pilar me mira, y sé que está esperando a que diga algo.

—No esperaba que Isabel te conociera —murmuro, sin poder evitarlo.

—Conozco a mucha gente, Claudia. Pero eso no importa. Lo que importa es lo que vas a hacer ahora. Tienes un futuro distinto al que cuando te conocí. Lucha por eso ahora.

Su mirada se clava en la mía, y siento cómo mi mente vuelve a enfocarse en lo que realmente quiero. En el local, en el espacio que quiero crear.

Pilar tiene razón. Todo lo demás es ruido. El accidente, Isabel, Eduardo Villar, incluso Ana... todo es parte de un pasado que necesito dejar atrás si quiero seguir adelante.

Capítulo 41

Agosto de 2002

El día en que conseguimos el local para abrir el restaurante, siento que todo empieza a tomar forma. Caminamos por ese espacio vacío, las paredes desnudas, el eco de mis pasos, y pienso: Esto es real, por fin. Pero sé que tengo que ser sincera, especialmente con mi madre y mi tía. Ellas tienen que saber lo que realmente estoy planeando.

Una tarde, decido hablar con ellas. Consigo que mi tía me lleve al pueblo donde vive mi madre y allí nos sentamos en la mesa de la cocina, el lugar donde siempre se han dado las conversaciones difíciles en nuestra familia.

—Necesito ser sincera con vosotras —suelto mientras mi madre sirve el café.

Las dos me miran expectantes, sin desviar sus miradas ni un milímetro.

—No voy a ser jueza, quiero abrir un restaurante.

Mi tía solo apoya los codos en la mesa y coloca su cabeza entre las manos, mientras mi madre se ha quedado petrificada sin poder pronunciar palabra alguna.

—Sé que no lo vais a entender, pero me he dado cuenta de que quizá esa decisión de ser jueza la tomé muy apresurada.

—¿Pilar tiene algo que ver en tu decisión? —pregunta Tina.

—No, de ella solo recibo apoyo. Se ha convertido en alguien muy importante en mi vida.

—¿Estás segura de lo que vas a hacer? —pregunta ahora mi madre.

—Sí, ya tengo el local. Quería que lo supierais, no quiero más mentiras.

Ellas siguen en silencio encajando mi decisión y en ese momento les explico mis planes, pero me guardo los detalles más oscuros, los que podrían hacer que miraran el proyecto con otros ojos. No es el momento de contarles todo. De momento, lo que ellas ven es suficiente.

Pilar ha sido fundamental en todo esto. Al principio, lo nuestro fue físico, un refugio temporal en medio del caos en que ambas vivíamos. Pero con el tiempo, lo que comenzó como sexo se transformó en algo más profundo. Ahora somos socias. Ella no quiere ser protagonista, pero su apoyo ha sido crucial, tanto emocional como económico. Ya no hay nada entre nosotras más que el negocio que tenemos. Yo sigo acostándome con mujeres para satisfacer mis deseos más íntimos.

—Tú eres la valiente en todo esto, Claudia —me dice mientras revisamos los planos—. Yo solo pongo el dinero.

Nos reímos juntas, pero sé que lo dice en serio. Ella confía en mí, y eso me da la fuerza que necesito. Aún no puedo creer que haya llegado tan lejos. “Lo hemos hecho”, me digo.

Tras marcharse, Pilar llama a mi amiga, a mi incondicional, a la que escucha sin decir nada, Virginia. Esa mujer ha estado a mi lado desde siempre, recogiendo mis lágrimas al principio cuando le decía de Ana y después cuando entre las dos descubrimos nuestros oscuros deseos.

—Puedes dejar de dar vueltas por la casa —me reprocha.

—Esto es una odisea, entre los empleados, los retrasos que hay porque siempre pasa algo, los presupuestos se disparan, el papeleo...

—En eso ya te he dicho que me ocupo yo y es lo que estoy haciendo, te prometí que tendría todo.

—Lo sé —digo tirándome en el sofá—, necesito que esto termine.

Virginia siempre me escucha y me da paz en mis momentos de tormenta. Su calma me ayuda a mantener la cabeza fría y con el objetivo que me he marcado.

El día de la inauguración llega, ocho meses después de adquirir el local. Todo está listo. Las luces, la música suave, las mesas impecablemente preparadas. Mi madre y mi tía están allí, mirándome con orgullo. Las veo, y aunque no lo sepan, siento que parte de este éxito también es suyo. Ellas me han apoyado de formas que nunca podré agradecer lo suficiente. Las abrazo fuerte y sonrío. No les cuento que este lugar, más allá de ser un restaurante, tiene un propósito oculto.

Detrás de lo que parece un simple local, hay salas privadas. Lugares donde la imaginación será la única regla. El placer será la oferta principal, aunque nadie en la sala principal lo sepa. Todo ha sido meticulosamente planeado, desde los detalles en la decoración hasta quién tendrá acceso a esas salas. Me pregunto qué pensarían si lo supieran, si comprenderían que esto también forma parte de mi sueño, aunque sea uno que jamás compartiré con ellas.

Pero ahora, en medio de las felicitaciones y los brindis, guardo ese secreto en mi pecho, segura de que cada paso que he dado me ha llevado hasta aquí. Y por primera vez en mucho tiempo, me siento completa.

Dudé en cómo lo llamaría, quería dejar atrás mi pasado, la venganza y todo lo que me recordase que una vez me enamoré de alguien, pero no pude del todo. Caí en el nombre del restaurante: “Los Álamos”, ese es el que he decidido ponerle.

Es otra noche en Los Álamos, una de esas noches en las que el ruido de las copas tintineando y las risas relajadas me hacen sentir que, pese a todo, las cosas están bien. El restaurante sigue en pie, más fuerte de lo que esperaba cuando empecé con este sueño. Al principio, cada día era una batalla. Los gastos, el estrés, la incertidumbre. Pero ahora... ahora puedo respirar.

Estoy en la sala principal, vigilando todo como siempre, asegurándome de que cada cliente esté satisfecho, que cada plato salga perfecto. Y entonces lo veo. Eduardo Villar.

Apenas cruza la puerta y ya puedo sentir su presencia como un peso en el aire, como si trajera consigo un soplo del pasado que nunca quise volver a enfrentar. Está más envejecido, pero el brillo arrogante en sus ojos sigue intacto. No tarda en dirigirse hacia la zona privada, esa que siempre mantengo reservada para los clientes especiales. Cuando intenta pasar, me adelanto, y antes de que pueda avanzar más, me planto frente a él.

—No puedes entrar ahí —le digo con voz firme.

Sus ojos se estrechan, y sé que está acostumbrado a que nadie le niegue nada. Pero no conmigo. No más.

—¿Quién te crees que eres? —su voz suena dura, con ese tono que siempre usaba para intimidar—. Esto es de Pilar Alonso. Yo puedo pasar donde me dé la gana.

Le sonrío, tranquila, manteniendo el control que tanto me costó ganar.

—Aquí la dueña soy yo, Eduardo. Tú no vas a pasar a ningún lado. Si quieres comer en el restaurante, estás en tu derecho, pero no voy a permitir que entres en los reservados.

Veo cómo sus labios se curvan en una mueca de desprecio. No le gusta que las cosas no vayan como él espera. Se acerca un paso más, su aliento caliente y cargado de odio.

—Debí acabar contigo hace años —gruñe, sus palabras venenosas, intentando herirme

como tantas otras veces—. Mi hija ya es madre de dos hijos mientras tú regentabas un local de putas.

Su comentario resbala por la superficie, pero no puede evitar arañar algo más profundo dentro de mí. Aun así, no le doy el gusto de verlo. En lugar de eso, me acerco, casi hasta que nuestras narices se rozan, y le susurro con calma.

—Gano mucho dinero de gente como tú —miro directo a sus ojos, sin miedo—. De hombres que van a un local de putas.

Su rostro se contrae en ira, pero no me importa. No más. Ya no busco venganza. Ya no quiero destruirlo, no quiero arrastrar todo lo que representa conmigo. Solo quiero mantenerlo lejos de mí, de mi vida, de lo que he construido.

Por la noche, mientras cierro el restaurante, siento el peso del encuentro caer sobre mis hombros. El pasado nunca se va del todo, siempre está ahí, en la esquina, esperando su momento para atacar. Eduardo Villar es un depredador, lo ha sido siempre. Y si he aprendido algo en todo este tiempo, es que hay que parar a los depredadores antes de que puedan hacer más daño.

No tengo miedo. He sobrevivido a cosas peores. Pero ahora sé que no puedo simplemente ignorarlo. Va a volver. Y esta vez, voy a estar lista para él.

Cojo el teléfono y marco el número de Pilar, sé que es tarde, pero ella siempre está cuando siento que mis fantasmas vuelven.

—¿Estás bien? —es lo primero que dice nada más descolgar.

—Sí, pero ha vuelto.

—¿Ha vuelto quién, cariño?

—Eduardo Villar.

El silencio se instala y solo se escuchan nuestras respiraciones.

—¿Qué necesitas?

—Información.

Pilar suspira, se mantiene en silencio mientras en mi recuerdo viene Ámsterdam, donde me mostró una forma de control que nunca había considerado. Allí, vi un mundo donde la información es la moneda más valiosa, donde el sexo no es solo placer, sino una herramienta, un medio para acceder a algo más profundo. Algo que podría utilizar.

—Pensaba que ya no querías vengarte.

—La justicia, está limitada por las normas y los códigos que yo misma he estudiado. Sé que, en ese mundo, no ganaré. He intentado aferrarme a la ley, al sentido de lo correcto, pero ese hombre, ese que sigue acechando en las sombras de mi mente, ha jugado en un campo donde las reglas no se aplican. Y si sigo aferrada a lo que me han enseñado, nunca tendré el poder. No quiero vengarme, solo tenerlo agarrado por los huevos, Pilar. Tener la posibilidad de destruirlo y que él lo sepa.

—Vale. Te digo algo cuando haya encontrado a la persona indicada.

—Tiene dos hijos —digo recordando las palabras de Eduardo.

—Claudia... —susurra.

—Gracias —respondo antes de colgar.

Capítulo 42

Me presento en el apartamento de Virginia sin avisar. El camino hasta aquí ha sido impulsivo, pero mi cuerpo y mi mente no soportaban el peso de mis pensamientos. Cuando llego frente a su puerta, dudo por un segundo, imaginando qué pasaría si no estuviera sola.

Toco la puerta, casi sin fuerza, esperando... No quiero verla con alguien, no esta noche.

Cuando abre, me doy cuenta de que estaba dormida. Sus ojos están entrecerrados, el pelo revuelto y su expresión medio confusa. No tarda mucho en darse cuenta de que soy yo, pero tampoco parece sorprendida. Es como si, de algún modo, supiera que vendría.

—¿Estás sola? —le pregunto, con la voz apenas contenida.

—Sí —responde, tranquila.

Y antes de que pueda decir algo más, me lanzo a sus labios, dejándome llevar por el deseo que he estado acumulando durante días. La beso con una urgencia que no sé de dónde viene, buscando algo que no entiendo del todo. Sus brazos se enredan en mi cintura, y por un momento, el mundo desaparece. No pienso, no siento más que su cuerpo bajo mis manos, el calor de su piel, el alivio momentáneo de saciar lo que he estado conteniendo.

Cuando finalmente las dos terminamos desnudas en la cama mientras nuestras respiraciones se calman, el silencio queda flotando entre nosotras. Virginia me mira con esa mezcla de curiosidad y paciencia que siempre tiene conmigo. Acaricia mi rostro, y su mirada me desnuda, como si pudiera ver más allá de lo que acabo de hacer.

—¿Qué ha pasado? —pregunta suavemente, aunque estoy segura de que ya tiene una idea.

Me siento a su lado en la cama, todavía jadeante, y no puedo contenerlo más. Las palabras salen de mí como una confesión que ha estado esperando su turno.

—Ana tiene dos hijos —le digo, con la voz rota—. Dos hijos, Virginia. Mientras yo... mientras yo sigo anclada en el mismo sitio, incapaz de avanzar.

Siento el peso de esas palabras caer sobre mí, como si hubiera estado cargando con ese sentimiento durante años. Ana ha seguido adelante. Ha hecho su vida, ha formado una familia. Y yo... sigo aquí, estancada, atrapada en un pasado que no me deja ir.

Virginia me observa en silencio, sin interrumpir. Sabe que necesito sacar todo esto. Después de un momento, me toma de la mano.

—Claudia... —su voz es suave, pero firme—. Donde único sigues anclada es en dejar que alguien entre en tu corazón. Mira lo que has conseguido. Has levantado un restaurante, has construido una vida por tu cuenta. No estás estancada, salvo en esa parte de ti que sigue cerrada.

Sus palabras son como un golpe suave, directo al pecho. Siempre he sabido que Virginia tiene esa claridad para ver lo que yo misma me niego a aceptar. Tiene razón, claro que la tiene. No es que no haya avanzado, no es que mi vida no haya seguido su curso. Es solo que, en el fondo, sigo dejando que una parte de mí se quede atrás, cerrada, incapaz de permitir que alguien ocupe ese espacio.

Me dejo caer sobre la cama, agotada por la intensidad de todo. Virginia se acomoda a mi lado, en silencio, y aunque no lo dice, sé que está ahí para recordarme que siempre tendré a

alguien dispuesto a estar conmigo, a pesar de mis miedos, a pesar de mis silencios.

Cierro los ojos, sintiendo el calor de su cuerpo cerca del mío, y por primera vez en mucho tiempo, me permito respirar.

Me siento en mi apartamento, las luces apagadas, y dejo que el silencio me envuelva. Pienso en Eduardo, en su rostro, en la sonrisa cínica que siempre llevaba como un escudo, y en cómo, de un solo golpe, destruyó todo lo que yo era. No puedo seguir esperando que el sistema haga lo que debe hacer. No es suficiente.

Necesito otro tipo de poder. No el que viene con un título o una toga, sino el poder que se obtiene entre sombras, en los márgenes, donde las verdades y las mentiras se entrelazan en un mismo susurro. El tipo de poder que se negocia en miradas cómplices, en favores ocultos, en secretos que no pueden salir a la luz.

Me levanto del sofá y camino hacia la ventana, mirando la ciudad que se extiende bajo mis pies. Madrid sigue igual que siempre, con su ritmo constante, ajena a las batallas internas que peleo cada día. Pero yo ya no soy la misma. Ya no soy solo Claudia, la abogada, la mujer que una vez soñó con justicia. Ahora soy alguien que está dispuesta a mancharse las manos, si eso significa alejar a ese hombre de mi vida.

La primera vez que Pilar me habló de este otro tipo de poder, me negué. No quería creer que el mundo funcionaba de esa manera. Pensaba que, si mantenía mis principios intactos, al final saldría victoriosa. Pero la realidad es mucho más cruel. He visto como hombres cómo él, juegan con vidas como la mía, y si quiero enfrentarlo, debo aprender a jugar su juego.

Mi teléfono vibra en la mesa, interrumpiendo mis pensamientos. Es un mensaje de Pilar.

—Nos vemos esta noche. Hay alguien que debes conocer.

Mi pulso se acelera. No me da más detalles, pero sé que ella está abriéndome una puerta, una que, una vez cruzada, no tendrá vuelta atrás.

Respiro hondo y cierro los ojos por un momento. Este es el punto de no retorno, lo sé. Pero también sé que no tengo otra opción. No si quiero ganar.

Horas más tarde, me encuentro sentada en la esquina de un bar discreto en el centro de la ciudad. Las luces son tenues, y el ambiente tiene esa vibra particular que me recuerda a Ámsterdam. Hay algo clandestino en el aire, una sensación de que aquí, entre estas paredes, las reglas son diferentes.

Pilar aparece como una sombra, siempre elegante, siempre en control. Se sienta frente a mí con una sonrisa, sabiendo que ya estoy lista para lo que viene. No me pregunta si he cambiado de opinión; lo sabe. Sabe que el encuentro con el señor Villar me ha cambiado.

—Esta noche conocerás a alguien que te puede ayudar —dice, mientras juguetea con su copa—. Alguien que sabe moverse en los círculos que necesitas. Información, favores, control... Todo lo que estás buscando. Pero debes estar dispuesta a pagar el precio.

La miro a los ojos, esa mirada calculadora que siempre me ha desconcertado y fascinado al mismo tiempo.

—Estoy dispuesta.

—Lo sé —Pilar sonríe de nuevo satisfecha.

Y así, mientras esperamos, siento que una nueva Claudia está tomando forma, una que ha dejado de temerle a lo desconocido. Porque en el fondo, ya no se trata de solo obtener información de él. Se trata de tomar el control de mi propia vida, de asegurarme de que nunca más alguien pueda arrebatármelo.

Cuando el contacto de Pilar entra al bar, mi corazón late con fuerza, pero no por miedo.

Esta vez, es por la emoción de lo que está por venir. El poder que estoy buscando, el que voy a reclamar, está más cerca que nunca. Y esta vez, no voy a detenerme.

He cruzado la línea. Y no pienso dar marcha atrás.

Pilar me hace una señal con la cabeza, indicándome que este es el contacto del que me había hablado. Lo observo acercarse a nuestra mesa, y en cuanto se sienta, siento cómo la dinámica cambia. Su mirada recorre el lugar, evaluando el entorno, antes de detenerse en mí.

—Claudia —dice Pilar, con su tono habitual de control—, te presento a Vladímir. Él sabe cómo funcionan las cosas en este mundo, y si vas a entrar, tendrás que aprender rápido.

Vladímir no dice nada al principio. Simplemente, me observa con una mirada que parece leerme, como si pudiera ver a través de mí, entendiendo exactamente por qué estoy aquí.

—Pilar me ha hablado de ti —dice finalmente—. Me ha dicho que buscas algo... diferente. Un poder que no viene con títulos ni con leyes.

No respondo de inmediato. Solo lo miro, dejándole ver que no soy ingenua. Ya no.

—Busco información. Quiero saber cómo funcionan las cosas realmente, cómo moverme en los círculos que necesito. Y estoy dispuesta a hacer lo necesario.

Vladímir asiente lentamente, como si estuviera evaluando mi respuesta.

—Información es poder, pero no es gratis, y las consecuencias de tenerla no siempre son lo que esperas. Estás entrando en un juego peligroso, Claudia. Las personas que juegan aquí no tienen reglas, y si te equivocas, no habrá segundas oportunidades —me advierte.

Lo sé. Lo he sabido desde el momento en que decidí cambiar mi enfoque. Ya no soy la abogada que pensaba que podía cambiar el mundo desde el tribunal. Ahora soy alguien que ha visto lo que realmente mueve a las personas, lo que las corrompe, lo que las impulsa a destruir o salvar. Estoy dispuesta a conseguir esa información, cueste lo que me cueste.

—Estoy lista —digo manteniendo la mirada fija en la suya.

Vladímir sonríe levemente, y por un segundo, veo algo más humano en su expresión. Pero desaparece tan rápido como apareció.

—Bien. Entonces empezaremos con algo sencillo. Hay una red de personas que controla la información más importante en esta ciudad. Políticos, empresarios, jueces... todos ellos dependen de lo que yo sé. Si quieres esa información, a cambio tienes que hacer un favor.

—¿Qué necesitas de mí? —pregunto, dispuesta a escuchar lo que venga.

Vladímir intercambia una mirada rápida con Pilar antes de volver a dirigirse a mí.

—Una de esas personas, alguien con mucho poder, ha estado actuando de forma errática. Está cometiendo errores, y si no se controla, podría poner en peligro a mucha gente. Tendrá una reunión en tu local.

Él, al ver mi expresión de sorpresa al saber que soy propietaria de un restaurante, sonríe.

—Sé muchas cosas de ti y no porqué me las hayas dicho, Pilar —afirma sintiendo que tiene todo el poder sobre mí—. Necesito tener acceso después de esa reunión a las cámaras de seguridad, saber con quién se mueve, escuchar sus conversaciones.

—No tengo micros y las cámaras están limitadas a la entrada y a la barra.

—Tienes que informarme de quién se sienta con él en el reservado. Lo miraremos por las cámaras de la entrada. Después mi equipo colocará...

—¿Equipo? —pregunto nerviosa.

Pilar coloca una mano sobre la mía para tranquilizarme. En este momento creo que me estoy metiendo en algo que escapa a mi control.

—Sí, ¿no creerás que me muevo solo?

Niego con la cabeza, sin saber muy bien lo que pensar, todo me está abrumando demasiado, pero ya estoy aquí con este hombre sentado frente a mí y pidiéndome un favor, para así yo poder conseguir lo que necesito.

—Lo haré —respondo sin dejar que termine de hablar.

Pilar me observa con una mezcla de admiración y precaución. Sabe que este es un paso que no tiene retorno, y aunque me ha guiado hasta aquí, el resto dependerá de mí.

Vladimir se levanta de la mesa, dándome una última mirada.

—Estaré en contacto. Recuerda, Claudia, este es un juego de sombras. Y en las sombras, la verdad no siempre es lo que parece.

Cuando se va, el silencio en el bar se siente más pesado. Me quedo allí, procesando lo que acaba de suceder. Pilar se inclina hacia mí, su voz baja pero firme.

—Estás dentro ahora. No hay vuelta atrás.

Lo sé. Pero algo en mí se ha encendido, algo que no sabía que existía. La sensación de tener el control, de estar un paso más cerca de lo que quiero. De lo que necesito.

—Estoy lista para lo que venga —le digo, y sé que lo digo en serio. Pero por primera vez en mucho tiempo, siento que el poder está al alcance de mi mano. Y esta vez, no voy a dejar que nadie me lo arrebatte.

Capítulo 43

Llego a casa con la sensación de que a partir de ahora todo va a cambiar, siento miedo, mucho, pero sé que tengo que cortar con las amenazas de ese hombre. No sé si aceptar el trato de Vladímir me convierte en alguien sin escrúpulos. Pongo en juego el restaurante y la seguridad de este al dejar acceder a esos hombres, pero solo será una vez y cuando consiga lo que necesite todo terminará. Quiero tener agarrado por los huevos a Eduardo Villar y que el miedo que yo siento cambie de lugar.

Como le prometí a Vladímir dejé pasar una noche antes de la reunión a su equipo, ya teníamos toda la información del reservado que tendrían, simplemente yo me limite a dejarles entrar de madrugada y ellos se encargaron de todo. Una vez pasó la reunión, hicieron exactamente lo mismo, regresaron, recogieron y mi parte estaba lista, solo quedaba que ese hombre me ofreciera lo que yo deseaba de Eduardo Villar.

Ahora estoy en mi despacho dando vueltas, Pilar, en cambio, está tranquila, sentada en el sofá mientras me mira fijamente.

—Necesitas estar tranquila, hoy vas a tener lo que quieres.

—No estoy segura de que esto sea lo correcto, Pilar.

—Claudia, si no paras a ese hombre te destruirá.

—No quiero ser como él —aseguro—. No soy como ese ser —insisto.

La rabia hace que mis ojos se llenen de lágrimas, e intento contenerlas hasta que siento el abrazo de Pilar por detrás y un suave beso en mi hombro hace que rompa a llorar. La rabia me consume, en momentos como este maldigo el día que me vine a vivir con mi tía.

Tocan en la puerta haciendo que me recomponga, es Pilar quien la abre mientras yo le doy la espalda y limpio mis ojos.

—Bienvenido —escucho decir a Pilar.

—Un placer volver a saludarla.

Respiro profundamente me miro la chaqueta y tras serenarme me giro y finjo la mejor de mis sonrisas.

—Buenas noches, Vladímir —digo alzando mi mano para estrechar la suya.

—Buenas noches, señorita Rojas.

—Tome asiento, por favor.

Él hace lo que le pido y a su lado se sienta Pilar, yo hago lo mismo detrás del escritorio, apoyo los codos y miro fijamente al señor que acaba de entrar.

—No estamos aquí para perder el tiempo —comenta poniendo la carpeta encima de la mesa y deslizándola hasta mí.

La abro y él comienza a hablar.

—Esa es toda la información que hemos conseguido de Eduardo Villar, si quiere puede destruirlo con llevar solo una parte de eso al juzgado o filtrarlo.

—No quiero eso —digo sin dejar de mirar los papeles.

Alzo la vista al ver silencio y cuando lo hago veo que el hombre está confuso.

—Solo quiero decirle que tengo esto y que puedo destruirlo cuando quiera.

—Con hombres como él, con eso no basta.

—No soy como ese ser.

—Señorita Rojas, si me permite, ese hombre es un monstruo o lo para o acabará con usted.

—No soy como él —insisto.

Vladímir se recuesta en la silla y suspira, mientras Pilar mira resignada la escena.

—Yo he cumplido mi parte del trato, ahora lo que haga usted con la información es cosa suya.

—Muchas gracias —digo poniéndome de pie.

—Es un error lo que quiere hacer —insiste Vladímir.

—No vas a convencerla —asegura Pilar.

El hombre se pone de pie y después de despedirse se dirige hacia la salida, Pilar va detrás de él, le abre la puerta y antes de salir se gira.

—Ya que no vas a usar la información para denunciarlo, debes saber que él le teme a alguien —dice y cierra los ojos negando—. Su nombre es Valeria Montenegro.

—¿Una mujer? —pregunto sorprendida mientras apunto su nombre.

—Sí, hay algo que tienes que aprender, un hombre siempre es más corruptible que una mujer, ellas son astutas, inteligentes y si se proponen algo lo cumplen.

—Bueno, yo no soy así.

—Eso cree usted. No la diferencia nada de ella. Esa mujer puede destruirlo y él lo sabe, al igual que usted ahora mismo, y está haciendo la misma jugada que ella. Los hombres somos más impulsivos, nos dejamos sobornar rápido, ustedes son como decirlo.

—Meticulosas —afirma Pilar.

—Exacto, se toman su tiempo, les gusta sentir el poder, y es lo que usted tiene ahora, señorita Rojas, el poder contra ese hombre. Solo dígame ese nombre y la dejaré tranquila, se lo aseguro.

—¿Ese nombre está en el expediente?

—No, pero sí que conseguí información por esa mujer y me dijo que usted no la utilizaría, y que si eso pasaba le diera su nombre. Que si es inteligente según lea el expediente, se imaginará quién es o al menos por qué él la teme.

—Muchas gracias —me despido tomando asiento y mirando los papeles.

Tras despedirse de Pilar, esta toma asiento de nuevo frente a mí, noto su mirada inquisidora y alzo la vista.

—¿Qué?

—¿Estás segura de no utilizar la información?

—Sí, siendo realista quien te dice que no tiene a los jueces comprados, serán años de juicios, abogados, gastos que quizá no lleguen a conseguir absolutamente nada. Quiero que me tenga miedo y que sepa que lo puedo destruir cuando quiera.

—Pero si es como dices, no temerá a la justicia.

—Correcto, pero ¿y la opinión pública? Inversionistas, bancos, ... Ahora tengo ese nombre, haré que me tema como lo hace con ella.

—No creo que sea tan fácil —asegura.

—Lo sé, pero te aseguro que me dejaré tranquila.

—¿No tienes curiosidad por quién es esa mujer? —pregunta Pilar.

—La realidad es que sí, pero algo me dice que cuanto menos sepa de ella, mejor.

Sigo ojeando los papeles y en ellos confirmo que en España ese hombre tiene a gran parte de la justicia comprada. Tiene tanto poder que ha hecho lo que le ha dado la gana. Edificar donde no se puede, comprar terrenos y luego que sean recalificados. Sigo leyendo hasta que

doy con algo que viene desde Rusia y Polonia, aunque no hay mucha información, me temo que sea trata de blancas y suelto el expediente con asco.

—¿Qué pasa?

—Creo que sé por qué Valeria Montenegro puede destruirlo. Ese cabrón utilizaba camiones con carga de fruta y verduras para traer a mujeres.

—¿Lo dice ahí?

—No, pero se deja intuir. Tengo esa corazonada.

—Tienes que jugar bien tus cartas, Claudia.

—Lo sé.

Pilar se recuesta en la silla y suspira, yo apoyo los codos en la mesa y la miro fijamente.

—Haz que vuelva al local —le pido.

—Ni de broma.

—Hazlo, Pilar. Necesito que vuelva y poder amenazarlo.

—Ese hombre...

—Por favor —suplico.

—Está bien —resopla—, pero si veo que ese hombre se pone a amenazarte, lo sacaré de aquí a patadas.

—Lo hará, no tengo dudas, lo que necesito saber después es si me teme.

—¿Cómo vas a saber eso?

—Hay alguien que tiene al lado que me dará esa información —aseguro sonriendo.

Mi socia me mira extrañada y yo giro los papeles y señaló un nombre.

—¿Quién es?

—Su chofer. Jamás imaginé que el hombre que una vez me delató hoy sería mi confidente.

—¿Crees que colaborará?

—Lo hará, por la cantidad de dinero suficiente me dará la información que necesites. Yo solo quiero saber si realmente él me teme después de yo advertirle.

—¿Te he dicho que me encanta tu cabeza?

—No lo suficiente —aseguro sonriendo.

La realidad es que estoy muerta de miedo, pero tengo que hacerlo y estar preparada para sus amenazas.

Capítulo 44

Eduardo Villar llega puntual, como siempre. Puntualidad, poder, control. Todo en él habla de una autoridad incuestionable, de un hombre acostumbrado a manejar a los demás como piezas en un tablero. Pero hoy no. Hoy, yo soy la que tiene la ventaja, aunque aún no sé a qué precio.

Me siento detrás de mi escritorio, en mi despacho, mi terreno. Es un espacio amplio, escucho el ajetreo del restaurante, como si quisiera recordarme que ahí afuera hay una vida que sigue. Pero aquí, en este cuarto, todo se detiene.

El sonido de unos nudillos en la puerta hace que me ponga en alerta. Pilar abre la puerta y hace que él acceda. El aire se espesa cuando Eduardo entra; su presencia opaca cualquier sensación de calma que el espacio pueda ofrecer.

No lo invito a sentarse, y él no lo pide. El silencio se instala entre nosotros como una tercera entidad, invisible, pero palpable. Su mirada fría, sus ojos oscuros, examinan cada detalle de mi expresión, buscando una grieta. Pero no la encontrará, no aún.

—¿Qué quieres, Claudia? —su tono es casi indiferente, pero lo conozco lo suficiente para saber que está jugando. La falsa calma. La prepotencia.

Tomo un respiro, calmando el ritmo de mi corazón. He pasado días preparando este momento.

—Quiero darte una advertencia, Eduardo —digo, sosteniendo su mirada—. He conseguido información sobre ti. Información que podría destruirte, si así lo decido.

El cambio en su expresión es mínimo, pero lo noto. Un leve ajuste en su mandíbula, un brillo en sus ojos que lo delata. Lo que siente no es miedo, es molestia. Él no cree que sea capaz de amenazarlo. No cree que alguien como yo pueda plantarse frente a él y torcerle el brazo.

—¿Es eso una amenaza? —pregunta, con una leve sonrisa.

Lo ignoro y continúo.

—Solo quiero que sepas que, con lo que tengo, puedo desmoronar todo lo que has construido. Está todo en esa carpeta —digo, desplazándola por la mesa.

El señor Villar ojea por encima los papeles y, tras unos minutos, quizá algo menos, me mira fijamente. La tensión en el ambiente sube, pero él se mantiene firme, su arrogancia inquebrantable.

—Tú no sabes con quién estás jugando, Claudia —dice con una voz baja, como una serpiente que se desliza por el suelo. Se inclina ligeramente hacia mí, sus palabras más duras, más precisas—. Si crees que tienes poder, estás equivocada. Puedo destruirte. A ti, y a todo lo que has conseguido. Te lo advierto una vez: no sigas por este camino.

Por un instante, mi pecho se aprieta. La amenaza es real, lo sé. Eduardo Villar tiene los medios y la influencia. Todo lo que he construido con tanto esfuerzo, todo lo que soy, podría desmoronarse si él quisiera. Pero no he llegado hasta aquí para retroceder. No me permito dudar.

Es entonces cuando juego mi última carta.

—Valeria Montenegro —digo, y las palabras salen de mi boca como un disparo.

Lo veo. El impacto. El rostro de Eduardo se vuelve de un blanco enfermizo, sus ojos se

abren más de lo normal. El nombre lo ha sacudido de su pedestal de seguridad, y eso me da fuerzas.

—¿Qué... qué sabes de Valeria? —su voz tiembla, apenas perceptible, pero suficiente para que yo lo note.

Siento un breve destello de poder en mis venas, pero no me permito saborearlo. No sé lo suficiente, solo lo justo para que ese nombre me dé una ventaja. Pero lo que sé, lo que intuyo, es suficiente para que él retroceda.

—Lo suficiente —repito, con la mayor firmeza que puedo reunir.

Él tarda unos segundos en recuperar la compostura. Su pálido semblante se endurece de nuevo, como si intentara reconstruir la máscara que había perdido por un momento. Golpea la mesa y aprieta la mandíbula acercándose a mí.

—Estás jugando con fuego —me advierte con tono grave—. Y si sigues, te quemarás.

—Tal vez —respondo con un susurro—, pero no seré la única. Si yo caigo, tú caes conmigo.

Nos quedamos así, mirándonos fijamente, midiendo quién cederá primero. Finalmente, Eduardo se da la vuelta. No dice nada más. Sus pasos son firmes mientras sale del despacho, dejando tras de sí una sensación de peligro latente, pero también de alivio.

Cuando la puerta se cierra, me dejo caer en el respaldo de mi silla. Las manos me tiemblan. ¿Lo habré hecho bien? ¿O acabo de condenarme? El silencio en la habitación parece aún más denso sin él aquí, pero respiro hondo, intentando calmar el vértigo que me recorre el cuerpo.

Pilar entra como un huracán y me asusta, ya que por un instante pensé que podría ser él con otras intenciones.

—¿Qué ha pasado? —pregunta nerviosa.

—Le he dicho qué tengo.

—Ha salido de aquí demasiado rápido, pensaba que algo iba mal.

Apoyo mis codos en el escritorio y coloco mi rostro entre mis manos. No sé lo que pasará a partir de ahora, pero en este instante la incertidumbre se instala en mi pecho. Tengo que mantener la calma porque no sabré nada hasta mañana.

El sol ha salido tímidamente, cuando Antonio me espera junto al coche. Es un hombre discreto, siempre lo ha sido. Le hago un gesto y me acerco a él, intentando leer su expresión, pero su rostro es tan impenetrable como siempre.

—Todo ha salido bien, señora —me dice finalmente, con su tono calmado, como si solo hablara del tiempo.

No puedo evitar sentir una ola de alivio. Por primera vez en mucho tiempo, Eduardo Villar ya no tiene poder sobre mí.

—Gracias, Antonio —respondo, y sus ojos asienten en un gesto cómplice.

Le hago entrega del sobre en el cual hay el dinero acordado por la información y se despide, para subirse al vehículo.

Mientras el coche arranca, siento que finalmente puedo respirar de nuevo. He ganado, aunque no sin cicatrices. Pero ahora puedo seguir adelante, sin el peso de Eduardo Villar acechando mis pasos.

El miedo que antes me atenazaba ha perdido su fuerza, y yo, por fin, puedo avanzar sin mirar atrás.

Saco el móvil del bolsillo y busco el número de Virginia en la agenda.

—¿Ya has hablado con Antonio?

—Sí.

—Ven a casa, no tengo trabajo por la mañana.

Tras colgar, camino por las calles de Madrid en silencio, aunque el bullicio de la actividad invade toda la ciudad. Es como si no descansara, como si allí todo siempre está en movimiento.

—Cuenta —exige nada más abrir la puerta.

Le relato lo poco que hablé con Antonio y cómo ha funcionado mi amenaza.

—Tengo el poder —aseguro con una sonrisa.

—Yo de hombres como él no me fiaría.

—No me hará nada.

—¿Y Ana? —pregunta.

Suspiro y cierro los ojos con fuerza.

—Ana es la mujer que él quería que fuese, a ella no le pasará nada. Ella es inteligente, y sabe que hay que complacer a su padre.

—Si ese hombre iba a ir a por ti, sabes perfectamente que debe tener relación con Ana.

—No digas nada más, Virginia. Ella es mi pasado, no quiero saber nada, solo quiero vivir mi vida y no tener en la nuca la respiración de ese señor.

Mi amiga asiente y en ese instante se termina cualquier conversación sobre la familia Villar, solo me queda informar a Pilar y todo quedará en pasado, uno que no quiero volver a recordar, porque duele demasiado.

Capítulo 45

Enero de 2020

El tiempo ha pasado tan rápido que no he sido consciente, hasta este instante sentada en mi despacho frente a mi amiga, Virginia, esa mujer que me ha acompañado siempre en todo, que no me juzga y que cuando la necesito siempre está ahí. Ya tenemos cuarenta y dos años, el tiempo ha pasado volando.

De Eduardo Villar no supe nada más, mi vida ha sido tranquila, ajena a ese señor. Con Vladímir he seguido teniendo contacto a través siempre de Pilar, muchas veces utiliza mis instalaciones, pero con las condiciones de nada de micros, cámaras o alguna otra cosa que ponga en riesgo la reputación al local.

Pilar con el paso de los años su salud se ha ido debilitando, ya no la dejo estar tanto tiempo en el restaurante, ella se queja, pero siempre cede. Tiene una chica que la atiende y yo voy a visitarla siempre que puedo. Esa señora me ha convertido en la mujer que soy ahora, aunque ella dice que solo me dio su apoyo, pero la realidad es que ella me ha ayudado a salir de ese pozo que me había metido por la pérdida de Ana.

Ana es la mujer que trastocó mi vida y desapareció. De ella conseguí información después de que Eduardo me dijo que era madre de dos niños. Así que con la ayuda de Vladímir conseguí saber que eso era realidad, que tenía una niña y un niño, Carlota y Alejandro. Mi investigador quería darme más información, pero yo me negué, lo único que quería confirmar es que ella me había olvidado y había hecho su vida al lado de Alejandro Mir.

Me recuesto en la silla y miro a mi amiga y esta me sonríe.

—Qué rápido ha pasado el tiempo —aseguro.

—¿Estás nostálgica hoy? —pregunta entrecerrando los ojos.

—No, es solo que a veces tenemos que pararnos y mirar lo que hemos conseguido.

—Estabilidad, eso lo tenemos.

—Economía —aseguro sonriendo.

—Ya, lo emocional, las dos las llevamos mal.

—La realidad es que yo no he encontrado a nadie —afirmo.

—Claudia, no mientas. Tú no has dejado que nadie entre en tu corazón. Yo sí que lo he intentado, pero lo que he encontrado es siempre lo mismo, alguien que solo quiere poseerme, yo no quiero eso, quiero encontrar una compañera de juego.

—Alguna has encontrado y la has dejado.

—No quiero una relación abierta, y es en lo que terminaban esas relaciones, quiero a alguien con la que jugar en algunos momentos.

—Sé lo que buscas. Ella existe, solo que no la has encontrado.

—Yo lo dudo —responde suspirando.

—Aparecerá —afirmo.

—¿Y si no?

—Pues disfrutaremos del proceso como hemos hecho hasta ahora. A mí no me hace falta nada, tengo sexo con quien quiero, cuando quiero y sin que nadie me reclame.

—Yo necesito algo más, Claudia. Me gustaría enamorarme de alguien como tú lo hiciste

una vez.

Muerdo mis labios y suspiro al recordarla.

—Eso fue amor de juventud.

—Ya —dice mirándome fijamente.

—La realidad es que no sé si he podido olvidarla, en cada mujer con la que estoy siempre busco que sea como ella y ese es el error. No hay nadie como Ana. Ella simplemente es única y es una putada, siempre estar comparando, porque una vez tuve todo lo que necesitaba y se me fue, me la arrancaron de las manos.

Tengo que pararme porque la voz se me quiebra al recordar esos años. Me duele todavía y no creo que deje nunca de hacerlo.

—Vamos a tomarnos algo abajo e invítame a comer que tengo hambre —dice poniéndose de pie y tirando de mí para que yo haga lo mismo.

—¿Vas a pagar en algún momento la comida de aquí?

—Es que conozco a la dueña y le suelo pagar con sexo en lugar de dinero —afirma guiñándome el ojo.

—Pues después quiero cobrar.

Virginia se gira y me mira fijamente.

—¿Quieres que te lo pague en el despacho o en otro lugar?

—En tu casa estaría bien.

—¡Perfecto!

Una vez abajo accedemos al restaurante y nos damos cuenta de que está lleno, busco a Lorena con la mirada y la veo en la barra y nos acercamos.

—Esto está a tope, jefa.

—Ya veo. Virginia y yo queremos cenar, ¿dónde podemos hacerlo?

—Hay una de las salas libre, pueden ir allí.

—Vale.

—Podríamos empezar a jugar desde esa sala —susurra Virginia pegándose a mi espalda.

Antes de poder girarme, Lorena me detiene sujetando mi brazo. La contraté hace un año, me recordó tanto a mí, sola, en una ciudad e intentando buscarse la vida, que decidí hacer lo que Pilar hizo una vez conmigo y protegerla. Le di trabajo y un buen sueldo para que pudiera alquilar algo y estudiar por las mañanas.

—¿Qué pasa? —pregunto entrecerrando los ojos.

—He conocido a una chica, bueno un grupo de chicas y quería acceder después con ellas a esa sala.

Sonrío al escucharla, Lorena tiene las mismas inquietudes que cualquiera de nosotras, descubrir el sexo sin ataduras.

—Vale, pero será cuando terminemos nosotras.

—De acuerdo —dice asintiendo.

—Podrías traerme una cerveza —escucho detrás de mí.

Siento el agarre de Virginia en mi brazo y no lo entiendo hasta que me doy la vuelta, y veo a la chica que acaba de hablar. Es igual a ella, la muchacha me sonríe y un sudor frío me recorre todo el cuerpo, mi pasado ha vuelto y ni siquiera sé qué hacer.

—De ella es de la que te hablaba —confirma Lorena.

—Hola, mi nombre es Carlota, ¿imagino que usted es la dueña de esto?

No soy capaz de hablar y a mi lado está Virginia que no suelta su agarre a mi brazo. Esa chica se acerca y me da dos besos.

Cierro los ojos con fuerza y me aparto. Mi amiga me sigue y termino apoyando el culo en uno de los taburetes que están en la barra.

—Es igual que ella —comenta Virginia, mirando fijamente hacia Carlota.

—Lo sé, ha sido como volver a julio de mil novecientos noventa y seis.

La chica se acerca a dónde estamos nosotras y ni siquiera sé qué debo hacer para sacarla del restaurante.

—Me han dicho que puedo pasar a las salas que hay detrás.

—No vas a pasar a ningún lado —logro decir.

—¿Por qué, Claudia?

—¿Sabes quién soy? —pregunto desconcertada.

—Lo sé, y no entiendo cómo mi madre no hizo nada para estar contigo.

—¿Te lo ha contado ella?

Carlota niega con la cabeza.

—Eres... Tu físico y el de ella... —logro decir.

—Lo sé, nos parecemos mucho, ya me lo han dicho más de una vez —asegura.

—Necesito que te vayas.

—¿Por qué? Quiero saber —exige.

Cierro los ojos y una lágrima traicionera se escapa. No sé cómo enfrentarme a esto.

—Es lo que pasó lo que me atormenta, Carlota. La perdí, su recuerdo ya lo tenía casi olvidado, hasta que te he visto —digo ya sin poder contener las lágrimas.

Carlota traga saliva y yo agarro a Virginia para salir de allí.

—Espera —me pide sujetando mi brazo.

—¡Ya basta! —grita Virginia.

—¿Por qué dejaste que se fuera? —pregunta Carlota, enfadada.

Resoplo y pongo mis manos en la cara.

—Me la quitaron, Carlota. Tu madre decidió que era mejor guardar las apariencias. No soy yo quien deba darte explicaciones sobre esto, si lo has descubierto, imagino que es porque ella te ha contado algo.

—La realidad es que fue por unas cartas que encontré en la habitación que era de mi madre, en casa de mis abuelos. Lloré mucho al leerlas, y te culpé a ti, por hacer que fuese tan infeliz.

—¿Crees que yo soy feliz?

—Mira lo que has conseguido —dice abriéndose de brazos—. Aceptaste el chantaje de mi abuelo.

—¿Qué? —respondo confundida.

—Él te dio dinero para que dejaras a mi madre.

—Escúchame bien, mocosa. No hubiera dejado a Ana ni por todo el dinero del mundo, si tengo esto es porque yo he luchado para tenerlo, incluso con las amenazas de tu abuelo de destruirme. Ahora lárgate de mí local.

—Eres una cobarde —escupe.

—Sácala de aquí —digo dirigiéndome a Lorena.

Carlota agacha la cabeza y se va de allí. Yo siento que no merezco esos reproches, pero algo dentro de mí me culpa por no volver a buscarla, por no luchar por ese amor, por rendirme demasiado pronto. Siento una rabia interior y me voy donde está Carlota recogiendo las cosas.

—No soy una cobarde, esperé a tu madre, hasta que supe que era feliz al lado de su

marido, que tenía dos hijos y la carrera profesional que quería.

—Y tú, Claudia. ¿Tienes lo que querías?

—Tengo lo que quiero.

—Menos a mi madre —afirma sería.

Carlota se acerca y pega su boca a mi oído.

—Yo sí que seré jueza, porque quiero cumplir mis promesas. Este es su número de teléfono por si en algún momento dejas ser una cobarde —dice estampando un papel en mi pecho.

Tras decir eso, se marcha. Me doy la vuelta, estrujo el papel en mi mano y huyo hasta llegar a los aseos del personal, cierro por dentro, coloco las manos en la encimera del lavabo y dejo salir todas esas lágrimas que he estado conteniendo por momentos.

Capítulo 46

Una vez más calmada, me dirijo a la sala donde he quedado en comer con mi amiga. Entro y me detengo un segundo al ver a Virginia sentada en el sillón, con las piernas cruzadas y el ceño ligeramente fruncido mientras mira su móvil. Al notar mi presencia, levanta la cabeza y me dedica esa sonrisa suya que, en cualquier otro momento, me haría sentir en paz. Hoy no es uno de esos días.

—Es como volver al pasado —digo sin preámbulos, sintiendo que la ansiedad me atenaza la garganta.

Virginia deja el móvil a un lado y me observa, con esa mezcla de paciencia y curiosidad que siempre me ha desarmado.

—Llevo años sin querer saber nada de Ana. Pensé que había cerrado ese capítulo, ¿sabes? Lo enterré tan profundo que me convencí de que nunca volvería a sentir esto. Pero ahora... ahora ha vuelto su hija. Y me reclama, como si yo tuviera la culpa de todo.

Me dejo caer en el sillón frente a ella, sintiendo el peso de las palabras en mis hombros. Virginia se inclina hacia adelante, sus ojos reflejan una empatía que me hace sentir desnuda.

—Claudia —dice suavemente—, a veces el pasado vuelve porque hay algo que no resolvimos. Quizá... no es solo su hija. Tal vez deberías buscarla. Hablar con ella, quitarte esa sensación que llevas desde hace tantos años y que no dejas que nadie entre en ti.

Sacudo la cabeza, casi con rabia.

—No. No puedo hacer eso. No después de tanto tiempo. No quiero remover nada. Verla sería doloroso, Virginia.

Ella se queda en silencio por un momento, sus ojos se detienen en mi mano, donde aprieto un pedazo de papel arrugado. Lo noto porque sus cejas se alzan levemente.

—¿Qué es eso que tienes en la mano?

Miro el papel, como si fuera un objeto extraño, algo que no debería estar ahí. El número de teléfono de Ana.

—Es su número —susurro—. El número de Ana.

Virginia no dice nada, solo se levanta del sillón y se sienta a mi lado. Coloca su mano sobre la mía, y ese simple gesto me reconforta, aunque sé que no me hará sentir mejor a largo plazo.

—¿Qué vas a hacer?

—No lo sé. Lo único que tengo claro es que no quiero volver a sufrir como ya lo hice.

—¿Crees que ahora no lo haces, Claudia? Mírate, creo que debes cerrar ese capítulo de tu pasado y avanzar.

—No puedo... No tendría la fuerza suficiente para no reprocharle todo lo que he pasado, que dejara que su padre manejara su vida a su antojo, me prometió algo que jamás cumplió.

—No estás siendo justa, Claudia. Sabes cómo es ese hombre, lo que tuviste que hacer para que te dejara tranquila, ¿crees que a ella no la habrá amenazado?

—Hubiera contactado conmigo y...

—¿Por qué no lo hiciste tú?

—No lo sé, vale...

Cierro los ojos con fuerza y me pinzo el puente de la nariz.

—Quizá tenía miedo de que me dijera que ya no sentía lo mismo, que ya era feliz al lado de ese hombre.

—El miedo siempre nos hace cobardes.

—Un día menos...

—¿Qué? —pregunta sin comprender.

—Eso me decía. Un día menos. Años han pasado.

Nos quedamos en silencio y, tras morder mis labios para contener las lágrimas, Virginia me abraza con fuerza. En ese instante vuelvo a llorar como lo hice en los baños, pero esta vez puedo aferrarme al cuerpo de mi amiga.

Pasamos el resto de la noche en el restaurante. Virginia es mi refugio en medio de la tormenta.

Ahora, mientras camino hacia mi casa, con el eco de sus palabras aun resonando en mi mente, me doy cuenta de que no he cambiado tanto como pensé. Quizá he aprendido a disfrazar las heridas, a enterrarlas bajo capas de éxito y distancia, pero no han desaparecido.

Al llegar a casa, me siento en el borde de la cama y saco el teléfono. El papel con su número está sobre la mesa de noche, mirándome, retándome. Dudo, miro el reloj. Es tarde, demasiado tarde, pero la verdad es que llevo veinte años esperando este momento.

Respiro hondo, mis dedos tiemblan mientras marco el número. La espera parece eterna, cada tono retumba en mis oídos como un latido ensordecedor. Y entonces, una voz responde. Esa voz que no había escuchado en tanto tiempo, pero que reconocería en cualquier parte.

—¿Quién es? —dice Ana, y mi corazón se detiene.

Cuelgo.

El pasado, ese que juré haber dejado atrás, acaba de irrumpir en mi vida de nuevo, con esas palabras.

Capítulo 47

Ana

Carlota entra en casa sin decir nada. Deja las llaves sobre la mesa del recibidor, pero el sonido metálico al caer me hace levantar la mirada. Está nerviosa. Lo noto en cómo aprieta los labios, en la forma en que evita mirarme a los ojos. No saluda y se sienta frente a mí, con una determinación que no me gusta. Algo en su postura me avisa de que está a punto de soltar una bomba, y yo... no sé si quiero escucharla.

—Mamá —empieza. Solo eso, pero ya es suficiente para que mi pecho se contraiga. Sé que viene algo—. He encontrado unas cartas.

El mundo a mi alrededor se congela. Intento disimular lo que me provocan sus palabras, pero no puedo evitar que mi mano tiemble un poco cuando dejo el libro que estaba leyendo sobre mis piernas. "Cartas". Esa palabra resuena como un eco, golpeándome por dentro.

Me esfuerzo por no dejar entrever nada de lo que está ocurriendo en mi interior, pero sé que mis ojos la delatan. Respiro hondo, tragando el nudo que empieza a formarse en mi garganta, y finjo ignorancia.

—¿Cartas? —pregunto, como si no supiera a qué se refiere. Como si no temiera ya la dirección que esta conversación está tomando.

Carlota me sostiene la mirada, pero no con la dulzura que espero de una hija. Hay algo más en sus ojos, algo que me pone alerta. Determinación, rabia, pero sobre todo curiosidad.

—Cartas que tú escribiste. Cartas que ella también te escribió.

"Claudia." Su nombre no sale de los labios de Carlota, pero lo siento, lo sé. Está ahí, flotando en el aire entre nosotras, trayendo consigo un aluvión de recuerdos que llevo años intentando olvidar.

—He estado indagando —continúa, y sus palabras caen sobre mí como una piedra. No puedo evitar tensarme—. Las encontré en una caja en tu habitación, estaba aburrida entre esas cuatro paredes y encontré una caja y la curiosidad me pudo. Las leí y quise saber más.

Me quedo en silencio, pero por dentro estoy gritando. Gritando que no siga, que no diga más. No puede haber ido tan lejos. No puede estar reviviendo algo que se quedó en el pasado, donde pertenece.

—Y la encontré.

Su voz suena suave, pero cada una de sus palabras me perfora como una aguja en la piel. Siento que la sangre se me hiela en las venas. No quiero preguntar, pero necesito hacerlo. Porque lo sé. Sé lo que va a decir.

—Fui a su restaurante, mamá. A los Álamos.

Cierro los ojos, apretando las manos sobre mi regazo, tratando de no dejar que el pánico tome el control. Carlota fue a buscarla. No puedo evitar imaginar la escena. Carlota entrando en el restaurante, mirándola, reconociéndola. Quiero gritar, quiero levantarme y pedirle que se calle, que me deje en paz con esto. Pero no puedo.

—La vi —susurra, y me obligo a mirarla de nuevo—. Mamá, no puedo describirlo. Me quedé impactada. ¿Por qué nunca me hablaste de ella?

Esa última pregunta me enciende. Me quema por dentro. ¿Cómo se atreve? ¿Cómo puede

venir aquí, después de todo este tiempo, y juzgarme de esa manera? Me levanto de golpe, sintiendo la rabia brotar por cada poro de mi piel.

—No tenías ningún derecho —escupo, mi voz es más dura de lo que pretendía. Noto que me tiembla el cuerpo, pero intento mantener la compostura—. No eres nadie para andar rebuscando entre mis cosas. ¡Nadie, Carlota!

Mi hija no retrocede. No se asusta. En lugar de eso, me sostiene la mirada con una fuerza que me recuerda a mí misma cuando tenía su edad. Lo detesto.

—¿Y hasta cuándo, mamá? —me lanza de vuelta, con una furia que parece haber guardado durante años—. ¿Hasta cuándo vas a seguir así? ¡Infeliz! No puedes esconderte toda la vida. No puedes ignorarlo más.

Mis ojos se abren como platos. Me falta el aire por un segundo, como si sus palabras me hubieran golpeado en el pecho. ¿Infeliz? ¿Es eso lo que piensa?

—No tienes ni idea de lo que hablas, Carlota —respondo, tratando de que mi voz no tiemble, pero es inútil. Está a punto de romperse.

Ella da un paso hacia mí, sus ojos brillan con rabia y algo más. Compasión, tal vez. Pero no la quiero. No la necesito.

—Sí que lo sé —me replica—. Lo sé porque te veo, porque te conozco. Sé que no eres feliz —hace una pausa, como si sopesara cada palabra—. Papá es un cabrón, ¿o crees que no me he dado cuenta de cómo te trata? Ya no soy una niña, mamá. Ella es la razón. Esa mujer es la persona que siempre has amado.

Me duele escucharla. Sé que tiene razón. Pero no puedo dejar que lo vea. No puedo dejar que sepa cuánto duele, cuánto me cuesta cargar con todo esto. Quiero gritarle que se calle, que no hable de cosas que no entiende, pero mis labios no se mueven.

—Es demasiado tarde, Carlota —murmuro finalmente, sintiendo cómo la ira empieza a desvanecerse, dejando solo una amarga resignación—. Lo que pasó, pasó. No hay vuelta atrás.

Carlota sacude la cabeza, incrédula. No acepta mi respuesta. No quiere aceptarla.

—No es demasiado tarde, mamá. No lo es. Todavía puedes ser feliz. Todavía puedes...

—¡No! —grito, antes de que pueda terminar la frase. Mi voz resuena en la sala, rebotando contra las paredes. Estoy temblando, lo siento. Ya no puedo contenerlo más—. Ya no. Tu abuelo... él nunca lo permitiría.

Carlota retrocede un paso, como si mis palabras la hubieran golpeado de lleno. Y lo sé, lo sé porque lo veo en sus ojos. Me odia. En este momento, me odia por decir eso. Y la entiendo. Me odio a mí misma también.

—No puedes seguir usando al abuelo como excusa —dice, finalmente, su voz quebrada. Ya no está enfadada, solo triste—. No es por él. Es porque tienes miedo. Siempre has tenido miedo.

Su afirmación me atraviesa como una lanza. Porque, de nuevo, tiene razón. Miedo. Lo he tenido siempre. Miedo a amar, miedo a perder, miedo a enfrentar las consecuencias de lo que una vez significó tanto para mí. Y no quiero reconocerlo, no quiero darle la razón, pero no puedo evitar sentir cómo el peso de la verdad me aplasta.

—No entiendes... —murmuro—. Él amenazó con hacerle daño. Hay cosas que no sabes, prefiero seguir estando como hasta ahora y sabiendo que está bien a perderla definitivamente.

Carlota se acerca y me toma de las manos. Las suyas están frías, pero firmes.

—Mamá, no puedes seguir así. No quiero verte sufrir más.

No sé qué decir. No sé cómo explicarle que algunas heridas nunca cierran, que algunos amores son imposibles de revivir. Que ya no soy la misma persona que fui, y que Claudia es un fantasma al que nunca podré volver.

La abrazo porque necesito sentir que todavía puedo hacer algo bien, porque es lo único que puedo hacer en este momento para que el silencio no me devore.

Capítulo 48

Claudia

La pandemia salta de repente, sin previo aviso, como una explosión en la calma. Todo cambia de la noche a la mañana. Las noticias parecen irreales, distantes al principio, hasta que empiezan a llegar todas de golpe. Gente que enferma, gente que muere. Los hospitales llenos, las calles vacías, y yo atrapada en medio de todo este caos. Pero lo que nunca esperé fue la noticia de Pilar.

La llamada llega temprano, interrumpiendo un día que ya de por sí se siente extraño. "Lo siento mucho, Claudia, Pilar ha fallecido." Las palabras entran en mi cerebro como un puñetazo en el estómago. Es como si me hubieran arrojado un jarrón de agua fría, tan inesperado, tan doloroso. La muerte siempre lo es, pero en medio de este contexto... simplemente no parece real.

La lectura del testamento se hace por videoconferencia, estoy sentada frente al ordenador sin saber qué esperar, apenas procesando la realidad de su ausencia. Sentada en frente de la pantalla, lo escucho: Pilar me lo deja todo. "Claudia Rojas, es la heredera universal de todo" Me quedo en silencio, incapaz de procesar lo que acabo de escuchar. ¿Por qué a mí? ¿Por qué Pilar? No éramos cercanas en esos últimos años, aunque en el fondo sé que siempre hubo algo más allá de lo visible entre nosotras. Siempre fue mi protectora, no podría decir que, como una madre al principio, pero sí que lo fue al final.

Ahora soy la única dueña del restaurante. No sé si sentirme agradecida o abrumada. La responsabilidad cae sobre mis hombros como una losa, más pesada aún en este tiempo incierto. El mundo está detenido, y yo, atrapada en este nuevo rol, apenas sé cómo moverme. También está la casa, ese refugio que Pilar me ha dejado, como si supiera que lo iba a necesitar.

Cojo mi móvil y con lágrimas en los ojos llamo a mi amiga.

—¿Estás bien? —pregunta nada más descolgar.

—No, Virginia, todo está mal —logro decir entre sollozos.

Ella se mantiene en silencio en la línea, pero puedo escuchar cómo el ruido de unas llaves tintinea, no soy capaz de decir nada, porque el llanto me lo impide. La llamada se corta y yo tiro el móvil al sofá, lo que no esperaba es que a los pocos minutos el timbre de mi casa sonara.

—Abre, Claudia —escucho decir a Virginia.

Cuando abro me lanzo a sus brazos y siento que por fin tengo a alguien que me sujete, que me dé apoyo en estas semanas de incertidumbre.

—Gracias —es lo único que logro expresar.

Más calmada le relato a mi amiga lo que ha pasado con el testamento e intenta tranquilizarme y asegurar que siempre lo he llevado todo yo. Que lo único que cambia es que en los papeles ya no va a aparecer el nombre de Pilar.

Paso el confinamiento sola. No hay clientes, no hay ruido, solo silencio. Y en ese silencio, me veo obligada a mirar hacia atrás, a enfrentarme a todo lo que he construido, a todo lo que he sacrificado. Es curioso cómo la soledad te obliga a replantearte las cosas. He

hablado de esto con Virginia más de una vez, aunque nunca llegué a profundizar del todo. Pero aquí, entre estas cuatro paredes, no puedo evitarlo. No hay distracciones, no hay excusas. Solo estoy yo, mis pensamientos, y el vacío que ha dejado Pilar.

El restaurante está cerrado, y lo único que puedo hacer es observar cómo se acumulan las facturas, cómo el tiempo se desvanece. No puedo abrir, no puedo hacer nada. Y mientras el mundo se derrumba, yo también me hundo un poco cada día. Es entonces cuando empiezo a pensar en todo lo que he conseguido. He sido dueña de mi vida, he tomado decisiones difíciles, y ahora, más que nunca, siento el peso de esas decisiones. Pero hay algo que siempre he evitado, algo que he enterrado bajo capas de orgullo y miedo: Ana.

La recuerdo más de lo que quisiera. Su risa, su piel, la manera en que me miraba. Durante años, he hecho todo lo posible por no pensar en ella. Pero ahora que el mundo parece detenerse, ella vuelve a aparecer en mi mente, como una herida que nunca terminó de sanar.

Una tarde, sentada en el sofá, mirando sin ver el techo de mi apartamento, me decido. Cierro los ojos, respiro hondo, y busco su número en mi móvil. Es un acto impulsivo, casi automático. Mis dedos se mueven antes de que pueda detenerme. Ahí está, su nombre, brillante en la pantalla. Ana.

Presiono el botón de llamada y siento cómo mi corazón se acelera. Escucho el tono, una vez, dos veces. Estoy a punto de colgar, porque, ¿qué le voy a decir? ¿Qué derecho tengo a irrumpir en su vida después de tantos años? Pero entonces, la escucho.

Su voz. Es suave, pero firme. Ana siempre fue así, fuerte, aunque intentara ocultarlo.

—¿Hola?

No puedo hablar. Me quedo en silencio, paralizada por el miedo, la vergüenza, el dolor. La garganta se me cierra, las palabras no salen. ¿Cómo podría explicarle lo que siento? ¿Cómo puedo decirle todo lo que no dije antes? Soy una cobarde. Siempre lo he sido. Y esta vez no es diferente. Cuelgo, es lo único que me atrevo a hacer.

Miro el móvil en mi mano, sintiendo la desesperación crecer en mi pecho. ¿Por qué soy así? ¿Por qué nunca puedo enfrentar lo que siento? Siempre hago lo mismo, me acerco, pero no hablo. No sé cómo hacerlo. No sé cómo ser valiente cuando se trata de ella.

Me dejo caer de nuevo en el sofá, las lágrimas amenazando con salir, pero las detengo. No quiero llorar. No quiero sentir. Pero, por supuesto, no puedo evitarlo. Ana siempre fue mi debilidad, mi espina clavada. Y ahora, más que nunca, me doy cuenta de que nunca la superé.

El confinamiento continúa, y yo sigo aquí, atrapada en mi propio laberinto de recuerdos y emociones. Pilar ya no está, el restaurante sigue cerrado, y Ana... Ana está al otro lado de una llamada que no pude completar. Me odio un poco más cada día por eso, pero no puedo cambiarlo.

Todo esto me hace darme cuenta de algo importante: he conseguido mucho en mi vida, pero he dejado atrás lo más esencial. Me he construido una fortaleza a mi alrededor, me he rodeado de éxito, pero en el fondo, sigo siendo la misma Claudia insegura que era hace veinte años. La misma Claudia que no sabe cómo dejar entrar a los demás, la que no sabe cómo amar sin miedo.

Y así, en medio de una pandemia que parece no tener fin, me doy cuenta de que tal vez es hora de cambiar. Tal vez, es hora de ser valiente.

Pero no hoy.

Capítulo 49

Ana

Las puertas automáticas del hospital se cierran tras de mí. La calle está vacía, más de lo normal. Las ambulancias van y vienen a todas horas, pero cuando me acerco a casa, el silencio pesa más que nunca. Camino rápido, sin detenerme en los escaparates ni en las pocas luces que aún permanecen encendidas. Me cuesta respirar, y no es por la mascarilla, es porque siento que me ahogo con la realidad. Los pasillos del hospital son interminables, llenos de camillas, de tubos, de máquinas que suenan sin cesar, y de miradas vacías. Pero aquí afuera... no hay consuelo, ni siquiera en mi propia casa.

Decidí marcharme de mi casa y alquilar un apartamento tras saltar la pandemia, iba a estar demasiado expuesta al virus y no podía permitir que a mi familia le pasase algo.

Cuando llego al edificio, me siento aliviada al encontrar la puerta del apartamento intacta, cerrada como la dejé. Abro con manos temblorosas, agotada, y entro en mi refugio que ya no se siente como tal. Solo quiero llorar, pero ni eso me permito a veces. Me dejo caer en el sofá, cierro los ojos por un momento, esperando que el cansancio me arrastre al sueño, pero en lugar de eso, aparece su rostro. Claudia.

¿Por qué ahora? ¿Por qué, en medio de este desastre, pienso en ella? Han pasado tantos años, y me pregunto cómo estará. ¿Estará bien? ¿Habrà alguien a su lado? ¿Habrè cometido un error al alejarme tanto? El hospital me consume, pero es en estos momentos de soledad en los que todo me golpea. No he visto a Claudia desde... ni sé cuántos años. Sé que tiene su vida, que ha seguido adelante, pero siempre me pregunto si alguna vez pensará en mí como yo en ella.

Los días pasan como un borrón. La gente sigue muriendo, y el hospital sigue desbordado. Mis manos ya no pueden hacer más. Cada turno se siente como una lucha interminable, y las caras de mis compañeros reflejan el mismo agotamiento que el mío. A veces me parece que todo esto no tiene fin.

Con el paso de los meses llega la calma, todo está más tranquilo. Pero para mí la vida es un vaivén de mi casa al hospital y viceversa, me refugio como tantas otras veces en mi profesión. No quiero pensar en ella, no puedo permitirme hacerlo.

Año 2022

El teléfono comienza a vibrar, enciendo la luz de la mesilla y veo que es mi madre, descuelgo y escucho su voz.

—Ha fallecido.

—¿Quién? —pregunto desconcertada.

—Tu padre —la voz de mi madre es fría, mecánica, ahora mismo es como un robot, sabe lo que tiene que decir, pero no muestra ningún sentimiento.

No sé cómo sentirme. No lo esperaba, pero tampoco me sorprende. Es como si una parte de mí lo hubiera estado esperando desde siempre.

—Tienes que venir —me pide.

—Lo sé, mamá. Necesito saber, ¿qué ha pasado?

—Un infarto fulminante, no se ha podido hacer nada por él.

La línea se queda en silencio, porque no soy capaz de decir nada más, siento alivio, por primera vez en mi vida, aunque suene feo decirlo, estoy en paz.

Tras colgar despierto a mis hijos y después voy a la habitación de Alejandro y, como era de esperar no está. Llevamos años cada uno haciendo nuestras vidas, no me he separado, porque soy incapaz de enfrentarme a mi padre. Ya una vez lo intenté y no salió bien.

Y ahí estoy yo, obligada a cumplir con un papel que no quiero. Vestirme de negro, fingir que siento algo más que alivio.

El día del entierro, el cielo está gris, pero no llueve. Es una de esas mañanas frías que calan los huesos. Me acerco al cementerio con paso firme, pero por dentro me siento vacía. No hay dolor, solo una sensación de alivio que me pesa en el pecho. Me coloco entre la gente, manteniendo la distancia física que la pandemia nos ha impuesto, pero también una distancia emocional que llevo años practicando.

Los murmullos a mi alrededor se mezclan con el viento entre los árboles, y de repente, la veo. Claudia. Está a lo lejos, bajo la sombra de un árbol, y junto a ella está Virginia. No puedo evitar que mi corazón se acelere al verla. ¿Qué hace aquí? La sorpresa me golpea, y antes de que pueda procesarlo, siento la presencia de Carlota a mi lado. Mi hija parece haberlo notado también, porque su mirada se fija en Claudia y después en mí.

—Ya no está el abuelo, puedes luchar por ella —dice Carlota en voz baja, casi como un susurro.

—Es demasiado tarde —respondo sin pensar, aunque mis palabras salen más amargas de lo que pretendía—. Claudia está con Virginia. Es la mujer que tiene a su lado. Fueron compañeras de clase.

Carlota me mira, confundida, como si no entendiera del todo lo que le estoy diciendo.

—Entonces, ¿por qué está aquí, mamá? —pregunta—. Si no es por ti, ¿por qué ha venido?

Quiero darle una respuesta, una que la tranquilice y cierre este incómodo tema de conversación, pero no puedo. La verdad se me escapa de entre los labios como un veneno que no puedo tragar.

—Porque mi padre era un cabrón —digo, sintiendo la rabia, agolpándose en mi garganta—. Y Claudia... estoy segura de que solo ha venido a asegurarse de que está muerto.

Claudia no ha venido a llorar, ni a dar el pésame. No hay amor, ni reconciliación posible en este lugar. La realidad es que su presencia aquí no tiene que ver conmigo, sino con él, con mi padre. Ese hombre odioso que la rechazó, que nos separó, que me alejó de ella. Claudia solo ha venido para confirmar que ya no queda nada de ese hombre.

A pesar de mi rabia, no puedo apartar los ojos de ella. Virginia dice algo en su oído, y Claudia asiente, pero no se mueve. ¿Me habrá visto? No lo sé. Me siento como una extraña en mi propio cuerpo, sin poder tomar una decisión, incapaz de acercarme o de alejarme. No sé si quiero que me vea o si prefiero que se marche para siempre.

—Mamá... —Carlota llama mi atención, pero yo sigo mirando hacia los árboles—. ¿Estás bien?

—No lo sé —le respondo, sincera por primera vez en mucho tiempo.

El entierro continúa, pero mi mente está lejos de aquí. Estoy de pie, entre familiares y conocidos, todos vestidos de negro, cumpliendo con el ritual de despedida de un hombre al que nunca pude llamar padre de verdad. Mi madre está a unos pasos de mí, mientras yo no siento nada más que vacío. Ni pena, ni dolor. Solo alivio.

Claudia sigue ahí, en la distancia, como un fantasma del pasado que nunca termina de desaparecer. A veces me pregunto si las decisiones que tomamos, esas que creemos definitivas, realmente lo son. Me alejé de ella por miedo, por culpa, por la presión de un padre que me controlaba, pero ahora que él está muerto, me pregunto si valió la pena. ¿Claudia siente lo mismo al verme? ¿Piensa en lo que pudo haber sido, en lo que nunca fue?

El viento frío me recuerda que este momento no es solo mío. Es de todos los que están aquí, de todos los que hemos cargado con el peso de una vida rota. Y mientras veo cómo bajan el ataúd de mi padre a la tumba, me doy cuenta de que, por primera vez en mucho tiempo, tengo una oportunidad de decidir por mí misma.

Capítulo 50

Claudia

—Ha muerto —es lo primero que me dice Virginia nada más entrar a mi despacho.

—¿Quién? —pregunto confundida.

—Eduardo Villar. Ese cabrón ya no está entre nosotros.

No sé cómo sentirme, por un momento pienso en mi tía e Isabel, ya pueden vivir en paz, esa que un día les quitó ese ser. Noto cómo mis ojos se llenan de lágrimas, pero no es dolor lo que siento, sino alegría, porque en la tierra ya no habita ese ser despreciable.

—¿Estás bien? —pregunta Virginia, apretando mi brazo.

—Sí, es solo que...

—Es alegría lo que sientes —afirma.

—Exacto, es un cúmulo de sensaciones que no sabría cómo explicar, pero es de todo menos tristeza, pena, o cualquier otro sentimiento hacia esa persona.

Metó mi cara entre mis manos y río a la vez que no cesan de salir lágrimas.

—Por fin pueden ser libres —susurro entre hipidos.

—Vosotras también.

—No creo que haya un nosotras, Virginia, ella ha tenido oportunidad de venir y no lo ha hecho.

—Tú también has podido acercarte, sobre todo cuando vino Carlota.

—La que está comprometida es ella, yo estoy libre.

—¿Y? —pregunta mirándome fijamente.

—Es ella la que tiene que venir.

Virginia suspira y se recuesta en la silla mientras me mira negando con la cabeza.

—No tengo ningún derecho de ir a buscarla.

—¿La quieres?

—No he dejado de amarla ni un jodido segundo de mi vida, simplemente lo he enterrado en lo más profundo de mi ser, pero está ahí, siempre está.

—El amor es una mierda —dice Virginia.

—El amor no debe doler, si duele no es amor. Esto que siento duele demasiado, por no tenerla, por no ser capaz de ir a buscarla, por no poder sentir con otras mujeres lo que una vez sentí por ella. He querido olvidarla y no puedo, no soy capaz de sacarla de mi corazón.

—Hay una frase que dice: no intentes sacarte de la cabeza lo que no sale del corazón. Siempre va a estar ahí.

Es una realidad lo que dice: puedes fingir que la has olvidado, que te ha hecho mucho daño y mil cosas más, pero la realidad es que cuando hay algo que te recuerda el pasado, su nombre está ahí, su recuerdo amenaza con volver y no puedes hacer nada.

—Necesito verla.

—¿Estás segura de eso, Claudia?

—Sí, quiero ver cómo está, necesito saber en lo que se ha convertido.

Virginia se inclina en la mesa y sujeta mis manos mirándome a los ojos que están rojos y alguna que otra lágrima sigue saliendo de ellos.

—Mañana será enterrado, podemos ir.

—¿Dónde?

—En la Almudena.

—Necesitamos la hora.

—Lo tengo todo, Claudia, sabes cómo es este mundo y lo poderoso que era Eduardo Villar.

—¿Quién se quedará con todo eso ahora?

—El hijo es quien lo sustituirá —afirma Virginia.

—Ese cabronazo.

—Quizá él...

—Que no se atreva, Virginia, porque a él sí que lo destruiré. Con su padre no lo hice porque no quería ser como ese señor, pero ahora es distinto, y no me temblará la mano para acabar con Ángel Villar.

La rabia me consume por dentro en pensar que eso puede pasar, pero no debo permitirlo. Me recuesto en la silla mientras miro a mi amiga.

—Mañana irás conmigo al cementerio.

—Te gusta dar órdenes —comenta riendo.

—Ya sabes cómo soy.

—Mañana iremos juntas —responde acariciando mi mano.

Estoy nerviosa, doy vueltas en mi casa esperando a que Virginia venga a recogerme. Hace frío, ya que estamos en otoño, pero mi cuerpo arde. El calor invade cada poro de mi piel.

Bajo las escaleras, con la chaqueta en la mano, y al abrir el portal, una ráfaga hace que me golpee de pronto y mi piel se eriza. Subo al coche de Virginia y, tras darle dos besos, pone rumbo al cementerio.

—Aún no me creo que haya fallecido —comento mirando por la ventanilla.

—Ahora lo vas a confirmar.

Asiento tras mirarla por un instante y volver a la posición en que estaba.

—La vas a ver ¿has pensado qué es lo que le vas a decir?

—No le diré nada, nos mantendremos al margen.

—¿Estará tu tía? —pregunta con curiosidad.

—No lo sé, pero no creo que permitan que vaya personal de servicio, sabes cómo era.

—Ya.

Nos bajamos del coche y accedemos al cementerio. Virginia sabe perfectamente en dónde se encuentran. Nos colocamos en la distancia, pero vemos perfectamente a la gente que hay alrededor. La veo, está hablando con su hija, no sé si sabe que la estoy mirando, hay demasiada distancia, pero he sentido lo mismo que la primera vez cuando intentó robarme las croquetas en la estación de autobús.

—¿La ves? —susurra mi amiga.

Asiento con la cabeza y sigo mirando en su dirección. Me encantaría ir y decirle que ya está, que todo ha acabado, pero no soy nadie para invadir su espacio y exigirle algo que quizá no quiera. Mi interior quiere ir hasta allí y darle un abrazo. Esconde sus ojos en unas gafas negras a pesar de que el día esté nublado y el frío se cala en los huesos. ¿Estará llorando? Esa pregunta se instala en mi interior, sé que yo lloré, pero fue como de deshacerme de ese lastre que llevaba años encima de mí. Ahora siento que la carga es más ligera, aunque no la tenga a ella, sé que ahora depende de nosotras.

—Nos vamos —digo, tras ver que la gente se va dispersando.

—Está ahí, Claudia. Habla con ella.

—No, ya te he dicho que esto no depende de mí.

—Mierda, Claudia, no puedes ser así de cabezota, son dos mujeres ya adultas: hablen.

Ignoro a mi amiga y camino para llegar al coche lo antes posible.

—Sabes lo cobarde que estás siendo, ¿verdad?

—Dame tiempo —pido.

—Es tu vida, Claudia. Tú decides lo que quieres en ella. Yo lucharía por la persona que amo.

Me quedo en silencio con el recuerdo de Ana en mi cabeza. Sigue siendo la misma, pero con los años está más guapa o es lo que he podido observar desde la distancia. Me muero de ganas por acariciarla, recorrer su cuerpo, besarla hasta cansarme, aunque creo que nunca lo haría, pero ahora no es el momento, no por ahora.

Capítulo 51

Claudia

Desde que he visto a Ana no dejo de pensar en ella. Sé que soy una cobarde por no intentar hablar con ella, pero no puedo, el miedo hace que me paralice, tengo terror al rechazo, ya sufrí una vez y no quiero volver a sentir eso. Prefiero un quizá que un jamás.

Me refugio en lo único que creo que se me da bien, seducir a cualquier mujer que esté dispuesta a tener una noche de sexo conmigo, me da igual todo, solo tengo un objetivo y voy a por ello. Como ahora que he visto entrar a una chica en el restaurante y he mandado a Lorena que la quiero en mi despacho.

—Se llama Elea —dice Lorena entrando al despacho.

—Me da igual su nombre, solo la quiero en mi despacho.

—No sé si la podré convencer.

—Estoy segura de que sabrás cómo hacerlo —susurro muy pegada a su cuerpo.

—¿Podré participar? —pregunta excitada.

—Por supuesto.

Sale del despacho y yo vuelvo a mi silla, esa que ha sido confidente en estos meses del deseo que recorre mi interior. Nunca pensé que mi lugar de trabajo fuera partícipe de mis deseos más íntimos, pero es lo único que por momento hace que salga esa imagen de ella en el cementerio, aunque después el recuerdo vuelva a invadirme.

Media hora más tarde Lorena entra con la chica, estoy apoyada en mi escritorio y Elea solo me observa.

—Ella es Claudia Rojas, la encargada de organizar las experiencias —indica Lorena.

Ella sonríe, mientras yo la observo, sé que está nerviosa, lo noto cuando me dirijo a ellas. Elea se queda petrificada, sé cómo actuar, yo una vez fui esa chica, el miedo a lo desconocido te paraliza.

Extiendo el brazo y Lorena se acerca, rodeo su cintura y la atraigo para terminar besándonos. Vuelvo a la posición de antes, apoyada en el escritorio y la camarera entre mis piernas.

En el despacho esa mujer descubrió algo que desconocía, lo vi en sus ojos cuando las tres nos dábamos placer hasta quedar exhausta, aunque para Lorena nunca es suficiente.

Los meses siguen pasando y con ello una mujer cada día pasa por mi cama, he perdido la cuenta de cuantas. No encuentro consuelo en ninguna y la frustración llega a mí cada mañana después de que se vayan. He llegado a pagar por sexo, pensando que una mujer con experiencia sería mejor, Begoña hace que por momentos me evada de la realidad, pero el vacío vuelve.

Estoy en el despacho, mi lugar preferido últimamente y tengo delante a Virginia que ha entrado como un huracán, estoy expectante esperando que me diga que es lo que pasa.

—He conocido a alguien —suelta recostándose en la silla.

—Vale. Pero tú me pediste el número de Begoña hace unos días —digo sin comprender.

—Ya, era para hacer un trío con ella.

Miro a mi amiga y alzo la ceja sonriendo.

—No he podido —reconoce.

—Virginia, quieres explicarte.

—Conocía aquí a Elea, después me la encontré en una cafetería y seguimos viéndonos.

—¿Elea? —pregunto recordando ese nombre.

—Sí, ya sé que subió a tu despacho.

—No estaba contigo —intento defenderme.

—Lo sé.

—Vale, sigue —exijo.

—Pues ella sentía curiosidad por lo que había pasado aquí contigo y con Lorena y por eso te pedí el teléfono de Begoña. Pero no pude, no quiero que nadie la toque.

Miro a mi amiga abrumada por la situación y sujeto su mano por encima del escritorio para que me mire.

—¿Te has enamorado? —pregunto.

—Perdidamente —afirma soltando mi agarre para poner sus manos en el rostro.

—Eso no es malo, ve a por ella, Virginia, dile lo que sientes.

—No puedo, Claudia, ella quiere descubrir y yo no quiero eso, no quiero compartirla.

—Díselo, lleguen a un acuerdo, pero ahora que la has encontrado no la pierdas.

—No tengo derecho a prohibirle algo que yo mismo he ido descubriendo.

—No es prohibir, es decirle como te sientes, quizá ella prefiera estar contigo antes de perderte.

—¿Y sí no es así?

—Lo sabrás cuando hablen, pero no seas igual de cobarde que he sido yo —afirmo con pena.

Seguimos hablando un rato, no estoy segura de que ella vaya a hablar con esa chica, pero espero que si Elea siente lo mismo que mi amiga y sea ella quien la vaya a buscar.

Capítulo 52

Ha pasado tres meses de la conversación con Virginia sobre Elea y al final fue esta última la que se decidió a buscarla. Hace unos días estuvimos en el restaurante y la realidad es que la pasamos bastante bien. Yo con Begoña y mi amiga con Elea. La complicidad que existe entre ellas dos me produce una envidia que me recuerda que yo pude tener eso con Ana, pero el destino se ha empeñado que no sea así.

Mi madre me llama temprano. No es normal que lo haga a esta hora. Deslizo el dedo por la pantalla del móvil, con una sensación en el pecho que apenas me deja respirar.

—Tu tía ha sufrido un infarto. Está en el hospital —dice con la voz rota.

No soy capaz de decir nada al principio. Es como si las palabras se me quedaran atascadas en la garganta. Mi tía... No, no puede ser.

—¿Está grave? —pregunto nerviosa.

—No lo sé, solo que está en observación —responde.

—¿En qué hospital está?

—En el Ramón y Cajal.

Cuelgo y me apoyo en la pared. Respiro hondo, pero no puedo sacarme el peso de encima. De repente, recuerdo que tengo el número de teléfono de Irene y la llamo. Un tono, dos y así hasta que se cuelga la llamada, siento desesperación y sé que así no puedo hacer nada.

Comienzo a cambiarme de ropa cuando suena de nuevo el móvil. Es Irene.

—Claudia, ¿estás bien? —pregunta.

Le cuento lo que sé. Me deja en espera al teléfono, escucho cómo murmura algo y luego, tras unos minutos, vuelve a dirigirse a mí.

—He hablado con un compañero. Está estable, parece que solo ha sido un susto. Está en manos de buenos cardiólogos. No te preocupes.

Un suspiro de alivio me recorre el cuerpo, pero no me quedo tranquila hasta que llego al hospital. Camino por esos pasillos blancos, con el eco de mis tacones resonando en el suelo frío, cuando mi mirada se encuentra con alguien que no esperaba ver.

Ana.

Vestida con su bata de médico, está preciosa. El tiempo parece detenerse. El mundo a nuestro alrededor se vuelve borroso, y solo quedamos nosotras. Mi cuerpo se tensa, cada músculo reaccionando a su presencia de una manera tan familiar que duele. Es como si los años no hubieran pasado. Y, en ese instante, todo vuelve. El deseo, la frustración, el amor no resuelto.

—Claudia... —susurra al verme.

Mi cuerpo tiembla como una hoja de papel. No entiendo qué hace aquí, pero ahora lo importante es mi tía y no la mujer que tengo delante.

No sé qué decirle. Ella tampoco parece saber por dónde empezar. Pero no hace falta hablar. El magnetismo entre nosotras es indudable, como si nuestras almas estuvieran condenadas a seguir chocando una y otra vez. Un paso más cerca. Y otro. Y entonces, sin pensarlo, entramos en el ascensor y las puertas se cierran tras nosotras.

—Me encantaría comerte —susurro en su oído.

—¿Qué te impide hacerlo? —pregunta Ana girándose.

—Que estamos en un ascensor y es poco tiempo —le aclaro muy cerca de sus labios.

—Hazlo —exige Ana.

Le agarro por el cuello y la pego a la pared.

—No soy aquella niña —aseguro recorriendo sus labios con mi lengua.

—No quiero aquella niña, quiero a la mujer en que te has convertido.

Devoro su boca, hasta que el ascensor para y la realidad nos devuelve donde estamos, en un hospital. Me separo de la mujer que tengo delante, muerdo mis labios sabiendo que hay muchas cosas pendientes entre nosotras y salgo del ascensor para caminar por el pasillo hasta llegar a la habitación de mi tía.

Cuando entro veo que Isabel está a su lado y voy hasta su cama para abrazarla.

—Menudo susto —digo sin soltarla.

—Estoy bien.

—Está bien, porque el dolor la ha parado, no hace caso, Claudia —afirma Isabel, enfadada.

Miro a Tina entrecerrando los ojos, pensaba que después de que muriera ese hombre entre ellas, las cosas cambiarían.

—¿Sigues trabajando? —pregunto extrañada.

—No —responde ella.

—Sí, sigue. Da igual que le haya pedido que se mude a la casa principal, sigue trabajando y yo no sé qué más hacer para que pare —comenta Isabel.

—Esto ha sido un aviso, quizá la próxima vez no haya tanta suerte —dice Ana que acaba de entrar.

Nuestras miradas se cruzan de nuevo, pero esta vez no hay pasión, sino una tensión evidente. Cuatro mujeres en la misma habitación, todas marcadas por el hombre que hace poco más de un año murió. Un hombre que nos separó de maneras que nunca podremos olvidar.

Salgo de allí huyendo de mi pasado, del amor que siento por la mujer que ahora explora a mi tía, me apoyo en la pared del pasillo y veo que llega Irene.

—¿Está todo bien? —pregunta al verme.

—Está aquí —digo sin entenderlo—. ¿Cómo? Trabajaba en Barcelona.

Irene me sujeta de la mano y me arrastra hasta una sala de espera y tomamos asiento.

—Esto deberías hablarlo con ella, pero ha pedido traslado, lleva aquí unas semanas.

—Ha vuelto —susurro.

—Sí, y no creo que sea por su madre, Claudia.

Me mantengo en silencio, me recuesto en la silla y apoyo la cabeza en la pared.

—Tienen que hablar, ese hombre ya les robó demasiado tiempo.

—Hay demasiado dolor ahora mismo.

—Siempre lo va a ver, los reclamamos van a estar ahí, pero siéntense las dos y aclaren todo.

—No sé si pueda...

—Mírame —exige sujetando mi mano—. ¿Qué has sentido por volver a verla?

Suspiro al pensarlo y las palabras no salen de mi boca, no puedo.

—Hablad, por favor —dice dándome un apretón de manos antes de salir de la sala.

Capítulo 53

Tras cerciorarme de que Ana no estaba en la habitación, entro y me despido de mi tía. Me ha prometido que va a parar, he podido ver la sonrisa de Isabel. Por fin, esas dos mujeres están siendo libres de vivir su amor.

Saco el móvil del bolso una vez fuera del hospital y busco el número de Virginia y pulso el botón de llamada.

—¿Están en la casa? —pregunto sin dejar que conteste.

—Sí.

—Voy a tu casa.

—¿Ha pasado algo? —pregunta Virginia, asustada.

—Tranquila, todo está bien, ahora te cuento.

—No tardes.

Cuelgo la llamada y me dirijo a la parada de taxi, me subo al primero disponible. Llego bastante rápido a su casa, el tráfico nos ha dado tregua. Una vez en la puerta del edificio, pulso el botón y abre sin ni siquiera preguntar. Cuando llego a la planta, su puerta está abierta. Abro y veo a Elea.

—Necesito café —pido.

—Lo está preparando Virginia.

—No, quiero el tuyo, ella hace un café asqueroso.

—Exigente encima —se escucha a la abogada.

Elea sonríe y va a la cocina, yo la sigo y tomo asiento en una de las sillas.

—¿Prefieres que vayamos al sofá? —pregunta mi amiga.

—Aquí está bien, solo necesito contar lo que me ha pasado.

—Suelta —exige Virginia.

—La he visto.

—¿A quién? —pregunta Elea sin entender.

Virginia se muerde los labios, porque ella sí que sabe de quién hablo, pero prefiere que sea yo quien lo diga.

—Ana. En el hospital, está aquí.

Suspiro intentando conseguir el aire que parece que se me escapa; ellas se mantienen en silencio expectante.

—Nos hemos besado y he vuelto a sentir exactamente lo mismo que hace más de veinte años. Mi cuerpo ha temblado como si fuese un jodido flan. Si esto hubiera pasado en otro sitio, estoy segura de que no solo hubiera quedado en un beso.

—Vamos por partes —dice Virginia, tomando asiento a mi lado—. ¿Qué hacías en el hospital? ¿Estás bien?

Elea se mantiene al margen y solo nos mira mientras espera que el café salga.

—Mi tía, pero está bien, le ha dado un amago de infarto. Ha sido solo un aviso.

—Esa mujer debería parar de trabajar.

—Me lo ha prometido.

—Vale, pero ¿qué hacía Ana en el hospital?

—Ha vuelto. Me lo ha contado Irene, aunque me ha dicho que debería hablar con ella.

—En eso tiene razón, tienen que hablar —sentencia mi amiga.

—Ella ha vuelto, y no ha sido capaz de decirme que está aquí.

—Claudia, ha pasado muchos años, como para que se presente en tu vida y te diga, estoy en la ciudad. Creo que esto es algo que tiene que partir de las dos.

—No —dice Elea—. Debe partir de la que sea más valiente, porque si yo llego a esperar por ti, seguiría en el pueblo.

Virginia la mira mientras se muerde el labio y yo sonrío al ver la escena.

—Seguro que tienes miedo —comienza a decir la novia de mi amiga—, yo también lo tenía, pero me asustaba más no intentarlo que el posible rechazo. Si todavía sigues sintiendo eso que dices, arriésgate, Claudia.

—¡Está casada! Tienes hijos, que... —digo frustrada.

—Estás cagada —afirma Virginia sujetando mi mano—. Es normal, pero ¿Qué es lo que quieres, amiga?

—La quiero a ella, lo sé, pero mi vida, su vida. Hemos vivido cosas completamente distintas.

—Eso es sentarse, hablar, pero si no lo hacen siempre será esa incógnita —asegura Elea.

—Tengo miedo, no quiero otro rechazo, no sabría cómo gestionarlo.

—Algo me dice que eso no va a pasar —afirma Virginia guiñándome un ojo.

—¿Cómo estás tan segura de eso? —pregunto.

—Vimos a su hija una vez en el restaurante y cómo te reprochaba las cosas. Creo que no sé de qué forma esa chica ató cabos y se dio cuenta de las cosas.

—Pues entonces la cobarde es ella —argumento.

Elea sonríe mientras niega con la cabeza y Virginia suspira de desesperación.

—No es una cuestión de quién tiene más miedo, es de quién será la valiente en luchar por eso que sienten —dice mi amiga.

Me quedo en silencio y Elea sirve los cafés, yo ahora mismo solo quiero huir y encerrarme en mi casa, no hacer nada, solo llorar hasta que vacíe toda esa angustia que siento en mi interior.

Después de hablar de que tenemos que quedar para cenar, solo para cenar, ha enfatizado Virginia, me despido de esas dos mujeres que sí que han encontrado el amor verdadero, el de compartir, disfrutar y ser generosa la una con la otra. Me despido de ellas y me voy a mi casa.

Camino por las calles de Madrid con el bullicio de una gran ciudad y saco el móvil del bolso, busco su número y vuelvo a buscarla entre la agenda, ahí está su nombre. Ana. Aprieto el botón de llamada y tras unos cuantos tonos descuelga.

—Hola.

La línea queda en silencio, ninguna de las dos es capaz de decir nada. Cuando voy a colgar la vuelvo a escuchar.

—Cobarde —suelta Ana con rabia.

Noto la rabia en sus palabras, pero la realidad es que, ¿quién de las dos está siendo más cobarde?

Capítulo 54

Ana

Busco a Irene por el hospital y me dicen que está en la sala de descanso. Me dirijo hasta ella, nuestros turnos han terminado y necesito saber si ha hablado con Claudia.

—Por fin te encuentro —digo cerrando la puerta tras de mí.

—Me iba ya. ¿Necesitas algo?

—Claudia.

—A ella la necesitas desde hace muchos años. ¿Qué es lo que quieres?

—La he visto.

—Lo sé, Ana, hemos hablado.

—¿Qué te ha dicho?

Irene resopla de desesperación.

—No sois las dos crías de antes, ahora sois adultas, cada una con su vida formada.

—Me ha besado, Irene, y he sentido exactamente lo mismo.

—No entiendo a qué esperas para hablar con ella. Ya estás en Madrid, tu padre está muerto, tú separada y sigues anclada a ese jodido pasado.

—Es que ella ha cambiado, no puedo interrumpir en su vida como si nada.

—Te ha besado, qué más prueba necesitas para entender que ella quiere lo mismo que tú.

El silencio se hace en la sala hasta que entra un compañero, yo me pongo de pie y, cuando voy a salir, Irene me sujeta del brazo.

—Te di su número de teléfono, llámala y queda con ella —susurra.

Asiento para que me deje salir, voy hasta el garaje del hospital y cojo mi coche con rumbo a casa de mi madre, que es donde me estoy quedando hasta que consiga un piso no muy lejos del hospital.

Al llegar a la casa voy directa a la ducha. Cuando salgo, mi móvil comienza a vibrar. Me preocupa que sea del hospital, pero entonces veo su nombre en la pantalla. Claudia. Mi cuerpo se estremece al pensar que quiere hablar.

—Hola —logro decir.

Pero como otras muchas veces, el silencio se instala en la línea y la rabia me consume.

—Cobarde —suelto antes de escuchar el pitido que da por finalizada la llamada.

Me dirijo al despacho donde una vez estuve con Claudia, allí encuentro paz desde que he vuelto a Madrid, aunque los recuerdos vuelven.

—¡Mamá! —grita Carlota.

—¿Qué pasa? —pregunto asustada.

—¿Qué ha pasado?

—Tina ha dado un pequeño susto, pero está bien.

—El idiota de Alex me ha escrito un *WhatsApp* diciendo que había pasado algo con la abuela.

—No digas eso de tu hermano.

Niega con la cabeza hasta llegar al salón, y antes de subir a la parte superior se gira para hablarme.

—Si fue Tina, entonces...

—¿Qué? —pregunto esperando que no sea lo que me imagino.

—La has visto —afirma con media sonrisa.

—Ya, Carlota.

—Dime —exige.

—Sí, la he visto.

—Mamá, ya somos mayores, yo estoy con las oposiciones y Alex está en Estados Unidos estudiando la carrera. Debes hacer tu vida.

—No es tan fácil.

—Lo es, lo que vosotras os complicáis la vida.

Carlota no me deja replicar y desaparece escaleras arriba.

Sobre las nueve y media de la noche golpean en la puerta de mi habitación y es mi hija.

—Vamos a cenar fuera.

—Carlota, no tengo ganas de salir.

—He reservado para las diez. Quiero salir a cenar con mi madre y celebrar esta nueva vida.

—Hija, no hay nada que celebrar.

—Yo sí que tengo. Vístete —ordena antes de salir.

Me levanto de la cama y me cambio de ropa. Ahora estoy en un Uber que ha llamado mi hija para ir al centro de Madrid. Cuando me bajo del coche, un nudo se forma en mi garganta. En frente de mí tengo el restaurante de Claudia.

—No pienso cenar ahí —adviento.

—Ella no está, solo es cenar. Sirven una comida muy buena.

—También hacen otras cosas.

—Solo para clientes exclusivos, no lo somos. Aparte jamás iría a un sitio como el que insinúas con mi madre, te prometo que solo será cenar.

Resoplo resignada y entro en el local. Carlota da los datos y esperamos hasta que una chica nos conduce por la sala hasta llegar a una puerta, la abre y accedemos a un pasillo.

—Estás segura de que aquí solo se cena.

—Sí —susurra mi hija.

—Es una sala privada —dice la camarera.

Cuando entro, la veo. Claudia está allí, tan radiante como siempre, aunque sus ojos revelan una sorpresa al verme.

—Ana... —dice como si el aire se escapara de sus labios.

Yo no sé qué decir. No esperaba encontrarla aquí. Ni ella a mí. Las dos nos miramos en silencio, mientras Carlota desaparece sin decir una palabra. Ahora estamos solas. Y aunque no lo esperaba, parte de mí sabía que este momento llegaría tarde o temprano. No puedo huir de ella, ni de lo que siento. Pero tampoco sé cómo quedarme.

—Yo había quedado con Virginia, no sabía qué...

—Yo con mi hija, como has visto.

—Creo que quieren que hablemos —afirma.

Muerdo mis labios mientras me pinzo el puente de la nariz, la tengo delante y no sé qué hacer o decir, en este momento creo que las palabras sobran, pero tenemos que hacerlo.

—Te esperé, siempre lo hice —dice.

—Ya, claro, mientras te divertías. ¿Con cuántas mujeres?

—No es justo que me digas eso. Te fuiste, te casaste y has tenido dos hijos. No he sabido

nada de ti en este tiempo.

—Perdona. Esto me sobrepasa —me excuso.

—A mí también, pero tenemos que hablar, Ana, necesito saber del porqué.

—Es demasiado largo.

—Tengo todo el tiempo del mundo, pero necesito cerrar este capítulo de mi vida.

—¿Cerrar? —pregunto.

—Ya me entiendes. Te he besado y he sentido exactamente lo mismo que hace años, no sé cómo sacarte de aquí —dice tocando su pecho.

—¿Crees que para mí ha sido fácil? ¿Realmente crees que te he olvidado?

—No lo sé, Ana. Volviste y lo supe por lo que le ha pasado a mi tía.

—Tenía que arreglar las cosas primero antes de vernos.

—¿Lo has hecho?

—Creo que sí.

—Toma asiento, por favor —me pide.

Hago lo que me pide Claudia, ahora estamos una frente a la otra, sé que hay mil preguntas que resolver, pero no sé si ese pasado que pesa en ambas puede arreglarse con una conversación en un restaurante.

—No sé ni por dónde empezar —respondo nerviosa.

—Por el principio sería lo ideal.

—Me casé obligada —comienzo a relatar—. Eso ya lo sabes. Me fui a Barcelona y allí formé esa familia que quería mi padre, Alejandro, mi marido. Fue bueno al principio, pero después...

Veo cómo Claudia aprieta la mandíbula y pone sus manos encima de la mesa.

—¿Te pegaba? —pregunta tensa.

—No, pero había veces que lo prefería —reconozco avergonzada.

Claudia pone sus manos en la cara y respira profundo y vuelve a su posición inicial, mientras me mira fijamente.

—Me quedé embarazada muy pronto, todo iba bien, pero él quería otro hijo, porque tenía que ser varón, no le bastaba con Carlota, en ese momento empezó mi calvario. Yo no quería volver a suspender mi formación, pero él insistía —hago una pausa para que la voz no me tiemble y tras suspirar sigo—. Al poco tiempo volví a quedar embarazada, no paró hasta conseguirlo, tomaba pastillas, pero con un simple resfriado y una aspirina el efecto de la pastilla se fue.

—Como médico debiste saber que eso pasaría.

—Lo sé —reconozco—, pero creo que una parte de mí quería ceder para acabar con la agonía de escuchar todos los días que quería otro hijo, que si yo no valía encontraría a alguien que se lo daría. Quedé embarazada de Alex y cuando lo tuve todo salió mal, casi perdemos la vida los dos. Después de eso, casi que sentí alivio, le había dado el hijo varón que quería y yo no podría volver a tener hijos.

Veo cómo Claudia desliza la mano por la mesa y sujeta la mía.

—Tranquila, no soy menos mujer por no tener útero. Estaba viva y eso es lo que me importaba. Intenté buscarte, Claudia, juro que lo hice.

—Nunca lo supe —afirma.

—Mi padre se enteró por Alejandro que te estaba buscando y poco después supe que tuviste un accidente. Mi padre se encargó de decírmelo y advertirme que si volvía a buscarte la próxima no fallaría.

—Él no tuvo nada que ver con el accidente, iba con Pilar y fue algo fortuito.

—¿Cómo sabes que no lo provocó mi padre?

—Ni siquiera sabía nada de él. Una vez se presentó en el restaurante, me amenazó, pero yo tomé medidas.

—¿Cuáles?

—Tu padre no es la persona que decía ser, había mucha mierda esparcida y yo solo tuve que buscar los contactos adecuados para obtener esa información. Él solo se atrevió a amenazarme una vez, ya después no supe nada.

—Pasé mucho miedo de que te pudiera pasar algo, prefería saber que estabas bien antes de que perderte para siempre. Después me dijeron que estabas con Pilar.

—Nunca estuve con ella.

La miro ladeando la cabeza, sabiendo que no es del todo cierto.

—Es cierto que Pilar y yo teníamos sexo, pero no era compromiso. Si tengo esto es gracias a ella, si tu padre no me hizo caer, fue por Pilar.

—¿Por qué no me buscaste? —pregunto sabiendo ahora que podía hundir a mi padre.

—Porque para mí eras feliz, Ana, tenías una familia. Una vez fui y te vi con tu marido y la niña. ¿Quién era yo para pedirte algo? No podía decirte, ven conmigo.

—Sí que podías —reconozco con tristeza.

—¿Estás segura? Tu marido hubiera luchado por la custodia de tus hijos, ¿lo dejarías todo por mí?

Me quedo en silencio con la mirada taladrante de Claudia.

—Responde —exige.

—No —logro decir—. No los hubiera dejado.

—Yo no podía pedirte nada, habías hecho una vida sin mí, no tenía derecho a irrumpir en ella.

—Soñé mil veces con eso.

—¿Crees que yo no? Todos los putos días de mi vida, pero tenía que avanzar. Pilar era quien me ayudaba en eso.

—Con sexo —acierto a decir.

—Sí, Ana, mi salvavidas era el sexo, buscaba a alguien que me hiciera sentir lo mismo que sentía contigo.

—¿Y?

—Sigo soltera, no ha habido nadie como tú, esa es la realidad.

—Yo tampoco encontré a nadie. Me refugié en mi trabajo y ese fue mi salvavidas.

—Por suerte no nos dio por las drogas —dice mostrando una sonrisa en su rostro.

—Me encanta tu boca —afirmo.

—No me vas a engatusar tan fácilmente.

—No lo pretendo —aseguro.

—¿Por qué dejamos que esto pasara? ¿Por qué tanto tiempo hasta encontrarnos? —pregunta.

—Miedo, supongo, al menos yo lo sentía. Mi padre...

—Murió hace más de un año, ¿después qué?

—Tenía que separarme, pedir traslado e intentar acercarme a ti.

—Ya estás aquí. ¿Qué quieres de mí?

—A ti, pero la pregunta es, ¿tú quieres lo mismo?

—En el ascensor sentí cómo volvía a ser aquella niña que se veía a escondidas con la hija

menor de los Villar. Pero no te va a ser tan fácil esta vez, Ana. Si quieres algo, tendrás que demostrarme que esta vez sí.

—En unos días ya tendré el divorcio, vivo en Madrid, trabajo aquí, mi hija Carlota entra en la carrera judicial.

—Sí, esa niña me hizo saber que ella sí sería jueza —reconoce riendo.

—Mi hijo Alex está estudiando en Estados Unidos.

—¿Y eso? —pregunta entrecerrando los ojos.

—Ingeniería aeroespacial. Es un niño cuya vida son los estudios.

Ahora soy yo quien desliza su mano por la mesa y se la coge, haciendo que me mire a los ojos directamente.

—Vivo en casa de mi madre, no he podido encontrar nada en la ciudad que me gusté, pero mi vida ahora no es sola, Claudia, tengo dos hijos y un trabajo que me encanta.

El silencio se instala en la sala y la puerta se abre para traer la cena. Es la misma chica que me trajo hasta la sala, la que sirve y antes de marcharse sonrío. Una punzada de celos se instala en mi pecho, sé que ha pasado algo entre ellas y no soy nadie para reclamarle nada, porque yo no estaba a su lado, no era mía, aunque la realidad es que Claudia no es de nadie.

Capítulo 55

Claudia

—¿Te has acostado con ella? —me reprocha cuando Lorena sale de la sala.

—Me he acostado con muchas mujeres, Ana, ya te dije que me refugié en el sexo buscando algo que solo puedes darme tú. ¿Recuerdas las fotos que te mostro tu padre cuando estaba en Huelva?

—Sí, estabas con una pareja de chicas.

—Allí descubrí que me gustaba mirar. Ahí empecé a querer más y mi desahogo era ese, estar por unos minutos en una realidad que me hacía olvidarte.

—¿Y después?

—Después era todo una mierda. Pero me saciaba, la rabia era más fuerte que la razón, aparte, éramos mujeres adultas que sabíamos exactamente lo que queríamos en ese momento, nunca hubo dramas. No estoy orgullosa de eso, pero es la vida que he tenido. La pregunta realmente es: ¿podrás vivir tú con mi pasado?

—¿Qué hay entre tú y Virginia?

—Nada —aseguro.

—¿Segura?

—Hemos tenido sexo, eso es algo que creo que sabrás, pero entre ella y yo teníamos las cosas bien claras. Ahora está perdidamente enamorada de una chica de pueblo —afirmo sonriendo.

—Vaya con las chicas de pueblo —admite con una sonrisa.

Ladeo la cabeza, muerdo mis labios, ahora mismo desearía poder besarla, pero sé que no es prudente, no creo que pueda controlarme si esa mujer me responde al beso.

—No hagas eso —me pide.

—¿El qué? —pregunto acercando nuevamente su mano a la suya.

Ana está nerviosa, lo noto por cómo intenta desviar la mirada.

—Mejor cenemos —dice.

Lo hacemos en silencio, solo con miradas. Es extraño tener a la mujer que he deseado tener en mi vida siempre y que ahora esté en frente de mí, no ser capaz de decirle lo que realmente quiero, admitir que la necesito, que la sigo queriendo, que jamás he dejado de quererla pese a mis intentos por hacerlo.

Ana rompe el silencio hablando de sus hijos, noto el brillo en sus ojos al hacerlo, aunque diga que su trabajo era lo que la salvaba. En este momento sé que fueron ellos, ella tenía que luchar por esos niños y darles lo mejor, yo no tenía que luchar por nadie más que por sí misma. Ahora, entiendo por qué ella pudo seguir con su vida, lo hacía por sus pequeños. Yo porque tenía que avanzar.

—Son tu vida —afirmo.

—Son todo —reconoce.

Lorena entra y retira los platos para después preguntar si queremos postre. Yo realmente lo único que me encantaría comer es a la mujer que tengo delante, pero sé que eso no es sensato, no hemos dejado claro nada.

—Tengo que marcharme —dice Ana, levantándose de la silla.

—¿Nos volveremos a ver? —pregunto con angustia.

—Claro, tenemos muchas cosas pendientes.

Me levanto de mi asiento y me acerco a ella, no sé dónde darle un beso, hasta que es Ana la que deja una en cada mejilla.

—Es mejor así, no sé si pueda parar si nos besamos —reconoce.

Antes de marcharse por la puerta, sujeto su brazo y hago que se gire.

—Quiero esto, Ana, sé que no va a ser fácil, pero quiero intentarlo.

La mujer que tengo delante se acerca a mí y deja un suave beso en mis labios. No puedo contenerme y la sujeto por la cintura, subo mi mano hasta la nuca y vuelvo a besarla, pero esta vez el ansia que tengo puede más que el control. Nos devoramos mientras nuestras manos recorren nuestros cuerpos.

—Necesito que pares —dice poniendo su frente en la mía.

—¿Por qué?

—No quiero que pase aquí, Claudia.

Tras decir eso, Ana sale de la sala y yo apoyo el culo en la mesa que hemos comido. Mi cuerpo está excitado, el corazón bombea a un ritmo inusual, pero una sonrisa sale de mis labios, porque sé que ahora esto depende de nosotras, no hay nadie más en medio. Solo ella y yo.

Decido que sea Lorena quien cierre el local y me marcho para casa, no tengo ni las ganas ni las fuerzas de estar en el restaurante. Me sumergí de lleno en mi trabajo, pero ahora ha aparecido ella.

Estoy en el sofá con una copa de vino mientras veo la televisión o eso intento porque en mi mente se repite el encuentro con Ana, saber que sigo sintiendo lo mismo que cuando la vi por primera vez me estremece, que a pesar del paso del tiempo ella siempre ha estado ahí, esperando en un rincón a pesar de que yo intentara acallar esos sentimientos.

Miro el reloj y es la una de la madrugada, me levanto para ir a la cama cuando suena el timbre, miro a la puerta y entrecierro los ojos.

—Debe ser un error —susurro.

Apago la televisión, recojo la copa para llevarla a la cocina cuando el timbre vuelve a sonar. Me dirijo a la puerta y miro por la mirilla y la veo, me separo, respiro y vuelvo a observar. Mira su reloj intranquila y, cuando creo que se va a dar por vencida y marcharse, abro la puerta.

—Ana —susurro.

—No quiero esperar más —dice entrando y cerrando la puerta.

Mi respiración comienza a agitarse, Ana pega su frente a la mía y acaricia mi rostro. No quiero dar yo el paso, quiero que sea ella. Así lo hace, deja caer su bolso al suelo, agarra mi rostro y me besa, me aferro a su cintura como el último salvavidas. Sentir sus manos quitándome la ropa me estremece. Tiro de ella para llevarla hasta el sofá, ella se coloca a horcajadas y yo comienzo a deshacerme de su blusa. Me estorba, necesito sentirla, acaricio cada centímetro de su piel y noto cómo se le eriza. Hago que se separe y la observo, su respiración es como la mía y puedo ver ese deseo en los ojos, el mismo que tenía cuando éramos jóvenes.

—No soy aquella niña —susurro volviendo a recordar las palabras del ascensor.

—Quiero a la mujer —afirma pasando la lengua por mis labios.

Está desnuda de cintura para arriba, así que desabrocho el botón del pantalón e intento

colar sin éxito la mano por ellos. Ana se levanta y se deshace de ellos lo más rápido que puede y vuelve a la misma posición, pero esta vez se toma su tiempo mientras me mira y sujeta mis manos por encima de mi cabeza.

—Todavía no puedes tocar —dice quitándome la camiseta.

Estoy sin sujetador, se muerde los labios y me mira cuando ve mi torso desnudo.

—No bajes los brazos o esto termina y no quieres que te deje con las ganas —susurra acercándose a mi oreja.

Hago lo que me pide y mantengo las manos detrás de mi cabeza apoyada en el sofá. Ella coge mis pechos, los lame, aprieta e incluso muerde, haciendo que me retuerza de placer.

—Necesito tocarte —suplico.

—Todavía no.

Me mantengo en la postura, mientras ella sigue recorriendo mi cuerpo con sus manos. Llega al pantalón de mi pijama y mete una mano, me mira sorprendida, ya que no llevo bragas.

—¿Esperabas a alguien? —pregunta tocando mi sexo.

—No —logro decir.

—¿Segura? —insiste.

Arqueo mi espalda al notar que su dedo quiere entrar, no puedo contenerme más y bajo mis manos hasta su cintura. Ella me mira por haberla desobedecido, pero no puedo seguir cumpliendo esa orden. Sujeto su pelo y tiro de él hacia atrás, ella saca la mano de mis pantalones y suspira.

—Te dije que no soy aquella niña —aseguro mientras paso la lengua por su cuello.

Ana solo suspira al sentirme, bajo una mano por su costado y llego a su sexo, ese que llevo anhelando demasiado tiempo, toco alrededor y noto cómo mueve sus caderas buscando más contacto. Coloco mis dedos en la entrada de su vagina y con la otra mano agarro su rostro y hago que me mire.

—Pídemelo —exijo.

—Fóllame —súplica.

Introduzco los dedos y Ana arquea su espalda al notarlo. Necesito que me mire mientras mis dedos entran, así que no suelto su cara mientras nuestros ojos conectan. Creo morir de placer al ver cómo su pecho sube y baja y cómo no para de jadear mientras mis dedos entran y salen de su interior.

Está apoyada en mi hombro mientras se recupera del orgasmo. La abrazo, sentirla de nuevo es lo mejor que me está pasando. Se incorpora y me observa con deseo. Sin apartar la vista, va bajando la mano, se levanta un poco y cuela su mano por mi pantalón, con la otra mano sujeta mi rostro y pasa su lengua por mis labios, haciendo que un suspiro salga al notar sus dedos en mi clítoris.

—Estás muy mojada —dice sonriendo.

Trago saliva mientras ella se entretiene en mi sexo, mi respiración se agita y ahora ya son gemidos los que salen de mi garganta. No quiero que pare, necesito que no deje de mover los dedos y poder estallar de una vez.

—No pares —pido con deseo.

No lo hace, baja su mano hasta mi cuello, ejerce un poco de fuerza mientras sigue moviendo los dedos y yo no tardo en llegar a un orgasmo que me arrasa. Mi instinto es abrazarla, no quiero que se vaya, necesito no perderla más y esa sensación me invade y las lágrimas comienzan a recorrer mis mejillas sin control.

—No quiero volver a perderte —reconozco entre lágrimas.

Ana se separa y me mira limpiando mis mejillas. El llanto es incontrolable, tengo miedo, demasiado.

—No va a pasar —asegura dejando un beso en mis labios.

Me vuelve a envolver en sus brazos, esos que he echado tanto de menos y que ahora hacen que me sienta segura.

Capítulo 56

Claudia

Es la luz que se cuela por las ventanas la que me despierta, miro a mi lado y ella está ahí, acostada boca abajo, completamente desnuda. Sonrío al recordar lo que pasó de madrugada, muerdo mis labios intentando contener lo que siento al verla, pero una lágrima vuelve a resbalar por mi mejilla, aunque no es miedo lo que siento, sino una alegría inmensa al tenerla de nuevo a mi lado.

Cojo el móvil de la mesilla de noche para mirar la hora y son las diez de la mañana. Veo que tengo un *WhatsApp* de Virginia.

—*Espero que haya ido bien la noche.*

Niego con la cabeza no pienso responderle, no sé cómo Ana dio con mi casa, pero me imagino que Virginia ha tenido algo que ver.

Ana se mueve en la cama y yo me quedo quieta hasta que esta se gira y queda mirándome.

—Buenos días —dice sonriendo.

—Buenos días —respondo.

—¿Qué hora es? —pregunta mientras se estira.

La sábana se baja y deja sus pechos libres, haciendo que mis ojos vayan directamente a ellos y no pueda contestar. Ella mira a dónde se dirigen mis ojos y sonrío.

—¿Tienes ganas de más? —pregunta divertida.

—Siempre querré más —afirmo.

—Insaciable.

—Me debes muchos besos, caricias, sexo, por todos estos años.

—Tenemos que hablar sobre eso —comenta incorporándose en la cama.

Mi cara es de espanto, ahora sí que me ha vuelto el miedo a perderla.

—Relájate, solo hablemos de cómo vamos a hacer esto.

—No es tan complicado, las dos queremos y ya —resuelvo encogiéndome de hombros.

—Tengo hijos.

—Lo sé —la corto—, tus hijos no son un inconveniente, ya dijiste que estudian y también me dejaste claro que ellos son todo para ti y eso yo lo entiendo y lo respeto, pero esto va de ti y de mí, Ana. Ellos no son un problema.

—Perfecto, tema de niños zanjado.

—Aparte, creo que Carlota me tiene en estima —indico, levantando una ceja.

—Es por ella que vine anoche, no sé ni cómo consiguió la dirección.

—Virginia, seguro que fue ella quien se la dio —aseguro.

—Tu vida, Claudia, la que has llevado hasta ahora.

—¿Qué pasa? No te entiendo.

—No quiero compartirte, ya te he perdido durante demasiado tiempo como para estar viendo cómo te acuestas con otras mujeres. No quiero eso.

Me quedo en silencio esperando que Ana siga hablando.

—Te quiero para mí y que solo seas mía. Sé que suena a posesión, pero si quieres esto,

no pienso compartirte con nadie.

Pienso en lo que me pide: hasta ahora yo he vivido mi sexualidad abiertamente, sin creer en la monogamia, pero era porque no la tenía a ella. Ahora es distinto, ella va a estar conmigo y ya no necesitaré saciarme con otras mujeres. He de reconocer que me excita demasiado mirar, pero la tengo a ella y puedo gestionar eso perfectamente.

—Dime algo —exige.

—Pensaba que eras una mujer de mente abierta.

Ana se pone nerviosa y se levanta de la cama, está completamente desnuda y va dando vueltas por la habitación intentando explicarme por qué no quiere que me acueste con otras mujeres, no soy capaz de prestar atención porque mis ojos y mi mente solo están en su cuerpo y las ganas que tengo de volver a tener sexo con ella.

—¿Me estás escuchando? —pregunta girándose para mirarme.

Niego con la cabeza y me pongo de pie para dirigirme a ella, camino despacio como si necesitara que me observara hacerlo. Ana traga saliva al sentirme tan cerca, dejo un beso en sus labios y la rodeo por la cintura.

—Esto es importante, Claudia.

—Ya —digo antes de volver a besarla.

—¿Y? —pregunta separándose de mí.

—Que no quiero estar con nadie, que no seas tú, no importa lo que he vivido en el pasado, ahora es el presente, Ana, y estás tú y no quiero perderte. Era sexo sin más, contigo es diferente y no estoy dispuesta a que te vayas de mi lado.

—Te gusta hacerme sufrir —asegura golpeando mi hombro.

—Es que te pones preciosa cuando estás nerviosa, intenta justificar algo que quiere que haga.

—Te odio.

—¿Estás segura de eso? —digo sujetando sus manos en la espalda.

—Ajá.

Es lo último que sale de su boca antes de que nos volvamos a devorar. Nuestras manos vuelven a recorrer el cuerpo con ansias, los besos dan paso a las caricias, hasta que las dos terminamos acostadas en la cama y haciendo que los gemidos inunden la habitación que ha sido cómplice del amor que nos tenemos.

Epílogo

6 meses después

Claudia

—Cariño, necesito que no tardes en vestirme —me pide Ana.

La abrazo y la atraigo para besarla, estamos en el salón, yo acabo de salir de la ducha y tengo el albornoz puesto. Al final decidimos que se viniera a mi casa, era céntrica para las dos. Dejo un beso en sus labios y me separo un poco.

—Hay tiempo —digo pasando la lengua por sus labios.

—Para —dice intentando zafarse.

—No quiero parar nunca de besarte —susurro volviéndolo a hacer.

—Pueden parar —pide Carlota entrando en el salón.

—Están recuperando el tiempo perdido —afirma Alex detrás de ella.

Alex ha vuelto a pasar las navidades en España y se ha instalado con nosotras al igual que Carlota, aunque los dos después de las fechas se van cada uno al sitio donde están estudiando. Con la niña ya sabía que me llevaba bien, lo que no esperaba es que Alex fuese un niño que aceptara todo tan rápido y se alegrara por nosotras. Nos pidieron que le contáramos un poco nuestra historia y así lo hicimos.

—Ve a vestirme, anda, que llegaremos tarde y tu tía sabes que no le gusta la impuntualidad —me pide Ana.

Una vez los cuatro en el coche, ponemos rumbo a la casa de la madre de Ana, esa que una vez fue cómplice de nuestros encuentros. No he podido ir a esa casa antes, los recuerdos me transportan a los momentos con Ana. Había veces que lo pasaba mal solo con escuchar que Ana iba, por suerte esa sensación ya se me ha pasado y por eso hemos decidido pasar la noche de Navidad en casa de Isabel y ahora mi tía.

Accedemos a la finca y los chicos son los primeros en bajarse que corren a la casa a saludar a su abuela y a Tina que la han acogido como una más.

—¿Va a venir tu hermano? —pregunto antes de bajarnos.

—No. Sabes que él...

—Ya.

Ese hombre quiso seguir con la presión que seguían las mujeres de esta familia como hacía su padre, pero le salió mal. Lo que no sabía yo es que tenía alguien que me cuidaba. Pilar, esa mujer, se encargó de que, si en algún momento me reencontrara con Ana, nadie lo pudiese impedir. Supe por Vladímir que Ángel no sería un estorbo para ninguna de nosotras, ya que, Valeria Montenegro, se había encargado de eso. Hoy en día no sé quién es esa mujer ni tampoco si la conoceré en algún momento, lo que sí sé, es que esa señora ha hecho que los dos hombres de esta familia me dejen tranquila y ahora todos podemos hacer nuestras vidas sin miedo.

Bajamos del coche y entramos a la casa, allí saludamos a Tina e Isabel, las dos radiantes desde que no ocultan lo que realmente siente la una por la otra. Cuando termino de saludar, me dirijo a la cocina y allí está Maite, sonrío al verla.

—Mi niña —dice abriendo sus brazos.

—¿Qué has hecho de comer? —pregunto cotilleando.

—Ya lo sabrás después, ahora cuéntame. ¿Cómo estás?

—Feliz, Maite, muy feliz.

—Me alegro tanto por todas vosotras, que por fin podéis ser libres.

Asiento con una sonrisa, porque la realidad es esa, somos libres de vivir nuestro amor. Por suerte, con el paso de los años el mundo ha avanzado, todavía queda mucho, pero vamos por buen camino.

Vuelvo a la casa y escucho llegar un coche viejo, sé de quién, mi madre, ella y la costumbre de no deshacerse de ese auto. Le compré el coche con el primer sueldo que gané en el restaurante, a pesar de haber pasado veintidós años desde aquello.

—Mamá, puedo comprarte otro coche —aseguro dándole dos besos y un abrazo.

—No quiero otro, quiero este.

Después de saludarnos, va a la entrada de la casa y saluda a todos. Con Ana se funde en un abrazo y yo siento una alegría enorme de ver a mi madre cómo acepta mi pareja.

Llega la noche de cenar y estamos todos sentados alrededor de la gran mesa. La comida la servimos Ana y yo y hemos dejado que el personal se vaya antes para que esté con su familia.

Estoy apoyada en el marco de la puerta viendo cómo todos hablan y se ríen. Todos hemos seguido una vida en silencio hasta que por fin hemos sido liberados de hacer lo que realmente queremos. Muchas veces la vida pone obstáculos en el camino y tú decides cómo hacerlo, algunas veces sale bien y otras mal, lo que nunca hay que rendirse. Yo estuve perdida, buscando el amor sin encontrarlo porque ya lo había hecho. Lo que no sabía es que había que ser paciente, esa paciencia que no tuve cuando era joven. Ahora estoy con la mujer que realmente quiero estar y formamos una familia única, porque nadie debe decirte cómo deben ser.

Veo a Ana dirigirse donde estoy, sonríe y se pone a mi lado.

—Es bonito ver esto —digo señalando la mesa.

—Sí.

Seguimos en silencio observando cómo hablan, ríen y cómo Carlota se molesta con las cosas de su hermano.

—¿Sabes? —susurra Ana.

La miro entrecerrando los ojos sin entender que es lo que quiere.

—Me encantaría volver a donde nos vimos la primera vez.

—¿La estación de autobuses? —pregunto desconcertada.

—No. Donde por primera vez nos besamos.

Sonrío porque sé que lo que me está pidiendo es que vayamos a la pequeña cabaña donde vivía mi tía.

—¿Qué es lo que pretende, señora Villar?

—Comerte —afirma caminando hacia la puerta que da para el exterior.

Miro a mi alrededor y veo que siguen sin prestarnos atención y voy detrás de Ana.

—Espera —le pido.

—Venga, que hace frío.

—La idea de ir a esa casa es tuya. Por cierto, ¿cómo piensas entrar?

Ella saca unas llaves del bolsillo de su abrigo y sonríe tras moverlas.

Corremos hasta llegar a la casa y al abrir veo que la chimenea está encendida y miro a la mujer que tengo delante sin entender.

—Digamos que pedí que la encendiera.

—¿Qué más pidió? —pregunto acercándome a ella para quitarle el abrigo.

—Que dejen comida para desayunar y una botella de vino en la nevera.

Comenzamos a besarnos y terminamos tendidas sobre la alfombra que está junto a la chimenea que ha sido cómplice de nuestras caricias y deseos más íntimos. Nos amamos en silencio solo nuestros cuerpos comunicándose con mimos y besos, no hay palabras, solo el deseo de dar placer a la otra. Si alguien me pregunta qué es el amor, es esto, estar con la persona que siempre has querido a pesar de los años pasados.

—¿En qué piensas? —pregunta Ana con una copa de vino en la mano.

—Que estamos desnudas, sentadas en una alfombra en el suelo, y no quisiera estar en otro lugar que no sea este, aquí contigo.

Ana deja la copa a un lado y me besa. Siento que mi cuerpo se estremece como el primer día que me besó, pero ahora no somos unas adolescentes escondiéndonos por algo prohibido. Ahora somos dos mujeres adultas que no están dispuestas a que nadie más se interponga en nuestro camino.

—Te amo —susurra.

—Te amo —digo antes de volver a besarla.